ALINA NOT

NUEVO TALENTO CROSSBOOKS



Bad Ash

Sin miedo

CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1. Begin again
2. Jump then fall
3. Everything has changed
4. I’m only me when I’m with you
5. I heart question mark
6. Holy ground
7. State of grace
8. The way i loved you
9. How you get the girl
10. Sparks fly
11. Fearless
12. Wonderland
13. Today was a fairytale
14. Long live
15. White horse
16. Red
17. Mine
18. Untouchable
19. Eyes open
20. The moment i knew
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

La vida de Ashley Bennet ha cambiado mucho desde que hizo un trato con el chico más popular del instituto, y ahora parece tener al alcance de su mano todo aquello con lo que llevaba tiempo soñando.

Cameron Parker ha conseguido su propósito y, sin embargo, parece haber perdido mucho más de lo que creía poder llegar a ganar. A veces, la vida te altera por completo los planes. Y todo se complica cuando debes elegir entre la amistad y el amor.

Y esa es una decisión que puede cambiar su vida para siempre.

ALINA NOT

Bad Ash

Sin miedo

CROSS BOOKS

1

Begin again

Hoy es el día en que empiezo de nuevo. Eso me digo a mí misma mientras miro mi reflejo en el espejo de cuerpo entero de mi habitación. Hoy empiezas de nuevo, Ashley. Ya me iba haciendo falta resetearme un pelín el corazón. Así que hoy soy oficialmente la nueva Ashley. La que siempre he querido ser. La que he aprendido a ser en el último mes de mi vida, pero sin dolor de corazón, sin dudas entre dos chicos guapísimos y olvidándome del señor ojitos verdes.

La transformación se produjo ayer. Y me siento como si me hubiera metamorfoseado de verdad. De oruga a mariposa. De capullo a otra cosa. Hace menos de veinticuatro horas que empecé a evolucionar. Cuando me marqué en la piel lo único que tenía que recordar de él. Y teniendo eso puedo prescindir de lo demás. Luego, tuve la cita improvisada bajo las estrellas más alucinante. Y así es como tiene que ser. Citas como esa cada día con el amor de mi vida. Con el chico del que llevaba enamoradísima cuatro largos años. Con mi chico malo que está dejando a un lado la fachada cuando me besa. Tyler Sparks. He conseguido lo que quería. Es hora de cumplir mi nuevo deseo. El único que se me pudo ocurrir anoche mientras veía estrellas surcar el cielo a toda velocidad. Es hora de olvidar a Cameron Parker.

Nuevo deseo. Nueva vida. Nueva Ashley. Esto promete. Si la gente sigue queriendo cuchichear sobre mí y mi triángulo amoroso con los dos capitanes del equipo de fútbol por los pasillos del instituto, que lo hagan. A la nueva Ashley no le importan las risas ni los rumores. Ahora sé perfectamente quién soy, y a quién quiero tener al lado. Al chico rubio de los ojos avellana. A mi amor platónico. Cada vez menos y menos platónico. Cada vez más y más cercano.

Muy bien, un bonito discursito de motivación en esta mañana de miércoles. A ver si consigo creérmelo de verdad para cuando salga de casa.

—¡Ashley! —oigo a mi madre gritarme desde el piso inferior.

Ya es la tercera vez esta semana que tengo que correr para poder coger el autobús. Desde que el toque de claxon de Cam no me sirve de aviso recogiendo a mi vecino, voy tarde todos los días. Menuda manera de comenzar el día en que empiezo de nuevo.

Bajo corriendo la escalera, haciendo malabares con la mochila mientras me pongo una chaqueta roja a toda prisa.

—¡Adiós, mamá! ¡Adiós, atontado! —me despido de mi madre y mi hermano, paso delante de sus narices y salgo antes que ellos por la puerta que mi madre mantiene abierta.

—¿Vas al instituto así vestida? —protesta mamá, aunque débilmente.

—¡Sí!

Ni me paro a discutir. No tengo tiempo. Efectivamente, llego a la parada justo cuando el autobús está a punto de cerrar las puertas y entro casi jadeando por la carrera. Me siento en mi sitio habitual, en el centro del vehículo. Y me pregunto qué tiene de malo mi atuendo. Vale, no suelo ir con falda al instituto. Vale, nunca he ido con falda al instituto. Puede que sea eso. La falda es corta, plisada y de color negro. La llevo con mis Converse blancas de bota, que son mis favoritas, y con una camiseta blanca sin mangas con la «S» de Superman plasmada en rojo y amarillo en el pecho. Tampoco me parece algo por lo que mi madre deba protestar. Creo que no se ha fijado en que también voy con los ojos maquillados. Mejor.

Mia sube en la penúltima parada. Se sienta a mi lado y me mira de arriba abajo, pero no dice nada. Ni buenos días. Debe de estar pensando lo mismo que mi madre. Pero yo no soy la única que se arregla más que antes para ir al instituto desde que tiene a alguien a quien impresionar. Sabe que es mejor no hurgar en ese tema. Sin decir palabra, me aparta con cuidado la chaqueta y levanta el borde derecho de mi camiseta ancha. Le doy un manotazo para que la suelte.

—¿Qué haces? ¿Meterme mano? ¿Aquí, en medio del autobús? —bromeo.

—Venga, Ash. Déjame verlo —pide, y lo intenta de nuevo.

—¡Quieta! —exijo.

Lucho para apartar sus manos de mí. Miro a los lados, pero nadie, en todo el autobús, nos está prestando atención. Levanto la tela de mi camiseta lentamente hasta el borde del sujetador y le enseño el tatuaje. Ocho letras impresas en mi piel.

—Ha quedado muy chulo. Tiene mejor pinta ahora que en la foto que mandó Emily ayer. ¿Lo ha visto tu madre?

—No. Claro que no —respondo, y vuelvo a taparme el costado con la camiseta.

—Ocúltalo cuanto puedas, pero te diré algo: el verano está a la vuelta de la esquina y tú tienes una piscina en casa.

Me limito a soltar un gruñido. La nueva Ashley es agradable con sus amigas e implacable con sus enemigos. Pero la nueva Ashley no está del todo despierta esta mañana. Anoche trepé hasta la ventana de mi habitación cuando ya pasaban varios minutos de las tres de la madrugada, así que la falta de sueño no me permite brillar todo lo que debería en el primer día de mi nuevo comienzo.

En cuanto avanzamos por los pasillos del instituto Truman hacia nuestras taquillas, oigo un taconeo acercándose a toda velocidad hacia nosotras.

—¡Enséñamelo!

Es Grace, que también se pone bastante más mona para venir a clase desde que sale con el chico del equipo de béisbol. Tengo que sujetarle las manos cuando intenta levantarme la

camiseta. Mis amigas no entienden el concepto de «intimidad» ni el de «espacio personal».

—Si quisiera que lo viera todo el mundo me lo habría hecho en la frente, ¿vale, Grace? —protesto.

—Te quedaría monísimo —se burla ella.

Al final, casi llego tarde a la primera hora de clase porque mis amigas no paran de entretenerme y, para cuando consigo tirar de la mano de Emily y correr hacia el aula que nos toca, tenemos menos de medio minuto para estar en nuestros pupitres. Corremos y reímos y, al doblar la última esquina, casi choco con un torso cubierto por una camiseta de fútbol. Los dos frenamos en seco y, cuando alzo la vista, encuentro unos ojos verdes. Aunque su olor ya me había dado una pista ligera de a quién tenía delante. Levanta las manos como pidiendo más cuidado mientras pasa por mi lado sin ni siquiera hablar. Emily tira de mí para apartarme de él, casi a la vez. Y yo me trago el nudo de la garganta y sigo mi camino con la máxima dignidad posible. A ver si mi nuevo deseo no tarda cuatro años en hacerse realidad como el último que se me ocurrió pedirle a una estrella fugaz.

Para cuando llega la hora del almuerzo yo ya he estado a punto de dormirme en clase en varias ocasiones. Es más que obvio que necesito un café. Así que dejo mis cosas en la mesa de siempre y mis amigas se quedan allí charlando entre ellas mientras yo entro en el interior de la cafetería para sacarme un café de la máquina. Y que esté bien cargado, por favor. No puedo evitar que los ojos se me vayan directos a la mesa que suelen ocupar los chicos del equipo. Ahí están: Tyler, Ryan, Troy. Y también Cam. Hasta me sorprende verlo con sus amigos, los dos últimos días no se ha dejado caer por aquí. A lo mejor Tyler y él están arreglando las cosas. Ya me dijo una vez que todo es relativo y, al final, siempre le ha perdonado todo a Tyler. Tengo que recordarme a mí misma que el capullo ha resultado ser Cameron y no Tyler, así que es bastante arriesgado presuponer que la culpa de lo que quiera que haya pasado entre ellos haya sido de mi rubio favorito. De todas formas, cada uno está en una punta de la mesa y no parece que estén en la misma conversación. Bueno, yo a lo mío, que será mejor.

Tengo que esperar a que dos personas saquen sus cafés antes que yo y luego selecciono lo que quiero antes de que la máquina empiece a preparármelo. Me vibra el móvil en la mano derecha con la llegada de un mensaje y lo consulto distraídamente.

> Parece que alguien tiene sueño esta mañana. ¿No has dormido mucho esta noche, Ash?

Me vuelvo para mirar al emisor del mensaje. Tyler tiene los ojos fijos en mí y no puedo evitar dedicarle una sonrisita cuando alza una ceja de forma burlona. Me encojo de hombros y recojo mi café, para echar a andar hacia la salida a la parte exterior otra vez. Pero alguien se interpone en mi camino. Mierda. No puedo enfrentarme a esto sin café. Bueno, con café probablemente tampoco podría. Porque Blair Wells me está repasando de arriba abajo y tiene su brazo tatuado

apoyado en la pared, mostrando todos los colores que le impregnan la piel, como un pavo real que muestra las plumas para impresionar. En este caso, para intimidar. Para intimidarme a mí.

—Ah, Ashley, qué bien que te veo —dice con una sonrisa falsa, y yo se la devuelvo exactamente igual que la que luce ella.

Hace ya casi dos semanas desde la fiesta en casa de Troy Cruz en la que su novio la dejó delante de mis narices y, de algún modo, pareció que lo hacía por mí, aunque esa interpretación tenga sus matices. Pero, claro, la semana pasada yo estuve en Japón y no tuvo ocasión de matarme. Hoy es el día. El día de mi nuevo comienzo es el día de mi final. Qué ironías de la vida.

—¿Qué tal, Blair? ¿Cómo estás? —pregunto como si realmente me interesara—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Claro que sí. —Sonríe de medio lado.

Miro hacia los lados, buscando una salida. O a alguien que venga a mi rescate. Pero nadie parece darse cuenta de que aquí está a punto de cometerse un asesinato.

—No pongas esa cara, mujer. —Ríe, y esa risa aún me asusta más—. No voy a pegarte. No delante de todo este público. De todas formas, nuestra rivalidad ha quedado en el pasado —comenta como si eso debiera tranquilizarme—. Los rumores dicen que te has decidido y que tienes algo con Tyler.

Me sorprenden sus palabras. No sabía que existían rumores sobre Tyler y sobre mí más allá del supuesto trío Bennet. Pero no digo nada. Cualquier cosa que le diga a esta bruja podría ser utilizada en mi contra.

—Eso me da igual —continúa—. No me suele importar si alguien hurga en mi basura. Ahora tengo otro objetivo en mente, si te digo la verdad. Y ya que me debes una por no acabar con tu insulsa existencia o con tu escasa vida social, he pensado que eres la persona adecuada para echarme una mano. —Y sonríe.

¿Blair Wells está intentando pedirme un favor? Esto sí que sería lo último que podría esperarme en la vida. Y no sé qué es lo que puede tener en mente. Pero estoy segura al noventa y nueve por ciento de que tampoco quiero saberlo.

—No sé por qué crees que yo querría ayudarte con nada.

Porque la nueva Ashley es una chica dura. Implacable con sus enemigos.

—Me parece que no te acuerdas de lo divertido que fue ver tu cara pegada por todos los pasillos del instituto. Qué mala memoria tienes, Ash —se burla—. Lo que tengo preparado para ti podría ser mucho peor que eso. O... podríamos llevarnos bien tú y yo, ¿qué te parece?

No creo que lo diga en serio. Imposible que lo diga en serio. Y es que su cara de mala leche me está dejando bastante clarito que no le gusto nada de nada. Más o menos lo mismo que siento yo respecto a ella. No me prestaría a nada de lo que propusiera ni aunque me fuera la vida en ello. Seguro.

—Me parece que la que tiene mala memoria eres tú —imito su falsa cordialidad, plantándole

cara—. Porque parece que se te olvida que eres la última persona del mundo con la que yo podría llevarme bien. Pensaba que sentías lo mismo que yo. Siento haberte dado falsas esperanzas.

Borra la sonrisa y me mira duramente.

—Yo creía que en el fondo era todo pura envidia. Que en realidad me admirabas mucho. Como no paras de ir detrás de lo que es mío y te dedicaste a comerte mis babas durante toda la fiesta de Troy Cruz —ataca.

—¡Ah! —suspiro—, lo dices por Mia. —Asiento lentamente con la cabeza—. No te preocupes, Blair, si nosotras somos solo amigas. Aunque, si estamos hablando de Tyler, técnicamente la que se ha comido mis babas serías tú. De hecho, yo besé primero. Pero no hablemos del bonito pasado. ¿Quieres decir algo o puedo seguir mi camino? Se me enfría el café —señalo tranquilamente.

—Mira, niñata... —Levanta un poco la voz, irguiéndose amenazante.

—¿Qué? ¿Tienes algún problema? —me envalentono yo usando el mismo tono.

—Eh, eh, eh. —Alguien se interpone entre nosotras y disuelve la tensión.

Es Vanessa. Me coge del brazo y me aparta de ahí rápidamente guiándome hacia la salida al exterior, que era precisamente donde yo quería llegar antes de toparme con la bruja.

—Ashley, ¿qué estás haciendo? —murmura aún cogida de mi brazo—. ¿Pretendes que Blair te dé una paliza?

—Esa matona no me da miedo —dejo claro, y me encuentro con una sonrisita en la cara de Vanessa cuando la miro—. Si tiene algún problema, mejor que lo aclaremos cuanto antes, ¿no?

—Se te va la pinza. ¿Todo esto es porque estás saliendo con Tyler?

—No estoy saliendo con Tyler —gruño, porque, en realidad, no sé muy bien qué es lo que estamos haciendo—. ¿Quién te ha dicho...?

Nuestras miradas se encuentran y no me hace falta terminar mi pregunta. Ni a ella responderla. Porque las dos sabemos quién le ha dicho que salgo con Tyler Sparks. Cameron, claro está.

—Dile a Cam que no se meta donde no lo llaman —le pido enfadada.

Vanessa pone cara de tristeza al escucharme. Otra que se había creído que entre Cam y yo podría pasar algo algún día.

—Ash —dice suavemente, como método para tranquilizarme—. Oye, Cam... —empieza, pero corto su frase con un gesto de la mano.

Está a punto de insistir cuando oímos a Troy llamarla «nena» desde la mesa de los jugadores del equipo. Ella se vuelve hacia allí y yo aprovecho para darle una palmadita en el costado a modo de despedida y volver a la mesa de mis amigas.

Ellas me reciben con protestas y un interrogatorio acerca de mi tardanza. Que para sacarse un café de la máquina no hace falta irse a Colombia a recolectar los granos, dicen. Qué bobas son. Pero no les digo nada sobre Blair. Esa es una guerra que ellas no pueden luchar por mí. Aunque sé que estarían dispuestas a hacerlo.

—Bueno, ¿y se puede saber qué es lo que te pasa esta mañana que te vas durmiendo por las esquinas? —pregunta Emily, y chasquea los dedos delante de mis ojos mientras yo sorbo mi café.

—Nada. Es que no he dormido mucho —digo, simplemente. Las tres me miran y Grace carraspea para que continúe con mi explicación—. Anoche había lluvia de estrellas.

—¿Y? ¿Te pasaste la noche suspirando al cielo a través de tu ventana como una Julieta sin Romeo? —pregunta Grace en tono burlón.

—No, le suspiré al cielo en Ancil Hoffman sentada en el sillín de una moto y Romeo me prestó su cazadora de cuero para que no pasara frío —dejo caer como quien dice que estudió historia y se fue a dormir a las diez.

A mi confesión le sigue un silencio bastante prolongado.

—Espera. —Mia es la primera en hablar—. ¿Con Ancil Hoffman quieres decir el parque Ancil Hoffman, con moto quieres decir moto y con Romeo quieres decir Tyler Sparks?

Yo sonrío de medio lado y me encojo de hombros con chulería. Estiro la espalda hacia atrás para dejar que el sol me acaricie la cara.

—¡Tía! —grita Emily rompiendo la calma. Y a partir de ahí las tres hablan a la vez—: ¿Qué? ¡No te creo! ¡Me muero! ¡Mírame, Ash! ¡Me estoy muriendo! ¡Vas a acabar conmigo! ¡No paras de provocarme infartos! ¡Estás matando a tu mejor amiga, Ashley!

—¿Saliste por ahí una noche entre semana? ¿Nos estamos volviendo locos? ¿Tu madre no te ha castigado de por vida todavía? —Son las preocupaciones de Grace.

—Madre mía, es como muy tu novio, ¿no, Ash? —opina Mia, al mismo tiempo.

—A ver, a ver, chicas, calma —pido al tiempo que levanto las manos—. Tyler no es mi novio. Solo hemos salido un par de veces. Mi madre no va a castigarme porque no va a enterarse de nada de todo esto: ni del tatuaje, ni de que ayer me escapé de casa por la ventana, ni muchísimo menos de que me veo con Tyler Sparks. —Exijo discreción.

—¿Has dicho «me escapé de casa por la ventana»? —trata de poner en claro Mia.

Yo me limito a asentir con la cabeza y ellas se vuelven locas otra vez. Qué amigas más exageradas tengo. Emily y Grace son las reinas del drama, pero esta vez Mia no se está quedando atrás.

—Vaya, chica, desde luego que eres la nueva Ashley. Haces bien, tía. Disfruta todo lo que puedas. Haz locuras y fóllate a Tyler, que después de cuatro años ya es hora —bromea Emily.

Hago una mueca, pero Grace apoya a nuestra amiga mientras las dos cuchichean sobre qué pasa conmigo y por qué sigo siendo virgen a estas alturas si hasta Mia ya se acuesta con chicas por la vida. Como si Mia y yo no las estuviéramos oyendo.

—No tengo intención de acostarme con nadie —aclaro—. De momento... —puntualizo luego con una sonrisa traviesa.

Mis amigas me vitorean.

—Madre mía, Ash, ¿te das cuenta? Te has convertido en la nueva futura reina del baile —

exagera Grace.

—Y yo me muero como te pongan la corona —añade enseguida Emily.

Mientras siguen parloteando acerca de mi nueva yo y mi nueva vida, cojo el móvil y veo que tengo dos mensajes nuevos. Lo desbloqueo sin perder tiempo. Son de Tyler.

Diría que siento ser la causa de que tengas que tomar café para sobrevivir esta mañana, pero es mentira. No lo siento. Ni un poquito.

Estás muy guapa hoy, por cierto.

Sonrío levemente al leerlo. Pero luego pienso que podría venir y decirme estas cosas a la cara. Estamos a menos de veinte metros. Lo que pasa es que no quiere que la gente lo vea conmigo. No quiere que todo el instituto sepa que sale con alguien como yo. Con una chica que era una de las invisibles hasta que unas cuantas mentiras la convirtieron en la «guarra» del instituto.

Tecleo una respuesta.

También podrías acercarte a hablar conmigo en vez de mandarme mensajitos para que la gente no murmure.

Un nuevo mensaje llega enseguida.

Que murmuren lo que quieran. Pero me resulta más excitante no tener que compartir esto con nadie. Solo tú y yo.

Vaya forma de intentar hacerme el lío para que sea su rollito secreto. Y quizá la Ashley del mes pasado pensara igual. No querría que la gente hablara. Pero ahora mismo a mí me da igual lo que digan los demás. Y no quiero ser la tonta a la que el chico guapo tiene escondida.

Da la impresión de que te avergüenza que te vean conmigo. Anoche no parecías avergonzado por nada.

Ahí tienes eso, Tyler. Y tú verás lo que haces con ello. Lo que hace es contestar con otro mensaje.

No te enfades, Ash. No se trata de eso. No es por ti, ni por mí. Es solo que hay cosas que están muy recientes y no quiero herir sensibilidades.

¿Herir sensibilidades? ¿Lo dirá por Blair? Me da la impresión de que Blair Wells no es de esas chicas con tanta sensibilidad como para poder herirla. Apuesto a que no es precisamente herida como se sentiría si me viera dándome el lote con su ex encima de una mesa del comedor.

Sin embargo, en cierto modo entiendo lo que dice. Es como si hubiera cambiado a una chica por otra. Bueno, esa es la realidad. Ha cambiado a una chica por otra. Y tampoco quiero que la

gente me etiquete como el segundo plato del quarterback. Quizá sea mejor ser discretos por el momento.

—Hola, chicas.

Levanto la vista de la pantalla cuando una voz conocida nos saluda a todas en general. Aunque inmediatamente se centra en Mia, claro. Es Gina que viene a preguntarle a su novia medio secreta cuáles son sus planes para esta tarde. Quiere saber si la acompañará a comprar no sé qué. Me quedo mirándolas a las dos por unos segundos. Veo cómo se hablan y se sonríen. Madre mía, son monísimas. Menuda pareja tan adorable.

—Por supuesto que irá contigo. Hasta el fin del mundo si hiciera falta —exagera Emily con una sonrisa pícara—. Siéntate con nosotras y prueba esto —ofrece, y le tiende una barrita Hershey de galleta y nata—. Dime si no es el mejor *snack* que has degustado en tu vida.

—Es el mejor *snack* que he degustado en mi vida. —Gina la contenta hablando con la boca llena tras darle un mordisco, sentada muy pegadita a Mia.

Y esta última nos mira a todas como si fuéramos ángeles caídos del cielo. Qué exageración. No esperaría que le pidiéramos a la chica que le gusta que se largara de nuestra mesa o algo parecido. Por favor. Tenemos una máxima en este grupo. Los amigos de nuestras amigas son nuestros amigos. Los enemigos de nuestras amigas son nuestros enemigos. Y los novios de nuestras amigas no son nuestros novios, pero los tratamos mejor que si lo fueran. Además, Gina es muy simpática, menos mal. No sé si podría aplicar la máxima de que las parejas de mis amigas son prácticamente mis parejas de tener que tratar con Blair Wells. *Ugg.*

Cuando la hora del almuerzo ya está llegando a su fin, Grace es la primera en abandonar la mesa detrás del culito del lanzador del equipo de béisbol. Vamos a tener que organizar una quedada de presentación oficial de novios porque ese Joe Richardson no se deja ver tanto como Gina, y ya no digamos Scott, que prácticamente es una más de las chicas cuando se junta con nosotras. Opino que al tal Joe ya le va tocando pasar por el escáner de las mejores amigas de su recién estrenada novia. Después de Grace, Gina y Mia se van juntas y cogidas de la mano. O sea, en serio, no podrían ser más adorables ni aunque lo intentaran.

Emily y yo entramos en el comedor y nos encontramos con Scott y un par de chicos más que van con él.

—Hola, Scott —saludo con una sonrisa.

Él me la devuelve. Pero mucho más amplia que la mía y bastante más burlona.

—¡Anda! ¡La amiga famosa! —bromea en voz baja. Me pasa un brazo por los hombros y me zarandea suavemente—. ¿Sabes? Acabo de oír en esa mesa de ahí que al final te has decidido a quedarte con Tyler porque la tiene más grande. Con la de veces que me han dicho eso de que el tamaño no importaba —termina, con fingida decepción.

Lo empujo para apartarlo de mí y él se ríe y luego pasa a achuchar a Emily, que protesta, pero se deja hacer.

Al pasar por delante de la mesa del equipo de fútbol puedo percibir con claridad la

expectación de los que están alrededor. Y la tensión también. Eso se me contagia casi hasta a mí. Miro hacia allí y veo a Tyler y a Cam enfrentados. Troy parece tener toda la intención de meterse entre ellos, pero todavía no hay pelea que disolver, aunque la actitud de los dos deje claro que no están muy lejos de llegar a las manos. Cam está de espaldas a mí, pero le veo los puños apretados a los lados de su cuerpo, con un vaso de cartón aplastado en la mano izquierda. Tyler tiene los ojos clavados en él y la mandíbula tensa. Y yo ya sé lo que pasa cuando tensa así la mandíbula. Me parece del todo inevitable que alguno de los dos dé el primer puñetazo en el plazo de décimas de segundo. Entonces veo a Cam dar un paso atrás. Tyler dice algo en voz baja y el moreno vuelve a acercarse. Todos los músculos de sus brazos están en tensión.

—¿Vas a pegarme, Cam? —se burla su contrincante.

Cameron Parker no contesta. Tira el vaso aplastado encima de la mesa, con rabia, y el objeto pasa a unos centímetros del cuerpo de Tyler. Luego, con los puños aún apretados, da media vuelta para salir de comedor.

—Vete a tomar por culo. —Lo oigo gruñir mientras se aleja.

Clavo la mirada en Tyler y él se fija en mí también. Sigue con cara de cabreo, pero relaja un poco la expresión al encontrar mis ojos. Luego, coge sus cosas y se acerca.

—¿Me podrás hacer de chófer esta tarde cuando acabe el entrenamiento? —pregunta al inclinarse hacia mi oído.

Tan tranquilo. Como si no hubiera pasado nada. Como si hace tan solo medio minuto no hubiera estado a punto de partirse la cara con su mejor amigo. O su ex mejor amigo. No sé qué está pasando entre estos dos. Pero, desde luego, están muy cabreados.

Asiento levemente, sin hablar. Él sonríe y me da un apretón en la cintura antes de largarse hacia su próxima clase. A lo mejor cuando esta tarde lo tenga atrapado en el coche de mi madre puedo hacer que me cuente por fin a qué se debió la pelea entre Cameron y él.

El único problema que se me presenta es que esta tarde no tengo el coche de mi madre. Cuando se lo pido me dice que no puede dejármelo porque tiene que llevar a Eric a no sé dónde, o recogerlo, o algo así. No la escucho mucho. He quedado en recoger a Tyler y necesito una solución. Aunque eso no se lo digo a mi madre, por supuesto.

Al final, cuando aparco en las plazas detrás del campo de fútbol no es el coche de mi madre sino el de mi padre el que he conducido hasta allí. Este coche lleva tanto tiempo parado en el garaje que hasta me ha costado arrancarlo. Y eso que mamá lo lleva a dar una vuelta de vez en cuando. Yo nunca lo había cogido y es mucho más grande que el que suelo conducir. Me he dicho a mí misma que, si pude llevar el Honda de Cameron Parker de camino al lago Tahoe, puedo llevar un Audi A6 desde casa hasta el instituto, ¿no? La nueva Ashley no se asusta por tener que aparcar un coche grandecito. Le he mandado un mensaje a papá pidiendo permiso y me ha respondido al instante con un «por supuesto, dale una vuelta a ese viejo trasto», así que aquí estoy.

El entrenamiento aún no ha terminado, aunque son más de las siete, y yo me acerco a las

gradas procurando no dejarme ver mucho. Pero cuando llego hasta el borde del campo me doy cuenta de que las animadoras también están practicando sus bailecitos al otro lado del césped, así que me relajo y subo a la zona de los asientos para sentarme a esperar. Allí está Jessica Harris subiendo a lo más alto de una pirámide humana. A ver si se les cae... No está bien desear al mal a nadie. Eso ya lo sé. No puedo evitarlo. No quiero que se rompa ningún hueso ni nada, solo que se haga un poquito de daño y ya. Bueno, y que haga el ridículo. Un poquito de ridículo también puede ser aceptable. Pero no, no se cae. Qué pena. Vanessa parece estar en su salsa lanzando órdenes a las chicas por aquí y por allá.

—¡Parker, ¿qué pasa con ese balón?! —Oigo gritar al entrenador. Consigue centrar mi atención en los chicos—. ¿No tienes un partido importante el sábado?

Y creo que Cam no responde nada, aunque quizá no estoy lo suficientemente cerca para enterarme, pero le lanza un balón a Troy y se aleja trotando hacia el final del campo.

Poco después lo oigo gritar. Sí, al chico de los ojitos verdes. Se ha quitado el casco y parece muy cabreado mientras se acerca al centro del campo de nuevo. No he visto bien lo que ha pasado, pero parece que Tyler le ha hecho un pase malo.

—¡¿De qué vas?! —grita Cam al llegar a su altura.

Ryan se planta ante él y lo empuja hacia atrás para contenerlo. Tyler se está quitando el casco, tranquilo, y sonríe burlonamente. ¿Lo habrá hecho a propósito? No sé mucho de fútbol, esa es la verdad, pero, por lo que he podido oír decir a Cam, un mal pase puede terminar en que el receptor se haga daño.

—¡Sparks! ¿Qué pasa contigo? —El entrenador también parece molesto—. Espero que el sábado os acordéis los dos de que jugáis en el mismo equipo. ¡Hemos acabado! Largaos de aquí.

Pita el final del entrenamiento para los más alejados. Veo que Ryan no se separa de Cam en el camino de vuelta a los vestuarios, seguramente para evitar otro conato de pelea con el quarterback. Y este último me hace una seña para que me acerque hasta el borde de las gradas.

—¿Qué tal, preciosa? —pregunta en voz suficientemente alta como para que nos puedan oír los que ya han pasado hacia el vestuario.

Cam, que no me había dirigido ni una mirada al pasar por mi lado, vuelve la cabeza, pero enseguida continúa su camino.

—Te espero en el coche, ¿vale? —propongo—. He venido con el de mi padre.

—¿Con el Audi?

Asiento.

—Muy bien. Salgo enseguida.

Mira hacia los lados para asegurarse de que estamos libres de miradas indiscretas y me besa por encima de los barrotes que nos separan.

Estoy montada en el asiento del conductor cuando veo a Cam avanzar hacia su coche. Vuelve la cabeza y me mira. Solo un segundo. Luego termina de recorrer la distancia que lo separa de su

vehículo, tira la bolsa en el asiento trasero y se sienta al volante. Un suspiro se me escapa sin querer. Y me acaricio distraídamente el costado derecho sobre el tatuaje. Sé valiente, Ashley.

—Gracias por venir a por mí —dice Tyler al tiempo que sube a mi lado—. Mi madre me ha confiscado la moto hasta nuevo aviso.

No me deja decir nada antes de besarme. Respondo a su beso. Porque es Tyler Sparks. Porque llevo enamorada de él demasiado tiempo. Porque está muy bueno. Porque quiero olvidarme de la imagen de las gotitas de agua resbalando por la nuca de Cameron Parker. Por eso también. No está mal que esa sea una de las razones, ¿o sí? Tengo cien razones para besar a mi amor de toda la vida, no pasa nada si un par de ellas, o una decena, tienen que ver con el moreno que acaba de largarse del aparcamiento. Digo yo. Convéncete, Ashley. Si tengo que olvidarme de Cam, no veo mejor forma que esta.

Tardamos más de lo previsto en salir del aparcamiento. Más. Bastante más. Puede que una hora. Porque el primer beso ha llevado a un segundo. Y el segundo a un tercero. Y, antes de darme cuenta, tenía las manos de Tyler por todo mi cuerpo y el ambiente estaba muy caldeado y yo estaba prácticamente sentada en su regazo, clavándome el freno de mano en la pierna, pero sin darle ninguna importancia. El placer de los dedos de Tyler jugando por debajo de mi camiseta no me ha dejado pensar en otra cosa. Estaba tan excitada que ni me ha incomodado que una de sus manos abandonara mis pechos y se metiera bajo mi falda. Todo lo contrario. Yo también he acariciado mucho más de lo que probablemente debería. Es que no quería parar. Hasta que, sin previo aviso, mi mente ha empezado a imaginarse que eran unos ojitos verdes, y no avellana, los que me miraban con deseo. Hasta que me ha encogido el estómago que la sonrisa canalla que me he encontrado frente a mí no fuera a la que me he acostumbrado en el último mes. Y entonces sí he tenido que parar.

Tyler ni siquiera se ha enfadado por mi brusquedad, pero ahora que estoy conduciendo de camino a casa él va muy callado a mi lado. Parece que le he estropeado su juego favorito y ahora no sabe bien qué decir. Tampoco pretendería que perdiera la virginidad con él esta tarde, en el aparcamiento, en el coche de mi padre, ¿no?

—¿Puedo poner la radio? —pide cuando empieza a sonar otra de las canciones de Taylor Swift desde un USB conectado al reproductor de música.

—Eh... sí —concedo, atenta a la carretera.

—Algún día tendré que enseñarte buena música de verdad para que dejes de escuchar bazofia, Ash.

Lo dice en tono de broma. Y sé que es así como debería tomármelo. Pero mi corazón protesta al oírlo. Casi como lo hace el estómago cuando tienes mucha hambre. Algo parecido me hace el corazón por un momento. Puede ser el primer síntoma de la decepción. De esa decepción que tenía miedo de que llegara desde el primer momento en que accedí a ir a una cita con Tyler Sparks. Me estoy dejando llevar por todo lo que ha pasado esta semana. Venga ya, Ashley. No, no es decepción. Es que no estás muy centrada hoy. La nueva Ashley aún necesita un poco de

tiempo para asentarse. Eso es lo que es. Tyler es perfecto para mí. Eso lo sé desde el día en que lo conocí. Pero me preocupa no poder parar de pensar en mi voz y la de Cam canturreando a la vez esas palabras que Tyler acaba de hacer desaparecer pulsando un botón y poniendo la radio. «Me encanta Taylor Swift.» Oigo el tonito burlón de Cameron como si lo tuviera justo al lado. Y luego me acuerdo de algo que no recordaba del día de la fiesta de Troy. Es mi propia voz sonando en mi cabeza: «Me encanta Taylor Swift. Y me encantas tú».

Cuando paro en el camino de entrada a mi casa, el coche de mamá ya está ahí de vuelta. Tyler me besa un ratito más antes de irse a su casa. Le devuelvo los besos con ganas. Con todas las ganas que puedo. Y concentrándome en acumular cada vez más para que, la próxima vez, no tenga que vérmelas con mis absurdos pensamientos acerca de Cam cuando esté con él.

Para cuando entro en casa ya sé que me he metido en un lío. Que llego demasiado tarde y que he sido tan descuidada de besar a Tyler Sparks justito delante de la puerta. Claro, Ashley, ¿en qué estás pensando?

Mi madre no tiene muy buena cara cuando se enfrenta a mí.

—¡¿Qué te crees que estás haciendo?! —me grita, y eso es algo que mi madre hace en muy raras ocasiones—. Me prometes que no vas a volver a estar a solas con ese... ese... porrero. ¿Y le haces de taxista? ¿Te das el lote con él en el coche de tu padre? ¿Qué haces, Ashley?

—No es un porrero. —Lo defiendo—. Y no te pongas así. Me gusta Tyler de toda la vida. Menuda sorpresa —ironizo.

Paso por su lado para llegar a la escalera.

—¿Y qué pasa con Cam? —pregunta en un tono más calmado.

—¡Cam es un mentiroso, mamá! —Esta vez soy yo quien levanta la voz—. Hazte a la idea, porque esto es lo que hay.

—¡¿Lo que hay?! —La oigo gritar detrás de mí, pero no detengo mi avance escalera arriba—. ¡Escucha bien, Ashley Bennet! ¡Me has desobedecido descaradamente! ¡Y no voy a aguantarte esta actitud! ¿Me oyes?

Sigo escalera arriba como si no la oyera.

—Estás castigada —sigue—. Te vas a pasar las tardes encerrada en tu cuarto estudiando hasta que yo lo diga. ¡Y te prohíbo que vuelvas a ver a ese chico!

Mi única respuesta es dar un portazo cuando entro en mi habitación.

2

Jump then fall

—Estoy castigada, Tyler. Si no estoy en mi casa antes de que llegue mi madre, voy a pasarme el resto de mis días atada a la pata de la cama con una cadenita.

No parece afectarle la negrura de mi destino, porque sigue tirando de mi mano para arrastrarme al interior del vestuario de los chicos, con él.

—Me encantaría tenerte encadenada a la pata de mi cama —murmura en mi oído antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Me hace cosquillas con su incipiente barba, así que suelto una risita y lo aparto de mí con desgana.

—Eso no ha sonado tan erótico como tú te crees —aviso—. Ha sonado mucho más siniestro y aterrador de lo que debería.

Me mira a los ojos y alza las cejas.

—¿Sí? Me encantaría tenerte encadenada a la pata de mi cama —repite, con una voz mucho más perversa que la que ha utilizado antes.

Le pego en el pecho y sonríe. Me envuelve entre sus brazos y me hace girar hasta que quedo de espaldas a la hilera de taquillas. Me guía hasta apoyarme en el borde metálico y me separa las piernas con una mano para colocar las suyas entre ellas.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta, con los labios pegados a mi cuello y una mano en mi nalga derecha.

—Para estar segura de que mi madre no sospecha, veinte minutos antes de tener que estar ya de camino en el coche —calculo.

—Me sobran diez —asegura en tono de broma.

—Ah, así que eres de esos... —pico burlonamente.

Tyler me mira y hace una mueca. Luego me besa en los labios con avidez. Yo cierro los ojos y le rodeo los hombros anchos con mis brazos y le acaricio suavemente la nuca. Merece la pena escaparse de casa, aun estando castigada, para pegarse a los labios de Tyler Sparks. Seguro que sí. Aunque solo lleve un día castigada. Además, mi madre ya debería saber que prohibirle a tu hija de diecisiete años ver al chico del que está enamorada puede tener como consecuencia que ella aún tenga muchas más ganas de verlo, ¿no? Que probablemente la locura acabe haciendo

que todo termine en desgracia. Bueno, estoy bastante segura de que ha leído a Shakespeare alguna vez. Pero la cuestión es que, ahora mismo, el adjetivo «enamorada» no termina de pegarme del todo con la situación actual. No sé si estoy enamorada de Tyler. No sé si alguna vez lo he estado de verdad. Sí, me gusta mucho. Sí, besa de muerte. Sí, me excita escaparme de casa para verlo en secreto, y ya no digamos la manera en que me toca... Pero mi corazón y mi cabeza siguen sin ponerse de acuerdo y, siendo así, parece muy arriesgado tener también en cuenta la opinión de mi libido. Podría acabar volviéndome loca.

Aprovechando que mi madre tenía que ir con Eric a su competición de kárate y que después tenían un picoteo con sus compañeros y las madres de los mismos, he cogido el coche de papá y me he venido hasta el entrenamiento del equipo de fútbol. He llegado cuando ya acababa, claro. Y los musculitos ya empezaban a despejar esto y no me he cruzado con quien yo no quería, así que todo bien. El problema es que ahora Tyler está sin camiseta y me tiene atrapada contra las taquillas. La verdad es que, aunque su cuerpo no me lo impidiera, tampoco querría irme.

—No iba en serio lo de los diez minutos —susurra cuando se aparta de mi boca—. Necesito todos los minutos que me des.

Sonrío levemente, y me veo obligada a soltar un gemido cuando sus labios se deslizan por mi cuello y su mano izquierda me baja el escote del vestido para acariciarme. Qué bien lo hace. Su mano derecha me recorre la piel del muslo en sentido ascendente, bajo la falda. Y casi estoy dispuesta a dejar que me haga lo que quiera.

—¿Estás seguro de que ya no queda nadie aquí? —Me inquieto, una vez más.

—Segurísimo. Lucas ya ha salido y siempre es el último en salir porque se echa como un millón de cremas. Es peor que una tía.

Me aparto para mirarlo con cara de pocos amigos.

—Es un decir —se defiende—. Ash, déjame tocarte —pide, con voz seductora, aunque no ha dejado de hacerlo—. Vamos a ir poco a poco, como tú quieres. Pero déjame enseñarte cuánto puedo hacerte disfrutar. No pido nada a cambio.

Qué altruista, él. No me niego. Porque quiero que siga. Hasta que me vuelva loca. Miro hacia un lado para asegurarme de que la puerta está cerrada. Veo algo que llama mi atención en uno de los bancos que hay a la izquierda de la entrada. Es un reloj. Y me suena. Mucho. El reloj de Cam. Con lo bien que iba. Con lo poco que estaba pensando en él. No estaba pensando en nada, en realidad. A la mierda con eso. A la mierda con Cameron Parker. Cojo la cara de Tyler entre las manos y presiono mis labios contra los suyos, cerrando los ojos con fuerza. Quiero no pensar. En nada. En nada que no sean sus manos en mi cuerpo.

Y lo consigo. Vaya que sí. Porque Tyler hace muy bien su trabajo y no deja de murmurarme cosas al oído que me excitan mucho más de lo que yo pensaba que podría excitarme toda esa palabrería guarra, mientras mueve su mano por debajo de mi falda. Y sé que estoy fuera de control, porque no puedo parar de gemir contra su cuello y de mover las caderas exigiendo más. Nunca me habían hecho algo como lo que él me hace, creo que me voy a morir de placer en

cualquier momento. Sí, lo siento mamá. Me escapé de casa para que Tyler Sparks me masturbara sin piedad y morí en el intento. Qué deshonra para la familia.

—Veo que te gusta —murmura pegado a mí. No le veo la cara, pero por su tono puedo adivinar una sonrisa engreída al tiempo que habla.

Respondo lanzando un suspiro.

No me veo capaz de decir nada. Solo de gemir y suspirar y gemir un poco más fuerte. Estoy a punto de llegar al orgasmo. Lo sé. Me vibra todo el cuerpo. Un poco más y será el orgasmo más intenso que haya tenido en mi vida. Lo veo venir.

Justo en ese momento oigo cómo se abre la puerta. Y Tyler también debe de haberlo oído, porque los dos volvemos la cabeza hacia la fuente del sonido. Aunque no nos da tiempo a apartarnos. Y su mano aún está entre mis piernas cuando yo me topo de frente con unos ojos verdes.

—No me jodas —gruñe Cameron.

Vuelve a salir. Sin recoger lo que venía a buscar. Su reloj, supongo. Cierra de un portazo que retumba por toda la enorme sala.

—Mierda —murmuro, y me aparto de Tyler.

Me coloco bien el vestido mientras él me mira, contrariado.

—¿Qué pasa? —me habla dulcemente—. No te preocupes, Ash. No va a tener pesadillas esta noche —se burla—. ¡Como si él no lo hiciera!

Añade lo último con una risita. A mí se me revuelve el estómago al oírlo. Como si él no lo hiciera. Me acuerdo de la mano de Cam bajo la falda de Jessica Harris en su fiesta de cumpleaños. Y casi me dan ganas de vomitar. No quiero que él lo haga. No quiero que lo haga con ninguna otra. Mierda. Ashley, olvídate de ese maldito tío de una vez.

—Tenemos que irnos a casa —informo—. Venga.

—Puto Cam —masculla entre dientes, recoge su camiseta y me sigue hacia la salida.

Me vuelvo para mirarlo un momento y él me enseña la mano que acaba de salir de mi falda y se la lleva a la boca para lamerse un dedo.

—Eres un guarro —bufo, y sigo andando hacia la puerta.

Suelta una carcajada.

—Y tú también.

Me agarra por la cintura y pega su cuerpo al mío.

Puedo sentir su erección en la parte baja de la espalda a través de los vaqueros que lleva. Pero ahora no estoy de humor para que eso me dé ganas de quedarme un poquito más. A mí se me ha ido toda la excitación a los pies. Tyler tiene razón: puto Cam. Por su culpa, me he quedado a medias.

Ya es viernes por la mañana y Emily no me deja tranquila ni un momento con sus preguntas

mientras caminamos para dejar las cosas en nuestras taquillas antes del almuerzo. Quiere absolutamente todos los detalles de lo que pasó ayer con Tyler y lo que vio o no vio Cam. Y cómo conseguí escaparme de casa y que mi madre no se enterara. Parece que soy la nueva heroína de mi grupito de amigas. No parecen nada escandalizadas por que yo me escapara de casa tras el castigo estricto de mamá solo para que el quarterback del instituto me metiera la mano por debajo de la ropa. Empiezo a pensar que son mucha peor influencia de lo que mi madre se cree.

—¡Madre mía, Ash! ¿Has visto esto? —Grace se nos une desde el otro lado del pasillo y me tiende una hoja de papel.

Emily la intercepta antes de que yo pueda cogerla, claro. Menuda cotilla es, aunque Grace no se haya dirigido a ella en ningún momento. Intento mirar por encima de su hombro, pero no me deja ver nada. Me he puesto nerviosa enseguida, porque la última vez que me dijeron que mirara un papelito resultó que mi cara estaba por todas las malditas paredes del instituto.

—Vaya, Ash —murmura mi mejor amiga.

—¿Qué pasa? —Me impaciento. La empujo para poder arrebatarle el papelito de las manos—. ¿Qué es esto?

—La lista de los nominados para rey y reina del baile, tontita —informa Grace, con una sonrisa traviesa.

Alzo las cejas y vuelvo a releer el papel. Tienen que estar de broma. Porque en este papel pone mi nombre. Mi nombre junto al de Vanessa Miller, el de Jessica Harris y el de Lauren Bale, otra exnovia de Tyler. Las tres animadoras. Y yo... No puede ser real. ¿Quién iba a nominarme a mí? Alguien quiere reírse de mí. Y preferiría que fuera eso. Yo no quiero estar nominada para reina del puñetero baile.

Y hablando de gente que pasa de ser coronada en el puñetero baile, por ahí se acerca Cam. Va solo y un poco cabizbajo. Su nombre también está en el papelito, claro. Nominado a rey del baile junto a Tyler Sparks, Lucas Jackson y Howard Adams, el único nominado que no es del equipo de fútbol, pero al menos él está en el de béisbol. Yo soy una del montón. Cameron pasa por nuestro lado sin decir nada, pero, al ver que tengo el papelito en la mano, me mira. Sus ojos se encuentran con los míos y me dedica una sonrisita irónica. Casi con desprecio. Un «ahí tienes lo que querías» sin palabras.

Corro tras él cuando pasa de largo y le corto el paso. Se para, lanza un suspiro resignado y alza las cejas.

—¿Has sido tú? —acuso.

Señalo mi nombre en el papel.

—Claro que no.

Intenta pasar por mi lado y me muevo para que no pueda avanzar. Suelta un gruñido bajito. Pero no quiero jugar con su paciencia, solo dejarle clara una cosita.

—Ya que te has propuesto ignorarme, haznos un favor a los dos e ignórame del todo —pido

—. Ahórrate tus miraditas de desprecio y tus sonrisitas burlonas.

—Vaya. Yo que creía que te encantaba mi sonrisa, princesa —se burla a la vez que muestra la más exasperante de su repertorio—. Sería más fácil si no aparecieras en todos los sitios a los que voy yo.

—No voy a los entrenamientos para verte a ti —le dejo claro, enfadada.

Sonríe de medio lado y niega con la cabeza.

—Claro que no. Nunca lo has hecho —determina. Me parece notar un deje de amargura en su frase—. Espero que te nombren reina del baile —desea, aunque no me parece del todo sincero—. Lo único que te falta ya es una maldita corona en la cabeza.

Esta vez no me interpongo cuando pasa por mi lado para seguir su camino. ¿Qué le pasa a este imbécil? Cameron Parker es un auténtico capullo. Tal y como yo sospechaba hasta el momento en que se dignó a hablar conmigo por primera vez. Y estoy tan convencida de que lo es que me descoloca el hecho de que, solo tenerlo delante, me haya dejado el corazón desbocado. Podría decir que tengo ganas de matarlo. Porque las tengo. Muchas. El problema es que tengo las mismas ganas de matarlo que de besarlo. Y eso a pesar de lo borde que es conmigo desde principios de semana. Estás mal de la cabeza, Ashley.

La conversación con mis amigas durante el almuerzo gira por completo en torno al baile y la posibilidad de que yo sea la siguiente reina coronada en el instituto Truman. Casi me da pena que las pobrecitas crean de verdad que tengo posibilidades. Qué leales y entregadas estas chicas. Yo sé que mi nombre no llegará más allá de esta simple lista de nominados. Y tampoco quiero que lo haga. Es más que seguro que la corona va a ser para Vanessa. Y, desde luego, es quien más la merece. Porque, si nombran reina a Jess, yo sí que me muero. Y eso es lo que está diciendo Emily precisamente, que «muere» pero «muere del todo» si me coronan reina a mí. Aunque su tono es diferente al mío, claro.

—¿Qué vamos a hacer con tu vestido? —se preocupa Grace—. ¡No tienes vestido! El baile es en dos semanas. Y si te eligen reina no puedes ir vestida de cualquier manera... ¡Convoco sesión urgente de compras para mañana!

Pongo los ojos en blanco cuando las otras dos empiezan a barajar horarios y lugares para buscarme un vestido.

—Chicas —las freno al tiempo que levanto las manos frente a ellas—. Os estáis olvidando de un detalle importante: estoy castigada. Ni siquiera sé hasta cuándo, así que es posible que ni pueda ir al baile de todas formas.

—¿Qué? ¡No! —rechaza la idea Mia—. Tu madre no te haría eso, tía.

—¿No? —Lo dudo—. Porque resulta que estoy castigada por verme con Tyler y tengo prohibidísimo salir con él, y... ¿no sé si os acordáis de quién es mi pareja para el baile? —ironizo.

—Eso tu madre no tiene por qué saberlo. —Emily da con la solución—. Podemos decir que hemos decidido ir al baile las cuatro juntas, sin parejas. Y una vez en la puerta cada una entra con

quien le dé la gana. Nunca se enterará. Corrijo: para cuando se entere ya será tarde —se retracta cuando ve cómo la miro.

Nos quedamos todas en silencio durante un par de minutos. Sé que probablemente ellas estén pensando en la estrategia para librarme de mi castigo más pronto que tarde. Pero yo estoy pensando que, si fuera al baile con Cam, mi madre no tendría ningún problema en dejarme marchar y hasta en darme un par de condones por si la noche se pone interesante. Con Cam todo sería mucho más fácil. Y no solo eso. «Cam no quiere saber nada de ti», me dice una vocecita que parece del todo la mía dentro de mi cabeza. Vale, vale, ya lo sé. No hace falta repetir los pensamientos negativos a todas horas.

—¿Y el partido de mañana? —Oigo preguntar entonces a Mia, lo que rompe el silencio en la mesa.

La miro. Ella me está mirando fijamente a mí. Con cara de circunstancias, como si perderme un partido de fútbol fuera la mayor desgracia que me pudiera acontecer en la vida. Y las dos sabemos que no lo es. Las cuatro lo sabemos. Pero ningún año hemos faltado al partido contra los de St. Francis. Y este año en concreto resulta que sí que es una desgracia para mí no poder acudir porque sé lo importante que es para Cam. Me siento en la obligación de estar ahí para apoyarlo. Aunque él no lo necesite. Aunque sea un capullo. Aunque yo sea una tonta. Pero quiero estar en ese partido. Si no, me pasaré la mañana en casa mordiéndome las uñas y pensando en cómo irá.

—No puedes perderte el partido —se escandaliza Emily al contemplar esa posibilidad—. Aunque no tengamos ni idea de fútbol. Nunca nos perdemos el partido contra los del St. Francis. Son nuestros enemigos, y el odio une a todo el instituto en ese partido. Tienes que unirte al odio, Ash. No seremos nada sin ti en esas gradas —exagera.

—Sí. Y eso por no mencionar que tu novio es el quarterback —añade Grace.

—No es mi novio —digo, y las tres lo pronuncian justo a la vez que yo, burlándose de mí—. Y sí que voy a ir a ese partido.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunta Emily.

Buena pregunta. Muy muy buena pregunta.

—No tengo ni idea.

—Esos planes son mis preferidos. —Grace sonríe y asiente con la cabeza a la vez—. Me subo al carro.

Una vez finalizado el almuerzo, nos cruzamos con Vanessa camino de nuestras taquillas.

—Ey, Ash —dice, al tiempo que me pasa un brazo por los hombros—. Enhorabuena por tu nominación. Tienes mi voto —añade, un poco más bajo, en tono de broma.

—Y tú tienes el mío, créeme.

—¡Más te vale! —exclama con una risita y me señala con el dedo antes de alejarse por el pasillo.

Llego frente a mi taquilla y mis amigas ya están ahí, mirando mi puertecita y sin saber muy

bien qué hacer. Porque hay una pintada bastante grande. Y ya habíamos borrado el «puta» del otro día, pero ahora alguien ha vuelto a escribirlo, aún más grande. Y debajo pone «reina del baile». «Puta reina del baile.» Pero qué cosas más bonitas me dicen.

Sé perfectamente a quién debo agradecerle el grafiti. Y esta vez no voy a callarme. Dejo atrás el eco de las voces de mis amigas llamándome mientras avanzo decidida por el pasillo. No se atreven a seguirme. Han debido de darse cuenta ya de que la nueva Ashley es totalmente implacable con sus enemigos y no quieren que les salpique la sangre. Seguro que es eso. No tardo demasiado en localizarla. La melena rubia ondea de un lado a otro mientras ella se ríe exageradamente del chiste de un defensa del equipo de fútbol. Justo al lado está el resto de mis nuevos maravillosos amigos: Vanessa, Troy, Ryan y Cam. Sí, Cam también. Qué bien. Llego a la altura de Jessica justo cuando ella deja marchar al chico con el que tonteaba. Ni me ha visto venir y, cuando se vuelve con una sonrisa, me encuentra a solo dos pasos de ella. Estoy muy cabreada. Se le borra la sonrisa y pone cara de sorpresa, pero no dice nada. Y, en cuanto yo empiezo a hablar, siento cómo el resto de sus amigos se vuelven para mirarme, probablemente sorprendidos por escuchar mi voz en esta zona tan exclusiva de taquillas.

—Me ha encantado tu mensaje, Jess. Aunque debo decirte que la esperanza es lo último que se pierde. Mujer, no tires la toalla todavía. Aún puedes ser tú la puta reina del baile si te esfuerzas un poquito —me pronuncio con voz burlona y una sonrisa en los labios.

—No sé de qué me hablas —dice tranquilamente.

—No, claro. —Me muestro falsamente comprensiva, borrando mi sonrisa—. Mira, mejor la próxima vez que tengas algo que decirme, vienes y me lo dices a la cara, que es un incordio borrar el espray de la taquilla. ¿Querías decir algo?

Los demás, a nuestro alrededor, están en completo silencio. Aunque sé que en cualquier momento Vanessa intervendrá para frenar la disputa. Es una pacificadora. Y eso a pesar de su fama de abeja reina venenosa.

—No sé dónde crees que vas con esos humos, Ash —me responde, con una sonrisa engreída en la cara—. Una nominación a reina del baile no te convierte en nadie en este instituto, no te lo creas demasiado.

—Desde luego. No hay más que tomarte a ti como ejemplo —ataco sin dejarla terminar—. ¿Puedo saber cuál es tu problema conmigo ahora? Porque, ya ves, mira a Cam, ahí lo tienes, todo tuyo —señalo sin ni siquiera mirar al aludido.

—Lo dices como si hubiera sido tuyo alguna vez —suelta Jessica, y acompaña su comentario con una risita.

—Claro que no. —Trato de parecer todo lo calmada que puedo—. Ya te dije que yo no estaba interesada.

El golpe seco de una taquilla al cerrarse, con mucha más brusquedad de lo normal, nos hace volvernos hacia el grupito. Tyler acaba de llegar a la altura de Ryan, pero no es eso lo que más me llama la atención. Cameron ha sido quien ha cerrado su taquilla y nos mira a las dos echando

chispas por los ojos. Y me refiero a chispas de rabia, no de esas maravillosas que podía ver cada vez que él reía.

—A mí dejadme fuera de vuestras movidas —avisa muy enfadado. Pasa entre las dos para alejarse del resto de nosotros—. Sois las dos iguales —gruñe.

Y se va.

Eso duele. Y me baja los humos en décimas de segundo. La nueva Ashley se acaba de retirar a un rinconcito a llorar como un bebé. Se me pasan por la cabeza un montón de comentarios de Cam que terminan de machacarme el corazón. Como cuando dijo que yo era increíble. O que era demasiado mona. Que lo hacía sonreír. Mentiras, mentiras, mentiras. Pero también me acuerdo de ese «Jess no es mi tipo». Y si las dos somos iguales es más que obvio que yo tampoco lo soy. Bueno, nunca lo he sido, ¿no? No debería importarme. Esto ya no debería importarme. Porque Cameron Parker es el primer nombre en mi lista de personas a olvidar.

Tyler se pone a mi altura y me agarra firmemente del brazo para empujarme lejos de Jessica.

—Ash, ven conmigo un momento —murmura para que no nos oigan.

—¡No! —exclamo firmemente y en voz lo suficientemente alta.

Sacudo el brazo para que me suelte y, cuando lo hace, me alejo con paso airoso de vuelta hacia mi zona de taquillas. No tengo ganas de jueguecitos con Tyler, ni de broncas por enfrentarme a Jessica. Que les den a todos. A ese grupito de gente popular. A ese grupito de gente superior.

Sé que ninguno tiene la culpa de que a mí me afecte o no me afecte todo lo que tenga que ver con el puñetero Cameron, pero es que necesito alejarme de todo lo que tenga que ver con él. Incluido Tyler. Madre mía, Ashley, ¿qué le está pasando a tu vida? Cuando Cam estaba cerca no sabía ni lo que me hacía sentir. Y ahora que sé que todo era una enorme mentira, cada vez me afecta más su indiferencia. ¿Seré una de esas chicas a las que solo les gustan los tíos que no pueden tener? Cuatro años colgadita por Tyler y ahora que lo tengo ¿qué? No puedo evitar pensar en un tío que me ha dejado clarísimo que cualquier relación conmigo ha sido solo un medio para conseguir un fin. Soy como una herramienta de usar y tirar. Y me siento aún peor que eso.

Vuelvo hasta mis amigas que casi han borrado todo el insulto de espray con un algodón y quitaesmalte que han sacado de la taquilla de Grace. En serio, ¿a qué se dedica esta chica en las clases? Dicen que van a dejar lo de «reina del baile» un poquito más como medio de manipulación de las mentes simples del instituto, que captarán el mensaje y me votarán en el baile. En fin, ya no sé cómo decirles que ser elegida reina del baile para mí sería casi una pesadilla.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta Emily.

Me coge del brazo cuando ya vamos a encaminarnos a nuestra siguiente clase.

—Sí. Claro.

Seguro que no nos lo creemos ni ella ni yo. Pero lo dejaremos pasar por el momento.

La clase de biología ha pasado de ser mi favorita a ser una auténtica tortura en menos de una semana. Así que la última hora de este viernes se me hace eterna mientras intento no desviar la vista ni un milímetro hacia la izquierda, para no tener que captar ni un retazo de la silueta de Cam. Me siento bastante vigilada por mi profesor, además. El señor Woodward parece tener ganas de pillarme con otra notita y no ser tan discreto esta vez. Pero no le daré el gusto. Hago como que me interesa lo que cuenta, aunque en realidad no me esté enterando de mucho. O de nada. Mi examen final de biología va a ser un desastre si esto sigue así.

Cuando acaba la clase necesito salir del aula cuanto antes. Así que recojo mis cosas sin perder un segundo y salgo sin esperar a Emily.

Estoy con la cabeza metida en mi taquilla terminando de sacar y meter cosas en la mochila para irme a casa. Noto una presencia justo detrás de mi puertecita abierta. Me pregunto por qué narices Emily no está recogiendo sus cosas también y a qué está esperando para hablar. Pero cuando cierro la taquilla, no es Emily a quien me encuentro apoyado al lado, con los brazos cruzados y clavando unos ojitos verdes espectaculares en mí. No. Sobre todo, porque Emily no tiene los ojitos verdes. Y porque quien está a mi lado ahora mismo es Cameron Parker. Gruño bajito, dispuesta a darme la vuelta y largarme antes de darle la oportunidad de decir nada. Pero mi cuerpo no me responde. Mis ojos buscan verse reflejados en los suyos. Y estoy impaciente por escuchar lo que tenga que decir ahora. Aunque tengo miedo de que no vaya a gustarme nada.

—Necesito pedirte un favor.

Parece inseguro. Y vulnerable. A mí el corazón ya me está empezando a latir sin ritmo, parece que las aurículas y los ventrículos han decidido ir cada uno a su bola. Espero seguir viva cuando especifique un poco más acerca de lo que necesita de mí.

—¿En serio? —consigo decir, y hasta esbozo una sonrisita irónica.

Vaya control de mí misma, esto no lo sabía yo, cuántas cosas acerca de mí he descubierto en las últimas semanas. Gracias al chico que tengo delante, por cierto.

—Ash. —Trata de suavizar la situación diciendo mi nombre en tono dulce—. Necesito que te asegures de que Tyler se presenta en el partido mañana. Por favor.

Se me han bajado las defensas a los pies. Si alguien quiere conquistar este castillo no encontrará mejor momento para atacar. Porque los ojos de Cameron me están diciendo que habla muy en serio. Y sé que le cuesta lo suyo plantarse aquí delante de mí para pedirme esto. El maldito partido más importante de la temporada. El más importante sin duda para él. Si Tyler pasara de ir sería fatal para el resto de los chicos del equipo. Y sobre todo para Cam.

—No soy quién para decirle a Tyler lo que tiene o no tiene que hacer —dejo claro en primer lugar. Pero ese verde sigue suplicando un poquito más y me ablando enseguida—. Claro que va a ir, Cam. Es un partido importante, no iba a perdérselo.

—Solo... asegúrate, ¿vale? —pide una vez más.

Asiento, y él parece relajarse.

—Para eso nos libramos de la bruja, ¿no? Para que dejara de absorberlo, y él se centrara en el

equipo y las cosas importantes —le recuerdo en tono irónico.

—Sí, para que dejara de absorberlo —repite Cam. Se separa de la taquilla de Emily como si estuviera dispuesto a irse ya—. Pero la verdad es que, a estas alturas, Ashley, no estoy muy seguro de si nos libramos de la bruja o nos limitamos a cambiar a una por otra.

Me da la espalda y empieza a alejarse. Me he quedado con la boca abierta. O sea, ¿de verdad? ¿He escuchado bien lo que acaba de decir, el muy imbécil? ¿Después de venir a pedir favores? Increíble. ¿Quién demonios es este tío y qué ha pasado con el Cameron que yo conocí? Ah, claro, se me olvidaba. Era solo un papel. Y él, un gran actor. Y un tremendo capullo, al mismo tiempo.

—¡Suerte mañana en el partido! —le grito a su nuca—. Imbécil —añado después en voz baja.

3

Everything has changed

—Mamá, es el partido más importante del año. Va todo el mundo. Nadie se lo pierde. Nadie —sigo suplicando, a pesar de llevar ya más de un cuarto de hora con el tema y sin ningún resultado visible.

Ya hemos terminado de cenar y Eric está en el sofá enganchado a la tele. Pero mamá y yo seguimos sentadas a la mesa aún sin recoger, tratando el tema de hasta dónde llega o no llega mi castigo. Porque la verdad es que cuando me lo impuso mi madre tampoco dejó muy claras las normas. Es una novata en esto de castigar a adolescentes. Quizá debería haberle dado más quebraderos de cabeza antes, para que se le diera un pelín mejor.

—Si te dejara salir siempre que quieres y solo te obligara a quedarte en casa cuando no tienes planes, no sería un castigo muy difícil de cumplir, ¿no crees? —ironiza.

—Bueno, ya. Pero creía que el castigo tenía que ver con no relacionarme con Tyler, no pensaba que querías acabar de un plumazo y para siempre con toda mi vida social y la posibilidad de no pasar sola el resto de mis días —exagero.

—Exacto. Que no veas a Tyler —repite ella—. ¿Y no es verdad que Tyler juega en el equipo de fútbol? ¿De qué juega?

Pongo los ojos en blanco y lanzo un suspiro exasperado, porque estoy segura de que lo sabe. Solo intenta torturarme para que abandone mis intentos de ganarme la libertad.

—Es quarterback.

—Quarterback, claro. —Sonríe levemente—. Sé que ser la novia del quarterback suena muy tentador, Ashley. Pero yo creía que tú tenías más cabeza que todo eso.

—Primero, no es mi novio —aclaro.

Mamá pone cara de sorpresa mal fingida.

—Y yo que cuando era una adolescente no me hubiera atrevido ni en un millón de años a morrearme con un chico que no es mi novio en el coche de mi padre delante mismo de la puerta de casa. ¡Cómo cambian los tiempos!

—Segundo —sigo, ignorando su comentario—, no voy a verlo a él. Va a estar jugando, así que no voy a interactuar con él para nada. Me limitaré a verlo de lejos. Si eso supone un

problema para ti, ve haciendo las maletas porque me temo que vamos a tener que mudarnos —señalo haciendo una mueca.

—Qué graciosa —murmura. Empieza a recoger los platos—. Olvídalo, Ashley. No vas y punto.

Suelto un gruñido frustrado y me levanto de la mesa empujando la silla hacia atrás y arrastrando las patas, de una forma que sé que irrita muchísimo a mi madre. Me mira con cara de pocos amigos, pero no dice nada.

—¡Pues vale, pues muy bien! —grito al tiempo que salgo airada del comedor—. ¡Pero cuando pensabas que me estaba follando a Cameron Parker no tenías tantos remilgos!

—¡Ashley, esa boca! —grita a mi espalda.

Pero yo ya he desaparecido de su vista, corro escalera arriba y pego un portazo al entrar en mi habitación. Mi madre y sus prejuicios. Ya tiene a Tyler etiquetado como el malo de la película. Y Cameron es el chico bueno que a ella le gustaría tener como yerno. Menuda decepción, mamá. Y qué mal ojo para calar a la gente. Eso también. No tenía ni que haberlo intentado. Además, me da exactamente igual lo que me diga. Voy a ir a ese partido, con su permiso o sin él.

Me siento mal por cómo están yendo las cosas con mi madre. Nunca nos habíamos peleado así. Nunca había tenido que castigarme como ahora. Supongo que forma parte de todo ese rollo de ser una rebelde. Y que es normal el tener desavenencias con tus padres cuando tienes diecisiete años. Sin embargo, yo nunca he querido ser un quebradero de cabeza. Y tampoco pienso que mamá esté del todo equivocada... tal vez. Yo no soy así. Bueno, no lo era. No estoy segura de si lo quiero ser. No estoy segura de si tanta rebeldía vale la pena solo para estar con Tyler. Hace un mes habría dicho que sí sin dudar, ¿no? Hace un mes le dije a Cam que estaba dispuesta a cualquier cosa por Tyler Sparks. Ahora tengo dudas sobre hasta qué punto merece la pena dejar de ser yo. Perderme, en cierta forma. Lo que mamá no sabe, y probablemente nadie sabe, es que lo del partido de mañana no tiene nada que ver con Tyler. No. El partido de mañana tiene que ver con Cam. Y nada más.

Cojo el móvil para escribirle un mensaje a Grace. Tengo dos recibidos sin leer. Uno es de Grace, que pregunta cómo quedamos mañana para ir al partido. El otro es de Tyler. Pregunta si me apetece una escapada esta noche para vernos o si tiene que trepar él hasta mi ventana. Ya no me sorprende tanto que no me apetezca. Esta noche no quiero verlo. Él tiene que descansar para el partido y yo tengo que sacarme a Cam de la cabeza. Lo más probable es que sea más fácil cuando pase el partido de mañana y él haya impresionado a los ojeadores y ya no me angustie pensar en lo nervioso que estará. Sí. A partir de mañana será más fácil. A partir de mañana podré centrarme en Tyler y solo en él. Eso si mamá no me encierra en una torre. Que es lo más seguro.

Esta noche no. Tienes que descansar para mañana. Lo celebraremos cuando hayas ganado ese partido.

Seguro que darle calabazas hace que él se interese más por mí. Así que todos salimos

ganando, ¿no? Aunque no dejo de pensar que resulta agotador tener que estar continuamente alerta para no decir o hacer nada que aleje al chico con el que quieres ligar. ¿Siempre tiene que ser todo así de complicado? ¿No existe una persona con la que simplemente puedas relajarte y ser tú misma y soltar la primera tontería que te venga a la mente y aun así saber que le seguirás gustando? ¿Que va a seguir ahí? Vale. Claro. Por supuesto. Se me pasa por la cabeza la imagen de Cam y sus ojitos verdes y sus mechones negros revueltos sobre la frente y la manera que tenía de soltar una carcajada bien alta, echando hacia atrás la cabeza, cuando yo decía cualquier bobada. Pero todo eso no era real. Así que tal vez no exista. Puede que no haya ninguna persona con la que puedas relajarte. Puede que esté condenada a pasarme la vida haciéndome la misteriosa para asegurarme de que Tyler Sparks va a seguir queriendo estar conmigo. Agotador.

Le mando un mensaje a Grace para acordar la hora en la que pasará a recogerme. Si mamá quería hacer las cosas bien, debería haber tenido en cuenta el tema de controlar mi móvil un poquito. Pero, como digo, la pobrecita tiene poca experiencia en castigos.

Sábado por la mañana. Día de partido. Día de EL PARTIDO. Me despierto más temprano de lo que es habitual en mí un sábado por la mañana. Muy pronto. Descorro las cortinas y me asomo a la ventana justo a tiempo para ver a Tyler salir de casa. Parece que los jugadores llegarán al campo mucho antes de la hora de comienzo. ¿No será contraproducente? Es como llegar demasiado pronto a un examen o la espera en el dentista. La espera es lo peor. Los nervios crecen exponencialmente cuando estás esperando a que los minutos pasen y lo que sea empiece de una vez. ¿Cómo estará Cam? Me lo imagino nervioso a pesar de toda la seguridad en sí mismo que va derrochando en el día a día. Hoy es un día muy importante. Estoy nerviosa hasta yo. Y mucho.

Para cuando Grace me manda un mensaje diciendo que sale de su casa y pone rumbo hacia la mía yo ya estoy preparada para la huida. Me he puesto unos vaqueros ajustados y la única camiseta de estilo fútbol americano que tengo. Blanca y con unos números negros bien grandes en la parte delantera. Es la que he usado en los cuatro partidos a los que he ido en todo lo que llevo en el instituto, así que está bastante nueva. Me arreglo el pelo en el espejo una vez más, pero no me maquillo. ¿Para qué? Hay que saber meterse en el papel, ¿no? Estoy por pintarme unas franjas negras debajo de los ojos, como los chicos del equipo, para intimidar más e ir más acorde a la situación. Pero prefiero no extralimitarme. Sé que mamá ha podido oírme en la ducha y solo espero que no le dé por asomar la cabeza en mi habitación antes de que yo tenga tiempo de salir corriendo, porque con este atuendo dudo que no sospeche que tengo intención de salir de casa e ir al campo de fútbol hoy. Vamos, Grace, date prisa.

En cuanto me avisa de que está al final de la calle y que debo salir en veinte segundos exactos de casa, cojo mi mochilita y corro hacia el piso inferior. Paro justo al pie de la escalera, sin asomarme hasta la entrada aún, tratando de escuchar. Mi madre y Eric están en la cocina. Imagino que desayunando. Bien. Puede que para cuando se entere sea demasiado tarde. Doy dos

pasos hacia la puerta, con todo el sigilo del que soy capaz, pero una tabla del suelo cruje un poquito y mi madre acaba de desarrollar un oído digno de superhéroes desde que estoy castigada.

—¿Ashley? —La oigo llamarme—. ¿Qué vas a desayunar?

Mierda. Silencio. A ver si no viene a buscarme. Pero oigo sus pasos. Y corro hacia la puerta.

—¡Ashley! —me grita.

—¡Lo siento, mamá! ¡Vendré directa a casa después del partido, te lo juro! —grito de vuelta mientras ya corro por el jardín. Dejo la puerta abierta a mi espalda para no perder tiempo.

Estoy llegando a la acera cuando Grace para el coche ante mí. Me subo lo más rápido que puedo. Mi madre sigue llamándome a gritos a mi espalda. Muy cabreada. Sé que está corriendo por el jardín, así que meto prisa a mi amiga para que pise a fondo. Soy la peor hija del mundo. Lo sé. Y si mi madre supiera que toda esta nueva faceta rebelde mía no es culpa de Tyler sino de Cam, le daría algo.

Cuando llegamos al partido las gradas ya están abarrotadas de gente. Hemos tenido que parar por el camino para que yo me comprara un café y un bollo de chocolate, ya que no había desayunado. Lo del café creo que no ha sido muy buena idea, porque bastante nerviosa estaba yo ya, y el bollito se lo ha terminado Grace cuando mi estómago se ha cerrado y ha decidido no aceptar más comida. Nos encontramos con el novio de mi amiga en la entrada. No estoy en el mejor momento para conocer a alguien tan importante y someterlo al escaneo oficial de amiga de la novia, pero me alegro de que haya dejado a sus amigos hoy para unirse a nosotras. Eso implica que va en serio con Grace.

El resto de nuestro grupo nos ha guardado un sitio. Tengo que sonreír ante la escena. Ahí están Mia, Gina y Emily, las tres con camisetas del equipo del instituto y con la cara pintada. A mí me había parecido un poco exagerado, pero, claro, a ellas no. Vaya forofas de los Eagles del Truman. Ellas, que han visto los mismos partidos que yo en todos estos años. Es decir, muy pocos. Scott parece alegrarse de que Joe haya llegado con nosotras. Y eso que está muy acostumbrado a rodearse de chicas. Debe de ser ese machismo intrínseco que les hace presuponer que son los únicos que saben apreciar el fútbol. Puede que en este grupo sí que lo sean. También va vestido con una camiseta de fútbol, así que Grace y Joe son los únicos sosos que no están tan integrados como el resto en lo que está por venir. Emily me tira del brazo y me hace sentarme entre ella y Mia, sin parar de pedir detalles acerca de mi huida de casa.

La verdad es que no les hago mucho caso. Vigilo el campo ansiosamente, pero los jugadores no se dejan ver. Me los imagino en los vestuarios soportando un discursito de motivación del entrenador. Al no poder observarlos a ellos, me dedico a pasear mi mirada por las gradas. Nuestro lado está llenísimo, pero la zona destinada a los seguidores del equipo rival no tiene nada que envidiarnos. También han venido todos los alumnos del St. Francis. Normal. Somos sus enemigos y todos quieren ver cómo nos dan una paliza. Menos mal que eso no va a pasar. Las animadoras ya están saliendo a hacer sus bailecitos antes de que empiece el partido y puedo ver cómo Vanessa las dirige a todas. Qué extraño que ahora considere mi amiga a una persona tan

diferente a mí. Sigo con las caras conocidas en las gradas y me encuentro con otra más que me suena y me llama la atención: la madre de Cam. Está sentada en la parte baja de los asientos que quedan justo detrás de la zona de touchdown. Y no está sola. No me queda ninguna duda de que el chico que está a su lado es el hermano de Cameron. Se parecen muchísimo. Y habla animadamente con otro chico de unos veintipocos, que imagino que será su novio. Zack, si no recuerdo mal. Pero no hay ni rastro del señor Parker.

—¡Ash! —Grace me saca de mis pensamientos—. Atenta, que sale tu novio —se burla.

Hago una mueca, pero presto atención. Porque los jugadores ya están saliendo al terreno de juego. Hay muchísimos chicos en el equipo de fútbol. ¿Tanta gente hace falta para jugar a un deporte como este?

—A mí me vais a tener que explicar qué es lo que pasa y de qué va el juego para que sepa si ganamos o perdemos —bromea Mia, justo a mi lado—. Nunca me he enterado de nada cuando hemos venido.

—Mira ese marcador de ahí —señala Gina—. Si debajo de EAGLES marca un número más alto que debajo de VISITANTES, es que la cosa va bien. Así es como lo hago yo cada vez que vengo.

Joe se pone de pie frente a nosotras y expone las palmas de sus manos, pidiéndonos tranquilidad.

—A ver, panda de nenitas —llama nuestra atención en tono burlón—: Os voy a dar unos *tips* muy rápidos sobre fútbol americano.

—¿Lo de nenita también va por mí? —pregunta Scott.

—Si necesitas *tips* sobre fútbol, sí —responde el otro.

Y, mirándolos a los dos, ya sé que se han caído bien. Qué fácil es para los tíos hacer buenas migas. Un par de comentarios sobre deportes, un par de chistecitos sobre dudar de su masculinidad, y puede que compartir una cerveza, y ya pueden ser mejores amigos para toda la vida.

Yo paso de Joe mientras indica que lo primero es lanzar una moneda para ver qué equipo elige si empieza con ataque o con defensa. Solo sé que a mí la parte que me interesa es el ataque, que es donde juegan los dos chicos que quiero ver. Aunque también debería importarme el momento de lanzamiento de la moneda porque es precisamente el quarterback el que se acerca para verlo y decidir en caso de que le toque elegir a su equipo. Veo el pelo rubio de Tyler y su porte con todas esas protecciones, pero mi mirada se desvía a otro lugar enseguida. Demasiado rápido. Porque Cam está a un lado del campo y pasea sus ojitos por las gradas. Casi percibo su ansiedad desde aquí, y eso que estamos muy lejos. Mira en la dirección en la que está su familia. Me da una punzada en el corazón cuando pienso en cómo le dolerá que su padre no esté aquí. Es el partido más importante de la temporada. Y mucho más. Su hermano le está diciendo algo por señas y hasta me parece ver sonreír a Cameron por un momento. Luego sigue revisando las caras entre el gentío. Me pongo de pie al lado de Joe para buscar también. ¿Quiénes serán los ojeadores? Seguro que están por aquí. Yo no tengo ni idea, así que vuelvo a mirarlo a él. Ahora

tiene la cara vuelta hacia la zona donde nosotros estamos y veo perfectamente las gruesas líneas negras marcadas bajo sus ojos. Madre mía, mi cuerpo entero reacciona a su imagen con una oleada súbita de excitación. ¿Qué narices me pasa? Es que está muy atractivo. Muchísimo. Y eso que siempre me ha gustado más con la ropa de calle que con esos pantaloncillos apretados y esas hombreras enormes. Y mientras pienso en cómo me gustaría tenerlo justo delante ahora mismo y terminar siendo un charquito de Ashley a sus pies, derretida por mi propio calor interno, me ve. Nuestras miradas se encuentran y, por unos segundos, nos quedamos conectados. Como solía pasarnos antes. A esta distancia no puedo distinguir lo que expresan sus ojos. Es él el primero en apartarlos y se aleja hacia la zona de los banquillos desapareciendo de mi vista.

—Van a elegir empezar ellos el ataque. —Oigo decir a Joe. Parece ser que ya ha pasado el momento moneda y yo no me he enterado—. Porque saben que somos mejores en ataque que en defensa y, si para cuando nos llegue el turno de atacar ya nos han sacado unos puntitos, estarán más tranquilos. Tranquila, todavía no van a salir tus novios, Ashley.

Le río la gracia con pocas ganas y me siento de nuevo. El caso es que el maldito Joe Richardson tiene razón y los del St. Francis eligen empezar en posición ofensiva.

—Este deporte es lentísimo, ¿no? —protesta Grace ante las innumerables paradas que se realizan entre jugada y jugada.

—Te gusta más el béisbol, ¿verdad? —consulta Joe con voz melosa.

Grace suelta una risita que nos hace reír a las demás. Pobre Joe, si esperaba tener a su novia como fan en todos sus partidos, se ha buscado a la chica equivocada.

—Ahora se van a enterar. Nos toca darles caña —anuncia Scott, y los dos chicos se unen a los gritos de ánimo para los jugadores del equipo ofensivo que ya están saliendo al campo.

Yo le sigo la pista al número dieciséis. Se coloca al final del campo, listo para recoger la pelota que le envíe el pateador tras el saque. Y la atrapa. Vaya que sí. Con sorprendente facilidad, aparentemente. Y no solo eso, sino que echa a correr con ella entre los brazos esquivando a todos los que se le ponen por delante. La carrera es impresionante y las gradas ya están enloqueciendo antes de que llegue a la zona de anotación, pero todos nos ponemos a gritar con ganas cuando consigue un touchdown.

—Vaya con Parker. —Oigo murmurar a Scott—. Se podría hacer los partidos él solito, tío —le dice a Joe.

—Es un máquina, chaval —se muestra de acuerdo nuestro nuevo miembro del grupo—. Pero lo va a tener complicado este partido. Los del St. Francis ya nos conocen bien y saben que entre Sparks y Parker está el peligro. Así que se esperan los pases largos, que son lo que mejor se nos da. Y van a cubrir a Parker todo lo que puedan. Serían tontos si no lo hicieran.

Los chicos del equipo están celebrándolo, saltan sobre Cam y lo golpean con el pecho y el casco. Qué brutitos son. Y yo debo de estar sonriendo más de lo que debería, porque Emily me pega un pellizquito y me lanza una mirada de «cuidadito, mona, que eres tonta y se te nota mucho». Estoy hasta orgullosa y sé que no tengo derecho a estarlo porque él no es nada mío y,

desde luego, yo no tengo ningún mérito en su jugada. Pero es que ha sido espectacular. Y espero que los ojeadores de los patos de Oregón estén pensando exactamente lo mismo.

El partido es de lo más emocionante, a pesar de las protestas de Grace por la lentitud con la que se desarrolla, porque los equipos no podrían estar más igualados. Joe tenía razón y es más que obvio que el equipo contrario sabe perfectamente que controlar a Cam es la única manera que tienen de ganar. Me da la impresión de que lo agobian demasiado. Y cada vez que le hacen un placaje estoy segura de que prácticamente me está doliendo a mí más que a él. Porque él se levanta como si nada y sigue jugando, una y otra vez. Tyler también está jugando muy bien, pero no tengo que preocuparme por su integridad física porque delante de él siempre hay una barrera de tíos fortísimos, liderada por Troy Cruz, que lo protegen para que él pueda buscar el ángulo de tiro y lanzar o pasarle la pelota a un corredor. Tiene tan poco tiempo el balón en sus manos que nadie necesita abatirlo. Mejor para él. Es un deporte de bárbaros, lo tengo clarísimo y cada vez más. Los golpes que se dan unos y otros son increíbles y no entiendo cómo no se rompen ningún hueso. Los choques de cuerpos se oyen hasta aquí, aunque el público esté gritando.

En la última jugada antes del final del segundo tiempo, Tyler le pasa el balón a Ryan y él se marca una carrera digna de un atleta profesional. Imposible alcanzarlo. Así que tenemos un nuevo touchdown y adelantamos al St. Francis por siete puntos en el marcador.

—Johnson también es muy bueno, tío. Menuda carrera se ha marcado —opina Scott mientras los dos ya se levantan para ir a buscar algo para comer y beber en el descanso.

—Implícito en la raza. Tienen mejores genes que nosotros, de lejos —bromea Joe.

—Comentario racista a las catorce —murmura Emily, burlándose del novio de Grace.

—¿Racista? Racista para nosotros los blanquitos que no tenemos velocidad suficiente. Los afroamericanos tienen el don del virtuosismo atlético —se defiende Joe.

—¿Sí? Pues, perdona, pero mi madre es afroamericana y yo lo único que he heredado de esa rama es un culo impresionante —bromea Gina.

Yo me río un poco con ellos, aunque aún miro hacia el campo mientras los jugadores se retiran al vestuario. Cam ha estado jugando muy bien, pero la verdad es que el equipo contrario no le ha permitido lucirse mucho. Parece que su único objetivo es marcarlo a él para interceptar los pases.

—Oye, Ash, tus novios son unos *cracks*, ¿eh? —Joe me toma el pelo al pasar por donde estoy.

—Se acabó —me pronuncio—. Joe, vetado. Lo siento, Grace, búscate otro novio —advierto en tono de guasa.

—Eh, eh, que yo veté a Tyler y mira lo que te ha importado —me recuerda ella.

—Tú vetaste a Tyler porque se te coló en la cafetería para coger un postre —aclaro—. Yo lo veto porque el tipo no para de decir «tus novios».

—Tiene razón, Joe —suspira Grace, y se encoge de hombros al mirarlo—. Deja de decir lo de sus novios. Ella ya sabe perfectamente cuántos novios tiene.

Yo solo gruño mientras los demás se ríen. Vaya panda de amigos me fui a buscar.

El tercer cuarto del partido sigue manteniendo la emoción de los marcadores desesperantemente igualados. Y Cam sigue recibiendo golpes desde todos los flancos. No sé cómo los aguanta tan bien. Veo que Tyler trota hacia él antes de que empiece una de las jugadas y hablan durante unos segundos. Luego el quarterback vuelve a su posición y la jugada empieza. Cam no se va tan lejos como suele y, cuando el pase llega hasta él, salta en el aire y lo coge. ¿Cómo no? A estas alturas ya empiezo a darme cuenta de que los rumores que se oyen por el instituto son ciertos: atrapa hasta los pases más difíciles. Se vuelve para correr hacia la zona de anotación y se agacha para esquivar el lance de un oponente, en menos de dos metros ya ha saltado por encima de otro y va dejando yardas atrás mientras consigue zafarse de los que se interponen en su camino, aprovechando todos los huecos que le van abriendo sus compañeros hasta anotar. Menuda jugada. Ha sido espectacular. Ojeadores, cazad a este chico ya. No encontraréis otro igual. Me perturba un poco pensar que podría haberme aplicado el consejo a mí misma. Pero entonces pienso que él nunca ha estado interesado en mí, y duele, pero me consuela no haberme lanzado a sus brazos para acabar haciendo el ridículo.

Solo hace unos minutos que se ha retomado el partido y Cam les está ganando ventaja a los oponentes. Este cuarto del juego está prácticamente dominado por Tyler y por él y por los pases largos, esos que, según Joe, son nuestra mejor arma. Me muerdo las uñas mientras espero a que se inicie la jugada otra vez. Y eso que yo jamás me he mordido las uñas. Estoy hecha un manojo de nervios y no sé cómo controlarlo. Veo a Cam correr hacia delante buscando la posición adecuada para la siguiente jugada. Me parece un pase difícil. Demasiada distancia, demasiado largo. Tyler coge la pelota y da un par de pasos hacia atrás para lanzarla. Aun sin entender mucho de fútbol, podría decir que no ha sido su mejor lanzamiento. Contengo la respiración mientras veo el ovoide volar por los aires hacia el fondo del campo. Y el caso es que Cam se lanza a por ello y lo coge. Lo coge. O sea, de verdad, lo de este tío es increíble. Pero, justo cuando estoy a puntito de volver a respirar, veo cómo un tío enorme del equipo rival se le lanza encima. Creo que ni lo ha visto venir. Lo embiste con mucha fuerza golpeándolo de medio lado en el pecho y clavándole la parte superior del casco en la línea de la mandíbula. Y, por si eso fuera poco, otro grandullón de los de la defensa del St. Francis se une al placaje, embistiéndolo de frente hasta tumbarlo en el suelo con todo el peso de su cuerpo sobre él. Cameron Parker no suelta el balón. Y yo incluso me he puesto de pie, con las manos cubriéndome la boca, como mucha gente a mi alrededor. El choque ha sido brutal. Y el sonido no ha sido agradable. Cuando los dos contrarios se apartan, Cam no se mueve. Las gradas se han quedado en silencio. Ryan corre como una bala hacia su amigo. Tyler también ha corrido hacia allí, pero no se acerca a Cam, sino que se enfrenta a los tíos que lo han placado. Parece muy cabreado. Y yo salgo corriendo hacia la parte más baja de las gradas y hacia la zona donde Cam sigue en el suelo, noqueado.

—¡Ash! —Oigo gritar a Emily detrás de mí.

No le hago caso. Cuando llego al borde de las gradas el médico del equipo ya está en el

campo, le ha quitado el casco y está hablando con él. Así que, al menos, Cam está consciente. Intercambio una mirada preocupada con Vanessa al pasar justo detrás de las animadoras, pero no me detengo. Oigo cómo los árbitros están expulsando a uno de los jugadores y penalizando por excesiva violencia al otro. Al parecer, Tyler también se lleva una amonestación. Menuda injusticia. Cameron sale del campo por su propio pie, aunque ayudado por un par de personas y al cuidado del médico. Va excesivamente lento y me parece verlo cojear. Y yo tardo más de lo previsto en conseguir abrirme paso hasta el borde de las gradas en el caminito al vestuario y salto por encima de las barreras. Necesito saber si está bien.

Cuando por fin encuentro el lugar al que lo han llevado, puedo escuchar la voz del médico preguntándole cosas y pidiéndole que se relaje. Me asomo a la puerta tímidamente. Ahí están su madre, su hermano y la pareja de este. Cam está en una camilla y le han quitado toda la parte superior del equipo. Lo veo hacer una mueca de dolor mientras el médico lo examina.

—Tengo que volver a salir —dice, a pesar de ello.

—Estás flipando, chaval —responde su hermano al instante.

—Pero si no te puedes ni mover, haz el favor de relajarte —lo regaña su madre también.

—Tengo que volver a jugar —insiste, pero me doy cuenta de que no puede levantar mucho la voz.

—Hoy no —lo desilusiona el médico.

Entonces, él vuelve la cabeza y me ve. Ahí, plantada en el marco de la puerta como un pasmarote, sin atreverme a acercarme ni un paso más.

—Ash —murmura.

Y, de repente, tengo todos los ojos de la sala fijos en mí. No tengo ninguna duda de que me estoy poniendo bastante roja. Segurísimo.

—¿Estás bien? —pregunto con voz suave.

—Vete —gruñe. Vuelve la cara para no mirarme—. Rob, por favor, sácala —le pide a su hermano.

La versión veinteañera de Cam se acerca a mí y me sonríe un poco, tristemente, antes de ponerme una mano en el brazo y obligarme a retroceder unos cuantos pasos.

—Tú debes de ser Ashley —me dice esa voz tan parecida a la de Cam—. Soy Rob, el hermano —se presenta.

Claro, ¡como si yo no hubiera podido adivinarlo! Me estrecha la mano, pero no me da tiempo a decir nada a mí:

—No te preocupes, unas cuantas contusiones para él y un susto para nosotros, pero estará bien.

—Ya —murmuro, aún intranquila.

—Y no se lo tengas en cuenta si se está portando como un idiota contigo, no está pasando una buena racha —lo disculpa ante mí.

Frunzo el ceño. ¿Qué demonios sabe él sobre cómo se está portando su hermano conmigo

últimamente? ¿Y por qué le importa? Se da media vuelta enseguida para volver con su familia.

—Me ha encantado conocerte, Ashley —asegura antes de alejarse.

Murmuro un «igualmente» por mera educación mientras intento atisbar algo a través de la puerta todavía abierta. Puedo ver a Cam sobre la camilla y, aun desde esta distancia, me da la impresión de que está llorando.

—La he cagado, mamá... —lo oigo lamentarse.

En mi camino de vuelta a las gradas, yo también tengo que secarme un par de lagrimitas que se me escapan sin querer. Pobre Cam. El partido más importante. Y va a perderse casi la mitad. Parecía tan hecho polvo... y tan vulnerable... Los golpes eran totalmente lo de menos, eso está claro.

Le digo a Vanessa que Cam está bien cuando ella casi se encarama a los hierros del graderío al verme pasar. Y, cuando regreso junto a mis amigos, tengo que contestar también a sus preguntas. Les pido que me pongan al día del partido, que no ha parado a pesar de la desaparición de Cameron del campo. Resulta que los del St. Francis están aprovechando la ausencia del receptor. Es obvio que les va mejor sin él en el terreno de juego, y eso me lleva a pensar que es posible que lo hayan hecho a propósito. Apenas presto ya atención a lo que queda de partido. Los marcadores están igualados cuando parece que solo queda tiempo para una jugada. Veo inevitable la prórroga y, la verdad, no me apetece. Ya tengo ganas de irme a casa, aunque tenga que aguantar la bronca de mamá. Al final, Tyler Sparks resulta ser el héroe del partido cuando en la última jugada finge pasarle el balón a un corredor, pero se lo queda y corre con él. Hasta la línea de anotación. Un último touchdown y la victoria para nuestro equipo.

Veo a Tyler solo un minuto para darle la enhorabuena. Está celebrándolo en el campo con todos sus compañeros, excepto Cam, y no podemos intercambiar muchas palabras antes de que le diga que tengo que volver a casa y que quizá no pueda volver a salir. Por lo que puedo oír, el equipo va a salir de juerga hoy, así que no creo que me eche mucho de menos, aunque mi madre me incomunique.

Cuando llego a casa, mamá no está precisamente de buen humor.

—Lo sé —digo, frenando su inminente bronca—. Encerrada en mi cuarto hasta el fin de mis días.

No le doy muchas explicaciones. Me autocastigo una vez más. Tampoco tengo ganas de salir. Porque estoy increíblemente triste y no es por mí. Es por Cam. Por Cam que tenía todas sus esperanzas puestas en un maldito partido de fútbol. Y ahora ¿qué?

Es ya de noche cuando miro las redes sociales. Hay un montón de fotos nuevas de Tyler. De juerga con el equipo. No sé nada de él desde esta mañana. Imagino que se habrán pasado el día borrachos por ahí y estas fotos confirman mis sospechas. Han etiquetado a Cam. La ha colgado Ryan: los chicos del equipo brindando, con el título «un brindis por el capitán, deberías estar aquí celebrándolo con nosotros» y su nombre etiquetado.

Cierro la aplicación y reviso mis mensajes. La conversación con Cam lleva tiempo parada,

pero, aun así, presiono mi dedo sobre ella y la abro. Tecleo, sin darle demasiadas vueltas.

¿Estás bien?

Y no espero que conteste. Seguro que no lo hace.

Ha pasado una hora y estoy en la cama cuando el móvil vibra a mi lado. Lo cojo esperando encontrar un mensaje de Emily. Quizá incluso de Tyler. Pero no. Es Cam.

No. Estoy jodido, Ash.

4

I’m only me when
I’m with you

El martes vuelvo de clase en el autobús escolar. Cuando Mia se baja en la primera parada que hace el vehículo, yo me recuesto en mi asiento y pierdo la vista por la ventanilla. No tengo un buen día. Tampoco es que los dos o tres días antes de este hayan sido mucho mejores, pero en fin. Hoy al menos tengo algo a lo que echarle la culpa de mi humor. La menstruación es una mierda, pero a veces es útil cuando no quieres reconocer que la tristeza que sientes viene por otro lado. Mejor pensar que es hormonodependiente y no comerse la cabeza.

Cam no volvió a contestar a ninguno de mis mensajes. Nada después del «Estoy jodido, Ash». Ni siquiera sé para qué envió ese. Si quería ignorarme, como viene siendo habitual en él, no tenía ni que responder al primero, ¿no? Así que seguimos en el mismo punto que antes de ese pequeño contacto, solo que ahora sé que él está pasándolo mucho peor que hace tres días. He intentado hablar con él por los pasillos e incluso en clase de biología, pero ha sido inútil. Cuando se digna a contestar solo suelta borderías. Casi es mejor que se esté calladito. Pero lo veo. Lo veo en clase. Lo veo en la cafetería. Lo veo por los pasillos. Y, a pesar de que le dice a todos que está bien, yo sé que no lo está. Sé que le duele todo el cuerpo, eso lo sé yo y lo sabe todo el mundo. No tiene nada grave. Nada roto, nada luxado, ni un solo esguince. Solo unas cuantas contusiones que, eso sí, deben de doler un montón. Lo que no sé si todo el mundo sabe es que lo físico no es lo más importante. Ni lo más preocupante. Y yo sé que perderse la mitad del partido fue lo peor que le podía pasar. Que aún le jode más que la gente no pare de repetir el partidazo que estaba haciendo hasta que lo placaron. Porque sí, lo estaba haciendo mejor que nadie, pero, al final, eso no sirvió de mucho. Él, que necesitaba ese partido para impresionar a alguien. Para hacer sentir orgulloso a un padre que ni apareció por el campo. Para ir a la universidad. En estos dos días de clase no lo he visto sonreír ni una sola vez. Ni una. Y eso también hace que mi estado de ánimo no sea el mejor. Me duele verlo así y no poder hacer nada para que se sienta mejor. De hecho, diría que casi parece que se siente peor cada vez que me ve. Y sigue sin hablarse con Tyler, además.

Tyler es otro de mis quebraderos de cabeza. Para ser justos, debo reconocer que lo he visto intentar hablar con Cam en más de una ocasión en estos últimos dos días. Al parecer, es el chico

de los ojitos verdes el que no quiere saber nada acerca de su antiguo mejor amigo. Pero, al tiempo que parece intentar arreglar las cosas con él, Tyler está dejando que las cosas se enfríen conmigo. No sé muy bien por qué. O sí. Quizá sí que lo sé. Porque el domingo me sentía mal y necesitaba distraer mi mente y traté de llamarlo y no contestó. Así que le envié unos cuantos mensajes. Y me dejé llevar por mis emociones y la necesidad de sentirme un poco arropada por alguien, tal y como estaban las cosas en casa. Así que a lo mejor soné un pelín necesitada. Él inmediatamente me dio largas. Tenía no sé qué rollo con la familia. No me lo creí, claro. Lo asocié inmediatamente a mi bajada de guardia. No puedes relajarte cuando quieres mantener la atención del chico guapo, Ashley. Agotador, aunque necesario. Mantente misteriosa, inaccesible, inalcanzable. En fin, ahora mismo no me siento muy capaz. Ayer dijo que me compensaría por no haberme visto el domingo, pero creo que mi estado taciturno lo echó un poco para atrás. Al final, no nos vimos. Debo reconocer que yo estaba bastante castigada, así que tampoco pudimos encontrar la mejor forma de hacerlo. Esta mañana me ha pedido que nos veamos por la tarde. Sin embargo, no estoy en mi mejor día. Casi es mejor así: pasar de él es la manera más eficaz de despertar su interés.

Mis amigas, por otra parte, están muy pesaditas con el tema de mi vestido para el baile. Cierto, aún no tengo. Cierto, estoy nominada como candidata a reina. Pero tampoco es para tanto, ¿no? E, insisto, estoy castigada. Muy castigada. Castigada de por vida. Ellas mantienen la esperanza y han quedado esta tarde para dar una vuelta por el centro comercial y buscar algo que me pueda valer. En serio, pretenden ir a comprarme el vestido y traérmelo a casa. Están muy mal de la cabeza. Y todo ello antes de ir al concierto del hermano de Gina, al que nos ha invitado a todas. Un martes a las ocho de la tarde en un club para chicos de instituto. Ya tengo dos invitaciones diferentes para el evento: una por parte de Gina y otra por parte de su prima Vanessa, que dice que Jessica seguramente no irá y no quiere estar sola con los chicos del equipo, rodeada por completo de testosterona. La entiendo. Pero a mí no me entiende nadie. No entienden que estoy castigada y que es imposible que vaya a ver un concierto una noche entre semana, ni aunque me apeteciera. Que no me apetece. Así que está decidido que no voy al concierto. Ya habrá más. Seguro que tengo tiempo de escuchar cómo toca la guitarra ese chico en otra ocasión.

Justo estoy pensando en eso cuando me vibra el móvil en el bolsillo. Acaba de entrar un mensaje.

¿Y si te escapas al concierto esta noche? Tengo ganas de estar contigo, Ash.

Tyler. Justo cuando yo pensaba en el dichoso concierto. A veces me da la impresión de que pienso en voz alta. En voz muy alta.

Estoy castigada hasta los cuarenta. Así que lo dudo. Nos vemos mañana en el instituto.

Todo el mundo va a ir al concierto. Gina nos ha invitado a todas nosotras y a los novios de Emily y Grace, que desde el día del partido han hecho muy buenas migas. Y Vanessa, por otra parte, va a arrastrar al concierto de su primo a todo el equipo de fútbol. Casi me alegro de estar castigada y así tener una excusa convincente para no ir. A mí ahora mismo no me apetece ver a nadie. A nadie que tampoco quiera verme a mí, al menos.

Además, estoy recapacitando sobre mi faceta rebelde de los últimos días. Quiero que mamá me perdone, porque no me he portado nada bien como hija. Y, aunque parece que lo del partido me lo ha perdonado, aún sigue en pie mi prohibición de ver a Tyler Sparks y la orden de pasarme las tardes estudiando en mi habitación. Tampoco me vendrá mal. Los exámenes finales están a la vuelta de la esquina. El primero es la semana después del baile, así que a solo dos semanas del momento actual. Más me vale ponerme un poco las pilas. La bronca de papá también ha tenido algo que ver. Porque mi padre, cuando se pone serio, es de esas personas a las que no puedes desoír. Y eso que se pone serio pocas veces. El sábado, cuando volví del partido, la conexión de Skype estaba lista para una buena bronca intercontinental. Mi madre no le había dicho nada antes, pero hasta yo tengo que reconocer que escaparme para ir al partido fue la gota que colmó el vaso. No hablé con mamá de ese tema en casi la totalidad del fin de semana. Hasta el domingo por la noche, cuando vino a mi cuarto a tener una charla de madre a hija, y de hija a madre. Y yo, que siempre he sido una hija modelo y he querido portarme bien con mis padres, al final me eché a llorar y le conté a mamá la verdad: que no había ido al partido por Tyler sino por Cam, y todo lo que había pasado después. Le expliqué lo importante que era para él y lo de los ojeadores y lo de la universidad. Y cómo todo había acabado torciéndose y lo mal que me sentía por él, aunque estuviéramos un poco enfadados. Eso es lo que dije. No le conté todo el resto de la historia. Al menos fui sincera en buena parte de ello, y mamá pareció ablandarse un poco. Así que terminó por perdonarme lo del partido. Pero manteniendo el castigo. Aun así, sé que está preocupada porque esta semana estoy más baja de ánimo que de costumbre. Eso una madre lo nota. Y llevo tres días portándome bien. Así que creo que la cosa en casa se está relajando un poco. Siempre y cuando no hablemos de Tyler Sparks.

Me bajo del autobús en mi parada y camino hasta la puerta de casa, a paso lento. No es que no tenga ganas de llegar y comer algo y luego meterme en la cama a ver si se me pasa este insoportable dolor de primer día de menstruación, pero tampoco me apetece encerrarme en casa hasta mañana como si entrara en la cárcel. Ni siquiera sé lo que quiero. Será mejor que me ponga a estudiar y me vaya a dormir pronto hoy.

Cuando abro la puerta, mamá me llama desde la cocina. Me acerco arrastrando los pies y me apoyo en el marco de la puerta. Eric está amasando algo en un bol y me dice, muy orgulloso, que está aprendiendo a hacer galletas. Yo no le presto mucha atención.

—¿Qué tal las clases, cariño? —pregunta mi madre.

Definitivamente sí, se está ablandando. Y eso es porque debo de parecer una muerta viviente en estos últimos días, todo el rato con la cara larga y separándome de los libros solo para ir al

baño y para alimentarme.

—Bueno, tan bien como pueden ir unas clases —respondo con desgana.

—Tengo dos temas importantes de los que hablar contigo —anuncia mamá. Se limpia las manos con un trapo y se acerca más a mí—. El primero es que acaba de llamar Mia por teléfono.

Frunzo el ceño y trato de procesar lo que dice. ¿Que ha llamado Mia? ¿Para qué iba a llamar Mia si acabo de dejarla en la parada de su casa y sabía que yo aún no había llegado?

—¿Mia? Pero si la acabo de ver ahora mismo.

—Ya, pero llamaba para hablar conmigo, no contigo —suelta ella, tan contenta. Yo no entiendo nada. Paren el mundo, necesito bajar ya—. Llamaba para contarme que hay un concierto de un amigo suyo esta noche y que iban todas y quería suplicar que te dejara ir con ellas —explica, como sin darle importancia.

—Ah, ya. Da igual. No quiero ir de todas formas.

Me encojo de hombros cuando mamá me mira con suspicacia. Debe de pensar que es alguna clase de juego psicológico para que me deje ir. Pero, la verdad, yo no estoy de humor para jueguecitos.

—Ya le he dicho que sigues castigada. Pero, Ashley, ¿qué te pasa? ¿No quieres ir? Me estás preocupando estos últimos días, cariño.

—No pasa nada, mamá. Solo que hoy no me apetece ir. Me ha bajado la regla y estoy cansada. No pasa nada —la tranquilizo.

Parece dudar por unos segundos, pero finalmente asiente. Y luego se acerca a la mesa y, cuando vuelve hacia mí, lleva un sobre en la mano.

—Lo segundo de lo que te quería hablar es de esto —dice. Tiene una media sonrisita cuando me lo tiende.

Lo cojo y le doy un par de vueltas tratando de procesar lo que veo. Es una carta de Stanford. O sea, mi carta de Stanford. La de «te queremos en nuestras aulas el próximo curso, Ashley Bennet». Mierda, me he puesto nerviosa en un segundo. De cero a cien del estrés más puro. Han tardado mucho en enviar las cartas este año. Hacía casi un mes que la esperaba ya. Ya tengo mi carta de aceptación de la Universidad de Chicago. Pero yo no quiero ir a Chicago. Yo quiero ir a Stanford. Siempre he querido ir a Stanford. Me tiemblan las manos. Y no me atrevo a abrirla.

—Venga —me anima mamá, con una sonrisa alentadora.

Como cuando era pequeña y quería infundirme confianza para montar en bicicleta o para patinar. Salió bien, pero me llevé unos cuantos golpes en el camino. Y esta vez tengo miedo de llevarme un golpe también.

—Vale, vale —la calmo cuando está a puntito de quitarme el sobre para abrirlo ella.

Respiro hondo antes de rasgarlo y sacar la hoja de papel doblada que contiene en su interior. Vuelvo a intercambiar una mirada con mamá sin atreverme a desplegarla. Está muy emocionada. Esta mujer y su fe ciega en su hija. A veces me cuesta darme cuenta de cuántas cosas le debo. Aunque me haya castigado de por vida.

Leo lo que pone en la carta. Y se me cae todo el puñetero mundo a los pies. «Lamentamos informarle que...» Esas palabras nunca traen nada bueno. Claro que no. Y no lo traen. Stanford no me quiere en sus aulas el próximo curso. Lo sentimos, Ashley Bennet.

—Han rechazado mi solicitud —digo con un hilo de voz.

Ya tengo las lágrimas agolpándose detrás de mis párpados e intento repetirme que no es el fin del mundo y que no debería llorar por algo así. Pero el caso es que tengo muchas ganas de hacerlo.

—No. ¿Cómo va a ser? Ash..., déjame ver.

Para cuando lo lee ella también y vuelve a buscar mis ojos, yo ya estoy llorando en silencio.

—No. Lo siento mucho, cariño —dice.

Estoy segura de que le duele tanto como a mí. Quizá más. Me rodea con los brazos y me acuna contra su pecho, y yo doy rienda suelta al llanto y me permito moquearle la camiseta de estar por casa que lleva puesta.

—No pasa nada, nena. No pasa nada. Vamos. Hay montones de universidades. Ellos se lo pierden.

No para de intentar darme ánimos y de murmurar cosas como esa. Hasta Eric se une al abrazo para consolarme. No puedo parar de pensar en que he perdido el tiempo esforzándome tanto todos estos años de instituto para sacar sobresalientes en vez de notables. He perdido el tiempo.

Me paso un buen rato llorando en mi habitación. Definitivamente, hoy no es el mejor día de mi vida. Y no puedo echarle la culpa solo a la menstruación, aunque me encantaría poder hacerlo. He enviado un mensaje al grupo de mis amigas para decírselo. Y otro a Tyler. Mi móvil se ha vuelto loco. Mis amigas me han llamado, una detrás de otra, y no paran de mandar mensajes diciendo tonterías para intentar animarme. Tyler solo ha mandado un mensaje:

> Lo siento, Ash. No le des vueltas, solo es una universidad.
> ¿Puedo hacer algo por ti?

Pues, para empezar, podrías llamar a ver cómo estoy. En fin, los tíos no son como nosotras. Así que contesto que no. Y él no vuelve a insistir.

Las chicas se presentan aquí algo pasadas las seis de la tarde. Vienen cargadas de chocolate y con un montón de fotos de vestidos que han sacado en las tiendas del centro comercial para ver si me gusta alguno. Y, aunque no tenía ganas de ver a absolutamente nadie, la verdad es que me encanta su visita. Para cuando llega la hora en que tienen que salir porque han quedado con el resto a cenar antes del concierto, estoy ya algo mejor. Estas chicas siempre consiguen hacerme reír, por muy mal que esté.

—Chicas, esperad un momento —pide mamá subiendo a toda prisa la escalera cuando las oye salir de mi habitación—. Ash, cariño, vete con ellas, anda —me anima.

—¿Qué? Estoy castigada —le recuerdo.

—Estás castigada, pero no quiero que te quedes aquí dándole vueltas a la cabeza y

deprimiéndote —expone la buena de mi madre—. Vete con las chicas y distráete un poco. Podemos retomar el castigo mañana.

—No me apetece...

Mis amigas no me dejan decir nada porque ya me están buscando ropa en el armario y revolviendo entre mi maquillaje para ponerme decente de forma exprés antes de irnos a cenar.

—Pórtate bien. Estate de vuelta en casa a las once y ni un minuto más, y olvídate un poco de todo, ¿vale?

—Gracias, mamá —le digo con lágrimas en los ojos de nuevo y un abrazo enorme.

Porque no me apetece nada ir a ese maldito concierto, pero lo cierto es que, si me quedo en casa, voy a volverme loca del todo.

Cenamos todas juntas y con unas cuantas personas más, del grupo de amigos de Gina. Ahora resulta que, a tan solo dos meses del final del instituto, vamos a hacer muchos más amigos y a hablar con mucha más gente de lo que lo hemos hecho en los últimos cuatro años. Al menos así distraigo un poco mi mente. Para cuando nos encaminamos al club, yo ya me he mandado unos cuantos mensajes con Tyler. Lo he avisado de que voy y me ha dado la impresión de que hasta le hacía ilusión. Él acaba de quedar con Ryan y dice que vendrán en un ratito. Mi padre también me ha enviado algunos mensajes en cuanto mamá le ha dado las malas noticias: que lo siente pero que está orgulloso de mí igualmente, y unos cuantos chistes malos de esos que solo nos hacen gracia a él y a mí.

—Tía, olvídate de todo y pásalo bien, ¿vale? —me advierte Emily, cogida de mi brazo mientras entramos en el club—. Nadie va a pronunciar el nombre de esa maldita universidad odiosa esta noche... ¿Trato?

Estrecho su mano porque, si no, sé que nunca me dejará tranquila. Las paredes del club al completo están bordeadas por sofás con mesitas bajas de centro para poder dejar las bebidas. Es un sitio acogedor. Es sorprendente que nunca hayamos venido antes a este club. Realmente somos un grupito de pringadas. Cogemos bebidas antes de mover algunos de los sillones para hacernos con más hueco para acomodarnos. Todo el mundo parece muy relajado y alegre en esta noche de martes. Probablemente todo el mundo menos yo. Pero si se me nota mucho la cara larga que debo de lucir, mis amigas no dicen nada. Me dejan ser la amargada de la fiesta un ratito más. Aunque intuyo que no durará mucho.

Aquí estoy yo tomando una Coca-Cola y escuchando cómo una de las amigas de Gina está narrando una anécdota divertidísima del fin de semana. Tengo que reconocer que es divertida, tanto la anécdota como ella, pero no estoy muy de humor para risas. Al menos, no me siento tan fuera de lugar como en el grupito de los populares, ni la más fea de la sala. Llevo vaqueros ajustados y una camiseta azul de manga corta que tiene los hombros recortados, dejando que se vean. Voy bastante acorde con la apariencia general de las chicas esta noche. O eso creía yo. Eso pensaba, hasta que veo aparecer a Vanessa. Ella lleva un vestido bastante sencillo, en realidad, que a pesar de eso le queda espectacular. El pelo moreno le lame los hombros formando unas

ondas perfectas, casi parece que acaba de salir de la peluquería, aunque ya sé que no. Sabe ponerse así de guapa ella solita. Por lo menos, no viene con Jessica. Me sonríe directamente a mí cuando nuestras miradas se cruzan y se vuelve un poco para decirle algo a alguien. Ahí está Troy, claro, con una mano en la cintura de su novia. Y, detrás de ellos, veo aparecer a Cam.

Si Vanessa es el prototipo de la belleza femenina de último año de instituto, no hay duda de que Cameron Parker es el masculino esta noche. Viste vaqueros negros ajustados con unas Converse oscuras y una camiseta blanca ancha, de manga corta, sobre la que veo pender una cadena de plata que lleva una placa en el extremo. Los mechones negros revueltos en la frente y el gesto serio. Muy serio. El tío está buenísimo. Me acuerdo perfectamente de la reacción de mi cuerpo el sábado cuando me miró desde el campo con la ropa del equipo y las líneas negras en los pómulos. Vuelvo a sentir algo parecido. Estoy segura de que todas las chicas heterosexuales que esta noche abarroten el local van a querer llevárselo a casa. Yo también quiero. Mierda, Ashley, ¿y Tyler qué? Céntrate de una maldita vez.

Aunque no me da mucho tiempo a centrarme: Vanessa avanza alegremente hacia nosotros, dando saltitos, mientras sus dos acompañantes se acercan más lentamente tras ella.

—¡Ey! —saluda la jefa de animadoras abrazando a su prima por la espalda—. ¿Qué tal Dyl? —pregunta por su primo—. ¿Estaba nervioso?

Charlan entre ellas mientras Cam ya llega a la altura de los asientos. Scott y Joe se mueven enseguida para hacerle un hueco a su lado. Parece que ahora todos se quieren relacionar con el gran anotador del partido del sábado.

—El héroe del fútbol —medio bromea Joe, y le da una palmada en el brazo cuando se sienta a su lado—. Anda, ponte cómodo y siéntate en blandito.

—Ahuecadle un poquito los cojines al tullido —se mete Troy con su amigo.

Veo a Cam hacer una mueca. Él a mí ni me mira. Y eso que está sentado prácticamente frente a mí. Es raro que estemos compartiendo asientos y mesa, tanto los populares como el resto de nosotros, criaturitas invisibles. El poder de la música. Y de Vanessa y su prima Gina, claro.

—Sí, ¿cómo estás? —se interesa Scott—. Te dieron una buena paliza...

—Nadie me dio ninguna paliza —asegura Cam con tono engreído—. Unos toquecitos, si eso. —Se hace el duro con la sonrisa de medio lado.

No parece auténtica. Aun así, los chicos se ríen y bromean con él. Ya estoy oyendo a Joe y a Scott felicitándolo por cómo jugó y alabando sus logros en el partido. Y yo sé que no es precisamente lo que él necesita. Es probable que no quiera que nadie le vuelva a hablar jamás de ese maldito partido, aunque la gente no tenga más que cosas buenas que decir. Oigo que Cam llama a mis dos amigos por su nombre, y recuerdo cuando me dijo que sabía perfectamente quiénes eran sus compañeros y cómo se llamaban. Parece que es verdad. Cameron Parker, el capullo. Pero no mira a nadie por encima del hombro.

—Voy a buscar algo de beber. ¿Necesitas que te traiga algo, lisiado? —lo pica también Vanessa. Se estira y le da una palmadita suave en la mejilla.

—Sí —responde Cam alzando los ojos hacia ella—. Una limonada... y un antidepresivo para poder aguantarte a ti esta noche —bromea.

—¡Qué gracioso! —exclama Vanessa en tono irónico. Enseguida se aleja tirando de la mano de Troy.

Cuando se van, Cam lanza una mirada rápida hacia donde estoy, y yo procuro que no se me note que no he parado de mirarlo en todo el rato que lleva aquí. Espero que no se haya dado cuenta, aunque lo dudo. Los chicos siguen hablando de fútbol. Los oigo decir que es un deporte de hombres, que hay que ser un tipo duro para jugar y otras tonterías parecidas. Gina es la primera que salta, defendiendo la capacidad de las mujeres para el deporte, y yo la apoyo. Tampoco es para tanto, ¿no? Cualquiera podría jugar al fútbol.

—¿Tú? —Scott ríe—. Primero tendrías que saber de qué va el juego, ¿no, Ash?

—Para eso sigue Joe aquí, aunque esté vetado —bromeo. Joe sonríe divertido—. Él me lo explica. Tampoco es tan difícil, ¿no? Coges el balón y lo llevas hasta la zona de touchdown. Fin.

Veo, de reojo, cómo Cam hace una mueca. No parece molesto, sino más bien divertido.

—Sí, vale. Supongamos que fuera así de sencillo. ¿De qué ibas a jugar tú si eres la persona más torpe que conozco? —sigue Scott. Hacerte amiga del novio de tu mejor amiga para esto. Estoy a punto de vetarlo a él también—. Defensa. Mmm, no, no te veo. Cuando jugábamos con el balón en la piscina, buceabas para que no te diera en la cara... no creo que resistieras la tentación de salir corriendo en vez de placar a alguien —se burla—. Quarterback. No, no tienes nada de puntería.

—Eso es cierto, una vez me intentaste dar en la cara con un cacahuete y ni me rozaste, Ash. ¡Y estábamos a esta distancia! —apoya a su novio Emily, sentada a mi lado.

Oigo a los demás reírse y levanto las manos, pidiendo un poco de paz.

—Es cuestión de practicar. —Hallo la solución.

—Tampoco serías buena receptora —sigue Scott machacándome—. Y ya no hablo de la dificultad que encuentras en coger cosas al vuelo, también te acojonarías si te llega un balón a toda velocidad. Y de corredora...

—Vale, vale, vale —me rindo.

Veo que Cam intenta aguantarse una sonrisa. Qué divertido que todos se metan conmigo, ¿no? Menudo capullo.

Vanessa llega con su bebida y se la da. Oigo cómo Troy le ofrece un poquito de vodka, que ha colado en una petaca. Increíble lo de estos tíos.

—Ya. Ni de coña —lo rechaza Cam—. ¿Sabes la cantidad de pastillas que estoy tomando para no morir de dolor? —exagera—. No debería hacer trabajar más a mi hígado.

Bueno, en eso estoy de acuerdo. Mientras lo oigo hablar, me llama la atención ver a un par de personas atravesar la puerta del local. Son Ryan y Tyler. Mi quarterback va vestido completamente de negro, tan guapo como siempre. Pero no me genera la misma sensación que me ha producido ver aparecer a Cam, y eso me cabrea. Soy tonta. Ryan nos localiza y señala

hacia donde estamos antes de que los dos se acerquen. El corredor salta justo al lado de Cam empujándole con el hombro levemente.

—¡Eh, tío! ¿Cómo van los huesos? ¿Te han traído en carretilla?

Tyler apenas saluda al grupo en general. Se me acerca por detrás y me coge de la mano para tirar de mí y alejarme de los demás. Cojo mi bebida y me levanto para ir con él. Sin decir nada. Y mientras nos alejamos creo notar los ojos de Cam fijos en mi espalda. Supongo que son solo imaginaciones mías. Seguro.

Tyler Sparks me arrincona contra una pared y me besa en los labios en cuanto estamos a salvo de miradas indiscretas. Y yo le devuelvo el beso. Claro.

—¿Qué tal? —pregunta.

Acaricia despacio mi cintura con las palmas de sus manos.

—Bueno, he tenido días mejores.

Él asiente. Comprensivo. Me besa de nuevo y luego saca una petaca del bolsillo trasero de su pantalón.

—Ron —me informa. Desenrosca el tapón y vierte un poco en mi vaso—. Vamos a animarte. Ash, olvídate, ¿vale? Es solo una mierda de universidad. ¿Qué más da? Nada de caras largas, no seas un rollazo esta noche. —Lo dice en tono de broma, está claro que no va en serio, pero me duele un poquito igualmente—. Vamos a pasarlo bien y que le den a Stanford.

Dejo que me bese el cuello y acaricio su nuca distraídamente. No me apetece tener que poner buena cara y fingir que lo estoy pasando genial. Vale, que te rechace una universidad no es el fin del mundo, pero tampoco me parece tanto pedir que la gente entienda que guarde unas horas de luto. Mañana será otro día. Hoy es un día de mierda. Sé que no puedo ser un rollazo esta noche, como él ha dicho. Sé que no puedo ser la chica de la cara larga con Tyler Sparks al lado. Si me ve tan necesitada, se largará a otro lado en cuestión de segundos. Lo sé, es lo que presiento. Y tampoco me apetece hablar de este tema con él. Sé que podría, si se lo pidiera. Pero no quiero. Sé que él no va a entenderlo, aunque quisiera intentarlo. Así que tengo que ser la chica mala, indiferente, divertida y misteriosa que a él le va. Tengo que hacer como si lo de Stanford no me importara. No puedo ser tan tristemente yo misma esta noche. Esta noche seré lo que Tyler Sparks quiera que sea.

Dos horas después estoy sentada en un saliente de la pared en la calle, a unos metros de la puerta del club. Le he dicho a Tyler que me iba y él apenas ha protestado. Estaba pasándolo bien con sus amigos. Con todos menos con Cam, que se ha pasado la noche charlando con Scott sentados en uno de los sofás mientras el resto de la pandilla bailaba y disfrutaba del concierto. Y yo... intentaba hacer ver que me lo estaba pasando bien. Ha habido ratos en que me lo he pasado bien de verdad. Luego ha llegado un momento en que me ha superado la situación. Estaba muy cansada de poner buena cara. Estaba agotada de intentar aparentar que no me importa. Que estoy bien. Que soy alguien que no soy. Así que necesitaba un poco de aire y un poco de dejarme ser yo. No la nueva Ashley, sino la Ashley de antes. La pringada, la invisible, la que no es tan dura...

para nada. La que llora. Y eso hago. No puedo evitar llorar por muchas veces que me restriegue los ojos con un pañuelo de papel. Debo de estar horrible, por eso odio el rímel. No puede una ni llorar tranquila. Solo le he dicho adiós a Tyler. Ni siquiera me he despedido de las chicas. Ya hablaré con ellas mañana.

Levanto la vista cuando oigo frenar un coche justo delante de mí, en la calzada. Mierda. Lo único que me faltaba. El Honda blanco de Cameron Parker. Me seco las mejillas con los dedos, tratando de aparentar que estoy perfectamente bien. Qué tontería, ¿no? Cam baja la ventanilla del lado del copiloto, es decir, del lado del que yo estoy. Aparto la vista a un lado.

—Ash —lo oigo llamarme—. ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí?

—Estoy bien —gruño con toda la rabia que me ahoga en un día como hoy—. Déjame tranquila.

—Muy bien —lo oigo murmurar.

No sube la ventanilla, pero el coche se mueve y avanza un par de metros. Respiro hondo y me alegro de poder seguir yo solita con mi dolor, aunque, por otra parte, me apena un poquito que no haya insistido. Normal. Cameron ya no quiere saber nada de mí. Corrijo: nunca ha querido.

Las luces rojas de freno del coche llaman mi atención.

—Mierda. —Me llega su gruñido.

Da marcha atrás. Vuelve a parar exactamente en el mismo punto en el que ha parado antes. Y aún tiene la ventanilla bajada.

—Sube al coche, Ashley —me pide con voz suave—. Te llevo a casa.

—No, gracias. No necesito que me lleves a casa —dejo claro.

No me muevo ni un ápice. Sigo sin mirarlo.

—No seas cabezota. No voy a dejarte aquí sola llorando en mitad de la calle a estas horas. Sube al coche y deja que te acerque —insiste.

No digo nada, como si no lo oyera.

—¡Maldita sea, Ash! —exclama exasperado—. No me hagas bajarme del coche y obligarte a entrar —amenaza.

—Vete a la mierda —respondo ante el ultimátum.

Oigo cómo pone el freno de mano, de un tirón, y cuando miro, se está soltando el cinturón. No quiero tener que pelearme con él. En parte, porque es mucho más fuerte que yo. Mis posibilidades son prácticamente nulas. Así que me levanto y entro en el coche antes de que tenga tiempo de bajar. Cierro de un portazo, para dejarle claro que esta situación no me hace ni pizca de gracia. Me abrocho el cinturón y él lo hace también, más despacio que yo. Lo veo hacer una mueca de dolor al echar el brazo hacia atrás para alcanzar el anclaje. No dice nada. Y yo tampoco.

Avanzamos en silencio, alejándonos del club. A los pocos segundos, la música cambia en el interior del coche y pasa de una canción de Bruno Mars a iniciar la lista de reproducción de mi móvil. Cam baja el volumen al mínimo. Y entonces sí nos quedamos en silencio del todo. Vaya

momento más incómodo, con mi móvil aún conectado a su reproductor como si no hiciera ya más de dos semanas que no iba en su coche, y más de una que ni siquiera nos hablamos.

—¿Qué te pasa? —Rompe el silencio, de repente—. ¿Por qué lloras?

—No estoy llorando.

—Ah, perdona. Has decidido caracterizarte de panda esta noche —se burla—. ¿Alergia primaveral?

Gruño bajito y pierdo mi vista por la ventanilla. A Cameron Parker no le importa por qué lloro. Que se vaya olvidando de obtener un buen chisme esta noche.

Me sorprende cuando echa el coche a un lado de la carretera y para, pegado a la acera. Apaga el motor. Me veo en la obligación de volverme para mirarlo, solo para que vea lo mucho que me está cabreando su actitud y pedirle que me lleve a casa de una vez o me deje ir andando. Me encuentro con sus ojitos verdes fijos en los míos y se me atascan las palabras en la garganta. Se me estaba haciendo eterno todo este tiempo sin tenerlo tan cerca. Estoy perdiendo poquito a poco todas las fuerzas y las defensas. Y noto que se me escapa una lágrima más, que resbala por mi pómulo izquierdo. Cam alza la mano derecha hacia mí y me la seca con el pulgar. No sé si seré capaz de volver a respirar algún día.

—Ash —murmura en un tono bajito y muy íntimo—. No estás bien. Dime qué pasa.

Niego lentamente con la cabeza.

—Es una tontería —consigo susurrar.

—No es una tontería si te está haciendo llorar.

Sus ojos me están animando a hablar. Aunque sea una tontería. Aunque esté llorando por una tontería, quiere saberlo. Y, no sé cómo, de golpe, se me ha borrado por completo la última semana y media de la memoria y es como si todavía fuéramos amigos. Como si yo todavía me pudiera creer que alguna vez fuimos amigos. Tengo enfrente a Cam. Solo es Cam, puedo decir una idiotez. Puedo decir cualquier cosa. Puedo ser yo. Quiero ser yo misma, sin tener que preocuparme.

—No me han aceptado en Stanford —digo, por fin, a media voz—. Me ha llegado la carta hoy.

Busco mi pañuelo de papel en el bolsillo para poder enjugarme bien los ojos e intentar corregir el horrible aspecto que debo de tener ahora mismo.

—Mierda, Ash. Lo siento —dice Cameron dulcemente—. Qué putada.

Parece sincero. Lo miro entre las lágrimas, y él tiene esos ojitos clavaditos en mí.

—¿Cómo pueden no haberte aceptado? ¿Son idiotas?

Curvo un pelín los labios en respuesta al tono de su voz. Aunque no llega a ser del todo una sonrisa.

—Me he esforzado tanto estos años... estudiando como una imbécil... No lo sé. Supongo que escribí una mierda de carta de presentación, ¿no? —Busco una explicación—. O que había mucha gente mejor que yo. —Me encojo de hombros e intento sonreír un poco cuando veo cómo

me está mirando—. No pasa nada. Solo que me acabo de enterar y ha sido un palo. Mañana lo veré todo de otra forma. Y el año que viene iré a la Universidad de Chicago, y ya está. Tiene un programa de psicología muy bueno, no es el fin del mundo —digo, más para mí misma que para mi interlocutor.

—Sí. Chicago está muy bien, Ash. Tendrás que comprarte un abrigo. Un abrigo muy gordo. Pero está genial.

Suelto una risita al escucharlo. No lo puedo evitar. Para eso lo ha dicho, ¿no? Lo oigo reírse conmigo, bajito. Así que me río un poco más antes de estudiar su rostro otra vez.

—Ven aquí.

Me rodea con el brazo derecho y me acerca a él despacio, para que el cinturón de seguridad me permita moverme sin atascarse. Me envuelve en un abrazo cálido y yo escondo la cara en su pecho y noto en la mejilla derecha el roce frío del colgante que lleva. Su olor me resulta muy familiar a estas alturas. Y me encanta. Huele muy muy bien. Pero la ternura con la que me trata me da más ganas de llorar, como siempre me pasa cuando alguien me consuela. Me aparto levemente cuando noto las primeras de la nueva oleada de lágrimas brotando detrás de mis párpados. Él afloja la presión de sus brazos para permitirme moverme cuanto quiera.

—Te voy a manchar la camiseta. —Señalo la prenda blanca.

—No importa —murmura, con mucha delicadeza.

Aun así, me separo de él. Me apoyo un pelín en su costado derecho para echarme hacia atrás y lo oigo soltar un respingo ante el roce.

—¡Lo siento! —Me apresuro a apartarme.

Ni siquiera me había dado cuenta de que podía hacerle daño.

—No pasa nada. No me ha dolido. Soy un tipo duro —dice, solo medio en broma.

Sonrío de medio lado al oír eso. Sí, eso es lo que él quiere que todo el mundo crea: que es un tipo duro.

—Ajá —lo pongo en duda con un tonito irónico—. ¿Estás bien, Cam? —pregunto de esa manera tan empática en la que él me ha estado hablando a mí esta noche.

—Claro —dice al instante, sin ni siquiera pensárselo—. Son solo unas contusiones de nada —le quita importancia—. La semana que viene estaré como nuevo.

—Ya. Pero no te lo estaba preguntando por eso.

—Ya lo sé.

Apoya la cabeza en el respaldo del asiento, con aire taciturno. No parece que tenga ganas de hablar del tema.

—Vaya semana más estupenda estamos teniendo los dos, ¿eh? —Trato de sonar alegre y lo veo sonreír levemente al escucharme—. ¿Qué vas a hacer?

No dice nada por unos segundos. Parece estar pensando en ello. Recuerdo lo desesperado que estaba por entrar en la Universidad de Oregón. Su única oportunidad, según él.

—No lo sé. Aún no lo he pensado en serio. Estudiar en verano, repetir algunas asignaturas el

año que viene para ver si mejoro la nota... O si no, no ir a la universidad —determina. Se encoge de hombros como he hecho yo antes—. No pasa nada. Algo se me ocurrirá.

Me da la impresión de que intenta sonar mucho más optimista de lo que en realidad se siente.

—Estabas haciendo un partidazo tú solito antes de que esos tíos te noquearan. Lo sabes, ¿no?

—Eh, eh, a mí no me noqueó nadie —insiste, con pose altiva—. Me pegaron un poquito, nada más.

Se ríe, suave, cuando me oye soltar una carcajada.

—Todo saldrá bien, Cam —aseguro, al tiempo que pongo una mano sobre su brazo.

Vuelve la cara hacia mí y nuestros ojos se encuentran. Por unos segundos no dice nada, pero luego sonríe un poco y asiente.

—Lo mismo digo, princesa.

Esta vez su tono no es burlón. Esta vez ese «princesa» no suena como siempre. Y mucho menos como sonó la última vez que lo dijo. Sus palabras y sus ojitos verdes chispeantes me estrujan ligeramente el corazón. Dios, cómo lo he echado de menos. A este Cam. Ni siquiera sé cuál de sus versiones es la de verdad, pero este es el Cam por el que estoy absolutamente loca. Mierda. Estoy loca por él. Lo estoy. Totalmente colgada. Tanto, que me quedaría enganchada a esos ojitos verdes hasta mañana.

—¿A qué hora tienes que estar en casa? —pregunta.

Aparta la mirada, cortando mi momento de revelación personal y emocional.

Los dos miramos el reloj del coche. Son casi las diez y media.

—Antes de las once —respondo.

Me acomodo en el asiento, sin saber muy bien cómo actuar después de la tensión entre los dos de los momentos previos.

—¿Y si llegas un poquito más tarde?

¿Qué narices estará tramando? La verdad es que me muero por saberlo. Pero mi castigo solo se ha aplazado temporalmente y no necesito darle más razones a mamá para que piense que ya no se puede confiar en mí.

—No puedo. Estoy como muy muy castigada.

Lo veo alzar las cejas sorprendido.

—¿Castigada? ¿Qué has hecho, Ashley Bennet? Creía que tu madre te decía que cogieras una rebequita si querías escaparte de casa de madrugada —me pica.

—Sí, hasta que empezó a pensar que si me escapaba de casa de madrugada era para ver a Tyler Sparks —suspiro resignada.

Cam sonríe de medio lado.

—Pobre Tyler, un incomprendido por todas las madres del estado —ironiza—. Bien. Te llevo a casa —decide, y arranca de nuevo.

Yo no digo nada. No sé muy bien lo que está pasando dentro de este vehículo, si tengo que ser sincera. Cam de repente es un encanto, cuando lleva tantos días siendo un auténtico borde

conmigo. ¿Le he dado pena por lo de Stanford? Es una noche confusa para mí. Imagino que tampoco están siendo unos días fáciles para él. Así que, quizá, estar en este coche y ser amables entre nosotros sea solo producto de las circunstancias. Supongo que mañana volverá todo a la normalidad.

Han pasado unos seis minutos en silencio cuando Cam para el coche en un semáforo en rojo. Echa el brazo hacia atrás para abrir la tapa del reposabrazos que hay entre los asientos y lo veo hacer una mueca de dolor, pero no se queja. En solo unos segundos me está tendiendo un paquetito de galletas Oreo.

—¿Con todas las veces que me he subido a tu coche y tenías eso ahí todo el tiempo?

Lo cojo con una sonrisita.

—Claro que no. La reserva secreta de chocolate la tengo que ir renovando casi a diario —bromea.

Abro el paquetito y le tiendo una. Porque seguro que no soy yo la única a la que le viene bien un poco de chocolate ahora mismo, ¿no? La coge y se la mete en la boca entera. Yo niego con la cabeza desaprobando su actitud.

—¿Qué pasa? —Hace el tonto con la boca llena y los dientes manchados de chocolate.

Me río y empujo su mejilla con un dedo para que deje de mirarme. Enseguida vuelve de nuevo la cabeza hacia mí, más serio esta vez.

—Cam —lo llamo. Clava sus ojos en los míos y yo curvo los labios levemente—. Tienes el semáforo en verde —aviso.

Sonrío cuando él se vuelve de golpe hacia el frente y pone en marcha el coche de nuevo. No es la primera vez que no ve cambiar un semáforo porque me está mirando a mí. Pero no sé cómo interpretarlo.

Cuando paramos delante de la puerta de mi casa aún queda más de un cuarto de hora para mi toque de queda. Mejor. Mamá verá que soy una chica responsable si llego antes de tiempo.

—Gracias por traerme —digo a modo de despedida.

Cam ha parado el motor. ¿Significa eso que espera una despedida larga? ¿Quiere decir que aún tiene algo que hablar conmigo? Parece que no, porque se limita a asentir con la cabeza y no dice nada. Me quito el cinturón y estoy a punto de tirar de la manilla de la puerta cuando lo oigo llamarme.

—Ey, Ash. —Me vuelvo de nuevo hacia él en espera de algo más—. Que le den por culo a Stanford. Esa panda de estirados no tiene ni idea de lo que se están perdiendo.

Asiento, muy débilmente, y sonrío sin mostrar los dientes.

—Ya, bueno. —Me muestro de acuerdo—. Pero me da mucha rabia.

—Rabia —repite él—. Una de mis emociones favoritas. La rabia hay que sacarla. Pégale a algo —me aconseja.

—¿Que le pegue a algo? ¿Qué mierda de consejo es ese? —me burlo con una risita.

Él alza las cejas, casi indignado. Coloca las manos alzadas con las palmas hacia mí.

—Vamos. Dame —me anima.

Me río.

—¿Qué? ¿En serio? Cam...

Me mira fijamente a los ojos, como instándome a terminar de decir lo que sea.

—Estás convaleciente.

Suelta un bufido y yo me río un poco más.

—Ash, me placaron dos tíos de más de cien kilos cada uno. Y sigo aquí. Creo que podré soportarlo. Venga.

Niego con la cabeza, pero luego obedezco. Le pego en la palma de la mano izquierda con el puño cerrado.

—Vamos. —Vuelve a hablar—. Empieza.

—Ya he empezado —suspiro con paciencia, porque lo veo venir.

—¿Qué? Si no me has tocado —me pica—. ¿Es eso todo lo que sabes hacer? ¡Vamos!

Sigo pegándole, estrellando cada uno de mis puños en una de sus manos, alternativamente. Intento descargar toda esa ira que tenía acumulada por dentro, pero es que ahora mismo no la encuentro. No sé dónde se ha metido. Y no sé dónde están tampoco todas las ganas de pegarle que he sentido durante la pasada semana. Y eso que eran muchas y muy acuciantes. La verdad es que no consigo hacer que sus manos retrocedan ni un milímetro. Qué lástima, Ashley. Eres una floja.

Con el último golpe que le doy a su palma izquierda, más fuerte que los primeros que he soltado, él cierra la mano atrapando mi puño en su interior. Tiene las manos bastante más grandes que las mías. El contacto me transmite una especie de corriente eléctrica que me recorre todo el brazo hasta el pecho. Tiene la mano caliente y sentirla sobre la mía es más que agradable.

—Eh, cuidado —dice, prácticamente susurrando—, que estoy convaleciente —bromea.

Mis ojos encuentran los suyos. Su mano aún sigue rodeando mi puño. Y ni siquiera sé por qué narices hago lo que hago. No lo sé. No tengo ni idea. Pero me inclino hacia él y presiono mis labios contra los suyos. No pienso los dos primeros segundos. Luego, estoy casi totalmente convencida de que él va a apartarme y echarme a patadas de su coche. Aun así, habría merecido la pena, todo mi cuerpo está en marcha, más despierto que nunca y absorbiendo todas las sensaciones que proliferan en mis cinco sentidos. Mariposas en el estómago, a punto de morir abrasadas por el calor que se extiende desde mi bajo vientre hacia todas partes, sin orden ni control. Cam no se aparta. No, qué va. En cambio, aprieta más los labios contra los míos y, sin soltar mi puño derecho, mueve la otra mano para enredarla en los mechones de pelo que me cubren la nuca e impedirme la retirada. No, tranquilo. Yo no me voy a ningún sitio. Cambiamos la dinámica a una mucho más suave y tierna y sus labios acarician los míos con mimo. Le pido más rozando su labio inferior con la punta de mi lengua y la suya responde al instante. Y quiero quedarme. Más. Mucho más. Quedarme en este coche toda la noche, por muy castigada que esté.

—Ash. —Cameron prácticamente gruñe.

Se aparta de golpe y deja mi boca con una sensación de vacío y soledad bastante desagradable. Incluso me ha soltado la mano.

—Mejor que entres ya en casa —aconseja, bruscamente.

No digo nada. Estoy avergonzada. Y confusa. Me acabo de lanzar a los brazos de un tío que hace una semana me dijo que nuestro trato había acabado y entre nosotros no había nada más. Mierda, ¿se puede hacer más el ridículo, Ashley?

Abro la puerta del coche de un tirón y me bajo sin despedirme. La empujo para cerrarla y luego camino hacia la puerta de casa, despacio, rebuscando las llaves en mi mochilita. Le doy tiempo para volver a llamarme. Para aclarar las cosas. O para pedirme que lo bese otra vez. Pero no lo hace. Cuando entro en casa y cierro la puerta detrás de mí, sé que Cameron Parker ya no está conmigo. Aunque su coche no se haya movido de la puerta.

5

I heart question mark

El frigorífico está lleno hasta los topes, pero nada de chocolate. Oh, mamá. Vamos. ¿Por qué me hace esto? Sabe perfectamente que lo necesito en estos días de mi ciclo. En fin, habrá que sobrevivir sin ello esta tarde. Es más duro aún cuando es biología la asignatura que me tiene las horas absorbidas. Y no sé ni para qué sigo estudiando, de todas formas. Stanford ya no es una opción.

Unos golpes en el cristal de la puerta de la cocina me sobresaltan. Me vuelvo hacia allí y veo unos ojos avellana observándome, divertidos. Hago una mueca al verlo y me acerco inmediatamente a abrir.

—¿Qué haces aquí?

—No gruñas, acabo de ver salir a tu madre con tu hermano en el coche —se justifica—. Tenía que verte.

Pone cara de bueno. Da un paso dentro de la cocina, cierra la puerta con el pie y me besa en los labios. Me aparto antes de lo normal. Hace dos días de mi beso con Cam en su coche y no puedo parar de pensar en ello. Estoy intentando con todas mis fuerzas retomar lo que sentía por Tyler. Hasta he rescatado mi diario de los catorce para refrescarme la memoria. Y, madre mía, no había ni una sola página que no hablara de él. Vaya amor obsesivo el mío. Me da la impresión de que todo es inútil. Tyler Sparks me gusta muchísimo, pero es el que era su mejor amigo el que se aparece en mis últimos pensamientos antes de dormir.

No he vuelto a hablar con Cam desde el martes por la noche. Yo no lo he intentado y él tampoco. Hacemos como que no nos vemos cuando nos cruzamos por los pasillos. Hacemos como que no nos conocemos cuando coincidimos en clase. Quizá sea mejor así. La noche del martes ninguno de los dos estábamos bien del todo. Estábamos tristes, vulnerables, necesitados. Un caldo de cultivo perfecto para lo que sucedió. El problema es que para mí fue mucho más que eso. Supongo que tengo que asumir que para él no.

Tyler me besa el cuello mientras juguetea con el tirante de mi camiseta.

—Tengo mucho que estudiar —advierto.

Sus ojos color avellana estudian mi rostro cuando se aparta de mí. Parece confundido.

—¿Qué pasa, Ash? Llevas toda la semana igual. No paras de darme largas y de rechazarme.

—No te estoy rechazando —puntualizo, aunque quizá sí es eso lo que estoy haciendo, un poquito—. Son las hormonas. —Echo balones fuera—. Estoy con la regla y no me siento cómoda, Tyler, nada más —trato de explicarle.

—Bueno, pues entonces déjame ayudarte a sentirte mejor —propone con voz pícara, y me acaricia un pecho por encima de la tela de la camiseta.

No llevo sujetador y el roce ya hace que mi sistema nervioso se ponga totalmente en guardia. Preparado para transmitir sensaciones a cada rincón de mi cuerpo. ¿Debería dejarme llevar? Quiero, pero no quiero. Cedo un poco cuando vuelve a besarme en la boca.

—Vale —concedo, al fin—. Solo un ratito, ¿eh? Mi madre no va a tardar más de cuarenta minutos. Y si te pilla aquí, va a matarnos a los dos.

—Me gusta el riesgo —bromea. Me toma por la cintura y aprieta mis caderas contra las suyas —. ¿Me enseñas tu habitación, preciosa?

No debería estar haciendo esto. Lo sé. Pero distraer mi mente es lo único que puedo hacer llegados a este punto. Así que ahora mismo tengo a Tyler paseándose por mi habitación. Observando todas mis cosas personales. Mis libros, mi decoración, mis fotos. No dice nada mientras pasea su mirada por cada rincón de mi cuarto. Y yo solo espero a que termine de una vez de portarse como un cotilla y vuelva a besarme, a ver si así me borra de los labios el sabor de Cameron Parker. Mierda. Soy una maldita chica mala. Muy mala. Jugando con dos tíos a la vez. O ellos están jugando conmigo y volviéndome loca, ya no lo sé.

Tyler se acerca a mi armario abierto y, entonces, cuando miro hacia allí, se me para el corazón por un segundo. Porque, si yo la estoy viendo, no me cabe duda de que él puede verla también. La sudadera de Cam. La de la Universidad de Oregón con la O y el pato saliendo de su interior. Está en una de las baldas. Llama la atención. Llama la mía. Y apuesto a que también la del chico que está revisando mis cosas ahora mismo. Se acerca y la coge entre las manos, desplegándola. Se vuelve para mirarme y yo le sostengo la mirada, sin saber qué decir.

—¿Esta sudadera no es de Cam? —pregunta, como si no conociera perfectamente la respuesta.

—Eh... sí.

Me acerco hasta donde él está y se la quito de las manos, la doblo de nuevo y la dejo en el mismo sitio de donde la ha cogido. Solo tenerla entre mis manos ya me hace retroceder hasta el día en que me la prestó. Cuando desperté con resaca en su casa, cuando cuidó de mí, cuando me besó en mi piscina.

—Me la prestó antes de irme a Japón —explico, sin mirarlo—. Y luego..., bueno, ya ves que ni nos hablamos, así que no he tenido ocasión de devolvérsela —zanjo el tema.

Tyler me coge de la mano y tira de mí para que me vuelva. Al quedar de frente a él procuro evitar sus ojos, aunque soy perfectamente consciente de que están buscando los míos.

—¿Por qué ya no hablas con Cam? ¿No erais tan amiguitos?

Su pregunta me sorprende. Sobre todo, por el tono irónico que está utilizando. Alzo la vista a

su cara y veo que está expectante.

—Ya, sí. Tú también eras muy amiguito suyo, ¿no?

—Y apuesto a que las razones para nuestros cabreos son exactamente las mismas. —Sonríe de medio lado.

Frunzo el ceño. ¿Tyler lo sabe? ¿Sabe lo de los juicios de Salem? ¿Será por eso que Cam y él están tan enfadados? Se enteraría de que su mejor amigo conspiraba a sus espaldas para separarlo de su novia y le cabreó que se metiera así en su vida. Puedo entenderlo. Aunque también pensaba que entendía a Cam, y al final ha resultado que todo el plan para recuperar a su amigo ha acabado con la ruptura total de esa amistad. Qué irónico.

—Pues no lo sé. ¿Por qué estáis tan cabreados vosotros?

—Ash. —Vuelve a sonreír, como con pena, tras decir mi nombre—. No puedes ir en serio. ¿Sí? Qué inocente eres, pequeña —murmura.

Doy un paso atrás, indignada por su tono condescendiente. ¿Yo soy inocente? Si supiera que hace dos noches me lancé sobre los labios de Cam en su coche tal vez no diría lo mismo. Si supiera toda la historia...

—Os vi besaros —dice entonces, y yo me enfrento a sus ojos con el corazón a toda velocidad. ¿Nos vio? ¿El martes? ¿Cómo?—. En tu piscina, el día que te ibas a Japón.

Estoy a punto de soltar un suspiro de alivio sin disimulos. Por suerte, logro contenerme. Aparto la vista, porque esto no es algo de lo que quiera estar hablando con él.

—No... Eso fue una tontería —miento, a medias.

Porque para mí no lo fue. Pero, en el fondo, lo fue.

—¿Para quién? —presiona.

Vuelve a sonreír de medio lado cuando nuestros ojos se encuentran. Parece dispuesto a decir algo más, así que niego con la cabeza para frenarlo al tiempo que pongo una mano sobre su mejilla. Quiero abandonar este tema de conversación ya mismo. No tiene sentido que hablemos de lo que pasó antes de irme a Japón porque las cosas han cambiado mucho de entonces a ahora. Y no deberíamos estar hablando de Cam. No. Cam no debería tener nada que ver con lo que sea que haya entre Tyler y yo, a pesar de que tener a Tyler Sparks en mi habitación sea en gran parte mérito suyo.

Ahora estoy con Tyler. Estoy aquí con el chico de mis sueños, ¿no? Y recuerdo cuando Cam dijo aquello de «si no puedes estar con la persona a la que quieres, quiere a la persona con la que estás». Ni siquiera estoy segura del todo de a quién quiero yo, o de eso quiero convencerme: de que aún me quedan muchas dudas al respecto. Pero sé exactamente con quién estoy. Así que doy un paso al frente para pegarme a su cuerpo.

—Olvídate de Cam —le pido.

—Eso digo yo, Ashley —rebate él—: olvídate de Cam.

Cierro los ojos por un momento con la cabeza metida en mi taquilla. Sé que cuando la saque de aquí no voy a tener ni un solo segundo de paz, así que voy a aprovechar para respirar un poco. Vale. Vamos allá.

—¡Tía! —empieza Emily otra vez en cuanto encuentra mi mirada—. No puedes soltar una bomba como que ayer tuviste a un tío en pelotas en tu habitación y no darme todos los detalles.

—Yo no he dicho que estuviera desnudo, Em —suspiro, resignada.

—¿Ah, no? Qué imaginación más loca la mía —bromea mi mejor amiga. Agarra mi brazo para acercar nuestras cabezas—. Has dicho que pasó algo, ¿no? Algo sexual. ¿Hasta dónde llegasteis? Sigues siendo virgen, ¿verdad? —Me mira y yo hago una mueca—. ¡Ash! No me hagas sufrir así y dime: ¿se la viste a Tyler Sparks? —susurra en mi oído. Sonrío, divertida—. ¡Se la viste! Oh, Dios mío... Espera, espera. —Se da media vuelta y respira hondo un par de veces para luego volverse de golpe otra vez y agarrarme como antes—. ¿Se la tocaste? ¡Madre mía, Ash! ¡Lo hiciste! —se responde ella sola soltando exclamaciones en la voz más baja que es capaz de mantener—. ¡No..., no...! No me digas que... ¡se la chupaste! —Eleva un poco el volumen.

La empujo para apartarla de mí, mirándola con reproche, mientras me aseguro de que nadie a nuestro alrededor nos está prestando atención.

—¡Baja la voz! No debería contarte nada...

—¡Deberías! ¡Claro que deberías! Quiero detalles.

—No seas guarra.

—Vamos, dame algo que pueda usar la próxima vez que tenga que fingir que estoy con un jugador de fútbol cuando me enrollo con Scott —bromea—. ¿Cómo la tiene? ¿Grande?

—¡Emily, por Dios!

La empujo de nuevo. Nada parece desanimarla. Ya me avisó hace más de un mes de que pensaba vivir a través de mí y mi emocionante historia con los capitanes del equipo, pero esto es pasarse.

—Vale, vale, entiendo que no tienes muchas referencias para poder comparar y darme su posición aproximada respecto a la media —se burla.

—¿Perdona? Menos tienes para comparar tú que solo has visto desnudo a Scott en toda tu vida.

—¡Y por eso necesito que me describas lo que ves tú! A ver si voy a estar con un tío que tiene un micropene y yo sin enterarme. —Se mete con su novio—. Venga, Ash, cuéntame. Vale —cede levantando las manos—. No me digas cómo la tiene. Pero dime cómo llegasteis hasta la tercera base sin que os pillara tu madre.

Justo en ese momento veo que de frente a nosotras, por el pasillo por el que nos dirigimos a nuestra próxima clase, avanzan Vanessa y Cam, hablando entre ellos. Le doy un codazo a Emily para exigir discreción. Parece que ni nos han visto, pero entonces Vanessa levanta la vista y sonríe ampliamente al verme.

—¡Ey, Ash! —saluda, y se acerca a nosotras.

Cameron sigue su camino como si nada hubiera pasado, sin ni siquiera mirarnos. Le sigo la pista de reojo disimuladamente. O eso creía yo. Vanessa se da cuenta, claro.

—Ignóralo —dice, al tiempo que posa la mano en mi brazo, después de saludar a Emily amablemente—. Ya sabes, las famosas lesiones cerebrales del fútbol americano. —Se mete con él—. Oye, solo quería preguntarte si vas a venir mañana a la fiesta.

—¿Qué fiesta? —Primera noticia que tengo de que haya una fiesta mañana.

Vanessa se queda callada, como si no supiera bien qué decir. Parece un poco confundida.

—Ah —dice, por fin. Se muerde el labio un segundo—. ¿Tyler no te ha dicho lo de la fiesta?

Trata de hacerlo sonar como una pregunta, aunque parece más bien una afirmación. Niego con la cabeza.

—Ah, bueno —sigue—: todos los años los chicos del equipo organizan una fiesta cuando termina la temporada. Este año es en casa de Lucas. Jugadores y animadoras, y solo se permite invitar a una persona ajena al círculo de cada uno. Gina no quiere venir, así que puedes ser tú mi invitada, ¿eh, colega de tequila?

Sonrío levemente ante su entusiasmo. Y ante la invitación. La jefa de las animadoras me considera una amiga. No tengo ninguna duda de que ir a la fiesta con ella sería de lo más divertido. Pero no creo que sea mi sitio. Y, de todas maneras, estoy castigada.

—Gracias, pero no creo. Estoy castigada. Así que veo un poco difícil que mi madre me dé permiso para ir a una fiesta loca de jugadores y animadoras. Por eso Tyler no me habrá dicho nada —lo justifico.

Parece lógico. Aunque me extraña que no se le ocurra pedirme que me escape por la ventana para ir a una fiesta con él. Me pide que me escabulla de casa bastante a menudo.

—Oh, no. Venga —insiste ella—. Con lo bien que lo pasamos en la última fiesta —recuerda.

Sonrío. Lo pasamos bien. Pero cada vez que pienso en esa fiesta tengo que pensar inevitablemente en mi beso con Cameron Parker en la despensa de la casa de Troy. Y eso desvirtúa mucho el resto de los recuerdos.

—¡Ashley Bennet! —grita Grace al aparecer desde mi izquierda—. Una semana para el baile y sigues sin vestido. —Lleva toda la semana con la puñetera cuenta atrás—. ¡De esta tarde no pasa! Aunque tenga que ir yo sola y comprarte el más caro de la tienda —medio bromea.

—¿Comprar un vestido? ¡Has dado con la persona adecuada! —asegura Vanessa.

Se olvida de mí, y de la fiesta, y de todo lo demás. Coge a Grace del brazo y las dos se ponen a cotorrear, como si fueran amigas de toda la vida. Me parece oír incluso que están quedando para ir juntas a buscarme algo que ponerme. Increíble.

Durante las siguientes horas de clase, me dedico a darle vueltas a lo que sucedió ayer con Tyler. No había planeado terminar de rodillas en el suelo haciéndole todo aquello que la mayoría de la gente del instituto ya creía que le hice desde el fin de semana en el lago Tahoe, pero lo cierto es que una cosa llevó a la otra. Y que yo quería demostrarle que estaba con él al cien por

cien, y que no tenía la cabeza en ningún otro sitio. Que ya me había olvidado de Cameron Parker. Aunque no fuera verdad. Yo solo había hecho algo así una vez en mi vida, con aquel chico de Florida. Aun así, Tyler me dijo que lo hacía muy bien. No sé si era verdad. Estoy bastante segura de que, con todas las chicas con las que ha estado, ha tenido manos y bocas mucho más expertas y precisas que las mías. En fin. Que le gustó es innegable. Y ahora dice que debería compensarme y que la próxima vez que nos veamos el placer será solo para mí. Pero no me ha invitado a la fiesta de mañana, así que no sé cuándo planea verme de nuevo.

Esta noche. Esa es la respuesta a la pregunta que me llevaba rondando la cabeza todo el día. ¿Cuándo querrá verme Tyler Sparks y compensarme un orgasmo con otro? Esta noche. Aunque cuando me llega su mensaje pasadas las once, no estoy muy segura de que él vaya a estar de humor para orgasmos.

> Estoy en el callejón. Estoy pensando en largarme de casa para siempre. ¿Puedes venir? Tengo la moto, podemos rodar a donde tú quieras.

Pensando en largarse de casa para siempre. Qué drama. Así que no puedo decir que no voy, ¿no? Parece que me necesita bastante. No contesto a su mensaje. Salgo de mi habitación y bajo a la cocina, como si fuera a beber agua antes de irme a dormir o algo así. Por si mi madre me oye. Cuando vuelvo a mi habitación, veo la luz de su lamparita por la rendija de su puerta entreabierta. No dice nada. Estará leyendo antes de dormir. Si le da la impresión de que me voy a la cama es altamente improbable que venga a asomarse a mi cuarto.

Me cambio de ropa y salgo por la ventana. Cada vez lo hago mejor. Me estoy volviendo una experta en escapadas nocturnas. Camino entre las sombras y asegurándome de no pisar ningún punto que quede a la vista desde la ventana de la habitación de mamá. Cualquier precaución es poca. Una vez me creo a salvo, avanzo hasta el callejón donde Tyler suele escaparse a fumar. Ahí está. La moto está a un lado, junto a la pared. Y él sentado en la escalera de incendios fumando un cigarro. Por un momento temo que sea marihuana, pero, cuando me acerco un poco más, lo huelo. Es solo tabaco.

—Eh —saludo—. ¿Qué pasa?

Tira el cigarrillo y lo aplasta con la suela de la bota antes de estirarse y tomarme por la cintura para sentarme en su regazo. No dice nada. Esconde su cara en mi cuello. Lo abrazo contra mí y le beso el pelo, con cariño. Pobre chico malo. Pobre rebelde sin causa. Ni siquiera sé lo que ha pasado. Pero sé con certeza que Tyler Sparks me necesitaba mucho esta noche.

No tardamos mucho en montarnos en la moto. Tyler conduce más tranquilo que en otras ocasiones. Cruzamos la ciudad hasta el borde del río Sacramento y, después, cruzamos por Tower Bridge para llegar al parque River Walk, al otro lado.

—Gracias por venir, Ash —dice una vez estamos acomodados sobre el césped.

Estoy sentada con las piernas extendidas y él tumbado de espaldas sobre el suelo, con la cabeza en mi regazo. Le acaricio el pelo distraídamente.

—Me has mandado un SOS. Habría sido de mala educación ignorarlo.

Sonríe un poco y asiente.

—Lo digo en serio. Si no llegas a venir esta noche ya llevaría un par de porros y algunas latas de cerveza. Eres como mi salvavidas, ¿no?

—De eso nada —le llevo la contraria.

—Sí, Ashley. Estoy cambiando, ¿lo ves? Lo estoy intentando. Tú me estás cambiando.

Aparto la mano de su pelo y apoyo las palmas sobre la hierba, echando la cabeza hacia atrás.

—Las personas no cambian por otros, Tyler —digo. Intento que no suene como un ataque, porque no lo es—. Yo no voy a cambiarte. Tienes que ser tú quien decida cambiar. Cambiar por ti mismo. Cambiar por mí no es lo que vas a hacer, ni a lo que deberías aspirar.

—Te equivocas —me corta—. Yo no me esforzaría por hacer las cosas diferentes si tú no estuvieras aquí. Hasta mi madre se ha dado cuenta, no te sorprendas si pasa por tu casa para darte las gracias cualquier día de estos —medio bromea—. El problema es que no valoran igual las cosas buenas que las cosas malas. Siempre tienen que ver lo que hago mal —gruñe.

—No me puedes cargar con esa responsabilidad —protesto—. Ni a mí ni a nadie. Lo único que haces con eso es utilizarme a mí como utilizas el alcohol. Como un parche temporal, ¿y qué pasa cuando yo no esté?

—Pues no te vayas y ya está. —Ofrece la solución, relajado.

Y puede que todo esto me hubiera sonado como un sueño cuando rogaba porque él se diera cuenta de que soy la única persona que puede comprenderlo en el mundo. Ahora ya no estoy segura. Que Tyler Sparks me necesite no va a resolver sus problemas. Y los míos tampoco. Las relaciones no deberían basarse en algo como eso, ¿no? No deberías estar con alguien porque no sabrías qué hacer sin él; yo no debería estar con Tyler solo porque él decida de la noche a la mañana que no sabría qué hacer sin mí.

—Yo no puedo resolver tus problemas, Tyler. Podría apoyarte mientras los resuelves tú solo. Porque la verdad es que es algo que nadie puede hacer por ti. Y mientras sigas sintiéndote como lo haces y no te quieras a ti mismo, nada va a cambiar. —Intenta decir algo, pero sigo hablando —: Tienes que perdonar a tus padres... a los biológicos y a los adoptivos. Los Sparks han podido cagarla contigo en muchas cosas, pero eso no significa que no tuvieran buena intención o que no te quieran. Hay mucha gente que te quiere, pero tienes que resolver los problemas contigo mismo para poder apreciar eso.

—Ya suenas como una psicóloga —murmura, y no sé si está molesto o no—. Te necesito, Ashley. Esa es la verdad. Te necesitaba esta noche y has venido. Y me siento mejor. Estar contigo me hace estar mejor, y ser mejor. Yo lo veo muy claro.

—No soy la solución mágica. Y no puedes atraparme para tenerme a mano cuando te sientas mal. Esto no funciona así. Fíjate en lo que has hecho hasta ahora, en las relaciones que has tenido —le recuerdo—. ¿Cómo tratabas a Blair?

—¿Cómo me trataba ella a mí? —se defiende—. Y da igual cómo haya sido con las demás,

porque la verdad es que la única que puede salvarme eres tú.

—Tienes que salvarte tú solito. No podrás tener una relación sana con alguien a no ser que lo hagas.

—Quiero tener una relación contigo. Quiero que esto lo sea. —Me sorprende y hasta se incorpora para poder mirarme con nuestros ojos a la misma altura.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que te canses? ¿Hasta que vuelvas a necesitar fumarte un porro aunque yo esté en la misma habitación? ¿Hasta que te des cuenta de que yo no soy la solución?

Sé que no estoy ayudando a mejorarle el ánimo esta noche. Pero es algo que necesito aclarar. Porque acabo de tener una especie de revelación. De repente, todo está muy claro en cuanto a Tyler Sparks. Yo siempre he querido ser quien lo salvara. Pero las cosas no funcionan así. Nadie puede luchar la batalla por él. Y menos cuando la batalla es contra él mismo. Aceptar el papel de tabla de salvación solo puede llevarnos al dolor y a la frustración. A los dos. Y yo sé que quiero apoyarlo, estar a su lado y ser su hombro sobre el que llorar, sí, ¿por qué no? Pero no voy a ser la persona que se hunde con él mientras se autodestruye. Nadie debería serlo. No puedo darle la falsa esperanza de que yo haré que todo en su mundo se vuelva de color de rosa.

—No quieres estar conmigo —murmura.

Se me rompe el corazón cuando lo oigo decirlo así, con esa vocecita y el gesto entristecido entre las luces y sombras del parque.

—No es eso lo que estoy diciendo —puntualizo—. Siempre he estado loca por ti, Tyler. Siempre he creído en ti; siempre he sabido que eres mucho más de lo que te permites ser. Solo digo que hay cosas que yo no puedo hacer por ti, y si queremos intentar esto algún día, hacerlo bien... vas a tener que ponerte a trabajar en ellas. Igual que yo tendré que trabajar las mías, supongo.

—Esto no es por mí —suspira, y se aparta un poco más de mi lado. Frunzo el ceño al mirarlo —. No es por mí, ¿no? Es por otro. —Sonríe de medio lado, tristemente—. Ashley, sé que sientes algo por Cam.

Me quedo en silencio por un par de segundos. Intento procesar lo que me está diciendo, de lo que me está hablando. Siento algo por Cam. Sus palabras lo hacen aún más real de lo que era hace unos minutos, o hace tres días incluso, cuando estaba con él en su coche.

—Cam no tiene nada que ver con esto.

Es la verdad. Sienta o no sienta cosas por el chico de los ojitos verdes, eso no cambia el hecho de que siento de corazón todo lo que acabo de decir, y quiero ayudarlo. Ayudarlo a ayudarse a sí mismo.

—Sí que tiene que ver. Te vi salir corriendo detrás de él cuando se lo llevaron del campo de fútbol.

—Tyler... —suspiro—. ¿Qué quieres decir? Acababan de noquearlo, lo sacaron a rastras. Estaba preocupada. Solo fui a ver si estaba bien.

—Todos estábamos preocupados —puntualiza—. Pero no salimos perdiendo el culo detrás de

él.

—¡Qué tontería! —me desespero—. Los chicos y tú estabais jugando, las animadoras no podían largarse. Yo podía ir a ver cómo estaba y lo hice. No es para tanto.

—No lo sería si fuera solo eso. No soy idiota. Sé que pasa algo desde la primera vez que os vi juntos. Y si Cam no se ha enterado todavía es que es mucho más tonto de lo que pensaba. Pero parece que tú también lo eres, porque tampoco te habías dado cuenta... ¿o sí? —provoca.

No digo nada.

—Mira, Ash, yo no soy Cam. Yo no soy como él. No podríamos ser más diferentes, en realidad. Yo soy un imbécil que se pasa la mitad del tiempo haciendo estupideces. Que no piensa en las consecuencias hasta que es demasiado tarde. Soy egoísta. Pero, por lo menos, yo sé pelear por lo que quiero. Y no es Cam el que se ha pasado los últimos cuatro años pensando en ti.

No estoy segura del todo de adónde quiere llegar con su argumento. De qué es lo que quiere decir. Tampoco estoy segura de que sea sincero. Porque la que se había pasado los últimos cuatro años pensando en él he sido yo, ¿no?

—Eso no me lo creo —digo en voz baja.

Se encoge de hombros con aire taciturno.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta—. ¿Cómo puedo conseguir que confíes en mí? Quiero hacerlo bien contigo. Soy un imbécil. He sido un imbécil con todo el mundo, y sobre todo contigo, estos años. Pero quiero hacerlo bien. Compensarte. Demostrarte que me importas, Ashley, porque lo haces. Y mucho. No me importa que sientas algo por Cam. —Me sorprende tras unos segundos de silencio—. Mientras sepa que sientes algo más por mí.

El sábado por la tarde estoy totalmente desesperada con mis deberes. Todo el día perdido delante de los libros sin conseguir sacar nada en claro. No es mi día. Para estudiar no parece serlo ninguno últimamente.

Oigo la puerta de entrada a casa y, poco después, mamá se asoma a mi habitación. Me sonríe y le devuelvo el gesto, menos alegre que el de ella.

—Llevas todo el día pegada a esa silla, nena —dice, como si yo no fuera consciente—. Anda, tómate un descanso. Eric va a quedarse en casa de Leroy hasta mañana. ¿Qué tal un sábado de madre e hija? —propone—. Vamos al centro comercial a comer un helado, te pruebas ese vestido tan bonito del que te mandó una foto Grace ayer y, a lo mejor, si no puedo resistirme, te lo compro. Solo por si a última hora decido dejarte ir al baile. —Se encoge de hombros, con gesto burlón—. Y por la noche podemos ver una peli y atiborrarnos de palomitas. ¿Qué te parece?

—Me parece un planazo, mamá.

Y esta vez la sonrisa que le ofrezco es de verdad.

Tres horas más tarde estamos agotadas de dar vueltas por las tiendas y nos hemos sentado a

comernos ese helado que mi madre me había prometido, en la terraza del centro comercial. Las dos tenemos las gafas de sol puestas y dejamos que los rayos del atardecer nos calienten la piel. Hacía mucho que no hacía algo así con mamá y es muy agradable poder pasar una tarde como esta con ella de nuevo. Sobre todo, teniendo en cuenta el mal rollo que ha habido entre nosotras últimamente por mi culpa.

—Sabes que no me importa nada lo que tú digas. Volveré cualquier día de esta semana y te lo compraré —amenaza mi madre.

Pongo los ojos en blanco. He tenido que patalear mucho para no llevarnos el dichoso vestido para el baile de la tienda. No quiero que mamá se gaste ese dinero en algo que solo voy a ponerme una vez en la vida. Hay que reconocerles a Grace y a Vanessa que su tarde de compradoras compulsivas de ayer fue todo un éxito. Porque no solo me eligieron un vestido precioso, listo para pasar a probármelo y comprarlo, sino que además ellas tampoco se fueron con las manos vacías. Nunca en la vida habría apostado a que la chica más popular del instituto y mi amiga Grace pasarían juntas todo un viernes por la tarde y lo pasarían tan bien. Parece que han congeniado perfectamente. A las dos les encantan las compras. Y, claro, habíamos juzgado mal a Vanessa.

El vestido me quedaba como un guante. Y era precioso. De verdad que sí. De un color plateado con la parte superior cubierta de pedrería y ajustada al cuello, y la falda suelta de una tela muy ligera y agradable. Era perfecto. Pero, de todas maneras, es probable que no vaya al baile, ¿verdad?

—Mamá, estoy castigada —le recuerdo. Esta mujer ya se ha olvidado de ser dura e implacable, vaya límites para una adolescente rebelde como yo—. Sé que no quieres ser una blanda. También sé que no quieres que me pierda mi baile de graduación —adivino. Mamá hace una mueca, y yo sonrío—. Pero ¿tú sabes quién me pidió que fuera su pareja para el baile? —la pongo sobre aviso.

—Me gustaría pensar que vas a decir que Cam, pero ya sospecho que no es ese el nombre que vas a pronunciar —dice de mala gana.

—Cam ni siquiera me habla, mamá —suspiro tristemente.

—¿Porque estás saliendo con Tyler? —prueba la inocente de mi madre.

Sonrío de medio lado y niego con la cabeza.

—Solo para dejar las cosas claras, no estoy saliendo con Tyler —digo antes de nada—. Y no, no es por eso.

—Ashley, cariño —habla en tono confidencial—. ¿Sabes?, yo también he tenido diecisiete años y he sido rebelde y me han gustado los chicos guapos del equipo de fútbol. Si me contaras lo que te está pasando puede que me fuera más fácil decidir si deberías o no seguir castigada —medio bromea.

—Oh, créeme, debería seguir castigada —me lamento pensando en mi escapada de ayer por la noche con Tyler Sparks.

Que empezó con una especie de discusión y acabó con algo así como una reconciliación. Tanta reconciliación hubo que ya sabe que llevo un tatuaje en el costado derecho y cumplió su promesa de compensarme con un orgasmo. Sus dedos terminaron volviéndome loca en medio del parque y yo tampoco dejé las manos quietas, así que el empate de orgasmos duró menos de lo esperado. Así tengo la posibilidad de cobrármelo cuando yo quiera.

Pero eso no se lo digo a mi madre. Claro que no.

Ella me coge la mano por encima de la mesa y me mira directamente a la cara, aunque no puedo ver bien sus ojos detrás de las gafas de sol.

—Puedes contármelo, nena.

Y yo empiezo a hablar. Sin ni siquiera saber si debería compartir esto con mi madre, o hasta dónde debería saber, o qué es lo que quiero decir. Hablo y hablo y hablo. Y mamá escucha y no dice nada. No juzga. Se limita a asentir de vez en cuando para animarme a continuar. Empiezo desde el principio, cuando Cam me propuso el absurdo trato de los juicios de Salem. No creo que haya logrado sorprender a mi madre con eso; al fin y al cabo, ella ya sabía que llevo media vida loquita por Tyler Sparks. Le cuento todo el tiempo pasado con Cam y lo bien que nos llevábamos y lo bien que me hacía sentir. Y cuando Tyler me besó en el lago Tahoe, y que Cam me besó en la fiesta de Troy Cruz. Omito muchos detalles, claro, sobre todo en lo referente al alcohol y cosas así. Tampoco le cuento lo del beso en la piscina con Cameron mientras debería haber estado haciendo la maleta. Luego le digo que tuve una cita con Tyler y que el trato se acabó, y que Cameron Parker me dejó claro desde entonces que nunca hemos tenido nada fuera de eso.

—Así que sé que Tyler no te cae muy bien, mamá —termino con mi largo monólogo—. Pero Cam es un mentiroso.

—Sí, sí que lo es —me da la razón—. Pero, ¿sabes?, no creo que estuviera mintiendo antes. Creo que cuando miente es ahora.

Levanto las cejas al mirarla. Esta mujer se ha vuelto loca.

—Has elegido a Tyler. Y Cam se ha quitado de en medio —da su opinión.

—No. No te confundas. Yo no he elegido a Tyler. Cam me dejó muy claro que debía salir con Tyler. Él no quería nada conmigo.

Mi madre sonríe de medio lado, como si supiera algo que yo no sé. Me estoy empezando a mosquear con su actitud. Ya son dos los forofos de Cameron Parker en la familia, qué sorpresa. Tres, si hay que contarme a mí. *Ugg.*

—Ningún chico en el mundo se tomaría tantas molestias por la chica que utiliza para recuperar a su amigo —dice tan tranquila—. Y, además, dices que ahora ni se hablan. Ashley, seguro que no formaba parte de ese trato quedarse a cenar en casa con nosotros, ni llevar a tu hermano a jugar al béisbol, ni cuidar de ti como lo hacía. Y lo del beso en la fiesta tampoco. ¿O habíais quedado en que os besaríais para celebrar la quema de la bruja? —utiliza mi argot.

—Hizo lo que tenía que hacer para asegurarse de que yo no me rajaba a medio camino —planteo lo que él mismo me dijo.

—Ya —concede ella, no muy convencida—. Así que has estado siempre coladita por nuestro vecino y ahora va y resulta que te has enamorado de Cam —resume.

—No estoy enamorada de Cam.

Bueno, no lo estoy, ¿no? Me gusta mucho. Muchísimo. Cuando lo tengo delante no puedo parar de pensar en lo loca que estoy por él. Pero eso no significa que la cosa vaya más allá, ¿verdad? No he llegado al punto sin retorno. Aún puedo sacármelo de la cabeza si tan solo me esfuerzo un poquito.

—No, vale —me calma mamá levantando las manos en señal de rendición—. Entonces, te gustan los dos —lanza otra hipótesis—. ¿Y no sabes cuál te gusta más?

—¿Qué más da? Cam no quiere saber nada de mí. Y yo tengo prohibidísimo ver a Tyler —le echo en cara.

—Es importante saber lo que sientes. Ayudaría para aclararte esa cabecita adolescente. Ashley, soy tu madre y te quiero. Solo quiero lo mejor para ti. Y en cuestión de amor no hay mucho que nadie pueda decirte. Tienes que seguir a tu corazón. Pero tienes que pensar que al elegir estar con alguien debes asegurarte de que esa persona aporta valor a tu vida. Así que deberías pensar, ¿quién saca lo mejor de ti?

La miro, pero no digo nada.

—No puedes estar con alguien solo porque otra persona no quiera estar contigo. No es justo para nadie.

—Si no puedes estar con la persona a la que quieres, quiere a la persona con la que estás —recito, como Cameron me dijo a mí una vez.

—Eso dicen. Pero, cariño, antes de conformarte con la persona con la que estás, asegúrate de que has hecho todo lo posible para conseguir a la persona que quieres.

6

Holy ground

¡Te estás perdiendo un fiestón, chica! Dime que no te mueres de envidia y de ganas de estar aquí.

Vanessa me ha enviado un vídeo. Ya han pasado las doce de la noche, así que me aseguro de que el volumen de mi teléfono esté al mínimo antes de reproducirlo. Sí que parece un fiestón. Hay gente bailando por todo el enorme jardín, un montón de balones de fútbol en la piscina, y Ryan baila sin camiseta subido al trampolín. Es cuestión de tiempo que se rompa algo.

A mí los fiestones nunca me han llamado mucho la atención. Lo único que me mosquea de todo el asunto de la dichosa fiesta de esta noche es que Tyler no me haya dicho nada. Es que ni siquiera en los mensajes que hemos intercambiado hoy me ha dicho que fuera a una fiesta. Ha dicho algo así como que quedaría con los chicos esta noche. Tampoco ha mentido. Todos los chicos están en la fiesta. Pero sigue siendo raro, ¿no?

No puedo parar de pensar en las palabras de mamá. En eso de «asegúrate de que has hecho todo lo posible para conseguir a la persona que quieres». Si no sé ni a quién quiero, ¿cómo se hace eso? O sí. O lo sé. Y si lo sé, estoy casi segura de que he hecho todo lo que estaba en mi mano para conseguirlo. Lo besé en su coche esta misma semana. Y él me rechazó. Bueno, primero me besó. Pero luego me rechazó. Eso fue así. Y no ha vuelto a hablarme. Y yo tampoco a él.

Ya estoy otra vez. Tanto pensar. Tanto dar vueltas a las cosas. Me voy a volver loca. Loca del todo.

Y, de repente, se me ocurre. Ay, Ashley, te ha costado lo tuyo. La idea más sencilla del mundo, pero la última que se me habría pasado por la cabeza. Claro. He hecho de todo para conseguir a la persona a la que quiero. Todo. Todo, menos decírselo. Y si solo sirve para hacer un poquito más el ridículo, ¿qué importa ya? «Suéltalo y ya está.» «¿Qué es lo peor que puede pasar?» «Suéltalo, Ash.» «Sin miedo.» Me acaricio el costado justo sobre la tinta del tatuaje.

Tengo que hablar con Tyler. Eso es lo primero que tengo que hacer.

Me voy a esa fiesta.

¿Sigue en pie lo de ser tu invitada especial de esta noche?

Vanessa contesta enseguida.

¡Por supuesto! Te mando a mi chófer. Estará en tu puerta en quince minutos. Ya lo he despachado, ¡no te rajes!

Tecleo rápidamente con una sonrisa.

Dile que no pare en mi puerta, que me espere al final de la calle.

Me pongo en marcha rápidamente siendo especialmente silenciosa. Me visto, me peino y me maquillo en tiempo récord. No es el mejor maquillaje de la historia, pero un poco de sombra de ojos, rímel y pintalabios puede embellecer a cualquiera, sobre todo si es de noche. Esta vez paso de los vestidos minimalistas y de los tacones imposibles. Me pongo mis vaqueros negros con la tela rasgada en horizontal por todo el largo de la pierna. Son ajustados y me quedan mejor ahora que cuando los compré con Cam. O a lo mejor es solo que yo me veo mejor ahora que cuando los compré con Cam. Como parte de arriba me pongo una camiseta de tirantes ancha, con el escote bajo y el símbolo del yin-yang plasmado en la parte delantera. Seguro que no voy a ir vestida como las animadoras que hay en la fiesta, pero me siento sexy. Meto una chaqueta fina en mi bolso, por si acaso, y lanzo mis sandalias con cuña por la ventana hasta el césped. Luego salgo y bajo descalza por la celosía. Pan comido. Me siento como si lo hubiera hecho mil veces antes. Me calzo y doy un pequeño rodeo para asegurarme de que mamá no podrá verme por la ventana. Aunque estoy segurísima de que está dormida.

Cuando llego al final de la calle ya veo un coche allí. Es el coche de Vanessa, pero es Troy quien lo conduce. Me monto en el asiento del copiloto y me sonríe.

—Así que has decidido unirte a la juerga, ¿eh? —dice, a modo de saludo—. Vas a tener que beber muy rápido para ponerte a tono, ya están todos borrachos por allí.

—Lo imagino —digo yo, con una risita—. ¿Y tú estás de taxista de borrachos esta noche?

—Alguien tiene que encargarse del trabajo sucio.

Hacemos parte del camino en silencio. Luego me vuelvo un poco hacia él.

—¿Quién hay por la fiesta?

—Todo el mundo, Ash. Tyler está dándolo todo esta noche —añade con una sonrisita traviesa, presuponiendo que eso es lo que me interesa.

—Ya. ¿Y Cam? —pregunto, como si no le diera ninguna importancia.

Troy me mira de reojo y, a pesar de que trata de mantenerse serio, se le nota que intenta reprimir la sonrisa.

—Cam no lo está dando todo porque aún está un poco dolorido, pero no se lo digas a él. Dirá que es de acero y que a él los golpes no le hacen daño —se burla de su amigo.

—Ya. —Sonrío al oírlo.

Para cuando enfilamos la calle de la fiesta, ya puedo oír la música como si estuviera allí. Cuestión de tiempo que los vecinos llamen a la policía. Seguro. Vanessa abre la puerta del

copiloto para arrastrarme fuera en cuanto Troy aparca, y yo me vuelvo para darle las gracias al pobre chico que me ha traído hasta aquí, mientras su novia tira de mí hacia el centro del jardín abarrotado de gente.

Por supuesto, Vanessa lleva un vestidito. Muy ajustado y muy sexy. Y la mayoría de las chicas que veo por aquí van vestidas de forma parecida. Me da lo mismo. Seguro que voy más cómoda que ellas. Mi amiga le hace señas a un chico que está por ahí cerca y que parece de primer año, segundo como mucho, y le pide que me traiga una cerveza. El muchacho obedece como si acabara de ordenarlo la reina. En realidad, eso es lo que Vanessa es. Una vez con mi cerveza en la mano y más o menos al día de los cotilleos, me veo arrastrada hasta la parte trasera de la piscina.

—Míralos, ahí los tienes —señala—. Ni se hablan. Te lo juro, no se han dirigido ni una palabra, pero ahí están sin parar de competir. Son como críos —critica.

Miro hacia donde ella lo hace y veo a Tyler y a Cam, rodeados por un montón de tíos que los jalean, lanzando una pelotita para encestarla en vasos de plástico llenos de alcohol. ¿De verdad? Vaya par.

—¡Eh, chicos! ¿También os la vais a sacar para medírosla y para ver quién es capaz de mear más lejos? —les grita mi acompañante—. Lo del pis no lo sé, pero ¿quieres que te diga quién la tiene más grande? —me susurra a mí al oído.

Niego con la cabeza, pero me río. Vanessa está ya bastante borracha.

Los dos chicos se vuelven al oírla y yo me encuentro con un par de ojos verdes y un par avellana, fijos en mí.

—Ash... Hola —dice Tyler.

Parece un poco sorprendido de verme aquí. Bastante. ¿Tendrá algo que ocultar? Se me acerca inmediatamente, abandona el juego y hace protestar a los que estaban de público. Cam no tarda mucho en desaparecer también de escena. Solo que él no viene hacia mí, sino que se va lo más lejos que puede.

—Os dejo un momento —decide Vanessa—. ¡Pero solo un momento! Volveré a por ti —me promete, antes de desaparecer por el mismo camino que ha seguido Cameron.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Tyler.

Aparto la cara cuando intenta besarme. Porque el aliento no solo le huele a alcohol. También a marihuana.

—Vanessa me invitó —respondo a su pregunta—. ¿Has estado fumando? Tyler —suspiro tristemente cuando aparta la mirada—. ¿Y la charla de ayer qué? ¿No sirvió de nada?

—Dijiste que me salvara yo solito —replica. Parece enfadado, por un momento—. ¿Qué más da si fumo una caladita o dos?

—Debería importarte.

—Oye..., no eres mi madre, Ash —se burla.

—¿Por eso no me dijiste que había una fiesta? ¿Porque no querías que viniera contigo y así

poder fumar tranquilo todo lo que te diera la gana?

—Cambiar lleva tiempo —murmura a media voz—. Oye, lo intento, ¿vale? No me agobies. Aún no soy lo bastante bueno para ti... Estoy en ello.

Niego con la cabeza y le acaricio el borde del tatuaje de la cruz que le sobresale por debajo de la manga de la camiseta. Tiene el mismo aspecto de chico malo de siempre. Ese aspecto que tanto me gustaba.

—No tienes que... —empiezo.

Me interrumpe un tío llamando a Tyler por su apellido. Muy alto y muy insistentemente. Mi interlocutor le hace una seña para que espere.

—Ve —lo animo antes de que él diga nada—. Yo voy a beber un poco con Vanessa para ponerme a tono con la fiesta. Te veo luego.

Asiente. Se va. Mejor. Tal y como está ahora no se puede hablar con él. Borracho. Colocado. No es el momento de intentar explicarle lo que quiero decir, de hablar claro de lo que pienso, de lo que siento.

Me mezclo entre la gente en busca de caras conocidas. Paso un rato con Ryan, que parece haber sido capaz de bajarse del trampolín y aún sigue sin camiseta. Para cuando encuentro a Vanessa ya he terminado mi segunda cerveza. Nos cruzamos dentro de la casa, justo frente a la puerta de entrada.

—¡Te estaba buscando! —exclama ella nada más verme.

—¡Y yo a ti! —respondo en el mismo tono.

Hace una mueca al ver que me río de ella y me coge de la mano para arrastrarme hasta la cocina y prepararnos unos vasos de tequila con cerveza.

—¿Qué ha pasado con el vestido? —pregunta.

Me tiende un vaso ya preparado.

—Pues es precioso, pero no lo he comprado.

Me mira con cara de pocos amigos y me encojo de hombros.

—¿Qué quieres que haga? Ni siquiera sé si voy a ir al baile —tengo que recordarle una vez más.

—Ya. Ni siquiera lo sabes. Pues vete avisando a Tyler porque si él tiene que ir sin pareja se muere, Ash. Se muere —repite, y me suena un poco a Emily—. Y hablando de Tyler... —empieza con voz pícara.

Oh, Dios mío. Sí. Está sonando totalmente como Emily.

—Tyler no es mi novio —la pongo sobre aviso antes de que se le ocurra ir por ahí. Esto es agotador.

—Ya. —Sonríe como si no me creyera mucho—. Pero os estáis viendo, ¿no? —trata de confirmar.

—Bueno, más o menos —digo, sin dar una respuesta demasiado comprometida.

Doy un sorbo largo de mi vaso mientras Vanessa ya ha acabado de preparar su propia bebida

y me acompaña de vuelta al salón. Sé que el interrogatorio aún no ha terminado.

—¡Qué imprecisa! —se burla de mí—. Dijiste que llevabas toda la vida enamorada de Tyler Sparks, Ash. Esperaba un poco más de emoción cuando lo tuvieras a tus pies...

—Decir que está a mis pies es exagerar un poquito —opino.

Ella suelta una carcajada.

—Conozco a Tyler. Y, por lo que veo y oigo estos últimos días, diría que sí, que lo tienes completamente a tus pies —dice, con voz maliciosa—. Así que... ¿qué? ¿Contenta?

—¿Qué?

La miro con el ceño fruncido.

Sé que no ha dicho ese «contenta» como reproche, ni siquiera ha sonado como si lo fuera. Pero, por un momento, me siento como cuando haces algo realmente malo y alguien se enfrenta a ti y te dice «mira lo que has hecho, ¿estás contenta?». No. No estoy contenta. Debería estarlo, pero no lo estoy. Porque hay algo que no encaja. Algo no es como debería ser.

—Yo... —empiezo a buscar una manera de explicarme—. No... no lo sé. Es decir, sí..., contenta... Es solo que... Tyler es... No es... Todo esto es...

—Complicado —completa ella al ver que me atasco con las palabras.

—Complicado. —Estoy de acuerdo.

—¿Has intentado hablar con Cam? —me sorprende entonces y cuando encuentro sus ojos azules veo que están un poco tristes.

—¿Cam? —repito. ¿Es que la maldita Vanessa Miller está dentro de mi cabeza?—. Ah, te refieres a Cameron Parker —digo entre dientes—. ¿El Cameron Parker que me odia?

Vanessa suelta una carcajada. O sea, en serio, una carcajada muy alta. Tan alta que hay mucha gente alrededor que vuelve la cabeza para mirarla. A ella le da lo mismo. Claro, está acostumbrada a que la gente la mire. Y yo estoy casi indignada por su reacción. ¿Qué es tan gracioso?

—Cam no te odia, Ash —dice luego. Se queda seria y me mira muy fijamente a los ojos—. ¿De verdad crees eso? Bueno, puede que haya sido un poco borde últimamente, ¿no? Pero, en serio, ¿que te odia? Va a resultar que tiene razón y no te enteras de nada... Ay, Ashley.

Lanza un suspiro y me rodea los hombros con un brazo para achucharme y poner su cabeza contra la mía por unos segundos.

Voy a preguntarle qué narices quiere decir, y por qué de repente me trata de una forma tan condescendiente. Entonces veo a Cam. Está entrando por una puerta que hay al fondo del salón. Va vestido con los vaqueros negros apretados que llevaba el martes y con una camiseta a rayas grises y blancas. Siempre está guapo. Da igual lo que se ponga. Desaparece atravesando la puerta y, justo entonces, veo que le sigue una melena rubia. Jessica entra detrás de él y, mientras empuja la puerta, vuelve la cabeza y dirige una mirada directamente a donde yo estoy. Me dedica una sonrisa triunfal antes de terminar de cerrar. Imagino que será el baño. Y a mí se me acaba de

revolver todo el alcohol que he bebido, las palomitas de la peli con mamá, la cena y hasta el helado de la tarde. ¿Cam con Jessica? ¿Otra vez? ¿Después de todo?

Le digo a Vanessa que la veo luego y me marcho de su lado, sin escuchar sus insistentes llamadas. He venido a esta fiesta para hablar con Tyler y decirle lo que siento de verdad. Y para hablar con Cam. Para hablar con Cam y decirle lo que siento. Porque es la única manera de asegurarme de que he hecho todo lo posible para conseguir a la persona que quiero, ¿no? Pero es que ya no me hace falta decir nada. Si después de todo lo que ha pasado entre nosotros, y entre Jessica y yo, él sigue acostándose con ella, lo que yo diga o no diga no va a cambiar las cosas. No va a cambiar el hecho de que Cameron Parker no piensa en mí como yo en él.

Así que no puedo tener a la persona a la que quiero.

No puedo.

Esta vez no voy a llorar. Eso se acabó. Era el último cartucho y ya no hay más. Tengo muy clara una cosa en mi mente ahora mismo: si no puedes estar con la persona a la que quieres, quiere a la persona con la que estás.

Me cuesta bastante tiempo encontrar a Tyler. Cuando lo hago está saliendo de la caseta de la depuradora de la piscina, con tres chicos a los que no puedo ponerles nombre. Me suenan sus caras, pero eso es todo. Habrán estado fumando porros, imagino. Va riendo excesivamente alto. Cuando me acerco a él no huele a marihuana mucho más de lo que podía haberlo hecho antes. Así que no sé si ha estado fumando o qué estaban haciendo allí. Me da igual. Yo tengo que querer a la persona con la que estoy. Eso es lo que tengo que hacer. Así que dejo que me pase un brazo por los hombros, arrastrando un poco las palabras mientras me saluda, y me estiro para besarle el cuello.

—¿Podemos ir a algún sitio más íntimo? —le pido al oído con voz seductora.

—Joder, Ash, claro que sí —dice, al instante.

Tira de mi mano de vuelta al interior de la casa. Parece que no es la primera vez que está aquí. Me guía hacia una escalera que hay al fondo del pasillo y de ahí al piso superior. La primera habitación que encontramos tiene una camiseta colgada del pomo de la puerta.

—Ocupada —me susurra Tyler con una risita y sigue avanzando por el pasillo.

Se quita la camiseta en cuanto encuentra una habitación vacía y la deja en el pomo antes de cerrar la puerta. No me da tiempo a ponerme nerviosa, porque no paro de ver en mi mente la sonrisita de Jessica Harris y me está arañando tanto las entrañas que necesito que pare. Necesito librarme de este dolor. Necesito algo que me ayude a no pensar.

Soy yo la que me cuelgo de su cuello y busco sus labios con avidez. Lo necesito. Necesito que Tyler haga esa magia con los dedos o con la boca o con lo que sea que quiera utilizar y me deje la mente en blanco. «Quiere a la persona con la que estás.» Levanto los brazos para que me quite la camiseta en cuanto noto que tira de los bordes inferiores. Luego vuelve a besarme en la boca mientras me hace retroceder hasta la cama. Caemos sobre el colchón, él encima de mí. Pesa muchísimo, pero lo necesito cerca. Más cerca.

—Me gusta tu tatuaje —murmura.

Mira bien mi cuerpo y acaricia la línea de mi sujetador.

«Ya. No es para ti.» Vamos, Ashley. Quiere a la persona con la que estás. Sujeto su cara entre las manos para volver a besar sus labios. Debería decir algo como: «A mí también me encanta tu tatuaje, me pone un montón», pero es que soy incapaz de encontrar las palabras. Me desabrocha el botón de los vaqueros y mete la mano dentro. Esto es lo que yo buscaba. Cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Totalmente en blanco. El problema es que mi mente se niega a quedarse en blanco en este momento. No para de pasarme imágenes de la sonrisa irresistible de Cam como si fuera una maldita película de culto. Mierda.

Respiro hondo, lista para conseguir apartar a ese capullo de mi mente. Vamos allá. Empujo a Tyler y lo obligo a ponerse de espaldas sobre la cama para sentarme encima de su estómago. Vale, yo puedo controlar esto. Le beso el cuello y le desabrocho los pantalones yo también mientras él busca el cierre del sujetador a mi espalda y lo suelta. En un momento, tengo dedos y labios por todo mi torso. Me dejo hacer. Y, luego, es él mismo el que se quita los pantalones. Antes de tirarlos al suelo, lo veo rebuscar en los bolsillos. Saca un preservativo y me lo muestra con una ceja levantada. Yo asiento. Por lo menos, Tyler Sparks toma precauciones. Aunque, una vez estoy de nuevo bajo el peso de su cuerpo y está haciendo resbalar mis pantalones poco a poco hacia mis pies, me pregunto para qué llevará un condón en el bolsillo de los vaqueros si yo no estaba invitada a la fiesta esta noche.

—Ash —murmura pegado a mi oído cuando los dos estamos restregando nuestros cuerpos con solo la ropa interior puesta—, eres... tú... no... —Arrastra las palabras y me da la impresión de que no sabe ni lo que está diciendo—. ¡Joder! —exclama frustrado por no ser capaz de expresarse.

Me ha gritado al oído, así que me aparto un poco y protesto. Mierda, está colocado. No solo colocado. Está colocadísimo. No sé ni qué se habrá metido esta noche. Así no debería ser. Nada está saliendo como yo quería. Así no tiene que ser. Recuerdo la noche en el lago Tahoe cuando Tyler se coló en mi habitación. No quería una primera vez con un tío borracho y con novia. Ahora parece que lo más parecido a una novia que tiene soy yo, pero está colocado. Se me llenan los ojos de lágrimas sin que pueda controlarlo. No puedo perder la virginidad por despecho. No puedo perder la virginidad con un tío que está tan colocado que no es capaz de hablar. Y no quiero hacerlo con la persona equivocada.

—Tyler —intento llamar su atención mientras mueve torpemente la mano por debajo de mi braguita. No hace caso—. Tyler —insisto.

Lo empujo para quitármelo de encima. Por suerte, se mueve ante mi rechazo. Se echa a un lado, con un brazo rodeando mi cintura.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Veo cómo trata de centrar la atención en mi cara.

—No puedo hacer esto —confieso.

Me siento en la cama y me abrazo las rodillas.

Aquí estoy, casi desnuda del todo, con un tío colocado al lado y llorando como una boba.

—No pasa nada —dice él arrastrando las palabras más que antes—. Nada... no. Ash...

Me besa la mejilla y yo me seco los ojos con cuidado de no extenderme el rímel por la cara como la última vez.

—Lo siento —murmuro—. Lo siento. No puedo.

—Vale —suspira, y se deja caer sobre el colchón con los brazos extendidos.

Me siento peor todavía cuando veo que cede con tanta facilidad. Me dice que no pasa nada, no insiste. No es lo que una se espera de un tío con el que estaba a puntito de acostarse. Aunque es exactamente lo que se debería esperar, ¿no? Es como debería reaccionar cualquiera. Un «no» es un «no», independientemente del momento en que se diga. Siento una oleada de afecto hacia él. Tyler Sparks, que se cree una persona horrible y que hace daño a todo el mundo a quien quiere. No, qué va. Tyler es un buen chico. Lo es. Y va a ser un gran hombre, si solo se da cuenta de que puede serlo. Si deja de hacer el imbécil. Y si deja de meterse mierda.

Me inclino hacia él y le beso en la mejilla.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Qué te has metido?

—¿Eh? —Se incorpora—. No. Nada. No tenías tú. No tenías que saber —murmura mientras se levanta y se pone los pantalones de nuevo lentamente.

—¿Pasaste de invitarme a la fiesta para poder venir y ponerte hasta el culo de todo? ¿Después de lo que hablamos ayer? ¡Ayer mismo, Tyler!

Me pongo de pie yo también y recupero mi sujetador. Me lo pongo antes de que él conteste.

—Sssh —me pide silencio—. Ayer no me quieres. Ashley —murmura cosas sin sentido—. Tú no quieres.

—¿Yo no quiero qué? —exijo que se explique mientras me subo los pantalones.

—No quieres estar conmigo —dice, un poco más lúcido.

Se pone las zapatillas, a las que ni había soltado los cordones, y yo también me calzo.

—¿Qué te has metido? —insisto. Me planto de pie frente a él y miro sus ojos—. Tyler —le pido que se centre.

—Si tú no vas. Si tú no estar. Necesito otra cosa.

Me aparta a un lado y sale de la habitación sin decir más. Yo me apresuro a ponerme la camiseta y recoger mi bolso y salgo detrás de él. Ha recogido su camiseta, se ha dado mucha prisa en alejarse y ya no lo veo en el pasillo. Encuentro un baño y me encierro dentro para tomarme unos minutos para pensar. Me arreglo el maquillaje, estropeado por las cuatro lágrimas que se me han escapado. Y luego respiro hondo. Tengo que ir a buscar a Tyler. Tengo que encontrarlo antes de que haga ninguna otra tontería. «Estar contigo me hace estar mejor, y ser mejor.» «Pues no te vayas, y ya está.» No debería sentirme responsable y lo sé. Pero sí que me siento así. Responsable. Porque Tyler ha ido a drogarse para sentirse mejor. Para sentirse mejor como yo podría hacerle sentir y no quiero. Eso es lo que debe de estar pensando. Si no puede

tenerme a mí, es mejor estar colocado. Eso es lo que intenté advertirle ayer: no puedes depender así de alguien, ni poner toda esa responsabilidad sobre los hombros de otra persona.

Tengo que ir a encontrarlo.

Vuelvo al apogeo de la fiesta. La gente no se cansa. Siguen con la misma energía que cuando he llegado. Lo busco por todas partes, pero no lo encuentro. No sé dónde se ha metido.

Me acerco al borde de la piscina para buscar entre las caras que hay por aquí. Nada. Tampoco está. Algún graciosillo está jugando con un cubo y el agua de la piscina. Y me lanza un cubo entero justo sobre mi camiseta. Parece que un concurso de camisetas mojadas es una de las competiciones favoritas de las animadoras. Para mí no es divertido. No me importa que se me pegue la tela a la piel. No me importa que el agua estuviera fría. Ni que se me transparente el sujetador azul. Lo que me preocupa es la humedad en el tatuaje. Porque todavía no debería mantenerlo húmedo más del corto tiempo que dure una ducha.

—Jod... —siseo, para mí misma.

No me lo pienso mucho antes de quitarme la camiseta. La escurro y la meto hecha un ovillo en mi bolso, al tiempo que saco la chaquetita para secarme la piel del costado.

Y, claro, estando mojada y en sujetador, en medio de una fiesta de jugadores borrachos del equipo de fútbol, no podía esperar otra cosa que la formación de un corro de tíos enormes a mi alrededor. Están cantando algo como «la chica del capitán», aunque ni siquiera puedo entenderlo del todo. Me zarandean y me aplastan. Y yo me estoy agobiando bastante. Hasta que noto un brazo rodeándome firmemente la cintura y el tacto de la tela de una camiseta en mi espalda y me arrastran fuera del círculo, abriéndose paso a empujones. Cuando su brazo izquierdo me libera, me vuelvo para encontrarme frente a los ojos verdes de Cam.

—¿Qué haces, Ashley? ¿Te parece una buena idea meterte en medio de un montón de hombres primitivos medio desnuda? —se burla.

—No estoy medio desnuda. Me han empapado y tenía que... No se me podía mojar el tatua... —Me quedo callada a mitad de palabra porque él no sabe que me hice un tatuaje.

Y no sé si quiero que lo sepa. Que lo vea. Porque tiene demasiado que ver con él. Y ahora ya no puede saberlo. Me mira directamente al costado, como si supiera exactamente dónde lo tengo. Intento taparme con el brazo, pero ya lo ha visto. Lo veo sonreír tristemente.

—Me dijeron que te lo habías hecho. Te ha quedado muy bien.

—Ya.

¿Qué quiere decir con que le dijeron que me lo había hecho? ¿Quién? Si solo lo han visto mis amigas. Y Tyler. Y el tatuador. ¿Se lo habrá dicho el tatuador? No entiendo nada.

Un tío pasa a mi lado y silba tontamente al verme en sujetador.

—¡Lárgate de aquí! —le gruñe Cam.

El tipo levanta las manos en son de paz y se aleja poco a poco, caminando hacia atrás. Cameron niega con la cabeza, se quita la camiseta y me la tiende.

—Cam... —murmuro.

Veo cómo tiene el costado. Y el pecho. Los colores de los hematomas dan hasta un poco de miedo. Está hecho polvo. Aunque sigue teniendo un cuerpazo impresionante.

—¡Lucas! —le grita a su compañero—. Préstame una camiseta, anda —pide—. Ponte esto —vuelve a hablar conmigo.

Me pone la camiseta en la mano. Me echo hacia atrás como forma de negarme a aceptarla.

—Venga ya, Ash, eres un incordio... —suspira molesto.

—Tú eres un incordio —puntualizo yo, enfadada.

—¿Y ahora qué coño te pasa? —se desespera.

—¿Qué coño te pasa a ti? —Le devuelvo la pregunta.

Ya estamos otra vez igual. No sé por qué cada vez que cruzamos dos palabras tenemos que acabar así de cabreados el uno con el otro. Ni siquiera sé por qué estoy enfadada. No. No estoy enfadada, estoy frustrada. Porque no quiero estar gritándole. Me gustaría estar diciéndole algo muy distinto. Pero no puedo tener a la persona que quiero.

Vanessa aparece y se planta entre los dos. Coge la camiseta de la mano de Cam y me la estampa contra el pecho. No me queda más remedio que sujetarla para que no caiga al suelo cuando ella la suelta.

—Chicos, me parece que ya vale —dice, hablando con los dos—. Sois un par de tontos...

—Vanessa —corta Cam en tono firme—. Cállate.

—¡Muy bien! ¡Pues habla tú! —ofrece nuestra amiga.

—Vamos.

Cam la coge del brazo y se la lleva con él, alejándola de mí. La animadora vuelve la cara para mirarme y hace una mueca exasperada. Los veo discutir a unos metros de donde yo estoy. Me pongo la camiseta de Cam cuando oigo otro silbidito. No sé ni quién ha sido. Me queda enorme, pero es mejor que nada. Mierda, huele a él. A su colonia. Demasiado bien.

Me he quedado aquí plantada y Vanessa viene hacia mí cuando consigue librarse de Cam, al llegar el solícito Lucas a su lado con una camiseta que prestarle.

—Oye, Ash, solo quiero decirte que cuando has desaparecido de mi lado como una loca con un ataque de celos injustificado... realmente era injustificado. No hay nada entre Cam y Jess, no ha pasado nada y, por lo que yo sé, es más probable que se congele el infierno a que vuelva a pasar —me cuenta de carrerilla.

Parece que tiene miedo a que alguien la interrumpa.

—Yo no... —trato de negar lo evidente.

—Ya, ya. —Sonríe de medio lado—. Mira, Cam llevaba pasando de ella desde noviembre. Me sorprendió muchísimo lo que pasó en su fiesta de cumpleaños, si te digo la verdad —retoma el tema—. Y Jess es muy insistente cuando quiere algo. Pero no lo ha conseguido. Así que bájate esos humos —aconseja en tono de broma.

—No sé por qué me cuentas esto, Vanessa —digo, tratando de sonar convencida—. Cam y Jess pueden hacer lo que quieran, juntos o por separado. No me importa.

—Ya. Claro que sí —me da razón como si estuviera loca—. Ashley..., ¿has visto el brazo de Cam?

La miro con cara de no entender nada. ¿A qué viene el repentino cambio de tema? ¿Que si he visto su brazo? ¿De qué habla? ¿Qué le pasa ahora en el brazo? Ella hace una mueca de desesperación y se señala a sí misma la parte interna del antebrazo derecho. La agenda particular de Cam, claro. Sí. ¿Y qué?

—Sí —respondo sin darle importancia—. Lleva algo escrito como siempre, ¿no? ¿Qué pasa?

Ella niega lentamente con la cabeza.

—No lo has visto —se responde a sí misma—. Nada.

Echa una ojeada hacia atrás por encima de su hombro y sigo el curso de su mirada para ver que Cam la está mirando con cara de pocos amigos. Se ha puesto una camiseta blanca con números negros.

—Bueno, me voy. ¡Que parece que yo no puedo hablar esta noche! —grita, lo suficientemente alto para que Cam la oiga.

—¡Vanessa! —la llamo cuando ya ha dado dos pasos—. ¿Has visto a Tyler?

Niega con la cabeza. Casi me había olvidado de Tyler después de que Cam me salvara de una horda de tíos. Estoy segura de que no me habría pasado nada grave, aunque él no hubiese intervenido, pero habría salido con algún cardenal, eso seguro.

Tengo que encontrar a Tyler. Antes de que se meta en un lío. O antes de que empeore el lío en el que se haya metido ya. Sigo recorriendo el jardín. Ni rastro. Entonces se me ocurre que puede que esté en el mismo sitio en el que me lo he encontrado antes. En la caseta de la depuradora con esos tíos. Colocándose o lo que sea. Pongo rumbo hacia allí y, cuando casi estoy llegando, alguien se me planta delante bloqueándome el paso.

—Mira quién está aquí.

Oh, mierda. Es Blair. ¿Qué narices hace aquí? Si no es animadora, ni jugadora. Bueno, tampoco lo soy yo.

—Sé que te estarás preguntando cómo me he colado en esta fiesta, ¿no? —Adivina mis pensamientos—. Me ha invitado Jess. Ya sabes, los enemigos de tus enemigos son tus amigos. Te he visto y no he podido resistirme a hablar contigo. No me dejaste explicarme la semana pasada y no muestras ningún interés en hablar conmigo... Ashley, ¡qué feo es tratar así a una amiga! —ironiza.

—¿Qué quieres, Blair? —Trato de que vaya al grano—. Tengo un poquito de prisa.

—¿Prisa? No tengas prisa, mujer. Si ahora él estará de puta madre. —Se ríe—. Se junta con Peterson y Foster y todo es una juerga.

—¿Qué quieres?

—Tu amiga Mia —dice, y yo alzo las cejas, sorprendida—, ¿está saliendo en serio con la prima de Vanessa?

—Bastante en serio, sí —la desilusiono.

Todo esto me parece surrealista. ¿Realmente está Blair Wells preguntándome por la vida amorosa de Mia? ¿Blair Wells, la bruja?

—Qué pena —murmura ella—. Vas a tener que hacer que rompan —dice, muy seria.

¿Cómo? ¿Yo? ¿Hacer qué? ¿Cómo? No sé ni qué cara poner. Tengo ganas de reírme, pero si se lo toma como una ofensa podría matarme, así que me lo pienso mejor.

—Ya, claro. Qué divertido. Pues nada, Blair, te veo otro rato, ¿vale? —digo despreocupadamente.

Trato de pasar por su lado y ella me frena con su brazo tatuado.

—Jessica y yo tenemos muchas ganas de sacar todo el material audiovisual que tenemos sobre ti justo antes de la celebración del baile del instituto. A ver quién te vota reina después de eso —amenaza.

—No quiero ser reina, gracias —rebato.

—Seré generosa y te daré de tiempo hasta el jueves para que la muñequita de tu amiga esté soltera y vulnerable para mí, ¿sí? —propone—. Te dejo, Ashley, que ahora, además de mis babas, te tienes que comer también mis marrones. No echo de menos a Tyler cuando se pone así. Pero, bueno, tú eres la que lo va a salvar, ¿no? Que te aprovechen sus momentos de bajón —desea irónicamente antes de marcharse.

—Bruja —murmuro cuando ya no me oye.

Me asomo a la caseta de la depuradora. La puerta está abierta. Hay tres tíos dentro. Y uno de ellos es Tyler. Está apoyado en la pared de madera y parece completamente ido. Veo sobre la superficie metálica que cubre una máquina unas líneas de polvo blanco. Pero ¿qué demonios...?

—Tyler —llamo, plantándome ante él.

No reacciona.

—Tyler —pruebo otra vez, y le doy unas palmaditas en la mejilla.

Gruñe un poco y trata de enfocarme. Sonríe de medio lado, pero no estoy segura de si me ha reconocido o no.

—Este ha mezclado demasiado hoy —ríe uno de los otros dos, que están mucho más espabilados—. Mira que siempre le decimos que menos porros y alcohol cuando traemos mierda buena... ¿Quieres una, bonita? —me ofrece, tendiéndome un billete enrollado—. A la primera invita la casa.

Ignoro su oferta y señalo a Tyler.

—¿Cuánto se ha metido?

—Bah, mucho menos que otras veces. Han sido los porros. No te preocupes, bonita. Si está acostumbrado...

Los dos se ríen. Y yo vuelvo a intentar espabilar a Tyler y sacarlo de ahí. Consigo que dé unos cuantos pasos, apoyado en mí, y salimos de la caseta. No voy a llegar mucho más lejos. Pesa demasiado para mí. Y necesita mucha ayuda para caminar.

—¡Vanessa! —grito al verla cruzar a lo lejos.

Pienso que no me ha oído, pero cuando voy a gritar otra vez, a pleno pulmón, vuelve la cabeza hacia donde yo estoy y frunce el ceño. Se apresura a acercarse hasta nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunta. Me ayuda enseguida a sujetar a Tyler—. ¿Qué se ha metido?

Tal y como lo pregunta, parece que no le sorprende demasiado que Tyler Sparks esté tan colocado que no pueda ni moverse.

—Yo que sé. Marihuana, coca... Hay que sacarlo de aquí.

—Sí. A casa a dormirla —suspira ella con paciencia—. Vale. Necesitamos refuerzos. Este tío pesa más de noventa kilos.

Saca su teléfono móvil y se lo lleva a la oreja. Le dice a quien esté al otro lado: «Te necesitamos en la caseta de la depuradora» y cuelga. En menos de un minuto tenemos a Cam al lado y gruñe al ver el estado del que era su mejor amigo. Parece cabreado. Tampoco sorprendido.

—¡Eh! —le grita mientras sujeta su cara con una sola mano para intentar espabilarlo. Le pega con la mano izquierda en la mejilla, diría que bastante más fuerte de lo que lo he hecho yo. Tyler protesta—. ¿Qué te has metido ahora?

—Vete a tomar por culo, Cam —gruñe.

—Sí —murmura el moreno de mala gana—. «Vete a tomar por culo, Cam» —lo imita—. Eres un imbécil. Debería dejarte aquí tirado.

—Pues déjame.

—Anda, cuidado, Ash —habla Cam conmigo en un tono mucho más suave—. Ya lo cojo yo.

Agarra el brazo que yo había colocado alrededor de mi cuello y tira de él para cargárselo a los hombros, ocupando mi lugar.

—No te hagas daño —aviso.

Se me ha escapado. No quería decirlo así. Se supone que estoy enfadada con él. O frustrada, o lo que sea. Pero me acuerdo de los colores de su piel bajo la camiseta y me preocupa un poco.

—No. Estoy bien —responde.

¿Cómo no? Hago una mueca y no digo nada. Vanessa anuncia que va a ir a buscar a Troy para que prepare el coche y lo lleve a su casa. Cuando se va, Cam avanza por el jardín cargando con el quarterback como si no pesara nada. Los sigo dos pasos por detrás. No dejan de gruñir. Parece que se van peleando por el camino.

—Mételo en el asiento de atrás —avisa Troy cuando llegamos hasta el coche. Abre la puerta trasera—. Por lo menos que no me vomite encima. Que no se repita lo de la última vez.

—¡No me toques! —Tyler se enfada de pronto y empuja a Cameron a un lado.

Cam suelta un quejido de dolor, pero vuelve a agarrarlo firmemente.

—Capullo —insulta el moreno. Le clava el codo en las costillas—. Venga, al coche.

—No. Vamos a resolverlo —propone Tyler arrastrando la frase—. ¿Dónde está Ashley? Está aquí. Oye, Ash...

—Cállate y entra en el coche de una vez —insiste Cam al tiempo que lo empuja al asiento.

—Claro... Claro... Delante de ella no, ¿eh? —escucho burlarse a Tyler, ya en el interior del

vehículo.

Cam cierra de un portazo y se vuelve hacia mí.

—¿Te vas con él?

—Sí —digo.

Lo veo asentir. Troy espera pacientemente, con la puerta del conductor abierta.

—Tengo que darte tu camiseta. —Me doy cuenta de repente.

—Ya me la devolverás —me frena. Parece a punto de irse, pero clava sus ojos en los míos—. Al final sí que te has marcado por un tío —murmura.

—Ya ves.

Me encojo de hombros. Y, justo entonces, pienso en por qué sigo siendo tan absurdamente orgullosa.

—Pero no me lo hice por Tyler, Cam.

Nuestros ojos se encuentran otra vez. Soy yo la que rompe esa conexión, agarro su muñeca derecha y tiro de ella hacia mí para estirarle el brazo y ver lo que lleva escrito ahí. Eso es lo que preguntaba Vanessa si había visto, ¿no? Y entiendo por qué. Porque lo que lleva en el antebrazo no está escrito con boli esta vez. Está tatuado. Y pone *smile*. Es decir, «sonríe».

—¿Y tu miedo a las agujas? —Es lo primero que se me ocurre preguntar mientras trato de procesar lo que quiera que signifique esto—. ¿Eso también era mentira?

Aparta el brazo en un movimiento brusco y se va.

Subo al coche junto a Troy. Tyler parece estar prácticamente inconsciente en el asiento de atrás, pero su amigo me pide que no me preocupe, que no es la primera vez que tienen que llevarlo así a casa. Curiosa forma de no preocuparme.

Pierdo mi vista por la ventanilla cuando ya nos alejamos de la fiesta. Veo la imagen de ese *smile* tatuado en su piel, una y otra vez. En esa piel tan perfecta. En su suelo sagrado. Y entonces caigo en la cuenta de por qué se me hacía tan familiar. La letra con la que está escrito. Es mi letra.

7

State of grace

Siento haber sido un capullo.

Siento haber sido una niñata.

¿Tyler está bien?

Troy se ha encargado de llevarlo a la cama. Espero que sus padres tengan el sueño profundo.

¿Y tú? ¿Estás bien?

Me he arañado la pierna con la enredadera, pero sobreviví a la escalada.

Porque aprendiste del mejor.

Ja ja.

Descansa, Ash.

Y tú disfruta de la fiesta.

No voy a quedarme mucho.

Espera hasta que Troy esté disponible para llevarte a casa.

Gran idea.

Buenas noches.

Buenas noches, Cam.

Mia me devuelve el móvil tras leer la conversación. Estamos las dos tumbadas al sol en el jardín de mi casa, disfrutando de la tarde del domingo. Mi amiga se ha quitado la camiseta y lleva la parte de arriba del bikini y unos pantalones cortos de deporte. Yo también visto pantalones cortos, pero no me he quitado la camiseta de tirantes, por si mamá se asoma y ve mi tatuaje. No conseguí, como una heroína, librarme de que me pillara ayer, y hemos restablecido una relación

cordial para que ahora la liemos aún más por culpa de un tatuaje. A ver si puedo aguantar esa bronca hasta que haya acabado el curso, por lo menos.

Ayer, cuando Troy paró el coche delante de la puerta de casa de los Sparks, me aseguró que él se encargaba de meter a Tyler en la cama. Que no era la primera vez, y que si la señora Sparks lo pillaba le daría una propinita por haber llevado a su hijo hasta casa, en vez de dejarlo tirado en cualquier esquina. Así que yo trepé con sigilo por la pared de mi casa hasta mi ventana. Me desmaquillé y me quité la ropa, excepto la camiseta de Cam. He dormido con ella, arropada por su olor. Y justo cuando acababa de colarme entre las sábanas me llegó su mensaje. «Siento haber sido un capullo.» No sé muy bien si se refería solo a las últimas palabras que intercambiamos, a toda la fiesta en casa de Lucas, o a todo el tiempo que ha transcurrido desde que volví de Japón. Pero yo tampoco me he portado bien. Salta a la vista.

Esta mañana le he escrito un mensaje a Tyler para ver cómo estaba. Ha respondido antes de lo que esperaba. Dice que se siente como si se fuera a morir en cualquier momento y que siente muchísimo lo que pasó anoche.

—¿Y esto qué significa exactamente? —Mia me hace volver a la realidad.

—No lo sé —suspiro.

—Ashley —dice en tono muy serio. Se incorpora y hasta se quita las gafas de sol para clavarme bien la mirada—. No es Tyler con quien tú quieres estar, ¿no?

Le sostengo la mirada mientras lo pienso. Una cosa es que ayer se me ocurriera ir a una maldita fiesta para confesar que me gusta Cameron Parker y otra decirlo en voz alta delante de mi amiga. Porque lo de ayer no salió bien, precisamente. Y decirlo así de claro puede condenarme a tener que enfrentarme a ello. No sé si estoy preparada.

—Creo que no sé muy bien lo que quiero —me lamento—. Vuelve a reactivar el *hashtag*, por favor, #ashleybennetdecídete —me burlo de mí misma.

—El problema no es que no puedas decidirte. El problema es que te da miedo la decisión que has tomado.

A veces pienso que mis amigas me conocen mejor de lo que yo lo hago. O que tienen alguna especie de lector de Ashleys en la mirada y con solo estudiar mis pupilas pueden saber cómo me siento antes de que lo sepa incluso yo misma. Esta es una de esas veces. Me da miedo. Sí. Mucho miedo. Me da miedo que Cam diga que no siente lo mismo que yo, que es lo más probable. Me da miedo hacer el ridículo delante del chico que me gusta tantísimo. Me da miedo renunciar al amor platónico que me pasé cuatro años persiguiendo por algo que no va a llegar a ninguna parte. Me da miedo perder a Tyler Sparks. Me da miedo perder a la Ashley que he sido durante todos mis años de instituto. Tengo tanto miedo que empiezo a pensar que el tatuaje sobre mis costillas es una enorme ironía.

—Estás enamorada de Cameron Parker.

Casi me duele físicamente oír a Mia soltar esas palabras. Lo dice tan segura como si estuviera comentando que tengo los ojos marrones. Hechos objetivos e incuestionables.

—No estoy enamorada de él —niego una vez más.

Mierda, «enamorada» es una palabra muy fuerte, ¿no? Me gusta mucho, sí. Me pone celosísima ver a cualquier chica cerca de él, y especialmente a Jessica Harris, sí. Me emociona cada vez que me habla, aunque sea simplemente para preguntarme qué coño es lo que me pasa, sí. Me da un saltito el corazón cada vez que lo oigo soltar una carcajada, sí. Y me siento perfectamente completa cuando oigo su risa mezclada con la mía, sí. Se me pone la piel de gallina solo con que me roce, claro. Y me vibra todo el cuerpo, se para el mundo, y se me nublan los sentidos si me besa, sí, sí y sí. Pero estar enamorada es estar completamente perdida, ¿verdad? Y yo aún puedo controlarlo. Puedo... ¿Puedo?

—Ashley, ¿por qué estás tan acojonada? El tío se ha hecho un tatuaje en el brazo... con tu maldita letra.

—Me pareció mi letra —corrijo—. Tal vez me equivoqué. Anoche fue una noche muy rara —murmuro en voz baja para que no haya ninguna posibilidad de que mamá me oiga—. La realidad es que me ha dicho muy claro y más de una vez que no quiere saber nada de mí.

Mia señala el teléfono móvil que tengo a uno de mis costados sobre la superficie del colchón de la hamaca.

—«Siento haber sido un capullo» —recita el mensaje forzando un tono de voz grave—. ¿Qué crees que quiere decir eso?

—No lo sé —gruño—. Y, además, es todo mucho más complicado que solo esto, porque también está Tyler...

—Deja de vivir en el pasado y asúmelo de una vez, Ash —aconseja.

Se recuesta en su hamaca como si lo que va a decir no tuviera importancia y juguetea distraídamente con su teléfono.

—Tyler no es el tío con el que quieres estar.

—No digas tonterías. —Casi hasta me enfado de verdad—. Llevo los cuatro últimos años...

—¡Vale ya, Ashley! —sisea ella exasperada. Se sienta en el borde de la hamaca para inclinarse hacia mí—. Olvídate de los malditos últimos cuatro años. Esos años ya son pasado. Eso ya no está. Piensa en lo que sientes ahora. Lo importante es lo que sientes ahora. Y da igual lo que sentías el año pasado, o incluso hace dos meses, eso ya no importa. Lo único que cuenta es lo que sientes ahora. No te he visto emocionada del todo de verdad desde que estás con Tyler. Se supone que es tu sueño hecho realidad, ¿no? Deberías estar en una nube. Pero no lo estás. Y me di cuenta desde el día en que nos contaste tu primera cita con él. Así que hay algo que no funciona. ¿Qué es lo que falla cuando estás con Tyler?

No contesto. No lo tengo del todo claro. No he sabido describir con exactitud lo que es. Pero Mia tiene razón: cada vez que estoy con Tyler tengo la sensación de que hay algo que no termina de encajar.

—Si no funciona, no funciona —sigue ella—. Por muy enamorada que estuvieras de él hace tres meses, o dos, o uno. Ahora es ahora. Y no puedes estar con alguien solo porque sentiste algo

en el pasado.

—Si no puedes estar con la persona a la que quieres, quiere a la persona con la que estás —recito una vez más.

Mi nuevo mantra.

—Eso es una gilipollez. —Me sorprende la que era mi amiga más inocente y educada—. Si no puedes estar con la persona a la que quieres, jódete, y espérate a que aparezca otra persona con la que quieras estar. Pero deja en paz a la pobre persona que tienes al lado y que no se merece ser tu segundo plato. Porque seguramente habrá alguien en el mundo para quien sí sea la persona con la que quiera estar. No pongas tu culo en medio.

Sonrío de medio lado cuando oigo su discurso. Mia es muy sabia, parece ser. Me alegro de que sea ella la que está aquí ahora mismo, porque Emily no dejaría de hiperventilar y Grace estaría diciendo que debería echar un polvo con los dos para poder comparar. Y, aunque Mia me esté haciendo replantearme todos mis esquemas, creo que en el fondo sé que tiene razón.

—Quiero a Tyler —confieso a media voz—. Sé que es un tío fantástico que merecería la pena si dejara de portarse como un imbécil. Siento que lo entiendo, que quiero ayudarlo y apoyarlo...

—Eso es lo que hacen los amigos. —Se encoge de hombros—. Fuisteis amigos, te dio tu primer beso y fue muy especial, nunca has dejado de apreciarlo, Ash. Sí, claro que lo quieres, y lo entiendo, pero ¿estás enamorada de él? —plantea.

—Yo creía que sí.

—No me cuentes lo que creías, o lo que escribías en tu diario a los quince, o lo que sentías hace dos meses. Ahora mismo, aquí, sentadas en tu jardín, el domingo siete de mayo del año dos mil diecisiete a las... —Mira su reloj de pulsera— cinco y treinta y nueve minutos de la tarde. Dime, Ashley Bennet: ¿estás enamorada de Tyler Sparks?

—No.

La respuesta me sale casi involuntaria. Y, de repente, haberlo dicho en voz alta me empieza a despejar las dudas que me nublaban el juicio. Ahora parece real. Me he pasado toda la vida enamorada de Tyler, o eso era lo que yo creía. Pero ahora no lo estoy. Ya no lo estoy. Quizá no estaba enamorada, quizá estaba encaprichada. No se parecía a lo que Cam me hace sentir. No se parecía nada.

—Entonces, ¿ya puedes ver qué es lo que falla cuando estás con Tyler? —vuelve a insistir mi seudopsicoanalista.

—Que no es Cam —murmuro.

La miro y ella tiene una media sonrisa muy leve en el rostro.

—Ashley...

Creo que está a punto de preguntar algo más, pero no le doy tiempo a seguir hablando. Esta vez me adelanto a su pregunta:

—Estoy enamorada de Cameron Parker.

Tyler no está en condiciones para verme por la tarde. Ni por la noche. Ni por la mañana. Ni siquiera en condiciones para venir a clase este lunes. Se pasó mucho en la fiesta del sábado, parece ser. Y yo necesito hablar con él. Necesito hablar con él antes de lanzarme a la piscina y ponerme enfrente de Cam y decirle la verdad. Es la única manera de ser justa con los dos. Ya he hecho las cosas bastante mal hasta ahora. No se me da precisamente bien lo de ser una rebelde y una seductora. Se me ha ido completamente de las manos. Necesito recuperarme a mí misma un poquito.

Mientras oigo cotorrear a Grace sobre el baile y sus gritos de «solo faltan cuatro días», arrugo las notitas que alguien me ha colado en la taquilla sin ni siquiera leerlas para tirarlas luego a la papelera. Más tíos pidiendo mamadas. Menos mal que ya paso del tema.

—¡Solo faltan cinco días, chicas! —escucho gritar a Emily al fondo del pasillo.

Mia y yo nos miramos y ponemos los ojos en blanco al tiempo que Grace replica:

—¡Cuatro, tía!

Me vuelvo para mirar a mi mejor amiga, pero no es ella la que capta mi atención porque justo detrás caminan Scott y Cam charlando entre ellos como si fueran amigos de toda la vida.

—Son cinco porque tiene que pasar todo el lunes y todo el martes y todo el miércoles y todo el jueves y todo el viernes y entonces será el baile —recuenta Emily ya casi a nuestra altura.

—No, no, no. Porque el viernes a estas horas ya será el día del baile, así que en realidad solo tiene que pasar el lunes y el martes y el miércoles y el jueves —la contradice Grace—. Y, luego, ¡viernes! ¡Baile!

Joe Richardson se acerca a nosotras desde el otro lado del pasillo con un par de libros debajo del brazo.

—¿Cuatro días? Aún no tengo tu ramillete —pica a Grace antes de besarla en los labios sin dejarla protestar.

—No te preocupes por eso... Ashley no tiene vestido —aporta Emily.

—Ashley no tiene vestido —la imito con voz aguda y burlona.

Cam está ya a nuestra altura y saluda a Joe con un «Eh, Joe, tío» y un choque de manos. Hombres...

—Buenos días, chicas —saluda en general.

Yo solo respondo vagamente y se me corta el saludo cuando me lanza una sonrisa. No es muy amplia ni muy espectacular, pero vaya: es una sonrisa y es para mí, así que ya me vale.

No se queda mucho a nuestra altura y pronto se aleja camino de su propia taquilla. Mia me está mirando muy fijamente y yo le doy una patadita disimulada para que me deje tranquila.

—Nunca creí que diría esto en mi vida entera —anuncia Scott—, pero me cae muy bien Cameron Parker.

—Ponte a la cola —se burla Mia.

Temo que vaya a decir algo más, pero no lo hace. Menos mal, porque un interrogatorio acerca

de lo muchísimo que me gusta a mí el chico de los ojitos verdes no es precisamente lo que necesito ahora. Al menos no hasta que haya podido aclarar las cosas con Tyler. Y luego ya veremos.

Scott y Joe se marchan juntos y nos dejan a las cuatro solas, a punto de separarnos para ir cada una a la clase que le toca atender a primera hora.

—Uf, qué mal lo he pasado, chicas. La pesadilla de toda chica hecha realidad: mi novio y mi amante juntos y charlando como si fueran muy coleguitas —bromea Emily con una sonrisita engreída—. ¿Creéis que a Scott le seguirá cayendo tan bien Cameron Parker cuando le cuente que pienso en él cada vez que echamos un polvo?

—Em... —protesto yo.

De todas formas, tenemos que reírnos. Emily siempre está igual. Y eso que ella ya sabe que nosotras sabemos perfectamente que hace tres años que ni mira a ningún chico que no sea su novio. Aunque esto de que siempre utilice a Cam como objeto de deseo ya se me está empezando a hacer un poco incómodo. Yo no pienso compartirlo.

—Pues a Scott no sé, pero a lo mejor a Ash le empiezas a caer peor tú —insinúa Mia.

Me despido de ellas fingiendo que las odio un poquito y me voy a clase.

La hora antes del almuerzo se me antoja un pelín tensa hoy. Porque cuando llego a mi sitio, justo antes de que suene el timbre de inicio de la clase de biología, Cam ya está sentado a mi izquierda. Ninguno de los dos decimos nada. Ninguno de los dos hacemos nada. Pero siento sus ojos fijos en mí durante la mayor parte de la explicación del profesor. Apuesto a que no se está enterando de mucho. Y yo tampoco. Me contengo para no mirar también y quedarme atrapada en el verde de esos ojitos que me encantan. Cuando acaba la clase, Cam desaparece demasiado rápido para que me dé tiempo a despedirme siquiera. No hemos vuelto a intercambiar mensajes desde después de la fiesta. Así que ahora no estoy muy segura de cómo están las cosas entre nosotros. ¿Seguimos anclados en la indiferencia? ¿Hemos pasado a la cordialidad? ¿O restablecemos el buen rollo de una maldita vez? Mierda, lo echo mucho de menos. Quiero volver a las notitas y a las bromas y a las miradas. Y a los besos. Sí. A los besos también me gustaría volver.

Encuentro en mi taquilla un par de notitas más de algún pervertido. Y también algo que me llama la atención: una foto impresa en un trozo de papel. Es de la fiesta del sábado. Cam y yo frente a frente, él sin camiseta y yo en sujetador. Giro el papel y veo que hay algo escrito en la parte de atrás: «jueves». Eso es lo que dice. Blair. Blair Wells y sus fotitos, menuda afición tiene la tía. Será una gran *paparazzi* algún día. ¿Creerá que con esto me va a meter miedo? Mucha gente me vio en sujetador en el jardín de Lucas Jackson. ¿Qué importa? Si esto es lo mejor que tiene contra mí, no tengo ni que empezar a sudar.

Le digo a Emily que me reuniré con ella y las chicas dentro de un momento en nuestra mesa habitual para almorzar y recorro el pasillo pasando de largo las taquillas de los populares para luego girar a la derecha. Ahí está. Blair Wells. Pero no está sola. ¿Qué demonios...? Mia tiene la

espalda apoyada en la taquilla de la bruja y se ríe, coqueta, mientras Blair le dice algo con su brazo tatuado apoyado a la derecha de la cabeza de mi amiga. Esto no me gusta. Nada de nada. Me acerco hasta ellas y cojo a Mia de la mano y la arrastro conmigo hasta la puerta de un aula. Ella tiene cara de sorpresa... y quizá un pelín también de culpabilidad.

—¿Qué estás haciendo? —siseo.

Se suelta de mi agarre y se cruza de brazos sin apartar los ojos de mí.

—No estaba haciendo nada. Solo estábamos hablando.

—¿Con la bruja de Blair Wells? Dime ¿qué tienes que hablar tú con esa tipa, anda? —pido—. ¿Ya no te acuerdas de lo que me hicieron Jess y ella?

Mia hace una mueca y niega con la cabeza lentamente, como si desaprobara lo que digo.

—No todo en el mundo tiene que ver contigo, ¿vale, Ash? —me suelta—. Desde que estás metida en tu mundo de jugadores de fútbol, parece que te has convertido en toda una diva. Pero, aunque te sorprenda, a las demás también nos pasan cosas. Cosas que no tienen que ver contigo.

Me echo un poco hacia atrás. Casi me siento como si me estuviera pegando bofetadas en vez de lanzar palabras al aire. ¿Qué me está contando? ¿Es eso lo que mis amigas piensan de mí? ¿Las he estado descuidando sin darme cuenta? ¿Hablamos demasiado de mí y demasiado poco de ellas? Tal vez sea así. Puede que haya estado monopolizando toda la atención en las últimas semanas.

—Mia —digo a media voz—, ¿qué te pasa?

Baja la mirada.

—Gina me ha pedido un tiempo —murmura.

—¿Qué? —Pongo una mano en su hombro y, por lo menos, no me aparta de un empujón—. Pero ¿qué...? ¿Por qué?

—No importa.

Está a punto de dar media vuelta para marcharse. La retengo agarrándola de las muñecas. Parece muy triste y yo no sé de dónde sale todo esto. Ayer por la tarde estuvo en mi jardín tomando el sol y estaba bien. ¿O no lo estaba y yo ni me di cuenta? ¿Realmente me he convertido en alguien tan egoísta?

—Claro que importa. Oye, siento si últimamente he estado muy metida en mi mundo. Siento si os ha dado la impresión de que me alejaba de vosotras o de que no me interesaba nada más que lo mío. Porque no es así —aseguro—. Lo siento. Necesito saber qué ha pasado y si puedo hacer algo para ayudarte.

—No es culpa tuya —suspira al final—. Siento haberte dicho eso, Ash. Tenía que cabrearme con alguien, pero no iba en serio lo de la diva.

—Da igual. ¿Qué ha pasado? Y si estabas mal, ¿por qué no me dijiste nada ayer?

—Ayer tenías demasiado en qué pensar y necesitabas que te escuchara —se justifica.

—Y, por lo que parece, tú también necesitabas que te escuchara —le echo en cara—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Ayer pensaba que era una tontería, que seguramente estaba un poco paranoica. Pero no, Ash, acaba de decírmelo hace una hora cuando salíamos de clase de matemáticas: que necesita tiempo para pensar.

Me mira con ojos tristes y se me rompe el corazón al verla así. ¿Cómo puede ser? ¿Qué habrá pasado entre ellas? Si estaban tan bien y eran tan adorables...

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué?

—Ha venido su exnovia a la ciudad esta semana. Está en la universidad. En Yale. —Hace una mueca al decirlo. Impresionante—. Lo dejaron en enero. Por la distancia, ¿sabes? Pero ahora está aquí. Llegó el sábado y se queda hasta el domingo. Y en dos días ya ha conseguido que esté confusa, así que me imagino que tendré que ir sola al baile.

Se encoge de hombros, pero sé que está haciendo todo lo que puede por aguantarse las lágrimas. La abrazo, y ella se agarra a mí por un momento, dejando que la consuele.

—No vas a ir sola a ese baile, ¿vale? Ni de coña. Vas con nosotras.

—Ya, pero vosotras tenéis parejas —recuerda.

La aparto de mí unos centímetros para poder mirarla.

—Oye, estoy bien, Ash, supongo que me toca esperar y ya está, ¿no?

—¿Esperar? Nada de esperar. Tú sigue adelante, que si te quiere va a tener que mover el culo para tenerte.

La veo esbozar una media sonrisa. Asiente.

—Anda, vamos a la cafetería, que Emily y Grace deben de estar volviéndose locas con esto del baile sin que compensemos con nuestra sensatez —bromea.

Diez minutos después me llega un mensaje al móvil. Número desconocido.

> Parece que ya no me haces falta. Aunque no te has mostrado muy colaboradora y eso no me gusta.
> Y ahora tratas de meterte donde no te llaman. Te diría que dejes a tus amigas cometer sus propias equivocaciones, pero no ibas a hacerme caso. Así que esto es lo que hay. Todo llegará, Ashley. Tú te lo has buscado.

Genial. Casi hasta me había dado tiempo a echar de menos las amenazas de Blair. Casi. Decido ignorarla y borro el mensaje, sin decirles nada a mis amigas.

Al final de la mañana, estoy caminando con Emily y Mia hacia la salida del instituto cuando veo pasar a Cam. Va sumido en sus propios pensamientos. Diría que no nos ha visto. Les pido a mis amigas que me esperen y troto detrás de él.

—¡Cam!

Se vuelve para mirarme, sorprendido de oír mi voz. No parece hastiado de verme, como siempre últimamente, pero tampoco sonríe.

—Ey, Ash —saluda—. ¿Qué pasa?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Decido ir directa al grano.

Hace un gesto con la mano indicando un «adelante». Me fijo en su tatuaje una vez más. Se ve muy reciente, la tinta es muy negra, los trazos son perfectos y, definitivamente, esa es mi letra.

—¿Qué significa ese tatuaje?

Nos miramos a los ojos por un momento. No contesta inmediatamente. Necesito que me diga que se lo hizo porque me echaba de menos. Porque necesitaba recordarme. O por algo parecido a por lo que yo me hice el mío.

—¿No sabes lo que es sonreír, Ashley Bennet? —se burla.

—No me vaciles —advierto.

Escruto el verde de sus ojos.

Él aparta la mirada.

—Se me estaba olvidando mucho últimamente. No llevo una buena racha, por lo que parece, ¿no? Así que pensé que mejor fijarlo en la agenda para tenerlo presente —explica.

Y, tal y como lo dice, parece que no tiene ninguna importancia. Que no tiene nada que ver conmigo. Pero es que es mi letra. Es mi puñetera letra marcada en su piel. En suelo sagrado.

—Es mi letra —digo a media voz—. ¿Por qué es mi letra?

—Tienes una letra preciosa, princesa.

Lo dice con ese tonito burlón al que me tenía acostumbrada, y no como lo dijo el martes pasado en su coche mientras intentaba consolarme. Me dedica una media sonrisa canalla, y luego, sin decir más, se da media vuelta y sale del edificio.

8

The way i loved you

Dos días para el baile. Dos días para el puñetero baile y el instituto entero está perdiendo la cabeza. En serio. ¿Qué le pasa a la gente? Es solo un baile de instituto. No hace falta ir corriendo histéricos por los pasillos. Ni llorar en los baños porque no tienes pareja. ¿Toda esa decoración promocional? Sobra. Quiero decir, todo el mundo sabe cuándo es y cómo va a ser, ¿hace falta poner cartelitos por las paredes? Las candidatas a reinas lo están dando todo en sus campañas. Todas menos yo, que no me dedico a regalarle cosas a la gente, ni a pedir votos en mis redes sociales, ni a postear sobre cómo voy a prepararme, ni a anunciar un vídeo de «prepárate para el baile conmigo» en YouTube. De verdad. Apoyo la candidatura de Vanessa y me como los caramelos gratis que reparte Lauren Bale. De Jessica no cojo nada de nada. Ni siquiera las hojas con su maldita perfecta cara estampada. No vaya a ser que estén envenenadas. Pero alguien se dedica a hacer campaña por mí. O más bien campaña contra mí.

Intento ignorar las publicaciones en redes sociales y los mensajitos en cadena que circulan por los teléfonos móviles de todo el instituto cuanto puedo. Y ya sé que Blair no está haciendo todo esto sola. Pero, bueno, Dios las cría y ellas se juntan. O algo así es lo que se dice. Ayer apareció el primer mensajito viral, esa foto mía con Cameron en la fiesta de Lucas que Blair me dejó en la taquilla el lunes, con el mensaje «¿Ashley Bennet sigue jugando a dos bandas?» y la invitación a twittear con los *hashtags*: #tríoBennetsiguevivo y #ashleybennetdecidedeunavez. Eso fue ayer. Hoy lo que circula por los móviles de la población adolescente del Truman es un vídeo en el que se me ve seguir a Tyler dócilmente de la mano escalera arriba en la casa de Lucas Jackson. Tampoco es tan comprometido. Quiero decir que podríamos estar yendo a cualquier sitio y no necesariamente a buscar una habitación para echar un polvo. Vale, en realidad era justo lo que estábamos haciendo. Pero no es que estemos desnudos ni nada. En fin, mejor ignorarlo. Yo sigo ignorándolo todo.

Solo faltan dos días para el baile y aún no he podido hablar con Tyler. El lunes por la tarde me dijo que tenía que hacer cosas con sus padres. Y ayer, aunque nos vimos en el instituto por la mañana, por la tarde yo había quedado con Mia en que intentaría convencer a mamá para que me dejara pasar la tarde en su casa y cenar allí. Gina parece no haber entrado en razón todavía y ni

siquiera han vuelto a hablar. Mi amiga me necesitaba. Y sigue habiendo cosas más importantes que los chicos del equipo de fútbol, ¿no?

Hablando del baile, el lunes cuando llegué a casa tras las clases me encontré el vestido perfecto que me había probado el sábado colgado en mi armario. Mi madre aguantó menos de lo que yo creía sin ir a comprarlo. Creo que eso significa que me deja ir al baile, aunque mi pareja sea Tyler Sparks. Hasta dice que me ha pedido hora en la peluquería. No hay quien la entienda. Pero hay que quererla igual. Sobre todo, porque mi castigo está empezando a caer en el olvido.

Eso no es todo, porque ayer tampoco nos dirigimos la palabra en toda la mañana y, por supuesto, no hubo notitas en la clase de biología, pero Cameron Parker me envió un mensaje por la tarde cuando yo estaba a punto de salir hacia casa de Mia.

¿Tienes un rato para hablar? ¿Puedo pasarme por tu casa?

Pero, claro, sigue habiendo cosas más importantes que los chicos del equipo de fútbol, ¿no? Le dije que no podía porque había quedado con Mia, y que si era importante. Dijo que no. Que no importaba, que ya hablaríamos otro día. Esta mañana he intentado acercarme a él y me ha dado bastante la impresión de que me rehuía.

Ahora es miércoles y acabo de entrar en el aula donde se imparte la clase de historia. Tyler aún no está aquí. Cameron tampoco. Perfecto. Me acerco al sitio que suele ocupar el chico de los ojitos verdes que, desde que volvimos de las vacaciones de primavera, le cambió el pupitre a uno de los defensas del equipo para no tener que sentarse al lado de Tyler. Un sitio lo bastante alejado de Tyler, pero también de mí. Una fila por delante y dos hacia la derecha. A la señorita Edwards pareció encantarle el cambio. Lo de esos dos sigue sin arreglarse y no tiene pinta de que vayan a volverse a hablar en un futuro cercano, tampoco.

Dejo la bolsa que he traído entre las manos sobre la mesa de Cam. Una bolsa que contiene su sudadera de la Universidad de Oregón y la camiseta que me prestó el sábado. Deposito una nota doblada en cuatro encima. Y luego me voy a mi sitio.

Cam llega cuando está punto de sonar el timbre. Lo observo. Frunce ligeramente el ceño al llegar a la mesa y encontrarse el paquetito y, antes de leer la nota, mira lo que contiene la bolsa. Me lanza una mirada rápida y yo me encojo de hombros. La señorita Edwards está pidiendo a todo el mundo que se siente. Cam deja la bolsa a un lado de la mesa, bajo su mochila, y se sienta. Luego desdobla la nota.

Gracias por el préstamo. Te debo dos prendas. Puedes elegir las que quieras de mi armario. ¿Falda o pantalón? —A.

Veo cómo sonríe, de medio lado. Me lanza otra miradita rápida y yo le devuelvo la sonrisa. Enseguida se pone a escribir y espero que sea una nota para mí. Me sube la tensión solo de anticipar una notita. Echo de menos las puñeteras notitas de Cameron Parker que tanto me

exasperaban al principio. Aunque... ¿cómo piensa hacérmela llegar? Pues sin demasiada discreción, a decir verdad. Dobla el papelito en cuatro, se lo pasa a quien tiene detrás y le dice algo en voz baja. De ahí la nota pasa por otras manos más antes de llegar a las de Emily, que hace amago de abrirla, pero, finalmente, me la pasa sin cotillear cuando le lanzo un trozo de goma como advertencia. La desdoblo sin perder tiempo.

> Tengo las piernas más anchas que las tuyas (puro músculo) así que falda, me da la impresión de que el mundo agradecerá que las luzca. Ah, y esa chaqueta vieja con pelotillas que tienes para estar en casa. También la quiero. No he visto prenda más sexy en mi vida. —C.

Capullo. Intento dedicarle una mirada que denote indignación, pero no puedo evitar que se me escape la sonrisa antes incluso de que mis ojos encuentren su cara. Y cuando clavo las pupilas en él, veo que también está sonriendo. ¿Podemos parar el tiempo y que se congele esa sonrisa para pasarme horas mirándola, por favor? Es absolutamente irresistible. La conexión de nuestras miradas no dura mucho. Él es el primero en apartar la suya y ponerse a atender a la profesora. O a fingir que lo hace.

Cuando acaba la clase, me da la impresión de que está recogiendo más lentamente de lo normal, como si esperara a que el aula se vaya despejando. Yo hago lo mismo, a ver si hay suerte y nos quedamos solos. Nuestros ojos coinciden en más de una ocasión mientras nos lanzamos miradas de reojo. No me da tiempo a acercarme hasta él porque Tyler se me planta delante y Emily se va de mi lado para dejarnos intimidad. Yo vuelvo a mirar a Cam disimuladamente. Nos está mirando, pero parece dispuesto a esperar.

—Eh —dice Tyler suavemente—, ¿hablamos esta tarde? ¿Puedes hoy?

Parece cansado. Quizá no solo eso. Puede que también triste. Tiene los hombros caídos y leves ojeras. No arrasa con esa actitud que suele acompañarlo. Me rompe un poco el corazón. Aunque se merezca un poco de sufrimiento por la tontería que hizo el sábado.

—Sí. Hablamos esta tarde —me muestro de acuerdo.

—Tendrás que pasar tú la valla —medio bromea—. Estoy en arresto domiciliario por el momento.

Lo dice como si no le importara. Como si fuera divertido, incluso. Pero sé que no está bien. Se le nota de lejos.

—Muy bien. Haré el esfuerzo —lo pico, con una sonrisa.

Se agacha y me besa. Un beso corto. Puedo sentir la necesidad que encierra. Tyler Sparks me necesita mucho. Otra vez. Pero esta vez no lo va a pedir. Y yo prefiero que no lo haga.

Cuando se aparta y vuelvo a mirar detrás de él, ya no encuentro lo que busco; Cameron ha desaparecido de escena.

No vuelvo a saber del chico de los ojitos verdes en todo el día. Pero ahora mismo no puedo

centrarme en eso porque tengo algo que hacer. No puedo retrasarlo más. Tengo que hablar con Tyler. He conseguido convencer a mi madre de que me deje pasar a la casa de al lado porque tengo que decirle al chico que a ella no le cae bien que quiero que seamos solo amigos. Creo que le ha gustado la idea. No ha protestado ni un poquito.

Para cuando pongo un pie en su jardín, Tyler ya está sentado en el escalón del porche. Intenta sonreírme y no lo logra; se le nota especialmente apagado esta tarde. Me acerco hasta él y me siento a su lado, sin besarlo esta vez.

—¿Estás bien? —Es lo primero que pregunto.

Él apoya la espalda en la barandilla y me mira. Parece que sabe exactamente lo que voy a decir.

—He estado mejor. Pero también peor. Así que supongo que regular —medio bromea—. Siento mucho lo que pasó el sábado, Ash —repite, una vez más—. Fui un imbécil. No quería que tuvieras que verme así. Tú no. Pero, en fin, así ya has visto al Tyler de verdad y no te dará tanta lástima darte cuenta de que no soy el chico que esperabas.

—No digas eso —pido. Me retuerzo las manos con nerviosismo—. El del sábado no eras tú de verdad.

—Por eso me había mantenido lejos de ti estos años. Para que no vieras cosas como esa, y mira. Tenías razón con eso de que no puedo pedirte que seas mi tabla de salvación. Debería poder hacerlo solo.

Niego con la cabeza y sujeto su mano entrelazando nuestros dedos. No quiero que piense que está solo. No es eso lo que yo quiero.

—No tienes que hacerlo solo, pero tienes que hacerlo tú —corrijo.

—Los chicos me dijeron que habían comprado algo de coca para la fiesta y no pensé en ti, Ash. Pensé que, si venías, no podría meterme. Por eso no te invité. Por eso no te dije que había una fiesta. Y el viernes... estuve a punto de hacerlo. Mi cabeza me decía que te invitara a la fiesta para no tener que drogarme, para estar contigo, que es mucho mejor. Pero no lo hice. Y una vez que ya estaba allí, me daba igual todo. Incluso tú. Y lo siento.

—No puedes seguir así. Por ti. Tyler, tienes que dejar de hacerte daño.

Asiente lentamente. Aprieta más su mano en torno a la mía.

—Ya lo sé. Tú me has inspirado, Ash —dice, con una media sonrisa triste—. El domingo hablé con mis padres. Hablé con ellos de verdad. Creo que no había hecho nada así en la vida. Ayer fuimos los tres a la primera sesión de una terapia familiar. Y voy a apuntarme a un programa... de adicciones y problemas de conducta. Suena chulo, ¿eh? —bromea.

Suelto su mano y le echo los brazos al cuello. Lo abrazo fuerte durante un rato y él se aferra a mí, sin decir nada.

—Eres muy valiente, Tyler —lo alabo—. Mira, estoy orgullosa. —Me aparto para señalar mis ojos humedecidos de emoción—. Hazlo hasta el final, ¿vale?

Asiente y me acaricia la mejilla con su pulgar.

—Bueno, ahora tú. —Me pasa el turno de palabra—. Te toca ser valiente y decirme lo que tienes que decir.

—Voy a estar ahí mismo siempre que me necesites —aseguro, en primer lugar, señalando la casa de al lado—. Y quiero apoyarte con esto. Pero esto... nosotros... no funciona para mí, Tyler —confieso.

—Menos mal que no me pilla de sorpresa —trata de bromear con una mueca—. Supongo que, aunque funcionara para ti, no terminaría de funcionar para mí, ¿no? No hasta que haya resuelto mis asuntos. —Le quita importancia, encogiéndose de hombros—. ¿Qué hacemos con el baile? Es el único evento al que mis padres me van a dejar ir en una larguísima temporada. Y el lunes vi a tu madre sacar del coche un vestido impresionante.

—No quiero fastidiarte la corona. ¿Podemos ir a ese baile como amigos? —propongo.

Sonríe y me estrecha la mano, sellando el trato.

—Me he pasado los últimos cuatro años loquísima por ti. Pero no podemos aferrarnos al pasado, ¿no? —repito lo que me enseñó Mia—. No sé por qué las cosas han cambiado, pero lo han hecho. Hace dos meses decirte esto habría sido una locura. La verdad es que no has sido tú, Tyler, no es nada de lo que tú hayas dicho o hecho, ni siquiera la fiesta del sábado. No es que hayas dejado de ser el tío por el que yo suspiraba. Es solo que... yo he cambiado y...

—Y que has conocido a Cam —completa.

Lo miro a los ojos. No digo nada. Porque sí, es una razón de peso para que haya dejado de estar loquísima por Tyler. Que he conocido a Cam.

—Lo entiendo —sigue hablando él—. Ahora mismo te mereces a alguien que sea menos desastre que yo, Ash. Cam es un tío genial. Yo no he parado de saltar de relación en relación desde hace años. Y tengo que hacer esto solo, como tú bien dices. Pero quiero que sepas que me importas muchísimo, Ashley Bennet, que voy a estar aquí siempre. Siempre. Fíjate lo que son las cosas —añade, con una risita—, todo el mundo sabiendo lo loquita que tú estabas por mí y, al final, el pillado como un pringado soy yo, ¿eh? Necesito decirte que yo he pensado en ti durante estos cuatro años también. Mucho. Siento no haber sabido estar a la altura.

—Tyler... Venga. Tú prácticamente no te acordabas ni de que existía hasta que un día me viste hablando con Cam.

—Claro que me acordaba —me lleva la contraria—. Siempre pensaba que volvería a ti cuando consiguiera ser mejor, que tenía tiempo. Que arreglaría mis movidas de alguna manera y entonces podría volver a ti. No me preocupaba que tuvieras citas con algunos chicos, o que salieras con el pardillo ese de Tom, del grupo de teatro. —A mí me sorprende hasta que lo sepa —. Pero entonces te vi con Cam y me puse celoso. Muy celoso —admite—. Porque entonces me di cuenta de que sí te podía perder. Con los otros no tenía competencia —alardea con una media sonrisa engreída—. Pero Cam es mejor que yo, Ash. Y salta a la vista que no estaba equivocado. Qué cabrón... y luego me viene a mí con lecciones de moral. —Sacude la cabeza—. Si no te

crees que nunca llegué a olvidarte del todo, deberías preguntarle a Cam. Él siempre ha sabido que eres especial para mí. Es el único al que le he hablado de ti. Y mucho.

Me he pasado la noche dándole vueltas a mi conversación con Tyler. Por un lado, estoy aliviada. Porque hemos quedado como amigos, porque está dispuesto a reconducir su vida, porque las cosas por fin están claras entre nosotros, para los dos. Pero, por otra parte, hay algo que me atormenta. Y es eso de que Cam sabía todo lo que Tyler sentía por mí. Si Cam sabía que Tyler pensaba en mí de esa manera, ¿por qué tanto teatro? ¿Por qué dejarme creer que Tyler nunca se fijaría en mí si no seguía su plan? ¿Por qué no me dijo lo que su amigo sentía de verdad? Podría haber sido más fácil, ¿no? Aunque puede que él tuviera razón: si Tyler llega a pensar que seguía siendo la niñita de siempre, loquita por él y sin ninguna alternativa, no habría pasado a la acción. Seguiríamos como hace dos meses. Pero cuando yo estaba tan triste pensando que Tyler de verdad no quería volver a tener nada en absoluto conmigo, podría haber dicho algo, ¿no? En vez de llevarme a escalar una maldita montaña, podría haber dicho «eh, Ash, no llores, si en el fondo está loco por ti y lo sabe, y yo lo sé, solo se hace el duro, como nos gusta hacer a los tíos de vez en cuando». No lo hizo. Me dejó creer que Tyler no pensaba en mí desde hacía cuatro años. Que ni se acordaba de que yo existía hasta que él se cruzó en mi camino. ¿Por qué? A lo mejor, si me hubiera dicho que mi amor platónico también sentía algo por mí al principio de nuestro plan, no me habría dejado llevar tanto con Cam. Podría haber centrado toda mi atención en mi verdadero objetivo. Podría no haberme llegado a enamorar de Cameron Parker. Y no estaría en este enorme lío. Y eso sería mejor para todos.

Esta mañana solo he coincidido con Cameron en una clase y ni me ha dirigido la palabra. He dormido poco, estoy cansada y confusa, y hoy solo tengo ganas de que el día pase. Y, ya que estamos rebobinando el tiempo, que pase también mañana. Que empiece y acabe el baile lo más rápido posible. Eso estaría bien. No tengo ganas. Pero sé que Tyler necesita ir. Que necesita ganar esa corona. Y que se muere si tiene que presentarse solo. Así que parece que tengo un compromiso ineludible. Como amigos, pero ineludible.

Hablando de amigos, Mia está exactamente igual que yo. Cansada, con cara de haber dormido poco y con el ánimo no muy alto, que digamos. Sé que tengo que hablar con ella para ver si ha pasado algo nuevo con Gina, pero, si no supiera que es imposible, juraría que está evitando quedarse a solas conmigo. Imaginaciones mías, supongo.

El vídeo del día de la campaña contra Ashley Bennet, reina del baile, ha sido uno en el que se nos veía a Cam y a mí, en ropa interior, jugueteando en las aguas del lago Tahoe. Ese no lo grabó Blair, eso seguro. Se acompaña del texto: «El vídeo más romántico del año. ¿Ha escogido bien Ashley Bennet? O quizá no pudo elegir...». Y la sugerencia de *hashtag* de hoy: #¿elreynoquisoalaprincesa?

La verdad es que podría ser el vídeo más romántico del año. Al menos para mí. Lo he

reproducido unas cuantas veces a lo largo de la mañana, cuando nadie me veía. Me derrite el corazón y me vuelve el estómago del revés vernos a los dos haciendo el tonto, tan felices, sin parar de reír. Eso es lo que yo quiero para el resto de mi vida. Pero, en fin, le he dejado una notita a Cam en su taquilla pidiéndole que hablemos y no he obtenido respuesta. Nos hemos cruzado más de una vez, pero él ha esquivado mi mirada.

Cuando acaban las clases, camino con Emily hacia nuestras taquillas. Ella va muy emocionada, parloteando sin parar acerca del baile, y lo bien que lo vamos a pasar y cómo, para apoyar a Mia en una noche tan difícil, iremos todas a dormir a casa de Grace después del evento, renunciando al polvo de graduación —como ellas dos dicen— para demostrar que nuestra amistad está por encima de los chicos... y las chicas. A mí me parece bien, desde luego no pensaba echar ningún polvo de graduación. Aunque puede que Scott y Joe no estén tan contentos con la idea. No les he dicho nada a mis amigas sobre la conversación con Tyler ayer. No me apetecía tener que hablar de ello y dar explicaciones. Mañana es el baile y prefiero esperar a contarles el desenlace de la historia cuando todo haya pasado, en casa de Grace con los pijamas puestos.

—¡Tía! —Emily pone un brazo ante mí para impedirme seguir avanzando—. ¿Qué es eso? Esta campaña contra ti se está pasando ya, ¿eh? ¿No será una bomba?

Miro hacia nuestras taquillas para ver de qué narices habla y veo un paquetito envuelto con papel de regalo pegado a mi puerta. Me acerco con curiosidad y Emily hace lo mismo, medio escondida detrás de mí. Menuda protección. Y yo que pensaba que mi mejor amiga daría la vida por mí. Me temo lo peor. Porque Blair y Jessica serían capaces de cualquier cosa, está claro. El paquetito lleva un sobre pequeño pegado en su superficie. Uno de esos que se adjuntan cuando se le mandan flores a alguien. Lleva escrito mi nombre. Reconozco la letra de Cam al instante.

—No puede ser una cabeza de caballo, ¿verdad? —se está temiendo Emily—. Es demasiado pequeño, ¿no? ¿De pony? —prueba.

—Es de Cam —suspiro yo para frenar su locura.

—¿La cabeza de Cam colgando de tu taquilla? Eso sí que sería de mal gusto —bromea.

Le pego un codazo antes de coger el pequeño sobre entre mis manos. Saco la nota.

> Para Chicago. —C.

Me pica la curiosidad, así que abro inmediatamente el paquetito. Dentro hay una bufanda, unos guantes y unas orejeras. Sonrío sin poder evitarlo al verlos. El capullo adorable.

Emily me quita la notita para leerla también ella. No hago caso de sus desvaríos cuando empieza a hablar atropelladamente. Estoy demasiado ocupada con mis propios pensamientos. Porque yo creía que Tyler era bipolar, pero lo de Cam estos últimos días es pasarse. ¿Qué narices le pasa a este tío? Primero quiere hablar, luego dice que no importa; a veces aparece y otras

desaparece sin decir nada; lleva un tatuaje con mi letra, pero parece que no le da ninguna importancia; pasa de mi nota para pedirle que hablemos y me deja un regalo en la taquilla. ¿Por qué demonios se está comportando así? Y, de nuevo, ¿por qué no me dijo que Tyler sentía algo por mí?

Me apresuro a meter todas mis cosas en la taquilla y salgo corriendo hacia el exterior del edificio. Espero que no se haya marchado todavía. Oigo a Emily seguirme a toda velocidad. Tengo que abrirme paso a empujones porque este preciso instante es el que todos los alumnos han elegido para abandonar el edificio. En cuanto pongo un pie en el exterior lo veo, está caminando hacia su coche mientras charla con Vanessa y Troy.

—¿Qué pasa? —oigo preguntar a Mia, que acaba de llegar a nuestra altura.

No me quedo a escucharlas. Salgo corriendo hacia donde está el chico de los ojitos verdes. Ya se está despidiendo de sus amigos y veo las luces del Honda parpadear cuando lo abre con la llave.

—¡Cam! —lo llamo, casi llegando a donde él está.

Se vuelve hacia mí y se queda quieto. Deja que llegue a su altura y, para cuando lo hago, soy perfectamente consciente de que la mitad del instituto está pendiente de nosotros. Demasiado jugoso. Los protagonistas del vídeo más romántico del año montando una escenita en el aparcamiento. Perfecto.

—Ash —murmura. Mira alrededor y pone cara de cabreo al ver el público que tenemos—. Sube, te acerco a casa —ofrece, en voz baja.

—No —rechazo.

Siento que estoy a punto de explotar, que me bulle la rabia dentro y no sé si estoy enfadada con él o conmigo. O con los dos. Estoy frustrada. Con él, por no dejar de comportarse de manera tan inconsistente. Y, sobre todo, conmigo por no haber sabido entenderme desde el principio, por no haber podido interpretar lo que sentía. Por no haber sabido llevar mejor las cosas.

—¿Qué coño te pasa? —le espeto.

Frunce el ceño.

—¿Qué coño te pasa a ti? —me devuelve la pregunta.

Mierda. Ya estamos otra vez. Parece nuestro saludo secreto favorito.

—Explícamelo, porque no entiendo nada —le pido, sin molestarme en moderar mi tono de voz—. No quieres tener nada que ver conmigo, hemos cerrado el trato, estás contentísimo por tener que dejar de actuar, qué bien —ironizo—. Así que dime por qué haces como que te preocupas por mí, sientes ser un capullo y me haces un regalo. Oh, y cuéntame lo del tatuaje también, porque eso de superar los miedos para marcarte mi letra en la piel es lo más estúpido que he visto nunca.

—Baja la voz —me ordena, irritado—. Déjame llevarte a casa y hablamos.

—No, no quiero que me lleves a casa —protesto—. No quiero que te hagas el encantador otra vez para luego volver a clavarme el cuchillo por la espalda cualquier día.

Cam esboza media sonrisa irónica que consigue irritarme más de lo que ya lo estaba.

—¿Estás segura de que el del cuchillo por la espalda he sido yo, princesa?

Odio ese maldito tonito con el que dice la palabra. Ahora mismo es lo que más odio en el mundo entero.

—Deja de llamarme princesa —exijo.

—No pienso dar un espectáculo, Ash. Si quieres, sube al coche; si no, yo me voy a mi casa.

Que no quiere dar un espectáculo. Qué gracioso. Como si no hubiera sido él el que lo montó, el que planeó la mayor farsa de mi vida, ¿verdad? Porque eso es lo que fue. Eso es lo que fue todo desde el principio. «No creo que estuviera mintiendo antes. Creo que cuando miente es ahora», oigo la vocecita de mamá en mi cabeza. Pero mamá no tiene ni la más remota idea.

—¿No te parece que el espectáculo ya lo hemos dado bastante? —opino—. ¿Has visto el vídeo?

Asiente con la cabeza.

—El vídeo más romántico del año —recita. La ironía desborda sus palabras—. Pero, eh, eso no es culpa mía, princesa.

—¡Deja de llamarme princesa! —grito, esta vez—. ¿No es culpa tuya? Claro que sí. En el fondo todo es culpa tuya porque era tu plan, ¿no? Pero ¿qué es lo que ha pasado con tu plan, Cam? Si salió todo perfecto, ¿o no? Entonces, ¿qué es lo que ha salido tan mal? Porque para tener tanto interés en recuperar a tu mejor amigo te has dado mucha prisa en dejar de hablarte con él para siempre, parece.

—¿Eso a ti qué más te da? —gruñe él—. Yo te conseguí lo que tú querías y ya está.

Asiento. Lo que yo quería. Claro. Lo que yo creía que quería, al principio.

—Tú me conseguiste lo que tú querías —lo acuso—. El plan era tuyo, así que... Yo era una simple herramienta. No contaba para nada. No te ha importado nunca lo que yo quería, solo que lo que tú tenías en mente saliera como tal y como tú querías.

—Eso no es verdad —se defiende.

Soy perfectamente consciente de que está empezando a cabrearse también él.

—No te importaba lo que sentía yo. O si no, ¿por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no me dijiste que Tyler sentía algo por mí? —le pido explicaciones en un tono de voz más discreto para que no se entere todo el mundo—. Yo estaba ahí, llorando como una imbécil, y tú no dijiste nada. ¿En serio? ¿No pensabas decirme algo tan importante para nuestro trato? ¿Algo tan trascendente? Y lo sabías desde el principio. Desde la primera vez que hablaste conmigo.

Se ha quedado un poco blanco ante la revelación. No dice nada por unos segundos y luego da un paso hacia mí para poder hablar aún más bajo:

—Iba a decírtelo, Ash —me sorprende—. En cuanto hubiéramos llamado su atención, en cuanto tuvieras un poco de confianza para ir y hablar con él como lo hacías conmigo.

—Ya. Pues no lo hiciste.

Baja la vista al suelo.

—No, no lo hice.

—Vaya —murmuro. Niego con la cabeza con desaprobación—. El señor meticuloso. Había que seguir su plan al pie de la letra, tal y como él dijera, tal y como lo había concebido. Pero eso solo era para mí. Tú podías cambiarlo cuando te diera la gana. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Ash. —Mi nombre en sus labios parece casi una súplica y trata de cogerme el brazo.

Me aparto bruscamente y doy dos pasos hacia atrás. Podría no estar aquí. Podría no haber tenido que ir al maldito lago Tahoe. Podría no haberme enfrentado a la maldita Jessica, al menos. Podría haberme librado del trío Bennet. Podría no sentir nada por el tío que tengo delante. Podría haberme ahorrado mucho. Pero a él no le dio la gana.

—¡No! —grito de nuevo—. ¡Me mentiste! ¡Me utilizaste! ¿Y todo para qué? ¿Qué ha pasado? Dime qué se torció para que ahora no te hables con tu mejor amigo. Dime por qué, de repente, decidiste cambiar tus planes y ponerte a improvisar. ¿Por qué no me dijiste lo de Tyler? —insisto, a punto de que la rabia se convierta en llanto.

—¡Porque no entraba en mis putos planes enamorarme de ti!

Me lo ha gritado a la cara. Y grita más fuerte que yo. Tan alto, que dudo que nadie de los que intentan cotillear algo de nuestra conversación haya podido perdérselo. Y a mí me ha cerrado la boca. De repente, mi corazón va aún más rápido que antes y mi tensión está por las nubes y, aunque mis neuronas hacen todo lo que pueden, no soy capaz de poder procesar del todo lo que está pasando. Lo que ha dicho. ¿Ha dicho «enamorarme de ti»? ¿«Enamorarme»? ¿Eso ha dicho? Lo veo cerrar los ojos, y su expresión es la del que se reprocha a sí mismo tener la boca demasiado grande. A nuestro alrededor todo es silencio. Creo que el público está en el mismo encefalograma plano que yo.

Cam me mira de nuevo, con ojos tristes. Niega lentamente con la cabeza y se da la vuelta. Sube al coche y arranca.

Y yo no hago nada para impedir que se vaya.

9

How you get the girl

—Ashley, ¿qué estás haciendo?

La voz de Mia me devuelve a la realidad tras un par de segundos de total confusión. Me coge del brazo y tira de mí hacia atrás para sacarme de mitad del aparcamiento.

—¡Por fin! —escucho suspirar a Vanessa a un par de metros de mí.

—¿Por qué has dejado que se vaya? —sigue diciendo Mia.

—Eh, Ashley... —Vanessa viene hacia mí.

—¡Tía! Pero ¿qué me estás contando? ¡Yo me muero, vamos! —apunta Emily, muy en su línea.

Me están provocando dolor de cabeza en un segundo, así que levanto las manos para pedirles calma y me abro paso entre la gente para alejarme de los murmullos. Mis amigas me siguen. Vanessa parece darse por vencida, de momento.

—Vale, muy bien —dice Grace cuando estamos las cuatro reunidas y en silencio en la parte de atrás del edificio—. Vamos todas a mi casa. Llamad a vuestras madres y decidles que no iréis a casa hasta la hora de cenar.

Así que aquí estamos, en el salón de la casa de Grace. Sus padres se han ido de viaje esta mañana. No vuelven hasta el domingo. Y de ahí la idea de dormir todas aquí mañana por la noche después del baile. Así nadie controlará con exactitud a qué hora volvemos o en qué estado. No he hablado mucho desde que Cameron Parker me ha gritado a la cara que se había enamorado de mí. Si es que no me lo creo. Aún no me lo creo. Todavía intento procesarlo y me da la impresión de que voy a necesitar un par de días más para poder digerirlo del todo. Si es que no puede ser. Hubo momentos en que llegué a pensar que yo podía gustarle, sí. Varios momentos tensos entre los dos con un beso a punto de sonar que no llegaba nunca a producirse. Recuerdo cómo me cogió la mano al borde de la montaña el día de su cumpleaños. Recuerdo cuando en el lago Tahoe creí que iba a decirme que él era el chico que se moría por estar conmigo. Recuerdo cómo me protegió después de la jugarreta de Jessica y Blair. Y el beso en la fiesta de Troy. Y al día siguiente, en mi piscina. Pero luego dijo que debería salir con Tyler, ¿no? Él fue quien dijo que tenía que salir con Tyler. Y entonces pensé que me había equivocado. Que él nunca había estado interesado en mí.

Mis amigas no paran de parlotear sobre mí. Sobre mí y sobre Cam. Y sobre Tyler un poquito también. Puede que esté medio en *shock,* pero deberían darse cuenta de que cuchichear así estando yo presente es de muy mala educación. En fin, a las amigas todo se les permite. Tampoco puedo hacer nada por evitarlo.

—Ashley —me llama Emily.

Van turnándose a decir mi nombre de vez en cuando para ver si en alguna de esas veces me da por responder. Y ya han hecho al menos tres rondas.

—Estoy bien —digo a media voz.

—Pues vuelve con nosotras, anda —pide Grace.

Las miro. Están las tres sentadas en un sofá, muy juntitas, y yo estoy frente a ellas en un pequeño sillón de una plaza. Me muerdo el labio pensando qué es lo que puedo decirles a estas chicas. Seguramente estoy más confundida yo que ellas.

—Ash, ¿eres consciente de lo que ha pasado hace un rato en el aparcamiento? —prueba Emily, a ver hasta dónde llega mi conmoción—. Cameron Parker ha dicho que está enamorado de ti. Te quiero porque eres mi mejor amiga, tía, pero, si no, te odiaría por robarme mi fantasía sexual más recurrente —trata de bromear.

Yo no me río. Ahora mismo no me hace gracia. A lo mejor he perdido el sentido del humor. O, a lo mejor, es que no es gracioso y punto.

—No lo entiendo. —Decido hablar por fin—. No entiendo nada, porque él me dijo que todo había sido mentira y que nunca habíamos sido amigos y que había estado actuando todo el tiempo. Y luego... dejó de hablarme, no quería ni verme. Y, de repente, aparece de la nada cuando yo estoy mal y me consuela, nos besamos en su coche y vuelve a desaparecer...

—Eh, eh, eh —me frenan mis amigas, todas a la vez.

Puede que haya unas cuantas cosas que no les he contado. Así que empiezo a relatar la historia desde el momento en que Cam me dijo que nuestro trato había terminado. Tampoco hay tanto que contar. La mayor parte del tiempo lo ha pasado sin dirigirme la palabra.

—Está clarísimo —se pronuncia Grace una vez que tienen todos los datos—. Estaba celoso, Ash. ¿Cómo no has podido darte cuenta? Vaya, nena, te largaste con Tyler y a Cam se lo estaban comiendo los celos. Imagínate, tener que ver a la persona por la que estás colado con tu mejor amigo. ¿Dices que dejaron de hablarse durante las vacaciones de primavera? ¿No sería justo después de que Tyler te pidiera una cita? —Trata de encajar las piezas.

—No lo sé. No lo entiendo.

—¡Deja de decir que no lo entiendes y ponte las pilas, chica! —se desespera Mia. Incluso se levanta de su asiento. Qué dramática—. Ashley, Cameron Parker está enamorado de ti. Tú estás enamorada de Cameron Parker. ¿Qué estás haciendo aquí, sentada de brazos cruzados, con nosotras? Ve a por ese tío —aconseja.

Escondo la cara entre las manos tratando de pensar. Cameron Parker está enamorado de mí. Cameron Parker... ¡Madre mía! Es que Cameron Parker está enamorado de mí. ¿Puede ser

verdad? ¿No será otro de esos momentos en los que parece que vuelve a ser encantador y luego deja de hablarme durante días? Porque sí, ha dicho lo que ha dicho. Pero es que lo ha dicho gritando. Tampoco es la forma más romántica. No es lo que te imaginas cuando piensas en que el chico de tus sueños se te declare. ¿Y si ha sido un calentón? ¿Y si en realidad no está seguro? ¿Y si ahora no quiere saber nada de mí?

—Bueno, siento ser la que rompa el clima de «hemos conseguido al chico, yupi», pero... ¿qué pasa con Tyler? —pregunta Emily.

Las tres se quedan en silencio con los ojos clavados en mí pendientes de que yo diga algo. Esperaba no tener que sacar el temita hasta mañana después del baile, pero, vaya, ya tenemos algo más de lo que hablar esta tarde.

Para cuando terminamos de desmenuzar lo que uno dijo y lo que el otro hizo y lo que yo pensé y lo que posiblemente se omitió en toda la historia del trío Bennet, son más de las seis. Estoy agotada de tanto hablar y, sobre todo, de tanto pensar. Tal vez debería ser un poco más valiente, haciendo honor a mi tatuaje, e ir en busca del chico de los ojitos verdes para decirle lo que siento yo. Me da la impresión de que, a estas alturas, todavía no lo sabe. De hecho, pensará que yo sigo saliendo con Tyler o lo que quiera que estuviéramos haciendo. Puede que aclarar ese punto sea un buen comienzo. Pero me da miedo. Me da miedo hacerlo real y cagarla. Me da miedo que le dé por decir otra vez que todo era mentira. Aunque, en el fondo, empiezo a ver las cosas un poco más claras. Antes no mentía, mentía ahora. Tal y como dijo mamá. ¿Puede ser? ¿Tiene sentido? ¿Y desde cuándo se siente así? ¿Desde cuándo lo sabe? ¿Por qué no me lo dijo?

Voy a la cocina a rellenarme el vaso de agua bien fría y, también, a alejarme de mis amigas un par de minutos. Necesito respirar. Mierda, eso también me recuerda a Cam. Menuda cagada la mía. Respirar, sonreír, ser valiente. Ahora todas las cosas importantes de la vida me recuerdan a Cameron Parker. Dejo el vaso sobre el fregadero y vuelvo al salón donde las chicas siguen hablando sobre mí. Y no bien precisamente, porque las oigo decir, sin preocuparse en ser discretas, que soy una cobarde por no salir perdiendo el culo ahora mismito hasta la casa de Cam. Puede que tengan razón, ¿no?

Las cuatro nos sobresaltamos cuando oímos el sonido del timbre. Menos mal que he dejado el vaso en la cocina, si no segurísimo que lo acabaría de dejar estrellarse contra el suelo. Soy la única que está de pie y, además, justo frente a la puerta, pero no es mi casa, así que dejo que sea Grace la que se acerque a ver quién viene.

—Ash —dice, sin volverse, cuando tiene la puerta entreabierta y tras intercambiar unas palabras con quien esté al otro lado—. Está aquí el capitán del equipo de fútbol y creo que te está buscando a ti.

—¿Cuál de los dos? —pregunta Emily ansiosamente, agarrada al brazo del sofá, sin preocuparle si el invitado inesperado puede oírla o no.

Grace se aparta a un lado y abre la puerta del todo para permitirnos resolver el misterio.

Cam.

Es Cam.

No está mirando absolutamente a nadie excepto a mí. Sus ojos verdes brillan como nunca cuando se encuentran con los míos. Yo estoy sin palabras y ya eso no me parece ninguna novedad. Tiene el pelo negro revuelto sobre la frente, justo como a mí más me gusta. Viste vaqueros y zapatillas. Y una camiseta azul marino cuyas mangas se ajustan a los músculos de sus brazos. El sostenernos la mirada en silencio no dura más de un par de segundos, aunque para mí se haya congelado el tiempo.

—Cam —murmuro, sin saber qué puedo decir.

Él avanza decidido hasta donde yo estoy. No se detiene hasta que mi agitado pecho roza el suyo y su mano izquierda se posa delicada en mi nuca. Y me besa. Sin decir ni una palabra. Me besa mientras yo me agarro a los costados de su camiseta y le devuelvo el beso, sin contenerme. La cabeza me da vueltas, totalmente sumergida en su olor, en su tacto y en el sabor de sus labios. Ha desaparecido todo. Para mí todo lo demás ha dejado de existir, aunque sepa que las cotillas de mis amigas no están perdiendo detalle.

Tardo en abrir los ojos al perder el contacto de esos labios perfectos. Cuando lo hago, me encuentro el color verde muy cerca de mí. No ha soltado mi nuca y tiene la otra mano en mi cintura.

—Ash —dice en un tono muy suave—, ven conmigo al baile.

Oigo las exclamaciones de sorpresa que sueltan las reinas del drama, pero a Cam parece no afectarle. Da la impresión de que no ve nada que no sean mis ojos en este momento.

—No vayas con Tyler —sigue hablando—. Ven conmigo, por favor.

Ese «por favor» suena bastante más inseguro que el resto de lo que ha dicho. Y me muero por decirle que sí. Claro que sí. Claro que quiero. Pero frunzo un poco el ceño al recordar algo. Me muerdo el labio inferior antes de hablar.

—No puedo, Cam —suelto en un susurro.

Las exageradas de mis amigas vuelven a inhalar aire por la boca ruidosamente y parece que hasta contienen el aliento después. Cam, sin prestarles atención, se aparta de mí. Primero quita su mano de mi cintura, luego desenreda sus dedos de mi pelo y después retrocede un par de pasos. Su cara expresa derrota. La derrota más triste y absoluta. No. Mierda. Se lo está tomando mal. Claro, explícate mejor. Pero él no tiene cara de que me vaya a dejar explicarme.

—Cam, espera.

Pero, para cuando lo llamo, ya se ha dado media vuelta y se aleja a grandes zancadas hacia la puerta. Corro detrás de él.

—No es que no quiera ir contigo —voy diciendo mientras lo persigo en su camino al coche—. No es eso. Espera. Escúchame.

No se detiene.

—Ya has elegido, Ash —dice, sin volverse a mirarme—. Soy idiota. Porque en realidad no tenías nada que elegir. La elección ya estaba hecha desde el principio.

—¡No! —Intento agarrarle el brazo. Él se libra de mí sin demasiado esfuerzo—. ¡Cam! ¡Déjame hablar! Siempre haces lo mismo, vas y te largas sin más —lo acuso.

Se vuelve hacia mí y siento que me convierto en piedra cuando sus ojos buscan los míos. Parece que espera que yo diga algo. Y ya ni me acuerdo de mi argumento.

—No lo entiendo. —Mi cerebro se ha quedado anclado ahí, en la fase de confusión—. ¿Es verdad? ¿Estás enamorado de mí?

La expresión de Cameron se suaviza.

—Joder, Ash —suspira—. Pensaba que era muy obvio. En serio, ¿a qué instituto vas? —medio bromea.

—Pero... ¿desde cuándo...?

No termino la pregunta, pero no hace falta. Cam me dedica una sonrisa triste, sin separar los labios.

—¿Te acuerdas del viernes cuando te recogí en el coche para ir a comprarte ropa para tu cambio de *look*? —me recuerda. Asiento levemente con la cabeza, siento que no puedo moverme más—. Para cuando llegamos al centro comercial, yo ya estaba loco por ti.

Noto perfectamente cómo se me hincha el corazón. Tanto, que creo que me va explotar detrás de las costillas en cualquier momento. Me cuesta respirar, ya no digamos tragar saliva sin morir ahogada. Y el problema es que el tiempo que me lleva procesarlo, es el tiempo que le cuesta a Cam abrir la puerta de su coche.

—Espera —pido, una vez más.

—De verdad, espero que tengas el baile de tus sueños, Ashley Bennet —desea.

—No. No, no, no. Cam, espera.

Me siento completamente inútil sin ser capaz de decir nada más. Él no me hace caso. Se monta al volante de su coche. Se va. Mientras yo sigo suplicando que espere un momento y me escuche, en vez de gritar que yo siento lo mismo. Que estoy loca por él.

—Tampoco entraba en mis planes enamorarme de ti —murmuro cuando su coche ya rueda calle abajo.

Mierda, Ashley. Mierda. Mierda. Mierda.

Mis amigas ya están gritando detrás de mí. Diciendo más o menos lo mismo. Que si sé qué narices estoy haciendo. Que soy una paria del amor. Y cosas peores.

—Tienes que ir detrás de él —me ordena Mia—. No puedes dejar escapar a Cameron Parker dos veces en un día, tía. Grace, déjale tu coche.

Sí. Tengo que ir detrás de él. Saco el móvil y marco su número, pero no da tono. Está apagado, o fuera de cobertura. Apagado.

—Grace, déjame tu coche —pido yo también.

Mia y Emily dan saltitos, las dos emocionadas, al escuchar que por fin me he decidido a mover el culo.

—¡Grace, déjale tu coche! —exige Emily uniéndose a la súplica general.

—¡Vale, vale! ¡Voy a por las llaves!

Me las lanza desde la puerta de su casa y yo las cojo al vuelo, sorprendentemente, y voy hasta el viejo Ford Focus. Las tres me gritan para desearme suerte y animarme a ir a por él mientras ya ruedo por la carretera.

Tengo que quitar el volumen del reproductor de música de Grace porque el sonido me está poniendo nerviosa y no me deja pensar. No sé qué es lo que le voy a decir. Voy ensayando discursos en mi mente, pero en el fondo sé que es mejor no llevar nada preparado porque una vez que lo tenga enfrente se me va a olvidar todo. Supongo que vale con besarlo de nuevo, con todas las ganas que ahora mismo tengo y las que me va a dar tiempo a acumular en el camino, y decirle que siento exactamente lo mismo que él. Eso para empezar. Y luego ya veremos.

Cuando llego a su casa no veo el Honda blanco por ninguna parte. Aparco en la puerta, de cualquier manera, y me bajo de un salto para ir a llamar al timbre. Me abre su madre. Dice que Cameron no está en casa, esta semana se está quedando en casa de su padre. Le pido la dirección. La señora Parker parece ligeramente intrigada ante la ansiedad que debo de estar demostrando por encontrar a su hijo, pero no dice nada. Mucho más discreta que mamá, eso está claro. Vuelvo al coche y conduzco hacia el sur hasta localizar la calle que la buena mujer me ha indicado tan amablemente. Tampoco aquí veo su coche. Aun así, me bajo y llamo al timbre insistentemente. Nadie acude a abrir. Ni la primera, ni la séptima vez que llamo. Al final llego a la conclusión de que, por mucho que llame, seguirá sin haber nadie en casa. Vuelvo al coche y pienso por un momento. ¿Adónde ha podido ir Cam? ¿Dónde iría yo con el corazón recién partido? Pff, yo, a casa, a llorar en mi almohada. Pero él no. No. Necesitará estar solo. Alejarse. Respirar. Mierda, pues claro. Respirar.

Me cuesta casi una hora llegar al lugar en el que espero encontrarlo. Cada vez que tengo que parar en un semáforo en rojo, intento llamar a su móvil. Sigue apagado. Siempre apagado. Hace un rato que no hay semáforos, de todas maneras. Me decepciona enormemente girar la última curva y no encontrar su coche. Aquí tampoco está.

Me bajo del Ford de Grace y me acerco al borde de la montaña. El sol ya está bajo y se me va a hacer de noche en el camino de vuelta. No sé adónde ir ahora. No sé dónde más puedo buscar. Intento pensar como Cam, pero no se me ocurre nada. Vuelvo a intentar llamar. Nada. Entonces llamo a Vanessa. Si hay alguien en el mundo que sepa dónde puede estar el chico de los ojitos verdes, debe de ser ella, ¿no?

—¿Ash? —responde.

Parece muy extrañada de que haya aparecido mi nombre en su pantalla.

—Hola. Oye, ¿no tendrás alguna ligera idea de dónde está Cam? —pregunto y estoy a punto de cruzar los dedos.

Contesta antes de que me dé tiempo.

—¿Qué? ¿Cam? Pues no, Ash. Yo pensaba que estaba contigo —confiesa—. He hablado con él hace como dos horas y me ha dicho que iba a tu casa. ¿No ha ido? ¿No lo has visto? —Parece

un poco preocupada, incluso.

—Lo he visto —confirmo—. Pero la he cagado. Y él se ha ido y tiene el móvil apagado, lo estoy buscando por todas partes y no sé dónde más buscar... —me lamento.

—Vale. Vale, tranquila. ¿Has ido a casa de su padre?

—Sí. He ido a casa de su padre. He ido a su casa, a casa de su padre, a su lugar para respirar...

—¿Su qué? ¿Respirar? —repite ella—. Bueno, da igual. Escucha, Ash, prueba en el campo de fútbol —sugiere.

El campo de fútbol. ¿Por qué no se me habría ocurrido antes?

—Y si no..., no lo sé. En circunstancias normales te diría que probaras con Tyler, pero, tal y como están las cosas, dudo mucho que esté con él... Voy a intentar preguntar a todo el mundo a ver si alguien sabe algo, ¿vale? Avísame si lo encuentras y yo te llamo si me entero de algo, ¿sí? —propone.

—Gracias, Vanessa.

—Ash, una cosa más. —Me retiene al teléfono—. Llegados a este punto, dime, sin darme largas ni negar lo evidente como haces siempre: Cam está locamente enamorado de ti, ¿estás tú enamorada de él?

—Lo estoy.

La oigo soltar un gritito ilusionado y luego una risita.

—¡Pues ve a buscarlo!

Luego cuelga. Antes de volver al coche, llamo a mi madre para decirle más o menos lo que ha pasado, y que no me espere en casa de momento, y que lo tiene que entender porque es prácticamente una emergencia.

Hora y media más tarde aparco el coche de Grace delante de su casa después de rellenarle el depósito. Es lo menos que puedo hacer. Ni Vanessa ni yo hemos tenido suerte en nuestra búsqueda. Ni en el campo de fútbol, ni comiendo McFlurrys en el aparcamiento del centro comercial, ni yendo de nuevo a casa de su padre. Las llamadas de Vanessa tampoco han sacado nada en claro. Nadie parece saber nada de Cam desde que se marchó del instituto.

—Tía, ¿qué ha pasado? —pregunta Grace corriendo descalza desde la puerta principal hasta el borde del jardín.

—No lo he encontrado.

Le cuento todos los sitios a los que he ido y que tiene el móvil apagado. Mi amiga me abraza y me consuela durante un ratito. Justo el que le cuesta llegar a mi madre a recogerme con su coche, en respuesta a mi llamada. Ya es de noche y, en cuanto pongo mi culo en el asiento del coche de mamá, se me empiezan a escapar unas cuantas lágrimas.

—Cariño —suspira mi madre—. No te preocupes, venga. Habla con él mañana en el instituto y ya está —resuelve.

Tan fácil como eso. Debería serlo. ¿Podrá serlo? Tampoco va a tener el teléfono apagado para siempre. Tampoco puede desaparecer sin dejar rastro durante mucho tiempo, ¿no? Mañana

tenemos clase. Y la última hora es biología. Tendré que hacer que se entere de una vez de lo que yo siento, incluso aunque tenga que mandarle más de cien notitas y que me pille el señor Woodward y las lea delante de la clase al completo. Me da lo mismo.

Mi madre también se estaba esperando un final feliz. En cuanto Cam ha pasado por casa y le ha preguntado por mí, ella ya estaba prácticamente planeando la boda. Un poquito exagerada.

Cuando llegamos a nuestra calle veo que Tyler está fumando un cigarro en el porche de la casa de al lado. Vaya descaro. Ya ni se esconde para fumar. ¿No se supone que estaba arreglando las cosas con sus padres? Le pido permiso a mamá para pasar a hablar con él cinco minutos y, aunque no pone muy buena cara, termina cediendo.

—Ey —saludo al llegar a su altura.

—Hola, Ash —responde él. Me enseña el cigarrillo—. ¿Has visto lo que he conseguido? Tengo permiso para un par de cigarrillos al día para que no reviente las paredes de la casa a puñetazos. Buen trato, ¿eh? —bromea. Sonrío un poco, pero no estoy de humor—. He oído las noticias. La gente no habla de otra cosa que no sea Cameron Parker gritándole a la candidata a reina que está enamorado de ella —dice, en tono burlón—. Pensaba que nunca tendría huevos a decirlo.

Lo miro, confundida.

—¿Tú lo sabías?

—Ashley, eres muy inocente. —Niega con la cabeza, como dándome por imposible. Y no es la primera vez que me lo dice—. ¿Por qué creías que Cam y yo ya ni nos hablamos? Se volvió loco cuando te pedí una cita. ¿Te acuerdas del día en que volvimos del lago Tahoe y me echaron de casa y me fui con él a casa de su padre? —Me limito a asentir con la cabeza—. Fue entonces cuando me lo dijo. Me dijo que lo sentía mucho porque era consciente de lo que yo sentía, pero que, no sabía cómo, se estaba enamorando de ti. Nos pasamos hablando de ello toda la noche. De ti. De ti y de él. De ti y de mí. En ese momento pensé que, si no iba a poder ser yo, no habría persona mejor que él para estar contigo. Así que más o menos le dije que no me importaba, si tú también querías estar con él. Pero luego cada vez que te veía lo perdía todo de vista, Ash. Y cuando os vi besaros en tu piscina... En fin, que se cabreó conmigo porque te pedí salir, aunque sabía lo que él sentía por ti, pero yo me cabreé también porque él sabía que yo lo había sentido antes... Ya ves.

—Así que los dos sabíais que el otro sentía algo por mí, pero ninguno de los dos fuisteis capaces de decirme nada. ¿Por qué?

—En el amor y en la guerra todo vale, Ash. Y lo que pasa ahora mismo entre Cam y yo tiene un poco de las dos cosas.

El día del baile. El gran día. Pero para mí la grandeza del día no depende de cómo transcurra la noche. Tengo que hablar con Cam. Y estoy tan nerviosa cuando llego al instituto que Mia apenas

se ha atrevido a hablarme en el trayecto en el autobús. Busco ansiosamente su coche entre los que llenan el aparcamiento, pero no lo veo. Todavía no ha llegado. Para cuando llega la hora de mi primera clase, él aún no está por aquí.

Paso la primera mitad de la mañana sin poder concentrarme. Tampoco esperaba que fuera de otra manera. Y, realmente, no llamo mucho la atención porque la mayoría del instituto tiene la cabeza más en el baile que en las clases, así que no soy la única pensando en las musarañas. No paro de repetir en mi mente el día de ayer. Una y otra vez. No tardaré en desgastar las imágenes porque ya llevaba toda la noche proyectando la misma peli, también. La única conclusión a la que puedo llegar es que sigo siendo la chica más cobarde que haya existido. A pesar de lo que diga mi tatuaje. A pesar de los esfuerzos de Cam por convertirme en una chica mala. A pesar de que me había creído lo de la nueva Ashley. ¿Nueva Ashley? Una mierda. La nueva Ashley no se habría quedado paralizada, en *shock* y prácticamente con la boca abierta cuando el tío por el que está loquita le grita a la cara que se ha enamorado de ella. Debería haberlo besado entonces. Delante de todo el mundo. A estas alturas lo que piensen los demás ya me da un poco igual. Y debería haberme subido a su coche. Irme con él. Para que pudiéramos hablar, para poder decirle la verdad de lo que he sentido todo este tiempo. Porque ahora lo tengo claro. Muy claro. Y me ha costado mucho darme cuenta. Desde ese pensamiento fugaz de lo adecuado que sería que me besara la noche que me hizo escaparme para beber en el parque. Desde que me llevó a «respirar». Desde que me puse celosa cuando lo vi con Jessica Harris en su fiesta de cumpleaños. Estaba claro, ¿no? Estaba más que claro que Cameron Parker empezaba a gustarme. Y mucho. Pero ahí estaba la puñetera Ashley de los cuatro años pasados intentando convencerme de que no podía ser. De que tenía que estar con Tyler. ¿Y Cam? Cam convencido de que no podía ser, porque yo quería estar con Tyler. ¿Cómo podrían haber sido las cosas si alguno de los dos se hubiese atrevido a ser sincero desde el principio? A lo mejor, si él lo hubiera sido, yo habría actuado exactamente como ayer. Como la Ashley pardilla que lo deja marchar dos veces y le dice que no puede ir al baile con él para no dejar a Tyler colgado. ¿Por qué no sabré reaccionar? ¿Por qué no me explicaría mejor?

Al llegar la hora del almuerzo ni paso por mi taquilla, me voy directa a la suya. Allí no está. Vanessa y Jessica están hablando junto a la taquilla de la jefa de animadoras. Me acerco a ellas, ignorando a la rubia.

—Vanessa.

Las dos se vuelven hacia mí. Jessica no me mira con mucho aprecio, pero ya la estaba ignorando así que sigo a lo mío.

—Ash —se sorprende mi amiga al verme allí—. ¿Has hablado con él? —Va directa al grano.

—No. Esperaba que tú me dijeras que sabes algo...

Niega tristemente y me acaricia un brazo.

—No ha aparecido por aquí esta mañana. —Señala lo obvio—. Tiene el teléfono apagado, no contesta a los mensajes. Oye, no te preocupes —dice, al ver mi expresión—. Es un poco

hipersensible. Aparecerá cuando se haya lamido un poquito las heridas.

—Le he mandado un millón de mensajes —me lamento.

Es la verdad. No he dormido apenas esta noche. Intentando llamarlo. Mandando mensajes como «Cam, necesito hablar contigo», «Por favor, llámame», «¿Dónde te has metido?», «Tenemos que hablar». Todos sin respuesta. Todos sin el doble *tick* de mensaje recibido. Sigue con el teléfono apagado. No lo ha encendido desde ayer por la tarde. Y estoy empezando a preocuparme un poco, ya no solo por lo que estará pensando, sino por si estará bien. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Mírala, la mosquita muerta. La que no estaba interesada en Cameron Parker. —Oigo la vocecita irritante de Jessica—. ¿Ya te has aburrido de Tyler y quieres pasar al siguiente nivel?

—Jess... —advierte Vanessa antes de que yo pueda decir nada.

—¿Qué? Es verdad. No sé qué les haces para tenerlos a los dos detrás de ti, la verdad. No pareces la clase de chica que está a su altura. Pero, bueno, algo harás muy bien —insinúa—. A lo mejor no estaba tan desencaminado lo de que Ashley Bennet las chupa a pares.

—¡Jess, ya vale! —exige Vanessa.

Se vuelve hacia ella y la mira con cara de pocos amigos.

La rubia se calla enseguida. Como si la acabara de regañar su madre o algo así. La verdad es que no tengo ni idea de por qué Vanessa es amiga de una tipa como Jessica Harris, pero parece que en esa amistad manda ella.

—Olvídate de mí, Jessica, hazme el favor. No me importa lo que digas ni lo que pienses —aseguro.

En ese justo momento siento vibrar el móvil en mi bolsillo con la llegada de un mensaje y se me desboca el corazón. Podría ser Cam. Esa esperanza solo me dura los tres segundos que tardo en procesar que todos los móviles de la gente a mi alrededor están recibiendo algo también. Así que no me hace falta abrirlo para saber de qué se trata. La novedad del día de la campaña contra mi candidatura a reina. Lo que me faltaba. No se puede decir que esté deseando saber con qué me sorprenderá Blair hoy.

—¡Vaya! Mira qué oportuno. —Jessica sonríe abriendo su mensaje—. Es un audio. Qué interesante. ¿Qué dirá, dirá? —canturrea al tiempo que agita su móvil de última generación frente a mi cara—. ¿Quieres que le dé al *play*, Ash?

Veo a Blair al fondo del pasillo. Cuando ve que la miro, sonríe. Una sonrisa de las que provocan escalofríos. Y sé que no quiero oír ese audio. Pero no me va a quedar más remedio. Jessica ya ha pulsado su pantalla para reproducirlo, con el volumen de su teléfono al máximo, y Blair está avanzando hacia nosotras a paso desesperantemente lento.

—Ahora mismo, aquí, sentadas en tu jardín, el domingo siete de mayo del año dos mil diecisiete a las... cinco y treinta y nueve minutos de la tarde. Dime, Ashley Bennet: ¿estás enamorada de Tyler Sparks?

—No.

—Entonces, ¿ya puedes ver qué es lo que falla cuando estás con Tyler?

—Que no es Cam.

—Ashley...
—Estoy enamorada de Cameron Parker.

Se me viene el mundo encima. Siento como si las paredes del instituto se estuvieran estrechando a mi alrededor. Como si el techo estuviera bajando a toda velocidad y el oxígeno se hubiera consumido todo de golpe. Y no por lo que diga. No porque todo el mundo me oiga decir que estoy enamorada de Cam, que no lo estoy de Tyler. Eso me da igual. Podría subirme a una mesa de la cafetería y gritarlo bien alto. Es lo que siento. Pero ¿cómo ha llegado esa conversación a las manos de Blair Wells? Mia. Es Mia. La voz de Mia. La única que estaba allí. Una conversación privada entre las dos. No había nadie más. Así que nadie más puede haberlo grabado. Nadie más puede habérselo dado a la bruja de Blair. ¿Por qué?

Los murmullos que se extienden a lo largo y ancho del pasillo son ensordecedores. Todo el mundo me está mirando. Hablando sobre mí. Blair se me planta delante, con una sonrisa orgullosa pegada a los labios. No dice nada. Se limita a poner su móvil cerca de mi oreja y pulsar la pantalla para que yo pueda oír algo más.

Mia es una de mis mejores amigas. Pero, vamos, no te preocupes por eso. Los chismorreos de pasillo no son mi principal afición. Y nunca iría por ahí contando algo que ella no quiera que cuente.

Es mi voz. Recuerdo haberle dicho algo como eso a Blair cuando me encerró en un aula para amenazarme y decirme que no volviera a acercarme a Tyler. Parece que a la bruja no solo le gusta la fotografía sino también los micrófonos ocultos. Espero que se dedique al periodismo algún día. Y que se olvide de mí muy pronto.

—Qué pena que tu buena amiga Mia no haga lo mismo por ti —dice Blair cruelmente.

10

Sparks fly

Las paredes del cubículo del baño en el que me he metido están llenas de pintadas. Muy llenas. La inmensa mayoría de ellas son desagradables. No sé por qué las chicas del instituto tienen el convencimiento de que es buena idea usar estos espacios para llamar «putas» a las demás. Y ya he visto mi nombre un par de veces.

Subo los pies a la taza cuando oigo abrirse la puerta principal. Necesito un ratito a solas. Sin que nadie sepa que estoy aquí. Por suerte, parece que no es Vanessa siguiéndome los pasos. Son un par de chicas y, aunque no reconozco sus voces, están hablando sobre mí y el reciente audio enviado.

—A mí no me sorprende. ¿Quién no está enamorada de Cameron Parker, tía? —dice una, entre risas.

—Yo me tiraría a Tyler Sparks primero —opina la otra.

—¡Pero eso ya lo ha hecho!

—Quién lo diría. Si alguien como ella puede hacerlo apuesto a que yo también podría. Y me haría la más popular del instituto a la velocidad de la luz. Siguiendo la estela de Ashley Bennet...

—Yo pienso votarla para reina del baile.

—¿En serio? Yo también voy a hacerlo. ¿Te imaginas qué jugoso que ella sea elegida reina y Cam, rey, después de estos últimos dos días? Sería como si nosotros hiciéramos posible su historia de amor, reuniéndolos con la corona...

Las oigo salir. Menos mal. Tengo que hacer algo para evitar ser elegida reina del baile. Es lo último que quiero ahora. Pero no es el momento de centrarme en eso. Necesito pensar un par de minutos. No en Cam. Ni en Tyler. Esta vez no. Esta vez estoy pensando en Mia, y me devano los sesos buscando una explicación a todo esto. Alguna que implique que una de mis mejores amigas no acaba de traicionarme. Pero es que no la encuentro. Estábamos solas. Me grabó. ¿Para qué? ¿Era su plan desde el principio, sonsacarme algo de información jugosa para pasársela a Blair? Me seco un par de lágrimas antes de que me resbalen por las mejillas. Tiene que ser un error. Debo de estar perdiéndome algún detalle que aclare las cosas. Me acuerdo del otro día, cuando Mia me soltó aquello de ser una diva. ¿Es una especie de venganza? ¿Se ha sentido dejada de

lado y decidió hacérmelo pagar? No lo entiendo. Por muchas vueltas que le dé. Y creo que no voy a entenderlo aquí, sentada en un retrete. Tengo que pedir explicaciones.

La cafetería bulle en actividad, pero en cuanto entro empieza a propagarse el silencio a mi alrededor. Sé que todas las miradas están puestas en mí. Casi me siento como un condenado a muerte cuando avanza hacia su verdugo. Blair ha conseguido lo que quería, al final. Ha conseguido hacerme daño de verdad. Para ser justos no, ella no ha sido; ha sido Mia. Y eso sí que no me lo esperaba. Procuro no mirar a nadie mientras avanzo hacia las puertas de salida al patio exterior, como si no me diera cuenta de la expectación que despierto. Aun así, no puedo evitar que se me escape una mirada de reojo hacia la mesa del equipo de fútbol. Ellos también me miran. Troy. Ryan. Tyler. Y Vanessa está sentada con ellos. Ni rastro de Cameron Parker.

Mis amigas, a las que encuentro hablando atropelladamente, cada una más alto que la otra e interrumpiéndose, también se quedan en silencio cuando me planto frente a ellas. Yo miro solo a una de las tres. Tiene tal cara de culpabilidad, que casi creo que ya no me hacen falta las explicaciones. Lo ha hecho. Y no tiene excusa.

—Ash... —Trata de decir algo, pero apenas soy capaz de oírla por lo bajito que habla.

—¿Qué te he hecho yo, Mia? ¿Qué es todo esto? —pregunto sin poder reprimir la rabia.

Y eso no es bueno, porque a mi rabia siempre la acompañan las lágrimas y no quiero ponerme a llorar delante de todo el mundo. Es lo último que me faltaba.

—No es lo que parece... —intenta justificarse.

—¡Ah, pues menos mal! —la interrumpo a voz en grito—. Porque lo que parece es que me grabaste mientras te confiaba algo muy íntimo y luego se lo has pasado a Blair Wells para que lo difunda por todo el instituto.

—¡No! —exclama, y se pone de pie para dar más veracidad a sus excusas—. Yo no le pasé el archivo a Blair, te lo juro. No lo hice...

—He confiado en ti. He intentado ser una buena amiga y estar ahí para ti cuando me has necesitado. Y si últimamente me he portado como una idiota en alguna ocasión, o he estado demasiado metida en mis cosas, o he sido una maldita diva, pues lo siento. Pero eso no te daba derecho a hacer algo así.

—¡No he sido yo! —insiste ella, gritando.

—¡Pues ¿quién ha sido entonces?! ¡Allí solo estábamos tú y yo! —le aclaro en el mismo tono —. Lo menos que podrías hacer es no mentirme.

Emily y Grace están muy calladas y puedo notar cómo desvían la mirada de Mia a mí y vuelta a empezar, a medida que hablamos, como si estuvieran presenciando un partido de tenis.

—¡No te miento, Ash! —El chillido agudo de mi supuesta amiga casi parece una súplica—. Lo grabé yo... Lo grabé, pero te juro que no le pasé el archivo a Blair. Ni a ella ni a nadie. Tienes que creerme.

—Pues no te creo.

Doy media vuelta para alejarme de ellas. La situación en la cafetería se repite exactamente

igual que un par de minutos antes, todo el mundo se va quedando en silencio a mi paso. Suelto un gruñido, aunque dudo que nadie me haya oído.

—¡Ash!

A la que sí se oye por toda la cafetería es a Emily cuando corre detrás de mí hasta ponerse a mi altura. No le presto demasiada atención; en cambio, dejo que camine en silencio a mi lado hasta la puerta de salida a los pasillos de nuevo. Nos cruzamos con Blair y Jessica, que entran juntas y me sonríen. Parecen muy orgullosas de lo que han conseguido. El problema, más allá de sus triquiñuelas, es que, entre el espectáculo de ayer con Cam y esto, nunca he tenido tantas papeletas para ser coronada reina del puñetero baile. A la gente le pierde un buen drama. Y es lo último que yo querría en el mundo.

—Tía, no puedes creer de verdad que Mia haya hecho algo como eso —empieza a hablar Emily sin dejar de seguirme apresuradamente por el pasillo—. No puede ser. Tiene que haber una explicación perfectamente lógica —razona.

Me alegro de que no haya entrado en modo «yo me muero, Ash». Eso no ayudaría demasiado en una situación como esta.

—¿Te ha dado a ti una explicación? —le consulto.

Freno la marcha y me vuelvo para mirarla.

Ella niega con la cabeza, lentamente. Tiene una expresión muy triste. No sé si lo siente más por mí o por Mia. O quizá a partes iguales.

Sigo mi camino con mi mejor amiga pegada a mis talones. La ignoro. Saco el móvil y trato de llamarlo una vez más. Solo por si acaso obtengo un resultado diferente esta vez. Pero no. Tiene el teléfono apagado.

—Joder, Cam —gruño, frustrada.

Cuelgo la llamada con rabia y me guardo el teléfono en el bolsillo de nuevo. Me estoy pasando de acosadora. Creo que estoy llegando a batir su propio récord en llamadas de acoso cuando la otra persona tiene el móvil apagado, así que decido que esta es la última vez que lo llamo. Si enciende el móvil y no me devuelve la llamada después de todos mis mensajes, tendré que asumir que no quiere hablar conmigo y ya está.

—¿Puedo saber adónde vamos con tanta prisa? —Vuelvo a oír a Emily, justo a mi lado.

—No hace falta que me sigas como un perrito, Em.

—Eh, que yo no soy Mia, así que bájate esos humos. —Se molesta ante mi tono de voz—. Deberías dejarla hablar y que te dé una explicación al menos —insiste con el tema—. Vamos, Ash, somos nosotras. Nosotras cuatro. Las de siempre. Es absurdo pensar que cualquiera de nosotras traicionaría a otra a propósito. Sabes tan bien como yo que tiene que haber una explicación. Habla con ella, por favor. ¿Qué pasa con esta noche? ¿Qué pasa con el baile? Íbamos las cuatro juntas, ¿te acuerdas de eso? Mia no tiene pareja, vamos juntas, como una piña. Como siempre. ¿Y dormir en casa de Grace? Ese es el plan, ¿no? Si ni quieres hablar con ella, ¿qué pretendes que hagamos con el baile?

—¡Me importa una mierda el puñetero baile! —le grito, más alto de lo que debería. Freno en seco mi avance hacia el gimnasio—. ¡Que le den al baile! ¡Que le den a la fiesta de pijamas! ¡Y que le den a Mia!

Nos quedamos en silencio, frente a frente, tras mi arrebato. Emily me clava sus ojos marrones llenos de tristeza. Asiente un par de veces.

—Que te den a ti, Ash. —Me sorprende hablando en voz baja—. Retiro aquello que te dije de que en realidad no habías cambiado nada. ¿Sabes?, la Ashley de antes no dictaría sentencia contra una de sus mejores amigas sin haber escuchado antes su versión de los hechos..., quizá ni aun así. Pero, eh, tú misma lo decías: la nueva Ashley es implacable con sus enemigos. Y ten cuidado, porque ese bando está creciendo muy rápido, por lo que parece.

Se da la vuelta y se aleja deshaciendo el camino que había recorrido detrás de mí. Estoy muy enfadada. Indignada por lo que acaba de decirme y aún más porque ella se haya puesto de parte de Mia sin pensárselo dos veces. ¿De qué van? Es que no hay explicación. No la hay. No la puede haber. Mia acaba de reconocer que me grabó. Y, aun así, parece que soy yo la mala de la película.

Aparco la rabia a un lado para entrar en el gimnasio. Ahí están las personas que busco. El comité de preparación del baile. Me acerco directamente a aquellas con las que quiero hablar. Las encargadas del recuento de votos a rey y reina.

—Quiero retirar mi candidatura —pido, sin ni siquiera saludar primero.

Las gemelas Martin son las encargadas de todos los asuntos de la realeza del instituto y se vuelven hacia mí a la vez, con la misma expresión sorprendida en el rostro. Creo que no seré nunca capaz de diferenciarlas.

—¿Perdona? —pregunta una de ellas. A saber cuál—. Es imposible retirar la candidatura. Y menos ahora. El baile es esta noche, Ashley. Aunque intentáramos avisar a la gente de que no puede votar por ti, seguirían haciéndolo. ¿Y por qué? Parece que te estás ganando muchos votos últimamente sin que tengas que mover un dedo —se burla—. Aunque la mayoría pensamos que es una estrategia.

Paso de sus comentarios.

—No quiero que la gente me vote —insisto—. Si lo hacen, podéis pasarle mis votos a Vanessa Miller —propongo.

—No. Eso no se puede hacer —asegura la otra gemela.

Buen momento para ponerse estricta con la normativa. Menudo fastidio.

—Muy bien. Pues que mis votos no cuenten. Tomáoslos como votos en blanco... Podréis hacer eso, ¿no?

—Bueno, técnicamente... —empieza una de nuevo.

—Hacedlo —ordeno, muy seria—. No quiero que se tenga en cuenta ni uno solo de los votos que lleven mi nombre. En caso de que saliera elegida no pienso subir a recoger la corona. Así

que vosotras veréis si queréis que la coronación salga perfecta o que sea un escándalo. —Me encojo de hombros—. Gracias, chicas.

Me voy. De vuelta con mis pensamientos. De vuelta a encerrarme en el baño hasta que el timbre me permita volver a clase. No quiero ver a nadie en lo que queda de mañana. Ni siquiera a mis amigas.

La clase de biología es la peor parte. No paro de mirar el sitio vacío de Cam y, cada vez que lo hago, se me encoge el estómago. ¿Dónde narices se habrá metido? Es que nadie sabe nada de él. Ni siquiera Ryan. Ni Troy. Nadie lo ha visto o ha sabido de él desde ayer por la tarde. Eso no es lo único que me preocupa, claro. No paro de pensar en el asunto de Mia. En ella con Blair Wells en la cocina de Cam durante la fiesta. Y el otro día, en la taquilla de Blair. Blair diciendo que quería tener a Mia disponible y vulnerable. Desde luego que debe de estarlo. No me puedo creer que se siga relacionando con esa bruja, después de todo. Y, cuanto más lo intento, menos lo entiendo.

En cuanto acaban las clases voy directa a mi taquilla y procuro darme mucha prisa en recoger todas mis cosas para poder salir del instituto cuanto antes, sin tener que encontrarme con mis amigas que, por lo que puedo imaginar, deben de estar ahora mismo en mi contra. Las tres. Después de la pequeña bronca de Emily ya me puedo hacer una idea de qué lado están. Mi único problema es cómo voy a irme a casa sin tener que vérmelas con Mia. Porque de verdad no me apetece hablar con ella. Aunque me muera por entender lo que ha pasado. No quiero verme atrapada con ella en ese autobús. Me cuelgo la mochila al hombro y cierro la taquilla. Entonces las veo venir. A las tres juntas. Vaya, que han salido de clase y se han reunido antes de venir a la zona de nuestras taquillas. Han hecho piña. Sin mí. ¿Contra mí? Me siento atacada y ni siquiera sé por qué. Me doy la vuelta rápidamente antes de que les dé tiempo a llegar a mi altura y casi atropello a alguien en mi brusca retirada. Es Tyler.

—Ey —me dice. Sujeta mi codo para ayudarme a mantener el equilibrio—. ¿Qué pasa?

Lo miro a la cara como si acabara de encontrar una madera a la que agarrarme en medio del océano.

—¿Has venido en moto? —consulto. Él asiente—. ¿Puedes acercarme a casa?

—Claro que sí —concede al instante. Me pasa el brazo por la espalda para guiarme hacia la salida del edificio—. Vamos.

A nuestro alrededor todo son murmullos y miraditas poco discretas. Ya me imagino lo que dicen. Pero a Tyler no parece importarle para nada que la gente hable o deje de hablar. En un par de minutos ya está tendiéndome el casco extra para que suba a la moto con él.

—¿Siempre llevas el casco de ligar por lo que pueda suceder? —me burlo al verlo.

Me dedica una sonrisa que no parece demasiado sincera.

—¿El casco de ligar? No creo que me vaya a servir de mucho contigo ya, ¿no?

Bajo la mirada al oír cómo lo dice.

—Siento lo del audio —me apresuro a decir, aunque no sea culpa mía para nada—. Ni

siquiera sabía que Mia estaba grabando y...

—No te disculpes, Ash —me frena—. Me alegro de que habláramos de todo esto antes de escucharlo, eso sí. Podría haberme roto el corazoncito. —Parece que quiere bromear, pero no suena del todo a broma—. Los dos sabíamos ya lo que hay. Lo entiendo. Venga, sube y vamos a largarnos de aquí.

Me pongo el casco y obedezco, sin decir nada más. Me agarro a la cintura de Tyler y pienso en ese tiempo en que hubiera dado todo lo que tenía por solo poder estar en la parte trasera de su moto, justo como ahora. Las cosas han cambiado mucho, pero soy consciente de que, a pesar de todo, Tyler Sparks siempre va a ser muy muy especial para mí.

Una vez en casa, mi madre ha empezado a ponerme histérica desde el primer minuto. Me esperaba ansiosa, pensando que a estas alturas ya habría hablado con Cam, claro. Parece que se ha llevado una decepción incluso mayor que la mía al descubrir que el señorito Parker no se ha dignado a aparecer hoy por el instituto. Creo que ella también se ha enamorado de Cam. Me da la impresión de que le encantaría estar en una de esas películas en las que madre e hija se intercambian los cuerpos. Y seguro que ella habría sabido hacer las cosas mejor que yo... por lo menos en lo referente a Tyler y Cameron. Tras su decepción inicial, ha debido de pensar que lo mejor para animarme es recordarme a cada instante lo poco que queda para el baile y todas las cosas que tengo que preparar. Ha vuelto unos veinticinco años atrás y está de nuevo en el día de su propio baile de instituto, a juzgar por su actitud. Viviendo a través de su hija, una vez más. Seguro que para eso quería ser madre. Para poder volver a tener diecisiete otra vez y enamorarse del receptor del equipo de fútbol, con la excusa de que le gusta para su hija. Ja. Acepta tu edad, mamá, tu adolescencia ya pasó.

Estoy en el baño, con una toalla enrollada alrededor de mi cuerpo y terminando de pintarme las uñas tras mi ducha antes de ir a la peluquería, cuando oigo sonar mi teléfono. Está en mi habitación y yo no tengo las uñas lo suficientemente secas como para moverme como una persona normal. Qué vulnerabilidad la que siente una chica con las uñas recién pintadas, ¿no? Pienso que podría ser Cam y salgo como una bala hasta mi cuarto. No es él. Pero leer el nombre en mi pantalla me sorprende y me intriga profundamente.

—¿Sí? —respondo rápido para que no se canse de esperar y cuelgue la llamada.

—Hola, Ashley —saluda Gina desde el otro lado—. ¿Te pillo en mal momento? ¿Tienes un segundo para hablar?

—Eh..., sí, claro. Dime, ¿qué pasa?

Ella duda por unos segundos.

—Sé que ahora mismo no debo de caeros demasiado bien, y lo entiendo —dice, antes de nada —. Me he portado fatal. La verdad, lo último que quería en el mundo era hacerle daño a Mia, pero creo que me he lucido, ¿no? —Suspira, tristemente—. He intentado hablar con ella y, al parecer, ella no quiere hablar conmigo. He pensado que tú eres la que mejor podría entender mi

situación y..., a lo mejor, podías hablar con ella. Ayudarme a demostrarle que estoy con ella al cien por cien. De verdad que lo estoy.

Me da la impresión de que hay lágrimas a ese lado de la línea telefónica. ¿Quiere que yo la ayude? No debe de saber cómo están las cosas entre Mia y yo ahora.

—¿Crees que yo comprendo tu situación? Porque, la verdad, no me queda muy claro ni qué situación es.

—He pensado que tú... has pasado más o menos por lo mismo, ¿no? Bueno, por lo que he oído te has pillado por Cam, pero, aun así, has tenido tus dudas con respecto a Tyler. Y a mí me ha pasado algo así. Estoy loca por Mia, Ash —confiesa—. Me gusta muchísimo. Volvió mi ex y de repente... me confundió, porque había sentido mucho por ella y... He necesitado unos días para darme cuenta de que esos sentimientos forman parte del pasado. Ya no quiero estar con ella. He conocido a otra persona. Y sé que es con quien quiero estar. Quiero estar con Mia y he sido tremendamente estúpida por dudarlo un solo segundo.

Vaya, parece que no soy la única que no tiene ni idea de cómo hacer las cosas bien en esta maldita locura del amor. La comparación de la situación de Gina con la mía me da qué pensar. Visto desde fuera, ¿merece Gina que Mia le dé otra oportunidad? ¿Podrá estar segura de que algo así no va a volver a pasar? Y lo mismo podría aplicarse en el caso de Cam, ¿no? ¿Merezco yo que Cameron Parker me dé una oportunidad?

La conversación con Gina se alarga más de lo que debería si quiero que me dé tiempo a hacer todas las cosas que se me están acumulando en la agenda. Y son más cuanto más pienso. Al colgar, veo que Grace me ha mandado un mensaje de texto. Dice que prepare una bolsa con mis cosas para pasar la noche en su casa porque, quiera o no, está de camino a mi casa para recogerla y esta noche me voy a quedar con ellas y vamos a solucionar las cosas, haya dicho lo que haya dicho yo, o Emily, o incluso Mia. Grace no se anda con tonterías. Y sé que es mejor que lo haga. No puedo vivir sin mis amigas ni un maldito segundo más. Sea lo que sea lo que haya pasado esta mañana entre nosotras.

No puedo estar más agobiada ni ir más justa de tiempo cuando me monto en el Audi de mi padre para hacer algo que tengo que hacer antes de mi sesión de peluquería. Mi madre ha decidido que, si me atrevo a coger el coche de papá, nos apañaremos mejor cada una con un coche, así que se puede decir que el Audi es mío hasta que papá vuelva a casa. Bien por mí. Un coche grande para una chica valiente. Y eso es lo único que quiero quedarme de la nueva Ashley: el no tener miedo. Creo que eso me ayudará con todo lo demás.

Conduzco hasta casa de Mia. Es su madre la que me abre la puerta y me deja pasar. Cuando me asomo a su cuarto tras llamar con los nudillos, mi amiga está en la cama hecha un ovillo y con el pijama puesto. No parece que tenga mucha prisa para prepararse para el baile. Se sienta como impulsada por un resorte en cuanto ve que soy yo.

—Ash...

—¿Podemos hablar?

Asiente con la cabeza al instante, y yo cierro la puerta del cuarto tras de mí y me acerco para sentarme a los pies de su cama.

—Estoy dispuesta a escucharte —concedo—. Esta mañana se me ha ido de las manos. Y, aunque eso no significa que no esté enfadada, quiero convencerme de que tienes una buena explicación.

—No sé si es muy buena, pero tengo una explicación —confirma mi amiga—. En primer lugar, por qué te grabé —empieza en orden—: pensé que, aunque consiguiera hacerte ver lo que te estaba pasando con Cam y con Tyler, intentarías volver a convencerte de que los cuatro años pasados no podían haber sido para nada, así que se me ocurrió que si tenía una confesión en audio podría hacértela escuchar la próxima vez que dijeras que no estabas segura de lo que sentías. Fue una tontería, fue muy estúpido por mi parte, y no tenía derecho a grabarte sin que tú lo supieras. Pero te juro, Ash, te juro que nadie tenía que oír nunca ese audio aparte de ti y de mí. Nadie más en el mundo. Yo no quería que esto pasara.

Asiento mientras trato de procesar sus palabras. Vale, supongamos que me creo eso. Sigue sin explicar por qué al final nuestra conversación privada acabó en manos de Blair Wells.

—¿Cómo es posible que la tenga Blair, entonces? —Decido ir al grano.

—Debió de coger mi teléfono y buscar cualquier cosa que pudiera servirle contra ti. Lo siento, de verdad, he sido muy estúpida...

Eso suena mucho a Blair Wells, es verdad. Pero hay algunas partes de la historia que siguen sin encajar. No encajan para nada.

—¿Y cuándo ha tenido la bruja acceso a tu teléfono? ¿Y durante el tiempo suficiente para poder rebuscar, encontrar y robar algo como eso? —interrogo.

Mia me mira con cara de culpable. Se muerde el labio y baja la mirada, escondiendo sus ojos azules, antes de contestar:

—Tuvo que hacerlo el miércoles mientras yo estaba en la ducha.

Frunzo el ceño mientras trato de pensar rápido. Miércoles. Ducha. ¿De qué narices habla?

—¿Qué dices? ¿Qué pasó el miércoles? —pido que se explique mejor.

—El miércoles pasé la tarde en casa de Blair —confiesa—. Y parte de la noche. Sus padres no estaban. Yo no estaba bien y me la encontré en la tienda y... acabé en la cama con ella.

Pero ¿qué demonios...?

Para cuando salgo de casa de mi amiga rumbo a la peluquería, no tengo muy claro cómo están las cosas entre Mia y yo. En el fondo la culpa es suya. Pero nunca fue esa su intención. Así que sigo enfadada, aunque pienso que, tal vez, no debería estarlo. A pesar de todo, me veo en la obligación de hacer algo. Así que llamo a Emily. Disculparme con mi mejor amiga está casi hasta fuera de lugar en una relación como la que tenemos. Las cosas quedan perdonadas en el instante en el que una de las dos da un paso de acercamiento a la otra, así que me ahorro un discurso. No tengo mucho tiempo. Es mejor ir al grano.

«Tyler está aquí.» Me resuena en la cabeza el grito de mi madre mientras termino de prepararme apresuradamente. Menos mal que no se le ha ocurrido llamarle «el porrero» a la cara, o montarle una escenita, o volverse loca una vez más y decir que no me voy con ese tipo a ninguna parte. Al menos las cosas entre mamá y yo están volviendo a su cauce. Claro. Ahora que sabe que Tyler no es con quien yo quiero estar.

Bajo la escalera y, con cada peldaño que avanzo, me viene a la mente cada una de las veces que he deseado esto. Que he soñado con que ocurriera exactamente así. Tyler Sparks está en el umbral de mi puerta. Con traje negro y pajarita. Bien peinado. Muy elegante. Y me está esperando a mí. Está espectacularmente guapo. Muy en su línea. Le devuelvo la sonrisa cuando él me dedica una. Mi madre ya está parloteando emocionada sobre lo guapa que estoy y tiene la cámara de fotos en una mano y su móvil en la otra, sin parar de disparar el *flash* para hacerme un reportaje que poder compartir con mi padre.

—Estás preciosa, Ash —dice Tyler cuando llego a su altura.

Me parece que hay una nota triste en su voz, pero puede que ese sea su tono habitual en los nuevos tiempos. Dejo que me bese el dorso de la mano, como un caballero, y le digo que él también está muy guapo. Y no miento. Ha traído mi ramillete y me lo pone delicadamente en la muñeca. Es muy bonito. Empieza bien. Como el baile de mis sueños, sin ninguna duda. Mi sueño no incluía una madre pesada insistiendo en que posemos para las fotos, pero es algo con lo que debemos lidiar. Y cuando salimos por fin al jardín y veo la limusina blanca aparcada delante de mi casa, hasta me protesta un poquito el corazón. Solo por un par de segundos. Tantos años soñando con justo esto, exactamente como está sucediendo. Y ahora voy y no soy capaz de disfrutarlo como debería. Porque no paro de pensar que ojalá no fuera Tyler el que acaba de adelantarse para abrirme la puerta del vehículo. Sé que mi sueño estaba muy bien, sigo queriendo que sea como tantas veces lo he imaginado..., solo me equivoqué de chico.

Dentro de la limusina ya están los amigos de mi acompañante. Vanessa está preciosa y casi me siento cohibida cuando me lanza un piropo, porque es obvio que ella sabe, igual que todo el mundo, que a su lado ya ha pasado mi momento de gloria. No puede haber nadie esta noche que esté más guapa que ella. Troy también lleva pajarita y están cogidos de la mano y bebiendo algo en copas de cristal. Parece champán. Si no fuera porque sé que son menores... Ryan está aquí también. Con una corbata muy llamativa. No puedo creerme que mi sueño de la noche de baile se haya visto superado de repente. La realidad es mejor que la ficción en muchos sentidos, ¿no? Una chica como yo compartiendo limusina con los más populares del instituto. Lo único que falta... Vanessa me interroga con la mirada y yo niego casi imperceptiblemente con la cabeza, para que los demás no se den cuenta. No, no he sabido nada de él. Mi amiga no dice nada, pero baja la mirada, triste. Supongo que está preocupada por Cam. Yo también lo estoy.

En el trayecto hacia el instituto me bebo una copita de champán, porque sí, es eso lo que llevan en la limusina. Alucinante. Tyler lo rechaza. Me sorprende muchísimo y me hace sentir

bastante orgullosa de él. Parece que se está tomando en serio lo de su cambio de vida. El grupito de gente popular me hace sentir muy acogida durante el viaje, y me siento incluso un poco maleducada cuando me veo obligada a prestar atención a mi teléfono móvil para mandar y recibir mensajes y gestionar con Emily la sincronización de nuestros horarios de llegada al evento. Mi último mensaje es para Gina, en el momento en que paramos delante de la puerta.

Hay muchísima gente en la entrada del instituto. Todos muy elegantes. Y muy emocionados. Echo de menos ver a Cameron entre tantas caras conocidas. Pero ya sé que no va a estar aquí. Así que no me molesto en buscarlo. Localizo a mis amigas enseguida. Acaban de llegar, por lo que me ha dicho Emily. Scott y Joe están hablando entre ellos, y Grace y Emily también parlotean, pero Mia parece muy callada. Le pido a Tyler un minuto antes de entrar y camino hacia ellas.

—Hola, chicas —las saludo al llegar a su altura.

Emily y Grace empiezan enseguida a alabar mi vestido. Yo cojo a Mia de la mano.

—¿Puedes venir un momento? —le pido.

—Claro —concede ella al instante.

Me sigue dócilmente y yo la guío hasta el lugar donde he quedado con Gina. Puede que necesite algo más de tiempo para volver a estar con Mia igual que lo estaba antes. Tal vez la noche en casa de Grace nos venga bien, o quizá podamos quedar y hablar de todo lo que ha pasado en algún momento de este fin de semana. Ahora es el momento del baile. Y ella se merece tener su baile soñado. Igual que yo... supongo. Mia frena en seco su avance en cuanto ve a la chica.

—Creo que alguien necesita hablar contigo —digo. Sujeto sus manos entre las mías y la miro de frente—. Todas hemos estado confusas, todas hemos tenido nuestras dudas, y todas nos hemos dado cuenta alguna vez de lo imbéciles que hemos sido. Habla con ella, ¿vale? Déjala explicarse. Todo el mundo se merece una segunda oportunidad, ¿no? —Mi amiga no dice nada, pero parece que está dispuesta a escuchar—. Te esperamos dentro.

Le hago una seña a Gina a modo de despedida y ella me la devuelve antes de que me vaya para dejarlas a solas. Misión cumplida. Ahora es cosa suya.

Mi grupito de amigos y el grupo de los populares están juntos y bromeando entre ellos cuando vuelvo a la puerta. Listos para entrar. Lo hacemos juntos. Y yo voy del brazo de Tyler Sparks. Si llegan a haberle contado esto a mi yo de los quince años, se habría muerto. Pero se habría muerto del todo.

—¿También sabes bailar? —bromeo con mi pareja de esta noche mientras me arrastra hacia la pista de baile un rato después—. ¡Cuántas virtudes juntas en un solo individuo!

—No las suficientes, pero lo intento —responde él y me pone una mano en la espalda para acercarme a su cuerpo—. Estás muy guapa esta noche, Ash. Te lo digo como amigo —me pica cuando alzo la vista a sus ojos advirtiéndole con la mirada—. Sabes que soy un hombre nuevo. Aunque si quieres echar un polvo esta noche puedo volver a ser el viejo Tyler por un rato.

Le golpeo el pecho suavemente con la palma de la mano abierta y se ríe. No puedo quejarme de cómo está yendo la noche. Lo estoy pasando bien. Tyler está siendo una compañía casi inmejorable. Gina y Mia acaban de entrar juntas y parece que están en proceso de arreglar las cosas. Ahora puedo relajarme. Intentar apartar de mi mente por un par de horas que mi teléfono no ha recibido llamadas ni mensajes. No de quien yo espero. No hay nada que pueda hacer ahora mismo. Necesito pasarlo bien en mi baile de fin de curso.

Llevo tal vez cerca de una hora bailando con Tyler cuando nos apartamos hacia las mesas. La velada parece estar siendo todo un éxito. A nuestro alrededor solo se ven caras felices y bailes frenéticos. La decoración está perfecta y la banda que han contratado para tocar es muy buena. Ahora están haciendo un descanso, así que, mientras se toman su tiempo para volver al escenario, un disc-jockey está pinchando música desde una cabina al fondo de la enorme sala. Tyler y yo estamos hablando precisamente del grupo de música cuando Emily se nos planta delante interrumpiendo nuestra conversación.

—Tía, cambio de planes —dice, sin llegar a saludar. Está sola, me pregunto dónde se habrá metido Scott, aunque dudo que esté muy lejos—. Lo de esta noche en casa de Grace se cancela.

—¿Cómo que se cancela?

—Mia y Gina se están besuqueando en una esquina. Acabo de verlas. ¿Es extraño que me dé un poco de morbo ver a dos tías dándose el lote? —medio bromea.

—Yo diría que no —se pronuncia Tyler con una sonrisa pervertida, y yo le pego en el estómago para que se calle.

—En cualquier caso, esas dos quieren pasar la noche juntas —continúa mi amiga—. Y Grace y Joe..., bueno, que Grace tiene la casa vacía y me parece que quiere aprovecharla. Yo creo que voy a dormir en casa de Scott. Así que...

—Así que me abandonáis por un polvo de graduación —protesto.

La verdad es que tampoco me importa tanto. Irme a casa y meterme en mi cama y pasarme toda la noche intentando llamar a Cameron Parker, eso es lo único que me apetece hacer. Y ellas tienen derecho a su noche de baile. Me encojo de hombros cuando Emily se disculpa con la mirada, pero no con palabras.

—Yo si es por hacerte un favor y que no seas la única que se queda sin polvo de graduación podría... ya sabes —interviene Tyler.

Pongo los ojos en blanco y él me sonríe pícaramente.

—Una noche es una noche, muñeca —me provoca acercando la boca a mi oído.

Lo aparto con una risita.

—Yo ni me lo pensaría, Ash —apoya Emily.

Los dos se miran e intercambian una sonrisita. Yo niego con la cabeza. Menudo par. Empujo a Emily ligeramente para alejarla de nosotros.

—Anda, abandona amigas, vete a buscar a tu novio de una vez.

Mi amiga se resiste porque, justo en ese instante, Grace se acerca hasta donde estamos,

evidentemente agitada. Parece que ha cruzado toda la pista de baile corriendo y empujando a la gente a su paso para poder llegar hasta nosotras.

—¡Ash! —Se dirige exclusivamente a mí. Agarra mis brazos y recupera el aliento antes de mirarme a los ojos y volver a hablar—: Cam está aquí.

¿Qué? ¿Qué? O sea, ¿qué? Mi corazón ha empezado una carrera de velocidad, esprintando desde el primer segundo. Siento cómo la sangre se me agolpa en las mejillas, en la cabeza, me zumba en los oídos mientras circula a la máxima velocidad. Y, en cambio, las extremidades se me están quedando frías. Puede que las piernas dejen de funcionarme en cualquier momento y me caiga al suelo, haciendo el ridículo más espantoso. No es precisamente el ridículo lo que más me preocupa en este momento. Tengo que ser capaz de volver a respirar y todo irá bien. ¿Puede ser? ¿Es verdad que Cam está aquí? ¿Aquí? ¿En el baile? ¿Perdido entre toda esta multitud? Pero ¿dónde? Si está aquí tengo que encontrarlo. Y, entonces, ¿qué le digo? Mierda. ¿Dónde está la Ashley valiente cuando se la necesita? Ahí, acurrucada y acojonada en un rinconcito de mi mente.

—¿Qué? —pronuncio por fin en voz alta—. ¿Estás segura?

—¿Segura? ¡Claro que estoy segura! Tengo dos ojos en la cara y sé reconocer a Cameron Parker cuando lo veo pasar a medio metro de mí.

—¡Tía, reacciona! —exclama Emily al tiempo que me zarandea ligeramente—. Vamos a buscarlo. ¡Vamos! Yo me muero...

Hago oídos sordos al parloteo de mis amigas metiéndome prisa. Me vuelvo para mirar a Tyler a la cara. Él me dedica media sonrisa y se encoge de hombros. Como resignado. Como si me diera permiso para ir a buscar al chico de los ojitos verdes. Y, jo, solo pensar en esos ojitos verdes ya se me estruja el corazón. Ya me hace echarlos de menos como si llevara años sin verlos. Tengo que encontrar a Cam. ¿Qué hará aquí? Creía que no tenía ninguna intención de ir al «puñetero» baile. Al menos hasta que me pidió a mí que fuera con él.

La canción que estaba sonando acaba, pero no suena otra de inmediato. En cambio, la voz del disc-jockey resuena por toda la sala diciendo que la siguiente canción es una petición de alguien en particular.

—Esta va para una chica muy especial —dice, a través de los altavoces—. Para que pueda cantarla al oído del chico de sus sueños.

La primera nota ya me hace estremecer. Es él. Es verdad. Está aquí. Y ahora mismo está sonando *Sparks fly* a todo volumen en el puñetero baile de graduación. Se me va a salir el corazón por la boca. Es Tyler el que me devuelve a la realidad cuando coge mi mano y me mira directamente a los ojos. Días y días, semanas y meses, años de escuchar esta misma canción en el autobús escolar y en otros muchísimos contextos y pensar en el chico que tengo enfrente ahora mismo.

—Esa eres tú —avisa con voz suave—. Y ese no soy yo, Ash.

Asiento lentamente. Tiene razón. No es él. Ya no lo es. No es Tyler Sparks el chico de mis

sueños. No es él a quien quiero cantarle esa canción al oído. Ya no lo es. Quizá nunca lo fue. Me pongo de puntillas sobre mis tacones para depositar un beso delicado en su mejilla y aprieto su mano antes de soltarlo y alejarme de allí. Tengo que encontrarlo. Esta vez no voy a dejar que se me escape entre los dedos. Esta vez no tengo tiempo que perder.

Avanzo entre la gente dejando atrás a mis amigas. Tengo que hacerlo sola. La canción no para de sonar, acortando el tiempo que me queda para dar con él. Si es que sigue aquí. Si es que no ha aparecido como un fantasma para pedir que pongan mi canción y luego volver a desaparecer sin más. Mientras me abro paso entre la gente, oigo sus murmullos a mi alrededor. Así que parece que ellos también lo han visto. Parece que saben que Cameron Parker está por aquí. Parece que saben que estoy viviendo uno de los malditos momentos más trascendentes de lo que llevo de vida. Pero Cam no está por ninguna parte. Y ya ha pasado el primer estribillo. La música no se detiene. Ni siquiera sé qué rumbo seguir, lo único que sé es que ha estado hablando con el DJ así que es ahí hacia donde debería ir primero, ¿no? Puede que no haya ido muy lejos. Mitad de la segunda estrofa. Y, de repente, freno en seco cuando lo veo. Contemplo su perfil un par de segundos y luego vuelve la cara hacia la mesa ante la que está. De pie, solo, con un traje negro. Con el pelo revuelto. Como siempre. Me obligo a ponerme en marcha con el corazón desbocado. Es obvio que él no me ha visto. No parece que tenga ninguna intención de buscarme. Me extraña que no se haya marchado enseguida. Me asombra que no esté con nadie. O que nadie esté intentando hablar con él. Aunque puedo apreciar muchas miradas curiosas a su alrededor, prácticamente tantas como las que hay sobre mí. Y dentro de poco tendremos que sumarlas porque, en cuanto llegue a su altura, la atención se volverá sobre los dos.

Me acerco a su espalda. Nerviosa. Pero decidida. No puedo esperar más. Necesito estar más cerca. Necesito tocarlo. Gracias a los tacones, ha disminuido nuestra diferencia de altura, pero, aun así, tengo que estirarme para acercar mi boca a su oído izquierdo mientras rodeo su torso con mis brazos desde atrás y pego mi cuerpo a su espalda. Huele tan bien que casi se me olvida lo que venía a hacer aquí. Yo venía a cantarle una canción al oído al chico de mis sueños.

Siento sus brazos sobre los míos y sus dedos entrelazándose con mis dedos, ejerciendo la presión justa para que me vea obligada a pegarme más a él mientras canto, con los labios rozando su oreja. Entono el estribillo con todo mi sentimiento y es la primera vez que todo encaja a la perfección, porque sus ojos verdes son los ojitos verdes a los que me refiero, con las palabras de Taylor Swift hechas mías. Verdaderamente mías esta vez. Me deja terminar el estribillo antes de volverse hacia mí. Casi ni oigo el puente mientras sus ojos se clavan en los míos. Tengo que hacer un esfuerzo titánico para poder tragar saliva. Los segundos se me hacen eternos mientras nos perdemos en los ojos del otro. No quiero que diga nada, y sé que está a punto de hacerlo. No quiero que diga nada. Solo quiero que me bese. Necesito que me bese. Y a lo mejor él está pensando exactamente lo mismo que yo. Así que ya es hora de dejar de esperar a que todo pase, a que sean otros los que se atrevan. Ya es hora de ser valiente, Ashley.

Está a punto de hablar cuando estiro el cuello para fundir mis labios con los suyos. Mis manos

trepan por el borde de su chaqueta hasta su cuello. Él responde estrechándome por la cintura. Entreabriendo los labios. Besándome con las mismas ganas que yo siento. Oigo a la gente vitorear y aplaudir a nuestro alrededor. Algunos se burlan, otros se emocionan. Quizá incluso alguien esté haciendo fotos. Pero es que me da igual. Para mí estamos solos. No hay nadie más. Nada más. Quiero besar a Cameron Parker todo el resto de la canción. Y la siguiente. Y todo el resto de las canciones de todo el resto de la noche. No sé por qué he perdido tanto tiempo. ¿Por qué narices no llevo besándolo desde el primer día que me monté en su coche?

Él es el primero en apartarse y yo abro los ojos lentamente para enfrentarme a ese color verde cuando siento sus dedos acariciando la piel de mi mejilla y el borde de mi labio inferior. Aún tarda unos segundos en hablar, con sus pupilas clavadas en lo más profundo de las mías.

—Ash —murmura, y es casi como si me acariciara el corazón con el sonido de su voz—, ¿qué significa esto?

Curvo mis labios muy levemente y estudio sus facciones. Es perfecto, es increíblemente guapo, casi me deja sin habla volver a mirarlo de tan cerca. Pobre niña fascinada. Por suerte, encuentro mi voz para poder decirle, por fin, la verdad:

—Tampoco entraba en mis putos planes enamorarme de ti.

11

Fearless

—¿Estás de coña?

Eso es lo primero que me pregunta el chico del que estoy enamorada inmediatamente después de mi confesión. Que si estoy de coña. ¿De verdad? Pero no se puede decir que yo reaccionara mucho mejor cuando fue él el que me lo dijo a mí, así que supongo que me lo tengo merecido.

—No. No estoy de coña —aclaro, repitiendo sus palabras—. Claro que no estoy de coña. Hablo muy en serio. Y sé que ayer flipé y que no supe reaccionar y que...

No me deja acabar. Creo que ni me estaba escuchando siquiera. Se lanza contra mis labios y vuelve a besarme. Mucho más brusco esta vez. La impulsividad de su acto y la rudeza con la que su lengua explora mi boca hacen que mi cuerpo reaccione violentamente. Mi excitación se dispara hasta más allá del cien en cuestión de décimas de segundo. Enredo mis manos en su pelo para retenerlo y cuando se aparta casi hasta protesto en voz alta.

—Ashley... —dice, y me mira bien por unos segundos—. Tú... estás preciosa. Estás espectacular.

—Cállate.

Tiro de su corbata para unir nuestros labios una vez más. Ya vale de perder el tiempo. Creo que no le ha importado demasiado que lo interrumpa. Al menos no protesta. Pone una mano en mi cintura y la otra en la parte baja de mi espalda y se dedica a besarme durante un rato, ignorando a todas esas personitas que se amontonan a nuestro alrededor.

Volvemos a separarnos, con desgana, cuando una vocecita interrumpe la música para avisar de que en diez minutos se anunciarán los nombres del rey y la reina del baile de este año. Cam alza las cejas cuando lo miro. Tiene una expresión casi divertida y sé que está pensando en que quizá sea yo quien resulte coronada. Hago una mueca y le aparto el flequillo revuelto de la frente con cariño.

—Vámonos de aquí —le pido.

—¿Qué? —se sorprende—. ¿Qué pasa con tu noche perfecta de baile? ¿Y tu corona, princesa?

Gruño bajito al escuchar ese tonito. Pero me encanta. Se me escapa una sonrisa sin que pueda mantener mi pose molesta. Él me sonríe de vuelta como si acabara de contagiársela.

—Suficientemente perfecta por lo que a mí respecta —aclaro, y él mantiene la sonrisa sin despegar sus ojos de mí—. Ni siquiera querías venir.

—Pero tú sí.

—Cameron, vamos a largarnos ya de este «puñetero» baile —pido, con las manos entrelazadas en su nuca, hablando cerca de sus labios.

—Llámame Cam, solo por ser tú —concede, burlonamente.

—Sácame de aquí.

Se inclina hacia mí y me besa la punta de la nariz. Luego me coge firmemente de la mano y me guía abriéndose paso entre la gente. Yo no sé si camino o vuelo a estas alturas ya. Porque, de verdad, me acaba de besar la nariz. En serio. ¿Se puede ser más tierno? Ahora mismo dejaría que me llevase de la mano hasta el fin del mundo y ni siquiera miraría hacia dónde nos dirigimos.

Tengo que prestar atención cuando él para en medio de la pista de baile. En pleno centro. Veo por qué. Vanessa está justo delante y lo mira con cara de pocos amigos. Luego mira nuestras manos entrelazadas y a mí me sonríe levemente antes de volver a centrar su atención en él.

—Si es el señor desaparecido —lo regaña con los brazos en jarras—, ¿se puede saber dónde has estado metido? Tenías a todo el mundo preocupado llamándote.

Se me ocurre que probablemente yo también debería haberle preguntado algo parecido. Pero lo cierto es que ahora que está a mi lado me importa muy poco dónde haya estado las últimas veinticuatro horas. Solo quiero que ahora se quede.

—He tenido el móvil apagado un día. Tampoco es para tanto, ¿no? —se defiende, pero Vanessa se limita a hacer una mueca.

—Espero que hayáis hablado —suspira la jefa de animadoras—. Da la impresión de que sí. —Señala nuestras manos, y noto cómo Cam aprieta la mía levemente.

Miro alrededor porque soy consciente de que tenemos mucho público. Demasiado. Y la primera cara que me encuentro es la de Jessica Harris. No parece especialmente contenta en este momento de la noche. Y no quiero ser mala, pero no puedo evitar sonreírle un poco con superioridad. ¿Quién no juega en esta liga ahora, Jess?

—Me encantaría charlar contigo de todo esto, Vanessa. Pero la verdad es que, aun a riesgo de parecerte maleducado, tengo que decir que ahora mismo hay varias cosas que prefiero hacer antes de quedarme a responder tu interrogatorio —aclara Cameron.

—Pues sí. Eres un maleducado —se muestra de acuerdo ella—. Pasadlo bien. —Cede, y se aparta a un lado.

Cam vuelve a tirar de mi mano, aunque tiene que esperarme un momento mientras Vanessa me da un abrazo rápido antes de dejarnos marchar.

Estamos llegando a la puerta de salida y, antes de poder alcanzarla, soy yo quien nos hago parar esta vez. Me mira interrogante. Luego sigue el curso de mi mirada y creo que entiende que tengo algo que hacer cuando ve que, a un par de metros de nosotros, Mia nos observa con Gina a su lado.

—¿Me esperas un minuto? —me disculpo.

Busco sus ojos. Asiente con la cabeza y me suelta la mano tras acariciar el dorso de la mía con su pulgar.

—Claro que sí —se pronuncia también con palabras.

Me acerco hasta Mia un poco insegura y ella hace lo mismo, dejando a su chica ligeramente atrás. Nos miramos frente a frente y no decimos nada antes de reaccionar las dos a la vez moviéndonos en sincronía para fundirnos en un abrazo.

—Lo siento, Ash —dice ella con la barbilla en mi hombro.

—No. Yo lo siento —me disculpo también sin deshacer nuestro abrazo—. Sé que no serías capaz de hacer algo así a propósito. No debí dudarlo.

—La culpa es mía. Fui una tonta.

Me separo para mirar su cara y las dos nos sonreímos sin llegar a mostrar los dientes.

—Espero que hayas arreglado las cosas con Gina.

—Espero que hayas arreglado las cosas con Cam. No pierdas el tiempo aquí, Ash. Ve con él. No dejes escapar a Cameron Parker por tercera vez —medio bromea.

—No —aseguro. Vuelvo la cabeza para mirarlo. Está ahí plantado, esperando a que vuelva a su lado y mi corazón se derrite poquito a poco—. Esta vez no se escapa.

Dejo a Mia con su novia —al menos parece que vuelve a serlo— y yo regreso al lado de Cam, que no sé muy bien lo que es ahora mismo para mí. No sé si debería convertirse en mi novio, o si tendrá alguna otra denominación lo que vaya a pasar a partir de ahora entre nosotros, o si deberíamos siquiera ponerle etiqueta a lo que esté por venir. Él me sonríe y me pone una mano en la espalda mientras camina a mi lado hasta la salida.

Nos movemos en silencio y nos mantenemos así mientras yo recojo mi bolso del guardarropa, custodiado por la señorita Edwards. La profesora de historia me mira a mí y luego a Cameron, con curiosidad, pero no dice nada. Yo sonrío al imaginarla pensando en cómo hace poco más de mes y medio interceptó una notita en la que yo le pedía al chico que ahora mismo está a mi lado que dejara de enviarme notitas. ¡Cómo han cambiado las cosas! Y ahora soy yo la que, tras colgarme el bolso al hombro, busco su mano para entrelazar nuestros dedos mientras caminamos hacia el aparcamiento. Cam me mira de reojo y lo veo sonreír.

La noche es cálida, o puede que sea mi propio calor interno lo que me hace no sentir el frescor de la brisa. Localizo el coche de Cam enseguida. Sin embargo, antes de que pueda dirigirme hacia donde está, mi acompañante tira de mi mano y me hace girar y gravitar hacia él hasta que choco contra su cuerpo. Me sujeta por la cintura, estrechando aún más nuestro abrazo, y siento su respiración muy cerca de mí, con su boca prácticamente pegada a la mía. Me cuesta llenar mis pulmones de aire, y ya no digamos concentrarme, así que asumo que no voy a poder hablar en un buen rato. Al menos, nada coherente. Da igual. Da igual porque solo quiero besarlo. Y va a besarme. Va a besarme, ¿no? El momento se alarga demasiado y no puedo entender por qué no lo hace de una vez.

—¿Qué pasa con Tyler?

Me cuesta procesar lo que me pregunta. Menuda manera de romper un momento casi perfecto, Cameron. Parece que no soy la única que no sabe estar a la altura de las circunstancias algunas veces. Bueno, no esperaba que fuera perfecto, tampoco. Todo el mundo sabe que Cameron Parker es un poco capullo. El problema es que no se ha apartado de mí ni un milímetro antes de preguntar y eso me genera bastantes dificultades a la hora de elaborar una respuesta congruente.

Utilizo las dos manos para empujarle el pecho y obligarlo a soltarme, y doy un paso atrás. Si tengo que explicar esto necesito poder pensar, aunque sea solo con un diez por ciento de mi plena capacidad neuronal. Cam me está mirando muy atento y muy expectante. Claro, es que lleva veinticuatro horas desaparecido y con el móvil apagado. Y por eso no sabe lo que todo el mundo en el instituto sabe ya: que hay un audio circulando por ahí en el que yo dejo bastante claros mis sentimientos. Esto sería más fácil si lo hubiera escuchado y así yo no tendría que decir más.

—Tyler y yo no estamos juntos, Cam —digo con la voz más firme que soy capaz de encontrar.

—¿Desde cuándo? —pregunta él, y casi me da la impresión de que duda de mis palabras.

Suelto un gruñido ante su tono de voz.

—Desde nunca, en realidad, pero tuvimos una conversación muy seria al respecto el miércoles, si es eso a lo que te refieres —trato de aclararlo, un poco molesta.

¿Por qué le será tan fácil a este tío sacarme de mis casillas? Él tampoco parece muy contento con el tono cortante de mis palabras. Madre mía, ya empezamos otra vez. ¿No podemos besarnos y ya está? Aunque supongo que, antes de volvernos locos y dejarnos llevar, tenemos que aclarar unas cuantas cosas.

—Has venido al baile con él —puntualiza el chico que tengo enfrente, al tiempo que sacude la cabeza para apartarse un mechón de pelo de los ojos.

—Sí. He venido con él como amigos. Porque no está en un buen momento ahora mismo, porque hay muchas cosas por las que está pasando que tú no sabes, y porque era importante para él y quería apoyarlo. Como amiga —insisto—. Y podría haberte dicho todo esto ayer si yo no fuera una cobarde que se bloquea como una imbécil cuando tú estás delante y si tú no fueras un dramas que se vuelve sordo cuando no le gusta lo que escucha. Siempre haces lo mismo, eres un cabezota y eres incapaz de pararte a escuchar.

—¿Ah, sí? Pues tú eres una niñita que espera que se lo den todo hecho y que siempre tengan que ser los demás los que le faciliten las cosas, y eres incapaz de gritar si lo que quieres es ser escuchada. —Me la devuelve en mi mismo tono—. Fui a buscarte —me recuerda.

—¡Y yo fui a buscarte a ti! —me defiendo. Y grito, para dejarle claro que no tiene razón en lo que ha dicho—. Estuve en todas partes, te he llamado miles de veces, te he mandado millones de mensajes —exagero—. ¿Dónde te has metido?

—Necesitaba pensar —se limita a decir, en un tono mucho más suave.

Dejo caer los hombros y respiro antes de seguir hablando. No podemos empezar a gritarnos y a echarnos cosas en cara. Mierda, lo tengo delante. Está aquí. Quiero estar con él. Quiero relajarme y reírme y besarlo hasta que me duelan los malditos labios. No quiero más dramas.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —pregunto a media voz.

—Quiero estar contigo.

Nos miramos a los ojos mientras yo siento cómo todo mi cuerpo reacciona ante sus palabras. Mis músculos empiezan a relajarse y, aunque siento que la cabeza me da vueltas, la sensación de bienestar empieza a apoderarse de todos mis circuitos nerviosos. Es increíble cómo solo unos ojitos verdes pueden conseguir remover hasta la última fibra de mi ser.

—Y yo quiero estar contigo —confieso, al fin, en voz baja.

Da un paso adelante y acuna mi cara entre sus manos, clavando sus pupilas en las mías. El corazón me golpea el pecho sin ninguna consideración y ya tengo los labios entreabiertos, dispuesta a recibir los suyos. Pero no me besa. Sigue hablando. El muy tonto.

—¿Por qué no me lo dijiste, Ash?

—Yo... pensaba que tú no... —Intento explicarme, pero no me salen las palabras—. ¿Por qué no me lo dijiste tú? —Decido pasar la pelota a su tejado.

Lo veo sonreír de medio lado, casi parece un gesto cargado de ironía.

—Estabas enamorada hasta la médula de mi mejor amigo —murmura tristemente—. Se suponía que lo único que yo pintaba en esto era ayudarte a estar con él, ¿no? No pensé que hubiera mucho que yo pudiera hacer.

Sus manos siguen en mis mejillas y yo subo los brazos para poner las mías en sus muñecas.

—No estoy enamorada de Tyler, Cam —susurro. Le acaricio despacio con los pulgares—. Y no creo que lo más importante sea con quién vienes al baile..., creo que lo importante es con quién te vas de él.

—A la mierda. —Lo oigo gruñir—. No quiero más explicaciones.

Me besa. Con tanto ímpetu que tengo que dar un paso atrás para mantener el equilibrio. A pesar de ello, nuestros cuerpos se pegan en vez de separarse y yo me aferro a sus muñecas para que no separe las manos de mi piel. Mi cerebro se ha fundido a negro hace unos segundos ya y mis labios han cobrado vida propia, ajena totalmente al resto del organismo, y se adaptan a los suyos con una sincronía perfecta. Me da igual todo lo que haya pasado antes de este momento, o lo que quiera que nos haya llevado hasta aquí. Cam huele extraordinariamente bien y sabe aún mejor. Y estoy empezando a tener la impresión de que me va a costar controlarme a mí misma estando con él, porque empieza a no parecerme para nada descabellada la idea del polvo de graduación. Mierda, Ashley, que solo es un beso. Ni siquiera hay lengua ahora mismo. Pero debería haberla, ¿no? Debería. Suelto sus muñecas para colar los brazos entre los suyos y enredarlos alrededor de su cuello antes de profundizar el beso y abrirme paso con la lengua entre sus labios. Lo siento gruñir contra mi boca y su lengua enseguida se pone en marcha también,

mientras desplaza la mano izquierda para sujetarme por la nuca y atraerme un poquito más contra él, aunque a mí ya no me pareciera posible. Al separarnos, los dos boqueamos a la vez para llenar nuestros pulmones de aire.

—Mierda. —Es el único mensaje que mi cerebro es capaz de enviar a mis cuerdas vocales.

—Joder —suspira Cam, en el mismo tono y prácticamente a la vez que yo.

Nos sonreímos tras nuestras profundas declaraciones. Y a mí, que siempre he sido de absurdas fantasías románticas, me da por pensar que no me importa ser un maldito desastre en el amor, ni si lo es Cameron Parker, mientras podamos serlo juntos.

—Besas increíblemente bien, Ashley Bennet —susurra mi chico de los ojitos verdes, aún con la mano izquierda acariciándome la nuca.

—¿Es así como besan las chicas malas, Cameron? —bromeo.

Lo siento sonreír muy cerca de mí, aun sin separar mi vista de sus bonitos ojos. Niega un poco con la cabeza, no como respuesta, sino como si desaprobara mi actitud.

—Oh, no, he creado un monstruo —me pica, y yo me río.

—Dijiste que la alumna había superado al maestro —le recuerdo, altivamente, mientras juego con el nudo de su corbata.

—El maestro se ha rendido ante la alumna.

Su susurro es tan cálido, y tan sensual, que se me pone la piel de gallina al instante. Madre mía, dejaría que hiciera cualquier cosa que quisiera conmigo, aquí mismo, en el aparcamiento. Ashley, céntrate y compórtate como una señorita. Pero es que es tan, tan irresistible. Observo sus facciones y me muerdo el labio, sin querer. Enseguida noto sus ojos fijos en mi boca. Y parece que no soy la única que no puede resistirse.

En ese momento, los dos oímos sonar mi móvil en el pequeño bolso que cuelga de mi hombro derecho. Y no solo una vez. No para de vibrar con la entrada de mensajes. Nos ha cortado un poco el momento. Cam alza las cejas, como preguntando si pienso mirarlo, al ver que yo no aparto mi vista de él.

—Lo siento —mascullo.

Meto la mano en el bolso y revuelvo todo lo que llevo ahí hasta poder sacar el aparato.

—¿Esperas algún mensaje importante?

—Sí, uno tuyo desde hace más de un día —le echo en cara, en tono burlón.

Aparta mi mano cuando yo me dispongo a consultar la bandeja de entrada. Lo miro en espera de una explicación para su actitud.

—Te daré un mensaje importante, princesa —dice, con su tonito habitual. Y, en vez de ponerme de los nervios, me provoca un escalofrío al acercarse a mi oído—. Me moría de ganas de hacer esto —susurra, antes de inclinarse un poco más para besarme el cuello.

Me estremezco bajo las caricias de sus labios y estiro el cuello, en un acto totalmente involuntario, para que pueda acceder mejor a mi piel. Casi hasta me olvido de mi teléfono

mientras siento cómo el calor se desata en mi bajo vientre y cierro los ojos para abandonarme al torrente de sensaciones que me regala.

Cuando se aparta, suspiro sin poder evitarlo y veo que me mira divertido. Luego, hace un gesto con la cabeza hacia el teléfono móvil. Está jugando conmigo. Con la pobre adolescente virgen que tiene delante al tío más guapo del maldito instituto. Y se lo está pasando bien. Me digo a mí misma que ya se la devolveré, en algún momento. Los dos sabemos jugar a este juego. O quizá no. Consulto los mensajes y veo que el emisor es Scott, pero, en cuanto abro la conversación, estoy casi casi segura de que no ha sido él quien los ha escrito.

Ashley, ¡me muero! ¿Dónde demonios estás? ¡Acaban de anunciar al rey y la reina!

Vale, Mia dice que te ha visto largarte con Cameron Parker. ¡Gracias por decir adiós!

Solo quiero que sepas que estás con el mismísimo rey del baile.

Vale, no. Ya no. Han nombrado un sustituto.

Tyler está precioso con la corona.

Vanessa está preciosa con la corona.

La gente está diciendo que ha habido tongo. Acaban de decirme que la reina tenías que haber sido tú. Literalmente, ERES la legítima REINA DEL BAILE.

Están bailando. Troy Cruz está mirándolos muy celoso. Tres cuartas partes de las chicas que hay aquí también los están mirando MUY celosas. Teníais que ser Cam y tú, y entonces yo también estaría MUY MUY MUY celosa. Muerta. Muerta del todo. Literalmente, Ashley.

Vale, voy a tener que borrar ese último mensaje para que Scott no lo vea.

Te quiero y te odio a partes iguales. Hazme un favor y aprovecha bien a ese bombón esta noche. Necesitaré detalles, asegúrate de fijarte bien en todo.

Niego con la cabeza mientras recorro todos sus mensajes con la mirada. Emily siempre está igual. Tecleo rápidamente solo para decirle que no espere noticias mías hasta mañana, por lo menos. Y luego cierro la aplicación y vuelvo a guardar el teléfono en el bolso para enfrentarme a la mirada de mi rey del baile.

—Emily —lo informo sobre la identidad de la emisora de los mensajes—. Parece que estoy ahora mismo con el rey del baile del instituto Truman de 2017 —dejo caer como si nada, y paso mis dedos distraídamente por el borde de su americana negra.

Alza las cejas, sorprendido.

—¿Quién, yo? Si ni siquiera quería venir al puñetero baile —protesta.

—Tranquilo, ya han encontrado a alguien que sí quiere ponerse la corona —lo pico con una mueca burlona.

—Tyler —adivina él, y yo asiento.

—Tyler y Vanessa están bailando con sus coronas puestas. Aunque, técnicamente, podría decirse que yo también soy reina del baile si soy quien está con el rey, ¿no? —lo provoco.

Enredo los dedos en los mechones de su nuca y me acerco a su boca. Me aparto, con una sonrisa traviesa, cuando intenta besarme.

—¿Sabes? Estoy un poquito decepcionada contigo, Cameron. —Hago un mohín y lo suelto para dar un paso atrás. Sus ojitos escrutan los míos en espera de mi queja—. Me habías prometido un baile...

—¿Qué? Has sido tú la que ha querido largarse —empieza a refunfuñar.

Le pongo un dedo en los labios. Río apartándolo cuando intenta mordérmelo.

—No. Esa no era la clase de baile que yo quería...

Meto las manos en los bolsillos de su traje.

—¿Qué haces? —protesta débilmente.

Encuentro enseguida las llaves de su coche y se las enseño antes de echar a andar hacia allí decidida, con él pisándome los talones. Abro la puerta del conductor de un tirón, dejo mi bolso sobre el asiento del copiloto y me siento al volante de medio lado.

—Dame un segundo —le pido.

Pongo la llave en el contacto y la giro solo un cuarto de vuelta, encendiendo al instante la electrónica del vehículo. Luego recupero mi móvil y, en cuanto se conecta a su reproductor de música, selecciono una de las canciones de mi lista de reproducción. Giro la ruleta del volumen al máximo y vuelvo a ponerme de pie sobre el asfalto del aparcamiento, justo frente a un sorprendido Cam.

—¿Bailas? —le propongo con una sonrisita juguetona.

—¿Aquí? ¿En serio? —Alza las cejas, pero veo cómo intenta reprimir una sonrisa sin conseguirlo del todo.

—¡Eh! No te interpongas en mis fantasías, llevo soñando mucho tiempo con mi baile de fin de curso —advierto en tono divertido, y le tiendo la mano.

La coge y tira de mí hacia él. Acomoda nuestra postura para empezar a bailar. Mi mano encaja perfectamente en la suya, y coloca la otra en mi espalda mientras yo amoldo la mía a su hombro derecho. Y bailamos. Taylor Swift canta *Fearless* a todo volumen desde el interior del

Honda, y yo me uno a ella entonando uno de los versos, burlonamente: *«And you know I wanna ask you to dance right there, in the middle of the parking lot»*.

—Estás muy loca, Ashley Bennet —murmura en mi oído, y me abraza cerca.

Empuja mi cadera y me separa de él para hacerme girar mientras yo río. Unos cuantos chicos que salen del edificio que hemos dejado atrás nos lanzan silbidos y vítores, que se acrecientan cuando Cam me hace inclinarme y me besa los labios con pasión. Incluso con sus labios pegados a los míos, me siento incapaz de dejar de sonreír. Nunca, ni en mis mejores fantasías, podría haberme imaginado algo tan perfecto.

Tengo que reír de nuevo cuando Cam se pone a cantar conmigo, a todo volumen, y sin parar de girar. Sin duda, estamos dando un espectáculo, con nuestro propio baile privado improvisado en mitad del aparcamiento. Y sé que cada persona que sale del baile oficial, para tomar el aire, para escabullirse a fumar, o para lo que sea, se queda pendiente de nosotros por un rato. Probablemente, no tardaremos en ser la comidilla de Twitter, y el lunes todo el mundo en el instituto lo sabrá. Estoy segura de que los vídeos van a empezar a circular pronto. Y no podría importarme menos. No podría importarme menos, aunque no tenga ni idea de bailar, aunque desafinemos terriblemente al cantar, aunque las canciones que se suceden sean todas de Taylor Swift. La gente debe de pensar que estamos colocados, por lo menos, y no paramos de reír como un par de lunáticos mientras empleamos pasos de baile más complicados y más ridículos cada vez. Pero es que esta, precisamente esta, es la mejor noche de mi vida. Y estoy bastante segura, de que es muy muy difícil poder ser más feliz.

—Ash. —Cam me frena.

Me sujeta ambas manos entre una canción y otra mientras yo trato de recuperar el aliento. Lo miro en espera de lo que tenga que decir, y solo espero que no sea un «vámonos ya, que estamos dando la nota», porque me lo estoy pasando de muerte.

—Estoy un poquito decepcionado conmigo. —Me sorprende, utilizando las mismas palabras que yo le he dicho antes—. Porque te había prometido una corona...

Me suelta y se acerca al coche, mientras empieza a sonar *You belong with me*. Lo veo trastear entre algunas de las cosas que lleva, inclinado sobre el asiento, y aprovecho para echarle un buen vistazo a su culo, en esos pantaloncillos de traje que le quedan tan espectacularmente bien, como cualquier otro pantalón que le dé por vestir. Mierda, ¿qué me está pasando? ¿Me estoy convirtiendo en Emily? Uf, el calor no es solo por no haber parado de bailar en el último cuarto de hora, creo yo. Saca el cuerpo completo por fin al exterior y cierra la puerta, volviéndose hacia mí y apoyándose en ella. Tiene un par de folios en la mano de los que acaba de pegar los extremos del uno al otro y frunzo el ceño al ver cómo está rompiendo tiras del borde para formar picos en su superficie. Está haciendo una maldita corona. La corona de papel más cutre que yo haya visto en mi vida. Y se empieza a reír contagiado por mis carcajadas, mientras termina su trabajo.

—Princesa Ashley —dramatiza, con una reverencia y la corona en la mano, antes de

colocarse justo frente a mí—, ¿me haría usted el honor de aceptar esta corona y ser mi reina esta noche?

Me la coloca en la cabeza sin que me dé tiempo a contestar.

—¿Cómo me queda? —coqueteo.

—Tienes la cabeza muy pequeñita, Ash —se burla—. Estás preciosa. Absolutamente preciosa. Quiero decir, ¡vaya!, pensaba que tu aspecto de esta noche era insuperable, pero es justo el complemento que te faltaba.

Trata de permanecer serio, pero al final se le escapa una risita.

—Eres muy idiota. —Y tengo que reírme también. Inevitable.

Me dedica media sonrisa canalla.

—Soy muy idiota —confiesa.

Me acerca más a él con una mano en la parte baja de mi espalda y tira de la corona de papel hacia abajo para aplastarme el flequillo.

—Vas a tener que aceptarme así —bromea.

—Me encanta lo idiota que eres —murmuro yo.

Me estiro sobre mis tacones para besarle los labios una vez más. Ya he perdido la cuenta de los besos que llevamos. Y espero no tener que llevarla nunca más. Porque quiero tener infinidad de ellos cada día de mi vida.

Seguimos aquí, de pie, delante de la puerta abierta del coche de Cam durante un rato. Ya apenas bailamos, y nos dedicamos a besarnos y abrazarnos. Y a bromear y reír, justo como hacíamos antes de que al señor Parker le diera por portarse como un borde conmigo en vez de decirme la verdad de lo que estaba pasando. Me quito la corona de papel y la mantengo en mi mano para que él pueda abrazarme cómodamente y poder recostar la cabeza sobre su pecho, justo debajo de su barbilla. No podría estar más cómoda. Bueno, podría, si no llevara tacones y tanto tiempo de pie. Siento cómo Cam me besa el pelo, justo en la coronilla, y sonrío estrechando un poco más su cintura.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —me pregunta sin separar la boca de mi pelo—. ¿A qué hora tienes que estar en casa?

—No tengo que volver a casa hoy —respondo, como sin darle importancia.

Me obliga a separarme un poco y yo alzo la cara para poder mirar la suya.

—Ashley Bennet, ¿qué has hecho ahora? ¿Has conseguido que tu pobre madre tenga que echarte de casa? —bromea.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Ya no estoy castigada, listillo. Y se suponía que hoy dormíamos todas en casa de Grace, pero mis amigas me han dejado un poco tirada por unos polvos de graduación, así que supongo que eso me deja la libertad de volver a casa cuando yo quiera... o no volver —insinúo.

—Vale. Vas a tener que contarme esa historia desde el principio —advierte, antes de nada—. Vas a tener que contarme todas las historias desde el principio —recapacita luego—. Y... si

quieres... puedes quedarte conmigo en casa de mi padre. Me estoy quedando allí esta semana, pero él no está. Últimamente pasa mucho más tiempo en San Francisco que aquí —añade, y parece que eso no le molesta demasiado.

—¿Me estás invitando a dormir contigo, Cameron Parker? —Finjo escandalizarme—. ¿En una casa sin adultos? Le dijiste a mi padre que tenías buenas intenciones —le recuerdo, e intento poner cara de buena e inocente.

Sonríe. Y casi me quedo sin aliento. Vaya sonrisa. Lo echaba tantísimo de menos, casi no puedo creerme que estemos así. Por fin. Me aparta un mechón de pelo de la mejilla y me lo coloca con mimo detrás de la oreja.

—No podría tener mejores intenciones contigo, créeme —murmura.

Cierro los ojos y le beso la palma de la mano cuando me acaricia la mejilla.

—Vamos. ¿Puedo conducir?

—¿Qué? Ash... —protesta—. Llevas tacones, no puedes conducir así —alega. Yo alzo las cejas y me mira suplicante—. Anda, no me lo pongas difícil, ¿no ves que ahora mismo haría cualquier cosa para hacerte la pelota? —medio bromea—. Te dejo conducir mañana —trata de pactar.

—Vale. Mañana —acepto enseguida.

Beso su mejilla y luego me separo de él para rodear el coche, con mi corona en la mano, y montarme en el asiento del copiloto. Bajo la música antes de que él se acomode tras el volante. Pero aún tengo que bajarla más cuando veo cómo me mira tras cerrar la puerta. Tiene cara de culpabilidad. De arrepentimiento.

—¿Qué pasa? —pregunto, un poco inquieta.

—Siento muchísimo haberme portado así contigo estas últimas semanas. Estaba cabreado, frustrado y... celoso. Muy muy muy celoso —reconoce. Me mira tímidamente entre los mechones de pelo negro que le cubren la frente.

—¿Qué? ¿Celoso? ¿Tú? No flipes —lo pico imitando su forma de decir la última expresión.

Sonríe levemente al escucharme.

—Dios, te he echado mucho de menos, Ash.

Intenta inclinarse para besarme, pero le pongo una mano en el pecho para impedírselo.

—Me llamaste bruja —le recuerdo.

Cierra los ojos como si, por un momento, le doliera escucharlo.

—Me dijiste que era igualita que Jessica Harris y que solo me faltaba una maldita corona en la cabeza, cosa que, por cierto, ya tengo —bromeo, y encajo el cilindro del gorro de nuevo en mi cabeza.

Sonríe de medio lado, pero la sonrisita se le borra enseguida y vuelve a poner cara de circunstancias.

—Lo siento muchísimo —repite—. Estaba dolido después de verte con Tyler en los vestuarios. Pero no es excusa, Ashley, y lo siento. Me he portado fatal. Tú eres... No pienso las

cosas que dije —intenta aclarar.

—Gracias por las disculpas, pero no fue eso lo que más me dolió —digo, y me muerdo el labio mientras recuerdo exactamente cómo me sentí cuando me dijo que todo nuestro tiempo juntos había sido simplemente parte del trato.

—Lo siento —vuelve a decir una vez más—. No podía soportar verte con él, necesitaba alejarme de ti.

—Me dijiste que lo único que había habido entre nosotros era un trato estúpido, Cam. Y yo me había enamorado de ti como una boba...

—Y tú te lo creíste, Ash —señala mi parte de culpa—. Y yo también me había enamorado de ti como un imbécil. Cuando te dije lo que dije no te vi dudar ni un momento. Es que te lo creíste y ya está. Después de todo el tiempo que habíamos pasado juntos, de todas las cosas que te había contado, después de haberte besado y de pasarme toda la semana pensando en ti y sin parar de escribirte mientras estabas en Japón. ¿Cómo pudiste creértelo? —me acusa.

Aparto la mirada cuando me encuentro con ese verde inquisidor. Ahora que lo dice, y conociendo la otra parte de la historia, parece que tiene razón. ¿Quién, excepto una ingenua como yo, se habría tragado un cuento así? Ni siquiera mi madre lo hizo, y ella no sabía ni la mitad de lo que había pasado entre nosotros.

—Fuiste muy convincente —me defiendo—. Y, además, todo tenía mucho más sentido así, supongo. No parecía muy real que el tío más popular del instituto quisiera relacionarse conmigo para nada. Tú eres Cameron Parker —señalo, por si él no se había dado cuenta.

—Sí. Y tú eres Ashley Bennet —dice en mi mismo tono—. Y eres la chica más increíble que he conocido en toda mi vida.

Vuelvo a buscar sus ojos cuando la ternura de esa afirmación me acaricia los oídos. Me está mirando como si de verdad fuera muy increíble. No encuentro las palabras, así que me limito a dejar nuestras miradas conectadas durante unos segundos.

—Perdóname, por favor —vuelve a decir él.

Asiento, antes de poder encontrar de nuevo mi voz.

—Y tú perdóname por todas las veces que te he llamado idiota y he dicho que eras un capullo. —Asumo mis errores también.

—Creo que solo fue una vez, Ash —me tranquiliza, con una media sonrisa.

Estoy segura de que es porque sabe perfectamente lo que yo voy a decir a continuación.

—Ah —murmuro y me intento aguantar la risa antes de seguir—. Lo habré dicho cuando tú no estabas y... eeeeh... también lo he pensado mucho —admito.

Suelta una carcajada, echando la cabeza hacia atrás. Mierda, cómo me gusta este chico.

—Bueno, me he portado como un idiota y he sido bastante capullo —se autoinculpa—. Así que supongo que me lo tenía merecido. ¿Puedo intentar hacerlo mejor a partir de ahora?

—Puedes intentarlo —cedo con una sonrisita—. Y empezarías bien llevándome a tu casa de una vez —insinúo, aunque no se me ha pasado por alto que él nunca la llama así, sino «la casa de

mi padre». No despega sus ojos de los míos—. ¿Vas a arrancar? —le meto prisa.

—No.

Y esta vez no me opongo cuando se inclina para besarme.

La casa del tal señor Robert Parker sigue justamente en el mismo sitio que ayer y tiene el mismo aspecto exacto que tenía las dos veces que visité su fachada. Pero esta vez la angustia que me atenazaba el pecho en mis visitas anteriores ya no está conmigo. En cambio, tengo a Cam a mi lado. Él abre la puerta del garaje con un mando a distancia y aparca el coche en el interior, marcha atrás, de una sola maniobra. Tampoco tiene tanto mérito, el garaje es muy grande y no hay ningún otro vehículo en su interior.

Lo primero que hace mi anfitrión es ofrecerme algo de comer y, la verdad, no me había dado cuenta hasta ahora, pero estoy hambrienta. Me quito los tacones antes incluso de seguirlo a la cocina y él hace lo mismo con la chaqueta de su traje. La nevera confirma a gritos que el señor Parker cumple con el cliché del típico divorciado: apenas tiene comida de verdad, pero sí muchos platos listos para su consumo tras unos minutos en el microondas. Mejor. Porque es justo lo que necesitamos. Cam mete el plato que a mí más me apetece al microondas, después de haberme leído las etiquetas de todos para que yo pudiera decidir. Estoy sentada sobre el mármol de la isla central mientras lo veo moverse de un lado a otro de la cocina. Enseguida se planta frente a mí y me tiende un vaso de agua. Este chico está en todo. Me pide que le dé detalles sobre cómo iba el baile antes de que él llegara. Así que le cuento cosas procurando no hacer muchas referencias a Tyler, y, mientras, me dedico a aflojarle el nudo de la corbata y a desabrocharle un par de botones de la camisa, para que esté más cómodo. Le hablo de la limusina, de Vanessa y Troy bebiendo una copa tras otra de champán como si fueran alcohólicos, y le describo lo mejor que puedo la corbata de Ryan mientras él se parte de risa con mis historias.

Cenamos ahí mismo, yo aún sentada sobre la isla y él en un taburete, justo a mi lado. En ese rato me da tiempo a ponerle al día de cómo está la cosa con mamá y todas las fases por las que pasó mi castigo antes de caer en el olvido, y también le cuento que he tenido una bronca con Mia por culpa de una conversación privada que ha llegado a las manos inadecuadas, aunque no entro en detalles de lo que decía la conversación ni hablo de la historia de Mia con Blair Wells. Para cuando estoy llegando al final de mi última historieta, la comida hace rato que se ha terminado. Y me doy cuenta de que llevo hablando demasiado tiempo y que soy una maldita cotorra, y que ni siquiera he dejado hablar al pobre Cam, que seguro que también tiene muchas cosas que contar y además resulta que yo quiero saberlas todas. Pero él no parece aburrido por mis interminables monólogos, al contrario, no para de pedirme detalles o aclaraciones sobre una u otra cosa, y parece muy interesado en todo lo que cuento. Este chico es una joya. Los ojeadores de los Patos de Oregón pudieron no darse cuenta, pero yo pienso ficharlo enseguida. Me lo quedo para siempre, gracias.

—Vaya, no he parado de hablar como una cotorra. Lo siento. Seguro que tú también tienes historias que contarme, ¿no?

Se pone de pie y apoya las manos en la encimera, una a cada lado de mi cuerpo, poniendo su cara frente a la mía.

—Muchas historias que contarte —confirma—. Pero ya hablaremos de eso. Me gusta escucharte —me tranquiliza con una sonrisita.

—Sí, ya. Pues la próxima vez que pierda el control hablando sin parar..., por favor, párame —dramatizo.

—Muy bien.

Estampa sus labios contra los míos. Es un beso corto, pero lo retengo junto a mí abrazando su cuello y apoyo la cabeza en su hombro. A estas alturas, ya se ha quitado la corbata y lleva la camisa por fuera del pantalón. Y yo jugueteo un poco con el cuello de la misma, en la zona de su nuca.

—¿Dónde te habías metido? —protesto, con voz melosa—. Pasé por aquí dos veces ayer, buscándote.

Me acaricia la espalda suavemente y tarda unos segundos en responder.

—Me fui al lago Tahoe.

Me aparto para mirarlo con el ceño ligeramente fruncido. No se me habría ocurrido ni en un millón de años.

—Necesitaba un poco de distancia para pensar. No creí que me estuvieras buscando para nada, Ash, si no, no me habría ido tan lejos —medio bromea.

—Encender el móvil podría haber estado bien, ¿no? —ironizo.

—No lo apagué porque no quisiera hablar contigo. Bueno, igual un poquito también —reconoce con una leve sonrisa.

—¿Y con quién no querías hablar? —cotilleo entonces.

—Con Vanessa. Es muy pesada, Ash —se queja al ver cómo lo miro, y me veo obligada a sonreír ante su tono—. Desde que le conté lo que sentía por ti estaba pesadísima, no me dejaba en paz, todo el día insistiendo para que te lo dijera. No paraba de comerme la cabeza. Y después de irme de casa de Grace con la autoestima machacada, no me apetecía mucho escuchar su discursito. Habría sido capaz de venirse hasta el lago Tahoe a hablar de todo lo que había pasado y a traerme de vuelta para sentarnos a ti y a mí a la misma mesa y hacer ella de mediadora. Le pierde un buen drama. Y estaba muy convencida de que estabas bastante loca por mí... —insinúa con una sonrisita.

—Parece que tenía razón. —Me encojo de hombros—. Y eso que le dije mil veces que entre tú y yo no pasaba nada de nada.

—¡Qué mentirosa eres! —exclama en tono divertido—. Entre tú y yo estaba pasando de todo, solo que ninguno queríamos reconocerlo, ¿no?

—Entre tú y yo está pasando de todo, Cam. —Juego con el tiempo verbal.

Me sonríe y yo le devuelvo el gesto.

—Anda, ven, te enseño el resto de la casa —se ofrece, y me baja de la encimera con las

manos en mi cintura.

Como ya había podido apreciar desde el exterior, la casa es de una sola planta y bastante más pequeña que en la que él vive con su madre. La decoración es muy sencilla, muy masculina. Y, aunque no esperaba que la hubiera, me choca confirmar que no hay una habitación para su hermano en esta casa. En cambio, la de Cam es de buen tamaño y tiene hasta baño propio. Contrasta mucho con su habitación de su casa de toda la vida, llena de trofeos, de fotos, de recuerdos. Aquí no hay nada de todo eso.

—Aquí duermes tú hoy, si te parece bien. Orientación sur. Baño privado. Una de nuestras mejores *suites*, señorita —bromea.

Me vuelvo hacia él para mirarlo con el ceño fruncido. ¿Qué significa eso de que aquí duermo yo? ¿Y él? ¿Es que no piensa dormir conmigo?

—¿Y tú?

—Le dije a tu padre que tenía buenas intenciones, Ash —recuerda lo que yo le he dicho antes.

—No seas tonto. Vas a dormir aquí conmigo. ¿O es que tienes miedo de no poder controlarte, Cameron? —lo pico, con una sonrisa traviesa, y me acerco más a él.

—Tengo miedo de que no puedas controlarte tú —me la devuelve, en tono burlón.

—No prometo nada.

Da un paso atrás y carraspea, como si acabara de ponerse un poco nervioso. Sonrío al ver su actitud. Es una auténtica monada. Insisto: no se puede ser más adorable que Cameron Parker.

—Te presto una camiseta para dormir o algo —cambia de tema.

Camina hacia el armario y abre uno de los cajones de la parte inferior.

—No acostumbro a dormir desnuda, pero mi pijama está en casa de Grace, así que no te preocupes, puedo hacer una excepción —lo provoco, y tengo que morderme la lengua para no echarme a reír, anticipando su reacción, y estropear mi interpretación sexy.

Tarda un par de segundos en volverse hacia mí y me tira una camiseta vieja a la cara, lo que me hace reír a carcajadas.

—No sé cómo se me pudo pasar por la cabeza, ni por un solo momento, que necesitabas mi ayuda para ser una chica mala. Esto no te lo he enseñado yo. Ponte eso, por favor. —Señala la camiseta—. Y... ¿me imagino que te gustaría desmaquillarte?

—Me encantaría. ¿No me digas que tú usas desmaquillante habitualmente, Cameron?

Me mira con los ojos entornados, por un momento, pero noto cómo se le forma la sonrisa en las comisuras de la boca, por mucho que intente resistirse.

—Qué graciosa —dice, poniendo voz infantil y yo suelto una carcajada—. Pero las amiguitas de mi padre suelen dejarse cosas de vez en cuando, siempre se creen que van a volver, las pobres —dice, como sin darle importancia—. Voy a ver. ¡Y deja de llamarme Cameron! —me grita cuando ya ha salido de la habitación.

Mientras lo espero, observo la camiseta que me ha dejado. Se nota que no es lo más nuevo de su armario, pero me gusta. Es de color gris claro, con vetas de color más oscuro y el borde de las

mangas cortas negro. Es suave y huele a recién lavada. Tiene pinta de ser muy cómoda.

Cam vuelve enseguida y me lanza un bote medio lleno de líquido blanquecino y un paquete de discos de algodón. Intento cazar ambas cosas al vuelo, pero, obviamente, el bote me golpea en el borde de la mano y cae al suelo, de donde me apresuro a recogerlo.

—Scott tenía razón: no vales como receptora —se mete conmigo sin disimular la gracia que le hace mi torpeza—. Anda, pasa al baño si quieres —ofrece como modo de instaurar la paz cuando ve cómo lo miro yo.

—Tú tienes todas tus cosas ahí. Ya voy yo al otro. —Me parece una logística más acertada—. Cam..., ¿no tendrás un cepillo de dientes sin estrenar para mí? —pido, antes de decidirme a salir del cuarto.

Suspira cómicamente, como si yo fuera una chica muy muy pesada. No dice nada y entra al baño. Lo oigo revolver en los cajones y, a los pocos segundos, sale con un paquete sin abrir con cuatro cepillos de dientes en su interior, cada uno de un color: azul, verde, amarillo y rosa.

—No me lo había pensado bien antes de invitarte esta noche, Ashley. Tengo que alimentarte, vestirte y acicalarte... —empieza a protestar, pero se le contagia mi risa enseguida—. Anda, quédate el rosa por favor —sugiere.

Abro el paquete y cojo el de ese color.

—¿Sabes? Los tíos machotes van por ahí diciendo que uno tiene que tener muy clara su hombría para usar el color rosa... Veo que tú no eres uno de esos —me burlo.

—Fuera de esta casa.

Yo me río y me acerco a él para besarle la barbilla antes de salir del cuarto rumbo al aseo a prepararme para irnos a dormir.

Cuando vuelvo a la habitación, Cam ya se ha cambiado y está de espaldas a mí, doblando el pantalón del traje para dejarlo sobre una silla. Se ha puesto un pantalón corto de deporte ancho que le llega por las rodillas, pero no lleva parte de arriba. Observo en silencio cómo se marcan los músculos de su espalda con cada movimiento. Me dan ganas de acariciar cada centímetro de su piel. Vaya hombros. Mierda. Ashley, ya vale. Se vuelve al notar mi presencia. Me sonríe levemente y, aunque intenta disimular, soy consciente de cómo me mira de arriba abajo por un momento. Se apresura a acercarse para coger mi vestido de entre mis manos y dejarlo cuidadosamente en la misma silla que su traje. Y luego vuelve a mirarme, quedando los dos frente a frente a los pies de la cama. Estoy un poco nerviosa, y no sé ni por qué. Todo ha ido sobre ruedas mientras estábamos juntos, bien pegados. Ahora parece que haber pasado menos de diez minutos en el baño nos ha dado tiempo a ser conscientes de la situación en la que estamos. ¿De verdad estoy en la habitación de Cameron Parker a punto de meterme en una cama con él? ¿Es esto real? ¿De verdad quiere seguir besándome como hace diez minutos? Su camiseta me tapa lo justo y deja la mayor parte de mis piernas a la vista. Y eso es lo que él está mirando ahora mismo, aunque noto que no quiere mirar demasiado. Yo observo su torso desnudo. Las contusiones tienen mejor aspecto del que lucían la semana pasada, aunque los tonos se han

oscurecido un poco más. Sus pectorales parecen estar reclamando mi mirada y de ahí tengo que pasar a esos abdominales tan bien marcados, porque es que no me queda otra opción. Y esas líneas formando la parte superior de una «v» que se pierden en la cinturilla de su pantalón... No tenía que haber mirado. Es como si, solo con un vistazo, un puño invisible acabara de estrujarme las tripas. La tensión se hace evidente en mi bajo vientre. Y no quiero que él se dé cuenta de cómo me están subiendo los colores a las mejillas.

Me muerdo el labio, pensando cómo romper el hielo de una vez.

—Eh..., esto es un poco raro, ¿no? —opino, por fin.

No es el comentario más inteligente del mundo, ni siquiera es probablemente el más adecuado, pero es lo único que puedo pensar ahora mismo y no veo la necesidad de censurarme estando con Cam. Ese fugaz pensamiento me hace sentir una calidez inmediata en el pecho. Pues sí que fallaban cosas cuando estaba con Tyler...

—¿Raro? —repite él, y capto un timbre aterciopelado en su voz que me eriza los pelos de la nuca—. Bueno, ¿puedo hacer algo para que sea menos... raro?

Se acerca lentamente y me pone una mano en la parte de atrás de la cabeza antes de besarme la frente, sobre el flequillo. Cierro los ojos ante el suave roce de sus labios y noto cómo me acaricia el pelo, el cuello y la línea de mi mandíbula, antes de, con los dedos justo ahí, levantar poco a poco mi cara hacia él hasta que siento sus labios sobre los míos.

Me voy a derretir. Adiós, Ashley, fue un placer haberte conocido en estado sólido. No sé ni cómo mis manos responden, acariciando la piel de su pecho mientras le devuelvo el beso. Hasta me da para pensar que he de tener cuidado y no hacerle daño en las secuelas que aún quedan de su último gran partido. Mi cuerpo logra sorprenderme algunas veces. Y esta es una de ellas. Cam tenía razón: esto está dejando de ser raro. De hecho, abrazarme a su cuerpo y sentirlo cerca de mí empieza a parecerme de lo más natural. Sus besos se me suben a la cabeza y no me dejan distinguir muy bien si mis pies aún siguen en el suelo. Aunque puede que no.

—¿Te duele? —pregunto, un poco preocupada, mientras acaricio con mucha delicadeza la parte más amoratada de su costado.

Niega con la cabeza sin apartar la mirada de mis ojos. Suelto un bufido suave, como forma de demostrar que no me lo creo mucho.

—Ya no —matiza la respuesta. Luego se inclina de nuevo hacia mí—. No puedo creerme que estés aquí —murmura, pegado a mi boca.

—Estoy aquí. —Sonrío—. Y tienes que dormir aquí conmigo.

Tiro de sus brazos para que avance junto a mí un par de pasos hasta el borde de la cama. No ofrece mucha resistencia mientras nos acomodamos sobre el colchón. Me sitúo muy pegada a su cuerpo y a él parece que le cuesta trabajo separar sus labios de los míos.

—Ash —protesta débilmente cuando me muevo para unir más nuestras caderas—. Voy a tener que dormir en otro sitio —medio bromea.

—No —me apresuro a contestar—. Iremos poco a poco... pasando por todas las bases... —lo

imito.

Suelta un gruñido y luego una risita, tras mis palabras.

—Eres perfecta —murmura con la cara enterrada en mi cuello—. Y, lo siento, pero vamos a ir muy despacio porque... ¿sabes qué?

—¿Aparte de que te encanta Taylor Swift?

—Aparte de que me encanta Taylor Swift —confirma burlonamente.

Vuelve a mirarme a los ojos y los dos sonreímos.

—¿Qué? —pido que continúe con lo que estaba diciendo, quedándome seria.

Imita mi gesto. Y no podría estar más insultantemente guapo que con este gesto de solemnidad.

—Que tenemos todo el tiempo del mundo.

12

Wonderland

Lo primero que hago al despertar esta mañana es sonreír. Mientras aún no soy ni siquiera plenamente consciente de mí misma. Antes de abrir los ojos. Mis labios se curvan y me dejo arrastrar hacia una sensación de plena felicidad. Es mejor incluso que ese estado de extrema relajación que proporciona el sueño. Ahora mismo, prefiero estar despierta. El brazo derecho de Cam descansa sobre mi cintura, por encima de la sábana que nos cubre a ambos, y mi espalda se amolda a los recovecos de su pecho como si estuvieran hechos para encajar. Amplío la sonrisa cuando siento la calidez de sus labios en la parte baja de mi nuca. Un beso corto, dulce y muy íntimo.

Es temprano, aunque la luz del sol ya entra a raudales atravesando la tela de las cortinas. He dormido muy poco, sobre todo para lo que yo acostumbro a dormir los sábados por la mañana, pero no me importa. No me tienta la inconsciencia. Ni un poquito. Anoche, Cam y yo nos quedamos despiertos, con las cabezas enfrentadas en la almohada en la penumbra de la habitación, y hablamos hasta bien entrada la madrugada. Vale, también nos besamos un poquito. O mucho. Pero sobre todo hablamos. Sin llegar a pactarlo, los dos decidimos que era mejor no hablar del último día, de las últimas semanas o de los últimos dos meses. Hablamos de mí, de mi infancia, de mis amigas, de mis sueños, de la universidad, de mi padre y de Japón, de Eric y de mi madre, de todas las historias graciosas, entrañables o directamente ridículas de mi vida. Y hablamos de él, de su infancia y de su gatito, de su hermano, del fútbol, de sus colegas —aunque pasando de puntillas por el tema de Tyler—, del instituto, de sus anécdotas más destacadas, de su madre, del divorcio y de su padre. Y, a pesar de todo, hoy me pasaría el día entero hablando con él. Mucho más. De este chico quiero saberlo absolutamente todo. Y, de momento, cada cosa que descubro me gusta más.

Me vuelvo hacia él lentamente al tiempo que abro los ojos, porque esos ojitos verdes son lo primero que quiero ver al despertar. Cuando lo enfoco, me está mirando y él también sonríe. Y vuelvo a tener dudas de si prefiero quedarme con esos bonitos ojos o mejor con esa preciosa sonrisa. Es el mejor despertar de toda mi vida. Seguro.

—Buenos días —me saluda con voz queda sin aflojar su abrazo.

—¿Me estabas mirando mientras dormía, como un acosador? —lo acuso con una sonrisita.

—Un poquito —admite.

Me río y me vuelvo sobre el colchón para quedar de frente a él y poder esconder la cara en su pecho desnudo. Su piel está muy caliente. Dejo que acomode su brazo izquierdo también para rodearme con los dos y estrujarme un poquito. Solo hasta que protesto y afloja su abrazo, riendo.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar? —me ofrece, y yo emito un sonido de negación sin separarme ni un milímetro de su piel—. ¿Quieres dormir un poco más?

Repito el mismo sonido y me muevo aún más cerca de él, mimosa.

—Quiero quedarme aquí un ratito —murmuro.

—Me parece un plan perfecto —concede, en el mismo tono.

Nos pasamos más de una hora acurrucados en la cama, haciéndonos mimos y jugueteando. Y, al final, me estaba riendo tanto que he tenido que rendirme y pedirle que parara, porque me dolía la tripa y hasta me caían lagrimones, y ya me estaba costando respirar.

—Creo que ya es hora de que empiece a pensar en irme a casa —suspiro, con desgana, cuando veo la hora en el despertador que hay sobre la mesilla que queda del lado de Cam.

—¿Qué? No —protesta.

Me echa el brazo derecho por encima para retenerme.

Sonrío y paso las yemas de los dedos con delicadeza por encima de las letras grabadas en tinta negra que componen su tatuaje. Joder, es mi letra. Y nunca me había gustado tanto como al verla escrita en su piel.

—Se ha acabado mi noche libre —bromeo—. Dentro de un rato mi madre empezará a preguntarse dónde estoy.

—Pues llámala y dile que estás en la cama conmigo —sugiere él con voz pícara, antes de besarme el cuello.

—Una opción muy tentadora, pero... no, mejor que no.

Aparto su brazo y me deslizo hasta el borde del colchón para levantarme de la cama, a pesar de sus protestas. Al final, cede y se levanta también, para buscarme una toalla limpia y dejar que me dé una ducha.

Así que, tras una ducha calentita, larga y relajante, en la que no puedo parar de sonreír recordando cada segundo de esta noche pasada, salgo del baño nuevamente enfundada en mi vestido de baile de graduación, pero descalza y bastante peor peinada, para encontrar a Cam aún con el pantalón con el que ha dormido y nada más, sentado a los pies de la cama con el móvil en la mano y mirándome con una sonrisa divertida. Me temo lo peor.

—¿Qué pasa? —me atrevo a preguntar, paralizada en el marco de la puerta del baño.

Él no responde. Se limita a levantar la mano izquierda, con la que sujeta el móvil, y presionar la pantalla para que yo pueda escuchar algo. Mierda. Es mi voz. Alta y clara.

Estoy enamorada de Cameron Parker.

Suelto un quejido lastimero y me tapo la cara con una mano, avergonzada. Lo oigo soltar una

carcajada ante mi reacción. Luego reproduce esa última parte del audio otra vez. Y otra. Y otra.

—¡Ya vale! —exijo.

Camino hacia él, decidida, para quitarle el móvil. Se sigue riendo a carcajadas mientras forcejeamos, hasta que tira de mí y me hace caer sobre su cuerpo, recostados en el colchón.

—Es lo mejor que he escuchado en mi vida, Ash —dice junto a mi oído—. ¿Crees que debería usarlo como tono de móvil?

Me revuelvo intentando escapar de su abrazo, pero es bastante más fuerte que yo y me mantiene pegada a su cuerpo hasta que se me contagia su risa. Capullo. Diría que es el capullo más adorable que me he encontrado nunca.

—Hagamos como si ese audio nunca hubiera existido —pido cuando consigo levantarme al fin.

—¿Estás de coña? —Sonríe y se pone en pie también—. Voy a escucharlo cada día hasta que me muera —exagera—. ¿Este es el audio por el que te peleaste con Mia? —pregunta, aunque es obvio que no necesita confirmación—. ¿Así que todo el mundo sabía esto antes que yo?

—Todo el mundo —me lamento.

—Mejor. Que lo sepan todos —dice en tono de broma, antes de besarme suavemente en los labios—. Voy a darme una ducha rápida y te acerco a casa, ¿vale? Coge lo que quieras de la cocina si tienes hambre —sugiere.

Entra al baño, pero, apenas un segundo después, vuelve a asomar la cabeza.

—Ah, Ash, he visto tus llamadas y tus mensajes... ¿Quién es la acosadora ahora?

Le lanzo uno de sus zapatos de anoche, que está a mi lado en el suelo, pero él cierra la puerta riendo antes de que pueda alcanzarle. Tampoco le habría dado, de todos modos. Golpea el marco de la puerta y se queda ahí tirado. Sonrío y niego con la cabeza. ¿Cómo puede gustarme tanto este chico con lo que le gusta a él hacerme rabiar?

De camino a mi casa soy yo quien conduzco el coche de Cameron Parker. He tenido que luchar un poquito para conseguirlo, pero sus palabras de anoche no le han permitido negarse al final. Hay que tener más cuidadito con lo que se dice, Cameron. A mitad de camino ya me he dado cuenta de que quizá no haya sido la mejor idea del mundo, y no porque esté conduciendo descalza y mis tacones descansen bajo el asiento en el que va Cam; sino porque él no para de mirarme y sentir sus ojos fijos en mí me resta bastante concentración en la tarea que estoy desempeñando. Logro llegar hasta mi calle y parar delante de mi jardín sin estrellarme. Bien por mí.

—Bueno... —rompo el hielo.

Me suelto el cinturón y vuelvo el torso hacia él para mirarlo.

—Bueno... —me imita, tanto en expresión como en gestos.

Lo callo con un beso. Un beso lento, suave y tierno, pero concienzudo. Me encanta besarlo en su coche. Qué digo, me encanta besarlo en cualquier parte. Recuerdo cuando anoche me dijo que yo besaba increíblemente bien. ¿Será consciente de lo bien que besa él? Madre mía, los mejores

besos de mi vida. ¿Aquel primer beso con Tyler en el banco tras la iglesia? Bah, historia antigua. ¿Tyler y yo contra el tronco de un árbol en el lago Tahoe? Apenas sí lo recuerdo. ¿Cualquier otro tío pegando sus labios a los míos? Ni hablar. ¿Es que acaso ha existido otro tío alguna vez?

—No quiero irme —murmuro contra su boca.

—Quédate —propone, travieso—. ¿Qué piensas de una cita de fin de semana? Podemos alargarlo hasta mañana por la noche. Dile a tu madre que sigues viva y vámonos —bromea.

Sonrío y me recuesto en el asiento. Niego con la cabeza. Siento como si estuviera en una maldita nube. ¿Qué demonios me pasa? Y el plan es muy tentador, pero no creo que a mi madre se lo parezca tanto.

—¿Qué haces hoy? —pregunto.

—¿Verte?

—Ya me estás viendo ahora mismo.

—¿Verte más? —insiste, y me hace reír—. ¿Qué tal si hacemos algo esta noche? Debería ir a comer con mi madre porque hace días que no la veo y ya me vale de ser tan mal hijo. Tú tienes que pasar un rato en casa porque no queremos que te vuelvan a castigar —expone, y los dos negamos con la cabeza a la vez y sonreímos—. Pero puedo pasar luego a por ti y hacemos algo.

—Solo si me dejas organizarlo a mí. —Pongo condiciones.

Simula pensarlo por un momento, rascándose la barbilla con dos dedos. Luego niega y sonríe al oírme protestar.

—Quiero llevarte a algún sitio especial —se queja.

—Ajá. Y yo también. Tú no te preocupes por nada. Yo preparo el plan.

—Está bien —dice, entre dientes—. ¿Podemos llamarlo cita?

—Por favor.

Vuelve a besarme y, cuando se aparta, lo veo mirar detrás de mí. Pone cara de circunstancias. Alzo las cejas a modo de interrogatorio cuando nuestros ojos se encuentran de nuevo.

—Ash, tu madre está en la puerta.

Me vuelvo y ahí la veo, a la muy cotilla. Con la puerta de la casa abierta de par en par y plantada en el porche, como si no pasara nada por estar mirando lo que Cam y yo hacemos en la intimidad de su coche. Mierda. Segunda vez que me pilla morreándome con alguien en un coche justo frente a la puerta de casa. Debería empezar a ser más cuidadosa. O ella menos cotilla.

—Vale, tengo que irme —digo.

Él asiente.

—¿Te recojo a las seis? —propone antes de que pueda marcharme.

Finjo pensarlo durante unos segundos, como ha hecho él antes, y asiento varias veces con la cabeza.

—Perfecto —sigue—. Ponte un vestido y yo me pondré una camiseta gris oscuro.

Lo dice tan serio que casi hasta me cuesta reconocer la alusión a *Today was a fairytale*. ¡Qué tonto!

—Espero entonces que tengas preparada una sonrisa que me lleve a otro planeta —le sigo el juego.

Sonríe. Y si no llego a otro planeta debo de quedarme bastante cerca, la verdad. Creo que necesito este intervalo de tiempo hasta las seis para desintoxicarme un poco. Tanto Cameron Parker ya se me está subiendo demasiado a la cabeza.

Me tiende mis zapatos y yo los recojo, sin ninguna intención de ponérmelos. Prefiero caminar descalza hasta casa, ya que estoy aquí. Parece que me lee el pensamiento y, cuando tiro de la manilla y empujo la puerta para apearme tras una última mirada intensa que caldea el ambiente entre los dos, me pide que espere y baja a toda prisa para rodear el vehículo. Me coge en brazos y camina cargando conmigo unos cuantos pasos hasta dejarme sobre el mullido césped de mi jardín.

—Buenos días, señora Bennet —saluda el muy pelota, y le lanza una sonrisa muy irresistible a mi madre.

Ah, no, esto sí que no. Antes me molestaba un poquito, pero ahora ya de ninguna manera voy a dejar que estos dos tonteen delante de mis narices. Pero sonrío al ver cómo mi madre le devuelve el gesto. Las dos hemos caído en las redes de Cameron Parker.

—¿Qué tal estás, Cam? —pregunta mamá, y casi no le da tiempo a responder antes de seguir hablando—: Me alegro mucho de veros juntos, chicos. ¿Por qué no te quedas a comer y me contáis qué tal fue el baile? —propone.

—Oh, no puedo —se lamenta Cam. Y parece que le fastidia de verdad no quedarse a comer en casa. Menuda cara le echa—. Tengo que ir a comer con mi madre para que no se olvide de que aún tiene hijos —bromea.

—Bueno, pues en otro momento te quedas a comer o a cenar, o lo que quieras. ¿Y si...? —empieza mi madre de nuevo.

—¡Mamá! —la regaño yo para que se calle de una vez—. Cam ya se va, así que ya, si eso, otro día hablas más con él.

—Sí, me voy. —Él le vuelve a sonreír como contraste a mis malas formas. Se vuelve un poco hacia mí y dejo que me atrapen unos segundos esos ojitos—. Te veo luego, ¿vale? —dice, en voz más baja, y se le forma una sonrisa que se refleja en mi cara al instante.

—Sí, te veo luego. —Me muestro de acuerdo.

Asiente y da un paso atrás. Su expresión y la mirada tensa que se ha quedado colgada entre los dos me dejan bastante claro que se está quedando con las ganas de besarme. Y yo también. Yo también me quedo con las ganas.

Me vuelvo en el umbral de la puerta para ver cómo arranca el coche y se despide con la mano antes de rodar calle arriba. Mi madre le devuelve el saludo mucho más entusiasta que yo. Pongo los ojos en blanco y entro en casa dispuesta a subir a mi cuarto a cambiarme de ropa y retrasar así un poquito el interrogatorio. Pero eso sería demasiado bonito para ser cierto. Demasiado.

—¡Ay, Ashley! —se emociona la mujer, y me agarra del brazo—. ¡Cuéntamelo todo! ¿Dónde

estaba? ¿Cuándo ha vuelto? ¿Qué te ha dicho?

Tengo en casa una Emily de cuarenta y tantos. Madre mía. Y justo ahora me acuerdo de Emily. No he revisado el móvil en toda la mañana, simplemente he puesto el sonido para las llamadas por si a mi madre le daba por querer contactar conmigo, pero he silenciado los mensajes. Me imagino que mi mejor amiga habrá mandado unos cuantos. Y estará histérica por saber lo que ha pasado entre Cam y yo. Justito igual que mi madre.

Eric sale del salón para buscarnos y suspiro pesadamente al ver la sonrisita burlona que lleva pegada a la cara. ¿También él?

—Uuuuuuuuuh, alguien estaba besando a alguien en un coche —acusa. No me puedo creer que incluso mi hermanito estuviera espiando desde la ventana—. Ashley y Cam. —Bautiza a sus dos manos mientras las pone a la altura de mi cara con las yemas de los dedos unidas y simula que somos nosotros besándonos. Hace soniditos con la boca y todo. Este niño es desesperante.

Le pego una colleja mientras mi madre me empuja hacia el salón.

—Sí, después del espectáculo no tengo que preguntar si habéis hablado y habéis arreglado las cosas —murmura pícaramente.

¡Qué diferente de su reacción la última vez que me vio besando a un chico en un coche! Pero mejor no digo nada. No vayamos a liar la historia.

—¿Ya vuelve a ser tu novio? —me pregunta Eric, sin dejarse amedrentar por mi golpe anterior. Parece que tiene ganas de que le dé una paliza hoy—. Ashley quiere a Cam... —canturrea.

Lo empujo hacia el sofá y cae sobre el asiento riendo. Mi madre me regaña por pegar a su hijo, pero enseguida se le pasa. Claro, lo que ella quiere ahora es cotillear.

—¿Qué ha pasado? Me tienes en ascuas. Habla de una vez.

—No ha pasado nada. Apareció anoche por el baile, hablamos y ya está —resumo a toda velocidad esperando que sea suficiente.

Aunque ya sé que no.

—Anoche en el baile. Ya. Tal y como os besabais en el coche, yo diría que algo sí que pasó. ¡Mírate la sonrisita! —exclama, por mucho que yo esté intentando controlarme—. ¡Míralo! No puedes evitarlo —se burla. Se acerca y me golpea suave la mejilla varias veces—. ¡Ay, Ashley! Estoy tan contenta.

Me abraza. Qué exagerada. La aparto y le pido que se calme un poco.

—Me encanta Cam para ti, ¿lo había dicho ya? ¿Sí? Pues me encanta. Hacéis tan buena pareja... Solo hay que verte la cara ahora mismo, a ti también te encanta —me acusa. Pongo los ojos en blanco—. ¿A que le encanta? —Mete a mi hermano en el juego.

—Está coladita por sus huesitos, mamá —corrobora él. Me saluda con los dedos de la mano cuando lo miro con los ojos entornados.

—Coladita por sus huesitos —repite mi madre, y me mira significativamente—. ¡Por fin! Menudo disgusto nos estabas dando con esa tontería de salir con Tyler —suspira—. Ya verás

cuando se lo diga a tu padre...

Niego con la cabeza varias veces y la freno con un gesto de la mano. Pero ¿qué está diciendo esta mujer? ¿Está completamente loca?

—¿A papá? Para el carro, mamá. No me voy a casar con él. Ni siquiera hemos tenido aún una cita de verdad. No me agobies con esto, por favor. Deja que vaya poco a poco.

—¡Claro que sí, cariño! Poco a poco, pero tu padre tiene que saberlo para que se quede tranquilo. Estábamos los dos en ascuas con vosotros... ¿o es que te crees que somos tontos? ¿Es que te crees que en Japón no nos dimos cuenta de que te pasabas todo el día pegada al móvil hablando con él?

Alzo las manos en señal de rendición y doy un paso al lado para esquivarla y poder iniciar mi huida del salón.

—¿Puedo ir a cambiarme de ropa, por favor? ¿Podemos seguir con toda esta tontería luego? ¿O mejor, nunca? —propongo de camino a la puerta.

Mamá no contesta. Y ya creo que me he librado. Pero no pasa ni un minuto desde que he cerrado la puerta de mi habitación y ella ya aparece y abre sin llamar. Vuelve a cerrar una vez que está dentro, como si eso restaurara la intimidad que me acaba de robar.

—¿Qué? —pregunto con paciencia con la cremallera del vestido ya bajada.

—No soy tonta. —Es lo primero que dice, y yo alzo las cejas en espera de algo más—. Y me encanta Cam, pero lo de que te creas que puedes pasar la noche con él cuando te da la gana, no. Eso no me gusta ni un pelo, señorita —advierte.

—Mamá...

—Apareció ayer en el baile. Habéis venido juntos y en su coche esta mañana —ata cabos—. Y no sé por qué, pero desde que he visto que estabas con él ya me he imaginado que no has dormido esta noche en casa de Grace. ¿Tienes algo que contarme?

—Mamá..., no. Por favor —suplico que no vaya por ahí.

—¿Has dormido con él?

—He dormido con él. —Tengo que confesarlo al verme bajo esta insoportable presión—. Pero no ha pasado nada de nada. Tranquila, sigues teniendo una hija virgen. Espero que te enorgullezca, porque la verdad es que escaseamos bastante —bromeo.

—Ya. Pero Cam no es virgen, ¿no?

La miro con cara de circunstancias. ¿En serio está preguntándome esto? No puede ser verdad. Tierra, trágame ya.

—En fin, el chico más popular del instituto, juega al futbol..., tendrá unas cuantas admiradoras —imagina.

—Unas cuantas... —admito de mala gana.

Estoy a punto de decirle que ella es una de esas admiradoras, por si aún no se ha dado cuenta, pero decido que es mejor morderme la lengua, una vez más.

—Tendrá experiencia y a lo mejor quiere hacer algunas cosas antes de que quieras hacerlas tú.

Creo que es la primera vez que veo a mi madre dudar eligiendo las palabras que decir. Le pongo una mano en el hombro para frenarla y la miro a los ojos, muy seria.

—Yo tampoco soy tonta —le dejo claro—. Sé muy bien lo que quiero o no quiero hacer, mamá. No te preocupes por eso. Ni he hecho ni voy a hacer nada de lo que no esté segura al cien por cien. Y Cam respeta eso.

Sonrío al pensar en él, en lo mono que es y en cómo se pone él más nervioso que yo si me insinúo. Mi madre no tiene de qué preocuparse, me da bastante la impresión de que él quiere ir más despacio que yo.

—Y es todo un caballero —añado.

Veo a mamá sonreír igual que lo hago yo. Me temo que vaya a empezar otra vez con lo de la sonrisita que no puedo contener y todas esas tonterías. Por supuesto, tiene razón. No puedo contenerla.

—Sí, eso pensaba yo. Pero, Ashley, ¿necesitas que tengamos una charla sobre métodos anticonceptivos?

—¿Otra vez? No, por favor —suplico. La empujo hacia la puerta, pero a medio camino pienso algo y paro—. Aunque sí creo que puedes ayudarme con una cosa...

Cuando por fin me quedo a solas en mi habitación y puedo cambiarme a algo más de estar por casa, ha pasado ya un ratito largo. Tengo que revisar el móvil, Emily debe de estar al borde del colapso con tanta espera. Efectivamente, he recibido muchos mensajes mientras no prestaba atención. No solo de Emily. Me salto la conversación con mi mejor amiga y decido dejarla para el final; una vez que empiece a hablar con ella ya no me va a quedar tiempo para responder a nadie más, seguro. También hay montones de mensajes en el grupo que comparto con mis tres amigas. Los paso por encima, leyendo rápidamente. Hablan de sus respectivas noches y preguntan mucho por mí. Parece que las tres lo pasaron bien y que ninguna ha dormido sola. Bueno, ya somos cuatro. Vanessa también me ha escrito, parece que no se aguantaba las ganas de cotillear y que sospecha que Cam no va a contarle nada si le pregunta a él directamente. Su último mensaje es lo único de todo el día que hace que sienta un pelín de ansiedad otra vez:

¿Has visto las redes sociales?

Ha mandado un enlace. Lo pulso inmediatamente y me redirige a la página no oficial del instituto, es decir, a la que crearon una panda de alumnos para publicar cotilleos y humillar a la gente. No es la primera vez que he tenido la suerte de que mi cara aparezca aquí. Desde luego que lo del trío Bennet ha traído cola. Y ahora la última publicación que hay, en lo más alto del muro y con más de mil «me gusta», es un vídeo de anoche en el que Cam y yo estamos bailando en el aparcamiento. Por lo menos aún no llevaba puesta mi corona. Dura poco más de un minuto y, cuando lo reproduzco, me doy cuenta de que tiene bastante calidad y no solo se nos ve bailar y besarnos con ganas, también se nos oye cantar *Style* y reírnos muy muy alto. Tengo que sonreír mientras lo veo. Es la primera vez que salgo en esta página y no me siento avergonzada. Al

contrario. Me encanta. No me importa que lo vea todo el mundo. No soy la mejor bailarina ni la mejor cantante del mundo, eso podrá apreciarlo cualquier persona, pero se me ve feliz. Realmente feliz. Y Cam está tan guapo y tiene una sonrisa tan irresistible y hay un momento en el que se lo ve claramente mirarme de una manera tal, que estoy segura de que cualquiera que vea esto estará muriéndose inmediatamente de envidia. Lo reproduzco otra vez. Solo para parar ese momento. Para parar ese momento en que Cam me mira como si no existiera nada más en todo el maldito mundo entero. Yo estoy riendo, mirando a un lado, con una mano en su nuca y la otra entrelazada con la suya, y él me está mirando como siempre he soñado que alguien me miraría alguna vez. El título que han dado a la publicación también me parece perfecto: «Y, mientras, los otros reyes del baile...». Debajo pone «le gusta a Emily Davis, Grace Thompson y 1.023 personas más». ¿En serio? Se ha compartido cuarenta y siete veces. ¿Quién narices comparte algo así y para qué? Y acumula ciento veintiocho comentarios. Pulso sobre los «me gusta» para ver quién más engrosa la lista. Hay demasiados, pero los primeros que aparecen son los que yo tengo como amigos así que reviso esos primero. Emily, Grace y Mia, han pulsado «me encanta», claro; Scott y Joe, Gina, Vanessa (otro «me encanta»), Ryan y Troy. Y también Tyler. Tyler Sparks le ha dado a «me gusta» en nuestro vídeo. Vaya. Luego reviso los comentarios, por encima. Hay bastantes desagradables, como ya esperaba. Pero me sorprende la cantidad de corazones y mensajes positivos que hay entre ellos. Y, como yo decía, gente muriéndose de envidia. Decido darles un poco de salseo a las masas y pulso el botón de «me encanta» representado por su corazoncito.

Me entretengo cotilleando más de la cuenta las distintas redes sociales. Porque hay cosas bastante desagradables sí, pero también las hay graciosas y hasta algunas que me emocionan. Y me doy cuenta de que no hacía falta que parara el vídeo para disfrutar de ese momento de la mirada intensa de Cam, porque no soy la única que se ha dado cuenta. Alguien ha capturado la imagen y la ha compartido con el texto de «Quédate con quien te mire como Cameron Parker mira a Ashley Bennet» y un corazoncito. Y muchísima gente lo ha copiado. Incluyendo a mi mejor amiga. Esta Emily es peor que yo.

Ya es hora de decirle que sigo viva y muy feliz, así que la llamo. Para mi sorpresa, rechaza la llamada. Frunzo el ceño y estoy a punto de salir de mi habitación para bajar al piso inferior cuando mi móvil empieza a sonar. Emily. Pero es una videollamada. Me siento sobre la cama, cruzando las piernas bajo mi cuerpo, y deslizo el icono verde para aceptarla. Enseguida veo su cara al otro lado.

—Ey —digo, a modo de saludo.

—¡Tíííííííaaaaaa! —grita como respuesta—. Tenía que verte la cara de tonta. ¡Tenía que verlo! A ver, mírame bien —ordena—. ¡Tienes cara de boba! —se ríe. Entonces, tengo que sonreír y sé que estoy poniendo peor cara todavía—. ¡Scott, mírala! —pide, y enfoca a su novio que está sentado a su escritorio y me sonríe—. ¿A que tiene cara de tonta?

—Eh, Ash —me saluda él—. ¿Lo pasaste bien anoche?

Emily no me deja tiempo de contestar antes de volver a poner su cara en la pantalla.

—¡Cuéntamelo todo! —exige—. ¡Madre mía! ¿Has visto Facebook? ¿Has visto Twitter? ¿Qué hacías bailando en el aparcamiento? ¡Me muero! ¡Dios, parece que acaban de sacaros de una comedia romántica! ¡Me muero de envidia, Ashley! —grita y oigo protestar a Scott, aunque débilmente.

—Acabo de verlo, sí. Anoche fue... No sé ni por dónde empezar, Em. Estoy como en una nube.

Mi amiga suelta un chillido emocionado. Y su móvil vuela por los aires y enfoca el techo de la habitación de Scott mientras la oigo aplaudir. Enseguida lo recupera y vuelvo a ver su cara.

—Tía, es literalmente lo más romántico que he visto en toda mi vida —dice, remarcando bien el «literalmente»—. No me digas que no sabes ni por dónde empezar, empieza desde el principio. ¿Por qué no me has llamado antes? No has contestado ni a los mensajes en el grupo. ¿Es que te has pasado el día pegando saltitos de alegría en tu habitación? Porque yo me he pasado el día pegando saltitos de alegría y aun así he tenido tiempo de escribirte —me reprocha.

Sonrío al oírla. Lo peor de todo es que estoy segura de que dice la verdad. De que se ha pasado el día pegando saltitos de alegría por mí y repitiéndole al pobre Scott lo romántico que ha sido todo entre Cam y yo, y lo feliz que está ella por los dos, y que ella «se muere», «pero se muere del todo». En fin, lo que yo decía, monumento para Scott ya, por favor.

—Me ha dejado en casa hace como tres cuartos de hora —me excuso—. Y luego he tenido interrogatorio con mi madre, ya sabes.

—¿Has dormido con él? —pregunta, y se queda con la boca abierta.

—Pues sí. Fuimos a casa de su padre, que está en San Francisco...

—¡Ashley, para, que me estás matando! —exige dramáticamente—. ¿Qué pasó? ¡Habla ya! ¿Polvo de graduación? —se emociona.

—Nada de polvo de graduación. Nos hemos pasado la noche hablando...

—¡Oh, mierda! —me interrumpe de nuevo—. Acabas de matar todas mis fantasías de un solo golpe certero —protesta—. Resulta que Cameron Parker es gay.

—¡No es gay, idiota! —respondo, entre risas.

—Entonces, ¿fuiste tú la de la fuerza de voluntad suficiente como para no tirártelo en la encimera de la cocina? Oh, Ashley, eres mucho más pringada de lo que me temía...

—Y tú eres una fresca —se la devuelvo en tono de broma—. Hemos quedado en que vamos a ir despacio —le dejo claro.

—Despacio —bufa ella con desprecio—. ¿Qué es despacio? ¿Qué emoción tiene ir despacio? ¿Prefieres ser un guepardo o un maldito caracol, Ash?

—Prefiero seguir siendo humana de momento, gracias.

—¡Humana! —exclama—. ¡Tú lo que eres es de hielo! ¡De hielo y roca magmática! —exagera—. Explícame un poco más eso de ir despacio... ¿Cuándo os vais a volver a ver?

—Esta tarde. Pasa a buscarme a las seis. Digamos que es como nuestra primera cita de

verdad.

Ella no contesta enseguida. Eso me sorprende. Presto atención a la pantalla y ni se mueve, pienso que se ha congelado la imagen, pero no, la veo parpadear.

—Me... mue-ro... del... to-do —dice después, despacio—. Literalmente, muerta en el sitio. ¡Mírame! —exige y se deja caer sobre el colchón de la cama de Scott con la lengua a un lado. Dos segundos después, se incorpora de un salto y vuelve a su posición inicial—. ¡Una primera cita de verdad después de la noche más romántica de la historia! Mira, mira, tengo la piel de gallina. —Acerca la cámara del móvil a su brazo—. Sudores fríos —continúa enfocando su cuello y pasando la mano por su piel como secándose el sudor—. Taquicardia, mareos... ¡Me matas! ¡Caerá sobre tu conciencia! —avisa—. Ah, y otra cosa: después de comer me paso por tu casa.

—Em... —empiezo a protestar.

Me apetece mucho verla y tener tiempo de cotillear y contarle lo maravilloso que ha sido todo. La verdad es que me muero por contárselo a alguien. Y que se muera de envidia un poquito. Pero tengo muchas cosas que preparar si quiero que la cita salga exactamente como yo quiero. Y con Emily aquí no creo que me vaya a sobrar el tiempo.

—Vale, luego te veo —insiste ella pasando de mis protestas—. Hasta luego, Ash.

Cuelga antes de que pueda poner una excusa convincente. Siempre hace lo mismo. Vale, mejor que me dé prisa. Porque diga lo que diga, o me ponga como me ponga, solo un desastre natural a gran escala podría impedir a Emily presentarse en mi casa esta tarde. Y hay mucho que hacer.

13

Today was a fairytale

Faltan solo unos minutos para las seis y Emily acaba de marcharse. Ahora mismo. Lo que significa que voy muy muy tarde. Ni siquiera estoy vestida, aunque tengo todo mi conjunto preparado sobre la cama. Eso no debería costarme demasiado. Lo malo será maquillarme. No quiero pintarme mucho, pero un poquito sí. Un poquito sí, que esto es una cita de verdad. Una cita de verdad con Cameron Parker. Madre mía, cada vez que lo pienso un escalofrío me recorre la columna vertebral. Estoy nerviosa. Qué idiotez. Solo es Cam. Hemos estado montones de veces a solas. Y, aun así, esto es diferente. Estoy muy emocionada. Muchísimo más que antes de mi primera cita con Tyler Sparks. Ay, si le hubieran dicho esto a mi yo de hace dos meses... qué carcajadas habría soltado. Pero aquí estoy. Y si no dejo de desvariar nunca estaré lista. Céntrate, Ashley.

Oigo el motor de un coche acercándose desde el final de la calle. Oh, mierda. Es él. Seguro. Corro hasta la ventana, en ropa interior, y me asomo. Un Honda blanco parando en mi puerta. Llega pronto. Bueno, cuatro minutos pronto. Y yo soy muy tardona... Menos mal que todo lo demás ya está listo. Al final, ha resultado que la visita de Emily me ha venido bien para todo mi plan estrella, ella se ha encargado de recoger una cosa de camino a mi casa y, luego, mientras yo me echaba crema hidratante y me perfumaba, se ha dedicado a recorrer todas las listas de Spotify de mi cita de esta tarde para seleccionar las más adecuadas de entre sus canciones favoritas. El acceso a toda esa información lo he conseguido a través de Vanessa que, en cuanto la he llamado, se ha mostrado entusiasmada con esto de poder aportar su granito de arena y las ha compartido conmigo. Podría decirse que el éxito o fracaso de la primera cita de verdad que organizo en mi vida depende también en gran parte de ellas. Y de mamá, que se ha dedicado a preparar la mejor limonada casera que haya hecho en mucho tiempo, y a rebuscar entre el montón de trastos del garaje y el montón de trastos del sótano hasta encontrar la preciosa cestita de pícnic que papá y ella compraron cuando les dio por ser románticos y que no se ha usado más de dos veces a lo largo de los años. Ahora vuelve a servir de algo, al menos.

Suena el timbre y yo no he avanzado nada en mi preparación. Ya me vale. Dos segundos y ya oigo a mamá llamándome al pie de la escalera. Me envuelvo en una bata fina y me asomo al rellano. Cam está justo al lado de mamá. Con sus pantalones negros ajustados, unas Converse

blancas muy parecidas a las que esperan a los pies de mi cama a que yo las calce y una camiseta gris oscuro. Una camiseta gris oscuro, qué payaso es. Sonrío enseguida en cuanto cruzamos una mirada. Y a él le pasa lo mismo. Madre mía, no podría estar más guapo.

—Lo siento, aún no estoy lista —me disculpo con él enseguida—. Emily ha venido y me ha entretenido...

—Qué pena, pensaba que ibas a salir así —bromea, con voz pícara.

¿En serio? ¿Delante de mi madre? Pero ella lo único que parece es encantada de conocerlo, así que ojitos verdes puede decir lo que le venga en gana.

—Dame cinco minutos, ¿vale? —pido, pasando de su comentario.

—Tranquila —responde, con una sonrisa encantadora—. Te espero.

Vuelvo a desaparecer en el interior de mi habitación. Vale, tengo que darme prisa. Me quito la bata y me pongo el vestido. Es de color anaranjado y es la primera vez que me lo pongo porque, aunque me gustaba, nunca he sentido que tuviera la suficiente confianza en mí misma como para llevar un vestido así y de este color. Pero Emily y yo hemos terminado por seleccionarlo tras media hora larga rebuscando entre todos los conjuntos disponibles. Y lo cierto es que estoy contenta con la decisión que hemos tomado. Me miro al espejo. Me queda bien. Me lo regaló mi tía hace ya casi un año. Casi un año encerrado en mi armario. A lo mejor estaba esperando un momento como este para salir. Es de tirantes, ajustado hasta la cintura a la que se ciñe con un cinturón color tostado, y tiene un escote redondeado que Emily dice que me hace «unas tetas irresistibles». La falda coge algo de vuelo a partir de ese punto y me cubre hasta la mitad del muslo. Hasta diría que estoy buena ahora mismo. Me calzo las Converse blancas. Ahora tengo que ver qué hago con mi cara. No me vendría mal Vanessa en este momento. Pero tendré que apañármelas.

El móvil suena con la entrada de un mensaje. Parece que me lee la mente o algo así. Es Vanessa, solo para desearme suerte en la cita y añadir inmediatamente que no la voy a necesitar, y para pedirme que mañana, o cuando pueda, le haga un resumen. Ah, y que está «superemocionada». Sonrío. Justo debajo de esa conversación está la que tengo con Cam. Me ha escrito hace un rato para preguntarme si tenía que traer algo. Me da la impresión de que no le termina de relajar del todo el hecho de que yo me encargue de la organización. Al final, lo ha admitido. Su último mensaje ha sido para confesar que estaba nervioso. Qué mono. Y, además, justo mientras chateaba con él, Emily ha entrado en modo histeria una vez más y, llamándome a gritos, me ha mostrado cómo Cam también había dado a «me gusta» en nuestro vídeo. Y, lo que es más, ha compartido la que parece ser la imagen del día. Eso de «Quédate con quien te mire como Cameron Parker mira a Ashley Bennet». ¿Es o no es absolutamente adorable? Para Emily lo es, y no ha parado de morirse del todo esta tarde, a medida que descubría detalles de la noche anterior. No sé si llegará al lunes de una pieza.

En fin, no es momento para preocuparme de las muertes literales de Emily ahora mismo. No me maquillo demasiado, solo me doy un poco de color en las mejillas y me resalto las pestañas.

Ah, y los labios, claro. De un color suave, pero que al menos se note que tengo una boquita que merece ser besada. Meto el móvil en una mochilita azul con estampado de estrellas blancas y me pongo una cazadora vaquera, corta y ajustada, antes de colgármela al hombro y salir.

Vuelvo a entrar y rocío el aire con un poco más de perfume para atravesar luego ese espacio e impregnarme el olor en la ropa. Bajo la escalera a saltitos y, al llegar al recibidor, oigo la voz de mi madre en el salón. La de Cam le contesta enseguida. Y Eric tampoco está fuera de la conversación, por lo que oigo. Parece que hablan de fútbol. Justo entonces oigo a mamá decir la palabra «universidad» y me pongo tensa. Mierda, tengo que sacarlo de ahí. Me asomo a la puerta y carraspeo suavemente. Los tres se vuelven hacia mí al instante. Cam se levanta el primero, como si le hubiera saltado un resorte al verme aparecer.

—¿Vamos? —sugiero.

Asiente con una sonrisa que casi parece tímida. Eric no se mueve. Mi madre y mi cita de hoy avanzan juntos en mi dirección.

—Podéis besaros, a mí no me importa —dice mamá despreocupadamente, cuando Cam y yo quedamos frente a frente.

Él parece un poco incómodo. Me sorprende. Cameron Parker suele echarle mucha cara a la vida. Creía que no era capaz de sentir emociones como las que estoy reconociendo en él últimamente. Así que el rey del baile también es capaz de ponerse nervioso, de incomodarse, avergonzarse y quizá hasta tiene un punto de timidez. Es interesante verlo. Es fascinante conocerlo. Se inclina hacia mí y me besa la mejilla muy suavemente. Y yo ya me estoy poniendo roja, a lo mejor ni me hacía falta el colorete. ¿Qué me pasa? ¿Qué nos pasa a los dos? Mierda. Pues que esto es una cita de verdad, eso es lo que nos pasa.

—Estás preciosa, Ash —dice, a media voz.

Le dedico una sonrisa tímida y, al fijar mis ojos en él, veo que también se ha sonrojado un poco. Me lo comería a besos ahora mismo... si me atreviera.

Veo a mi madre sonreír pícaramente y me apresuro a seguirla cuando va hacia la cocina, para cogerle la cesta de entre las manos. Ya está todo preparado en su interior y Cam alza una ceja al verla. Sonrío, traviesa, para que le quede claro que no pienso decirle de lo que se trata, de momento. Tiende la mano para cogerla él, pero la aparto de su alcance rápidamente.

—Deja que te ayude —pide.

—Puedo yo perfectamente —le dejo claro con pose altiva.

—Ya sé que puedes —aclara, tiernamente—. Pero, por favor, déjame hacerme el caballero delante de tu madre —sigue, y ha bajado la voz como si ella no pudiera oírlo, aunque sabe perfectamente que sí. Pelota.

Mamá ríe en respuesta. Qué coqueta ella. Será mejor que nos vayamos ya. No vaya a ser que se quiera unir a la cita. Seguro que quiere. Seguro que se muere de envidia ahora mismo. Ay, papá, vuelve pronto.

—Anda, marchaos y pasadlo bien —nos anima mientras ya caminamos hacia la salida.

—Gracias, señora Bennet —contesta el pelota—. La traeré de vuelta antes de la una, y me aseguraré de que, entre tanto, no hace ninguna tontería —bromea.

—Confío en ti para eso —ríe mi madre—. Que tengáis una buena cita —nos desea.

Los dos nos tensamos a la vez al oír esa palabra. Uf. Tengo muchas ganas de tener esta cita. Pero creo que ambos sentimos la misma presión. Tiene que salir bien. Bueno, no puede salir mal, ¿no? Vuelvo la cabeza para mirar a mamá por última vez y le lanzo una sonrisa en respuesta a la suya. Me ha ayudado mucho para preparar esto. Y parece realmente feliz de verme a mí así con Cam. Dos pasos hacia el coche y ya la oigo cerrar la puerta. Está esforzándose mucho para controlarse. Casi me esperaba que nos despidiera con la mano mientras nos alejamos rodando. Cam me quita la cesta, a pesar de mis protestas, y carga con ella mientras yo le voy advirtiendo que ni se le ocurra mirar dentro, un paso por detrás de él. La deja con cuidado en el asiento de atrás. Cuando se vuelve hacia mí me doy cuenta de que hay algo a mi espalda que le llama la atención, así que miro hacia allí. Tyler está en el porche de su casa fumando un cigarrillo. Mirándonos. No expresa ninguna emoción en concreto, pero a mí me resuena su melancolía a distancia. Vuelvo a mirar a Cam y él ya ha apartado la vista. Sigue muy enfadado con su amigo, por lo que se ve.

—¿Te importa esperarme un minuto? —pido, insegura.

Tengo miedo de que le siente mal. Pero dejé a Tyler tirado ayer en el baile y no me parece bien marcharme de aquí con Cam sin siquiera decirle hola. Cameron no parece enfadado. Asiente una sola vez con la cabeza.

—Claro —dice.

Y luego empieza a rodear el coche para montarse al volante.

Yo me acerco a paso rápido hasta donde está mi vecino, atravesando su jardín. Me planto delante de él, al pie de los escalones del porche.

—Hola, rey del baile —saludo con una sonrisita.

Me la devuelve y me alivia ver que es sincera.

—Rey sustituto —me corrige—. Parece que es mi sino perder contra ese idiota. —Señala el coche con la cabeza, pero el insulto suena bastante cariñoso—. Estás muy guapa, Ash —me piropea—. Y creo que no tengo que preguntar si acabaste bien la noche, después de ese vídeo tan empalagoso —medio bromea.

—¿Cómo acabaste tú? —me intereso. Lo miro con cariño—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Sonríe de nuevo como si intentara tranquilizarme—. Bailé con la reina, hice el payaso con el novio de la reina, y bailé lento con Ryan que, a su extraña manera, también fue una reina anoche. —Río y él me acompaña—. Anda, ve. No lo hagas esperar. Pasadlo bien.

Subo los dos escalones que me separan de él y me pongo de puntillas para besarle la mejilla.

—¿Hablamos mañana? —pregunto, a modo de despedida.

—Claro.

Asiento. Me doy la vuelta y vuelvo con paso ligero hasta el coche. Me monto en el asiento del

copiloto y Cam me mira mientras me abrocho el cinturón. Cuando mis ojos se encuentran con los suyos alza las cejas.

—Tú dirás dónde vamos, organizadora de citas.

—Tienes que dar la vuelta —indico para que gire el coche e ir en el otro sentido.

No dice nada y arranca. Mientras maniobra para hacer el giro, me pregunto si no deberíamos habernos besado ya. ¿Es raro que no lo hayamos hecho? Bueno, los dos estamos bastante nerviosos y se nota. A lo mejor solo necesitamos unos minutos juntos para relajarnos y volver a estar como estábamos anoche o esta mañana. Cuando empezamos a movernos calle arriba le indico a Cam que siga hasta el final y luego gire a la izquierda. Mi móvil acaba de vincularse a su reproductor y busca mi lista de canciones. Primera sorpresa de la tarde. Porque la canción que empieza a sonar no es de Taylor Swift. Veo a Cam fruncir el ceño y mirarme de reojo con los primeros acordes de *Stray heart* de Green Day.

—¿Qué le ha pasado a Taylor? —pregunta, con la vista fija en la carretera.

—Estaba cansada de cantar para nosotros. Dice que tiene que ir a grabar material nuevo y que, mientras, nos entretengamos con otro tipo de música. Ya has sufrido mucho con mi lista de reproducción. Creo que no pasa nada si escuchamos algo tuyo..., pero solo por hoy, ¿eh? —advierto en tono burlón.

—Solo por hoy. —Sonríe—. ¿Has estado rebuscando entre mis listas de reproducción? ¿De dónde has sacado esto?

—Una maga nunca revela sus trucos, Cameron.

Lo veo sonreír de medio lado.

—Entonces, mejor no me molesto en preguntar dónde piensas llevarme y cuáles son tus planes para hoy, ¿no?

—Mejor no, si no quieres perder el tiempo.

—Qué pena. Y yo que tenía la cita perfecta planeada...

—¿Ah, sí? —me intereso—. Y, dime..., ¿dónde pensabas llevarme tú si te hubiera dejado llevar las riendas de esta cita? —indago.

—¿Yo? Pensaba llevarte a Old Sac —dice, con ese tonito burlón tan desesperante. Me choca que bromee con esto en un momento así, pero no puedo evitar soltar una carcajada indignada y le golpeo el brazo con la palma abierta—. ¿Qué? —ríe él—. Siempre funciona con las nenas, princesa.

—Cállate —le pido, volviendo la cara hacia la ventanilla.

No creo ni que sea políticamente correcto bromear con las citas anteriores de tu pareja en la primera cita. Y menos aún con esta. Que fue justo el punto de inflexión para que él pasara de ser el tipo más encantador del mundo a un auténtico cretino. Pero supongo que es una buena manera de romper el hielo con esto. No podemos pasarnos toda la vida evitando el tema de Tyler como si nada hubiera pasado.

—No te enfades, Ash.

Suena un poco arrepentido. Debe de estar pensando exactamente lo mismo que yo. Me pone la mano sobre la tela del vestido en mi pierna y yo se la cojo para demostrar que no me he enfadado por su desafortunada broma.

—Lo siento. Estoy nervioso. No sé ni qué decir. No me dejes hablar más.

Me hace reír. Le suelto la mano para golpearlo suavemente con los dedos en la mejilla. Veo que su sonrisa asoma otra vez.

—¿Estás nervioso? —me burlo.

A pesar de que yo también lo estoy. Y mucho.

—Bueno, nunca me habían preparado una cita. En mi mundo de chicos populares siempre somos nosotros los que nos lo tenemos que currar —explica, medio en broma—. Esto es nuevo para mí. Y estás demasiado guapa hoy. Y llevas una cestita —añade en tono cómico—. No tengo ni idea de lo que piensas hacer conmigo.

—De momento dedícate a conducir, principito —digo, con el mismo tono burlón que él usa.

Lo guío durante diez minutos hasta que finalmente llegamos a la entrada del parque Sutter Landing. Le doy las últimas indicaciones hasta el aparcamiento. No dice nada hasta que apaga el motor. Entonces, se suelta el cinturón de seguridad, se vuelve hacia mí y alza las cejas.

—¿Ahora qué?

Yo sonrío. Ampliamente. Estoy emocionada. Pero nerviosa. Porque espero que le encante, pero no estoy muy segura de que esta sea su idea de un buen principio de cita. Y menos de una primera cita. Bueno, no podrá acusarme de no ser original. Y creo que le va a gustar. Por favor, que le guste. Después de esto tendrá tiempo para una cita más tradicional. Para ser compensado. Aunque espero que no necesite compensación.

—Vale —digo, y respiro hondo antes de comenzar a explicarme—. ¿Has estado en el parque Sutter Landing alguna vez? —pregunto en primer lugar.

—Muchas veces. A Troy y a Lucas les mola el *skate*. Me han hecho venir unas cuantas veces a la pista que hay allí delante —señala—. De pequeño venía con mi padre y mi hermano a jugar al béisbol y al fútbol. Y también he venido alguna vez a bañarme en el río.

—¿Has estado alguna vez al otro lado de este aparcamiento? —Señalo detrás de él y vuelve la cabeza.

—No.

—Bien. —Sonrío satisfecha—. Después de mucho pensar sobre esta cita y el lugar al que debería llevarte, he decidido que tenía que mostrarte esta parte de mí. —Me hago la misteriosa. Me mira interesado—. Bueno, en realidad tú me has preparado muchas citas, aunque por entonces no las llamáramos así, fuimos al circuito de karts, quedamos para comer, me llevaste a escalar, a conducir una moto... Me enseñaste tu sitio para respirar —termino, perdida en sus ojos. Está muy concentrado en mí—. He pensado que lo más justo es que yo también te enseñe mi lugar para respirar.

—Me gusta cómo empieza esto —reconoce con media sonrisa—. ¿Me has traído a tu lugar

especial? ¿Vas a compartir esto conmigo?

—Calla —le pido, al ver que va a decir algo más—. Hace bastante tiempo que no vengo. Y, en realidad, en este parque están mis dos lugares especiales: al que vengo cuando necesito animarme, y al que vengo cuando necesito alejarme y estar sola. Así que es un dos por uno. Empezaremos por el que me sirve para animarme y luego... podemos buscar algo más de intimidad.

—Muy bien —dice, y noto su impaciencia. Está deseando salir y descubrirlo de una vez.

Salgo del coche con la sonrisa pegada a los labios y él hace lo mismo. Duda un momento mientras yo ya me alejo del vehículo.

—¿No tenemos que coger tu cestita, caperucita? —bromea.

—Mejor que no. —Río sin dejar de andar—. Eso para luego. ¡Vamos!

Corre un poco para ponerse a mi altura y caminamos pegados, pero sin tocarnos. Me basta con su cercanía, aunque la verdad es que no estaría mal besarnos de una vez, aunque fuera un beso corto y soso, solo para dejar claro que está permitido besar, porque me parece que ninguno de los dos tenemos muy claro si en este momento lo está.

—Desde que era pequeña siempre me han encantado los animales —le cuento—, pero resulta que mi madre es alérgica al pelo de cualquier bicho remotamente parecido a una mascota. Quiero decir, no se muere si está con uno un rato, pero no sería cómodo para ella vivir con uno en casa. Y yo me he pasado la vida pidiendo un perrito, sin éxito, claro. Por otra parte, como tú bien sabes, mi padre nunca ha pasado demasiado tiempo en casa entre viaje y viaje. Y era raro que le tocara estar por aquí el fin de semana. Así que solíamos tenerlo con nosotros un fin de semana al mes, como mucho. Esos fines de semana él siempre quería hacer cosas especiales, supongo que para compensarme. Intentó hacer del zoo nuestro lugar especial, pero yo siempre lloraba porque quería sacar a todos esos pobres animales de sus jaulas —reconozco y Cam ríe suavemente a mi lado. Me fijo en él y me está mirando con ternura. Le sonrío también—. Así que al final desistió y un compañero suyo le sugirió que me trajera aquí.

Ya estamos cerca y me planto delante de Cam para hacerle parar.

—Desde entonces hemos venido montones de veces, la última fue cuando estuvo aquí por Navidad. También me trajo aquí para darme la noticia de que tenía que irse a Japón. El mejor lugar para las malas noticias, créeme. Es un lugar muy muy especial para mí, así que espero que te guste. —Me muerdo el labio, nerviosa.

¿Y si no le gusta? ¿Y si le parece que estoy loca? ¿Y si le parece una mierda de cita? Bueno, solo es la primera parte, pero aun así...

—Venga, vamos —me mete prisa.

—Vale.

Respiro hondo y extiendo los brazos mientras dejamos atrás los dos árboles que nos tapaban la visión, para darle dramatismo.

—Bienvenido al paraíso, Cameron Parker.

Da dos pasos a mi lado y trato de estudiar su expresión. Sonríe. Mucho. Diría que no le ha horrorizado. Justo frente a nosotros tenemos un enorme parque para perros. Y ahora mismo está a tope. Lleno de canes sin correa que corren y juegan entre ellos, mientras sus dueños charlan o se dedican a lanzarles pelotas.

—¿Qué...? ¿Podemos entrar?

Busca mis ojos y veo cómo brillan los suyos. Vaya, ¡tiene muchas ganas de entrar ahí de verdad! No puede ser. No puede ser tan perfecto.

—Claro que sí —respondo, y empiezo a recorrer el espacio que nos separa de la puerta.

Me sigue rápidamente y entramos y cerramos la puerta de la valla a nuestra espalda. Seguramente sería muy raro venir aquí sin perro si no llevara haciéndolo desde los cinco años. Diría que la mayoría de la gente que se reúne aquí diariamente ya me conoce.

—Guau —dice Cam, encontrando la expresión más adecuada—. Hay un montón. ¿Te he dicho alguna vez que me encantan los perros? —lo duda, y me mira de reojo con el ceño un poco fruncido.

Ni siquiera se molesta en esperar mi respuesta y creo que hasta se olvida de que estoy aquí cuando un bóxer se acerca hasta él meneando todo el cuerpo y le olfatea el pantalón. Cam le ofrece su mano y, después de dejar que la huela, lo acaricia rascando su costado.

—¡Hola, amiguito! —lo saluda—. ¿Cómo estás? Pasándolo en grande con tus colegas, ¿eh?

Se me ensancha la sonrisa al escucharlo. Está usando esa típica voz con la que incluso yo misma suelo hablar a todos los perros que me encuentro. Y no podría ser más adorable. Su amigo canino sale corriendo enseguida cuando oye un silbido desde el otro lado del parque.

—Vale. ¿No piensas que estoy loca?

Él se ríe.

—¿Loca? ¡Loca estás por no haberme traído aquí antes, Ashley! ¿Te había dicho que mi hermano tiene una bóxer? —pregunta entonces, y yo niego con la cabeza—. Bueno, en realidad es de Zack, pero como si fuera suya. Está loquísima.

—Como todos los bóxers. Anda, ven.

Avanzamos hacia el centro del parque, donde hay mayor concentración de animales y también de personas. Vamos hablando de la perra de su hermano y del perro de Grace, que es un pastor alemán con la cabeza más grande que la mía. De pronto, un perro gigante se nos acerca a toda velocidad y salta sobre mí, poniendo sus enormes patas en mis hombros y tratando desesperadamente de lamerme la cara. Consigo mantener el equilibrio, aunque Cameron ya estaba haciendo amago de acudir en mi ayuda. Abrazo el cuello peludo del animal mientras me río.

—*¡Drako!* —saludo. Le beso el hocico, y el perro vuelve a darme un lametón en la mejilla—. ¿Qué tal, mi chico? ¡Cuánto tiempo sin verte!

Baja las patas al suelo de nuevo y se curva apoyando el peso sobre mis piernas sin dejar de menear la cola frenéticamente y golpeando las piernas de Cam con ella. Son como latigazos.

—¡Pero, bueno, Ashley! —oigo que me saludan y levanto la cabeza para sonreír al dueño de mi amigo peludo—. ¡Hacía mucho que no te veía por aquí! ¿Cómo estás? —Me da un abrazo mientras *Drako* da vueltas, emocionado, a nuestro alrededor—. ¡Te ha reconocido al segundo! ¡Qué tío! Y eso que no te ve desde... ¿cuándo? ¿Desde Navidad?

—Sí. —Sonrío.

Miro al perro que tiene los ojos fijos en mí y suelta un gemido para reclamar mi atención. Pero tengo que hacerlo esperar un poquito.

—Este es mi amigo Cam —presento—. Lo he traído para que vea el mejor lugar de toda la ciudad —medio bromeo, y el hombre se ríe—. Él es John —le digo a Cam.

Se dan la mano y yo me agacho para abrazar a *Drako* mientras ellos intercambian unas palabras.

—Y este es mi mejor colega: *Drako* —lo presento también.

—Encantado, *Drako* —lo saluda Cam.

Se agacha frente al cruce de rottweiler y deja que le huela la mano antes de acariciarlo tras la oreja.

—Vaya susto me has dado, chaval. Pensaba que ibas a derribar a esta canija —se mete conmigo.

Yo los dejo haciéndose amigos mientras intercambio unas palabras con John. Pregunta por mi padre, por supuesto, y hablamos unos minutos antes de que aparezcan un par de perros más, dispuestos a saludarme, y sus respectivos dueños.

Veo a Cam sonreír enternecido cuando una labradora color chocolate deja la pelota que lleva en la boca a mis pies y suelta un solo ladrido.

—¿Qué quieres, *Daisy*? —río al verla.

Recojo la pelota y ella se sienta inmediatamente.

—Si la primera vez que te vio no le hubieras lanzado la pelota tantas veces, no te verías en esta situación —se burla de mí su dueña, una chica de veintipocos.

—No me importa, aunque creo que Cam la lanzará mejor que yo. —Le paso la pelota, y nunca mejor dicho que en este caso.

Pasamos más tiempo del que yo tenía planeado jugando con todos estos perros, conocidos y amigos míos, y algunos otros nuevos en el grupo, también. John y *Drako* se quedan más tiempo del que tenían previsto, después de que el hombre llame a su esposa para decirle que estoy yo en el parque y parece que *Drako* quiere quedarse un ratito más. Así que jugamos con él. Cam tiene pinta de estar pasándoselo en grande corriendo con la pelota de un lado para otro perseguido por una jauría de perros de todos los tamaños, pelajes y colores. Y, claro, tiene un encanto natural para ganarse a las personas también, así que todos los humanos con los que nos relacionamos están igualmente embelesados con él.

Ya está atardeciendo cuando tengo que despedirme de *Drako*. Empieza a caer el sol y aún tengo que llevar a Cam hasta nuestro siguiente destino. No está lejos, pero hay que bordear todo

el parque por la orilla del río y nos va a llevar un ratito. Parece ligeramente fastidiado cuando le digo que es mejor que nos vayamos ya al siguiente lugar, como un niño pequeño al que interrumpen cuando juega con sus amiguitos. Mira el reloj y pone cara de sorpresa al ver la hora. Sonrío mientras se despide de sus colegas perrunos como lo hago yo. Y él sonríe cuando por fin salimos del recinto y caminamos hacia el coche.

—No pretendía tenerte ahí tanto rato —intento disculparme, aunque sospecho que no hace falta.

—¿Qué? ¡Si se me ha pasado el tiempo volando, Ash! Me encantan los perros, son geniales. Pero mi madre es una loca de los gatos —medio bromea al tiempo que llegamos al coche—. ¿Ahora qué? —pregunta, con su tonito burlón—. Tengo que advertirte que te va a ser muy difícil superar la primera parte de la cita —avisa, manteniendo el tono, y me señala con un dedo.

—¡Vaya! Ya sabía yo que tenía que guardarme la artillería pesada para el final. —Finjo arrepentimiento—. Pero es que, claro, por la noche no suele haber muchos perros por aquí.

—¿Ya puedo ver lo que hay en la cestita? —pide, y me hace reír.

—Aún no. Tenemos que ir a mi segundo lugar especial. El de estar sola, el de la tranquilidad, el de pensar...

—¿Tranquilidad? Yo ahora mismo estoy de subidón, Ash —bromea y da una palmada. Yo suelto una carcajada—. Tú mandas —cede, con una sonrisa encantadora.

—Vamos, sube, tenemos que llevar el coche al último aparcamiento, porque si no tendremos que andar demasiado.

Veo que frunce un poco el ceño, pero no dice nada. Abre el coche con la llave y nos montamos de nuevo. Nos miramos un momento, sin que lo ponga en marcha.

—Y yo que me había puesto mona y me había perfumado... y ahora tengo patitas marcadas en el vestido y olemos a perro... —me lamento.

Cam se inclina hacia mí y acerca su nariz a mi cuello.

—Hueles muy bien, princesa —murmura, cerca de mi oído.

Me aparto un poco al notar un escalofrío recorrerme la columna. Mierda, ya me he puesto nerviosita otra vez. Muy nerviosita. Y noto cómo me arden las mejillas. Y seguro que él se ha tenido que dar cuenta también. Por Dios, Ashley, madura de una vez. Cameron no dice nada, claro. Se coloca bien en su asiento y arranca, pero, cuando lo miro de reojo, veo que tiene una sonrisa canalla pegada a los labios.

Recupero la cesta cuando dejamos el coche en el último aparcamiento del parque. Cam se apresura a cogerla de entre mis manos y, aunque intento discutir un poco, al final dejo que la lleve él porque lo cierto es que pesa bastante.

—Hay que andar un poco —le advierto, mientras lo guío por el camino que bordea el río.

Aún quedan unas cuantas personas por aquí, paseando, corriendo o andando en bici, pero la mayoría va en dirección contraria a la nuestra.

—¿Está muy lejos? —pregunta Cam intentando poner voz de fastidio, aunque puedo notar ese

tonito divertido al final.

—¡Oye! Tú eres el deportista. ¿Ha acabado la temporada de fútbol y te has vuelto un vago?

—Ashley... —protesta lastimeramente—, que estoy convaleciente —me recuerda, y yo suelto una carcajada.

—Qué morro tienes...

Lo miro de reojo y lo veo sonreír. Parece muy relajado, y contento. Me encanta verlo así. Aún me acuerdo de ese aire taciturno y el aura negra que lo envolvía siempre últimamente, desde que dejamos de ser amigos. No puedo decir que me extrañe, y no por mí, sino por todos los problemas que se le han acumulado al pobre en estas últimas semanas: su bronca con Tyler, la presión del partido, la ausencia de su padre, y acabar lesionado y sin jugar el final imagino que ya fue demasiado. Ahora parece completamente otra persona. Se lo ve feliz. Espero que yo tenga algo que ver en ello. Como si me estuviera leyendo el pensamiento me mira y, al pillarme observándolo, sonríe de medio lado y me guiña un ojo. Madre mía, siento cómo se me acelera el corazón solo con ese guiñito. Me gusta demasiado este chico. Avanzamos el uno junto al otro en silencio un par de metros. Luego, noto cómo poco a poco se pega más a mí. Tarda un minuto o dos en atreverse a rozar mi mano con la suya. Yo me trago la sonrisa, intentando aparentar que ni me he dado cuenta. Tras un par de roces más, al ver que no me aparto, me agarra la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Y yo acomodo mi mano en la suya y sonrío sin decir nada, mirando al frente y sin dejar de caminar. ¿He dicho ya que es el tío más mono que he conocido en la vida?

—Es por aquí. —Señalo un senderito que se cuela entre dos árboles en dirección a la orilla del río.

Tiro de su mano y él me sigue, dócilmente. Tardamos solo un par de minutos más en llegar a mi sitio secreto. El sol ya está bajo y, aunque desde aquí no podemos verlo esconderse en el horizonte, los colores rojizos del cielo se reflejan en las aguas. Está exactamente igual que la última vez que estuve aquí. La superficie rocosa se extiende, plana, unos cuantos metros hasta la orilla del río. Y desde ahí varias rocas enormes, de superficie igualmente plana salpican las aguas aquí y allá. Desde este punto en concreto no se ven los puentes que atraviesan el río de los Americanos, y da la impresión de que estamos muy lejos de la ciudad, rodeados de árboles y con el sonido del agua de los rápidos, que quedan un poco más arriba, amortiguando cualquier otro que recuerde al jaleo de la urbe. Es casi como un oasis en medio de la ciudad. Mi oasis. Y ahora voy a compartirlo con Cam.

—¡Vaya! —exclama. Me suelta la mano para dar una vuelta sobre sí mismo—. ¿Qué ha pasado? ¿Nos hemos teletransportado a las montañas de Alaska?

Deja la cesta en el suelo y se acerca hasta el borde del río.

—Por suerte, hace más calorcito aquí que en Alaska —bromeo.

Se vuelve para mirarme con una sonrisa.

—Es increíble. No se oye nada. Pensaba que después de lo de mis amigos perrunos no ibas a

poder impresionarme, Ash. Pero este sitio es una pasada. ¿Traes aquí a todos tus ligues? —pregunta en tono burlón.

—¿Eso es lo que eres tú? ¿Mi ligue? —respondo en el mismo tono. Hace una mueca, como si le doliera que lo tenga que preguntar—. No le he enseñado este sitio a nadie... excepto... —apunto cuando ya lo veo empezar a sonreír—, lo descubrí con mi padre, así que él lo sabe. Y Emily también. La traje aquí alguna vez cuando sus padres se estaban divorciando, aunque Em es más de ciudad que de parajes naturales —acuso, con una sonrisa—. Y, ahora, te he traído a ti.

—Vaya... ya no es tan especial —bromea, y hace una mueca de disgusto, pero no puede evitar que se le escape una sonrisita.

Me acerco a la cesta y me agacho para abrir una de las tapas. La verdad es que tenía que pesar mucho, hay varias cosas dentro y, entre ellas, hasta una pequeña neverita repleta de acumuladores de frío. Es lo primero que abro, sin dejar que Cam la vea y saco la botella de cristal que mi madre ha colocado con tanto cuidado en su interior. Luego recojo las dos copas que descansan al otro lado de la cesta. Cam me observa, pero no dice nada mientras yo lleno las copas con limonada casera de mi madre. Luego, guardo la botella de nuevo y me levanto para ofrecerle una.

—A ver si puedo compensar que no seas el único que ha estado aquí. —Le tiendo la copa.

La coge y sonríe.

—Es lo mejor que he visto en mucho tiempo: limonada en copa —bromea—. Por favor, dime que es limonada casera de tu madre.

—Imaginaba que tendrías sed después de jugar con los perritos —digo, en tono burlón—. Pruébala.

Inclina su copa hacia mí para hacer un brindis y, después de chocar el cristal, se la lleva a los labios.

—Mmmmmm —dice, incluso antes de tragar—. Y está fría, qué buena. ¿Cómo lo has hecho? —quiere saber después, con una ceja alzada.

Le hago una seña con el dedo para que se acerque hasta mí y, cuando se inclina hacia mi boca, acerco mis labios a su oreja, para susurrar mi secreto:

—Acumuladores de frío —digo, en tono confidencial.

—Acumuladores. Dímelo otra vez —gime, como si fuera lo más erótico que ha oído nunca.

—Idiota —le contesto yo, entre risas.

—Me encanta cuando me dices guarradas —sigue.

Lo empujo para alejarlo de mí y se ríe a carcajadas, contagiándome. Vaya tío más payaso.

—Ey —llama mi atención, más serio—, ¿he dicho ya que está siendo la mejor cita en la que he estado? —pregunta.

Me clava los ojos con intensidad.

—Aún no he terminado.

Le tiendo la copa para que me la sujete y él la coge mirándome intrigado.

—¿Aún hay más? Para, Ash, por favor, me estás matando.

Le dedico una sonrisa de medio lado y rebusco en la cesta hasta sacar la mantita de pícnic que mamá y yo hemos metido ahí para la ocasión. Es blanca con cuadros rojos. Muy típica. La extiendo y la sitúo unos pasos por delante de donde estamos ahora, justo al borde del río.

—Guau, un pícnic de limonada —bromea Cam.

Pero yo lo miro seria. Mierda, mi corazón ha vuelto a acelerarse y me golpea el pecho como si quisiera escapar. No me extraña. Demasiada emoción para mi pobre corazoncito. Y también para mí. Casi tengo ganas de salir corriendo. Pero creo que tengo muchas más ganas de quedarme. Cameron Parker parafraseándome. Quién podía esperar algo así. Yo no. Se acuerda de lo que dije en nuestra escapada nocturna al parque. Se acuerda. Él también se ha quedado serio ante mi mirada. Se acerca y deja las dos copas sobre la mantita antes de mirarme de frente. Demasiado intenso. Paso a su lado y camino de una roca a otra hacia el interior del río. Paro en la última y Cam no tarda ni tres segundos en unirse a mí. Cuando lo miro, veo que también duda. Que también está nervioso. Parecemos un par de críos en su primera cita, sin saber si es adecuado besarse ya o no. Sin saber lo que el otro piensa. El uno frente al otro, esquivando miradas. Como si no nos hubiéramos besado un montón de veces ya ayer, incluso esta mañana.

—Sé que es una tontería —suspiro en voz baja. Intento armarme de valor para decir lo que quiero decir—: Lo del pícnic y esto... Quería rescatar algunos momentos porque no tienes ni idea de lo perfectos que fueron para mí. Pensaba que, a lo mejor, podía hacerlo bien esta vez —confieso—. Y este sitio no tiene precisamente vistas al lago Folsom, pero...

Cam da un paso hacia mí y alzo la vista para mirarlo. Me engancho de inmediato a esos ojitos verdes y, especialmente, a cómo brillan en este preciso momento, reflejando los colores del atardecer.

—Iba en serio cuando he dicho que está siendo la mejor cita de mi vida, Ash. Y este sitio tiene unas vistas jodidamente preciosas —añade, con voz más firme y la mirada clavada exclusivamente en mí.

Sonrío levemente y niego con la cabeza.

—No seas ñoño.

—Tienes unas tetas increíbles —dice, al tiempo que baja la mirada a mi escote.

—¿Qué...? ¡Idiota! —Río cuando veo cómo forma esa sonrisa canalla. Me está tomando el pelo. Precisamente en un momento como este.

Le pego en los brazos con las palmas de mis manos mientras él ríe a carcajadas y trata de pararme. Me sujeta los brazos y, cuando me quedo quieta, alza las manos en son de paz.

—No sé cómo acertar contigo —sigue, en tono de broma—. No puedo ser ñoño, no puedo hablar de tus tetas... —Los dos reímos y luego vuelve a quedarse serio—. Lo siento, Ash, es que esto no me había pasado nunca, pero la verdad es que no sé muy bien qué decir.

—Cállate. Mejor no digas nada.

Da un paso corto hasta mí quedando muy cerca de mi cuerpo. No me toca, pero baja la cabeza

y se inclina un poco, como si estuviera a punto de decidirse a besarme.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa —dice, bajito, cerca de mi boca.

—Deja de llamarme princesa.

Lo noto sonreír y se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo.

—No. Eso sí que no.

Y ese susurro burlón es lo último que pronuncia antes de fundir sus labios con los míos. Entreabro la boca y rodeo su cuello con los brazos para apretarlo contra mí, más efusiva de lo que yo misma me había imaginado que iba a permitirme ser. Hace apenas un segundo estaba cortadísima y temblando como un flan. Y ahora tiemblo, pero ya no tiene nada que ver con el nerviosismo. Cam ajusta sus brazos a mi cintura y pega mi cuerpo al suyo, permitiendo que su lengua busque la mía casi con desesperación. Qué beso tan increíble. Sabe a limonada casera de mi madre y a Cameron Parker en estado puro. Y no, no huele a perro.

Deslizo los brazos hacia abajo muy lentamente hasta que mis manos quedan en su cuello. Nuestras bocas permanecen a escasos milímetros. Casi parece que tenemos que esforzarnos para que la atracción no vuelva a estrellarlas sin nuestro permiso. No es que quiera resistirme mucho, tampoco.

—Espera —susurra Cam, al tiempo que desliza las manos hasta mis caderas—. Aún te debo otro beso.

—¿Ah, sí? Y eso ¿por qué? —le sigo el juego, sin moverme en absoluto.

—Por el que me quedé con las ganas de darte en nuestro pícnic de alcohol —confiesa, y mi corazón da un saltito.

¿Debería decir que yo también me quedé con ganas de ese beso? Pienso en aquella noche. En cómo me sentía a su lado. En cómo me confundió. No podía ser que quisiera besar a Cameron Parker si estaba loca por su mejor amigo, ¿no? No era lo que debía pasar. Que me lo digan ahora.

—Si vamos a empezar a cobrarnos todos los besos que nos debemos porque nos quedamos con las ganas a lo mejor no nos da tiempo de cenar —medio bromeo.

—Hagámoslo. —Yo sonrío al oír su tono—. Empiezo con el del pícnic de alcohol.

—¿Fue esa la primera vez que te quedaste con ganas de besarme? —indago, y tengo que apartarme un poco para que no pegue sus labios a los míos aún.

—No —me sorprende—. ¿Qué habrías hecho si llego a besarte después de que me escribieras en el brazo? ¿Me habrías pegado una bofetada?

Suelto una carcajada al oírlo y lo veo sonreír ante mi reacción.

—No. No, porque esa noche fue la primera vez que yo me quedé con las ganas de besarte.

Atrapa mi labio inferior entre los suyos sin decir nada más. Y los ojos se me cierran mientras me dejo llevar. No me importa si no cenamos. Besar a Cam es mucho mejor que cualquier cosa que haya metido en esa bonita cestita de pícnic.

—Vaya, no sabes a cerveza, pero lo daré por bueno —bromea cuando nos miramos a los ojos de nuevo.

—¿Cuándo fue la primera vez que te quedaste con ganas de besarme? —insisto, pasando de su comentario.

Se aparta y camina de vuelta por las rocas que salpican el río hasta llegar a donde hemos dejado la mantita y nuestras copas. Lo sigo y me siento en la manta a su lado cuando él lo hace. Sí que le gusta crear expectación. A lo mejor ni siquiera va a contestarme.

—Vale —habla por fin. Me tiende mi copa de limonada—. Momento de sincerarse. Te habría besado mientras cantabas en mi coche como una loca al volver del centro comercial. Pero la primera vez que me quedé de verdad con las ganas fue al dejarte en casa de Mia al día siguiente. Ya sabes, cuando me dijiste eso de que era un capullo adorable —recuerda con una sonrisita.

—Muy bien. Vamos a recrearlo.

Me levanto para sentarme a su derecha en vez de a su izquierda, como estaba entonces. Dejo la copa antes de inclinarme hacia él y besar su mejilla derecha suavemente. Me aparto apenas un par de centímetros mientras él permanece inmóvil.

—Eres un capullo adorable, Cameron Parker —susurro.

Empiezo a retroceder y él se lanza hacia mí. Me envuelve entre sus brazos al tiempo que me besa con ganas y yo sonrío en el beso. Su ímpetu me empuja hacia atrás hasta que quedo recostada sobre la manta, con él prácticamente encima. Hemos golpeado mi copa y la limonada empapa el borde de la tela. Ni siquiera nos importa. Para cuando Cam se aparta y me ayuda a incorporarme de nuevo, estoy prácticamente sin aliento.

—Muy intenso para un primer beso —digo, como puedo, y lo oigo reír—. Me habrías asustado un poco —bromeo.

—Uf, menos mal que me contuve —dice, divertido. Me pasa un brazo por los hombros y me acerca a su cuerpo—. Siento lo de tu limonada, ¿puedo compensarte? ¿Te relleno la copa?

—De eso nada. —Lo empujo y recojo la copa para acercarme con ella hasta la cesta—. Tú no tocas mi cesta. ¿Tienes hambre? —consulto mientras la arrastro para ponerla a nuestro lado—. He traído algo para compensarte por un regalo que no pude traerte.

—No...

Se echa a reír cuando me ve poner entre los dos una bandeja de *sushi* y unos palillos para comer con ellos.

—Estás como una cabra, Ash —advierte, aún riendo—. Qué bueno. Es el mejor día de mi vida. Aunque, claro, más te valía compensarme.

Hago un mohín con los labios, indignada, al oírlo.

—¿Perdona?

—Sí, porque sabes que en el partido me pegaron muchísimo, ¿no? Casi me matan —exagera y yo suelto una carcajada.

—Creía que a ti no te había noqueado nadie... —me burlo.

—Eh, eso lo decía para hacerme el machote e impresionarte, pero ahora que ya te tengo en el bote no hace falta. —Ríe bajito al ver que yo lo hago a carcajadas—. Y la verdad es que me

dieron una paliza. Me hicieron mucho daño, Ash —continúa, con cara de pena.

No puedo resistirme y tengo que coger su cara entre las manos y hacerle poner cara de pez.

—Pobrecito —murmuro.

Asiente y yo beso sus labios suavemente.

—Y la culpa fue tuya —insiste cuando me aparto—. Porque me dijiste que daba igual qué ojo pintar y, obviamente, no tenías ni idea...

Volvemos a reír, y niego con la cabeza.

—Daba igual qué ojo pintar... lo busqué después en internet. En ningún sitio decía nada del orden de los ojos.

—El peor regalo de mi vida, chica. —Se ríe cuando yo me tapo la cara con las manos e intento contener mi propia risa—. De verdad, el peor.

—Pensaba que lo habrías tirado a la basura después de todo.

—¿Qué dices? Claro que no. Algún día alguien me preguntará cuál ha sido el peor regalo que me han hecho nunca y lo estoy guardando para poder enseñárselo —me pica y yo le pego en el brazo, lo que lo divierte aún más—. No. En serio. Intenté tirarlo, pero siempre volvía a la misma posición. No sabía qué hacer con él...

Vuelve a estallar en carcajadas cuando yo lo hago. No puede parar de hacer el payaso y decir tonterías. ¿Por qué me encanta? Si antes me parecía insufrible cada vez que se hacía el gracioso en clase. Pero antes no lo conocía, no como ahora.

—¿Sabes? También me quedé con las ganas de besarte cuando volví de Japón —confieso.

Entonces sí se queda serio. Muy serio, mientras mira mis ojos y mis labios alternativamente.

—Yo me moría por besarte cuando volviste de Japón, Ash. Y todos los días desde entonces...

—Vamos —animo. Me levanto y le tiendo la mano—. Vamos a recrearlo —digo, una vez más.

Pone los ojos en blanco, pero inmediatamente sonríe, divertido.

—Muy bien. —Entra en el juego—. Yo estaba arreglando la valla —alardea con voz profunda, y se agacha de espaldas a mí simulando dar martillazos—. Y entonces apareces tú...

—Buenas tardes, caballero —digo yo, recreando la escena.

Se vuelve hacia mí y se levanta inmediatamente con una sonrisa radiante.

—¡Pero bueno! ¡Recién llegada del país del sol naciente! Eh, espera... ¿Qué te has hecho en el pelo? —sigue, en tono burlón.

—¿Te gusta? —Trato de mantenerme en mi papel y controlar la risa.

No contesta. Da dos pasos hacia mí y me sujeta por la nuca para besarme con intensidad.

—Espero que eso responda a tu pregunta —bromea, al separar nuestros labios.

—Me habría encantado este recibimiento —murmuro.

—Y a mí también —reconoce. Luego se aparta y mira hacia otro lado—. Pero tú tenías una cita con Tyler.

Frunzo el ceño cuando lo veo volver a la manta y sentarse, de espaldas a mí. Mierda, el tema

de Tyler aún no está aclarado. Ni mucho menos. Y no quiero echar a perder nuestra primera cita con esto. Desde luego que no. Pero tengo que decir algo. Y puede que yo haya sido una niñata y no haya sabido lo que quería, y hasta he podido parecer una caprichosa a ojos de Cam. Pero no toda la culpa es mía, ¿no? Él fue el que dijo que tenía que salir con Tyler. Y parece que no se acuerda.

—Yo tenía una cita con Tyler porque tú me habías dicho que debería salir con él —aclaro. Me siento a su lado—. Te pregunté si debía hacerlo y me dijiste que sí. Necesitaba que dijeras que no, Cam —me lamento en voz más baja—. Necesitaba que me dijeras que no eran imaginaciones mías y que tú querías estar conmigo, que no querías que estuviera con él...

—Yo no podía decirte eso —gruñe, sin mirarme.

—¿Por qué no? —exijo una explicación.

Pongo una mano en su mejilla para obligarlo a volver la cara y encontrar mis ojos. Está muy serio y tiene un brillo ligeramente triste en las pupilas.

—A veces pensaba que tú sentías lo mismo que yo —reconoce—. Y cuando me escribiste para decirme que Tyler te había pedido una cita y pedir mi opinión... No sé si te diste cuenta de cuánto tiempo tardé en contestarte. —Sonríe de medio lado, tristemente—. Escribí cinco mensajes de respuesta diferentes, y en los cuatro primeros decía que no, que no salieras con él. Pero no los envié. Porque la verdad, Ash, es que pensé que tú necesitabas salir con él... y yo necesitaba que lo hicieras. Cuatro años esperando esa cita, ¿no? No habrías dejado nunca de preguntarte cómo hubiera sido. Y no quería que te quedaras con esa espina. Y, la verdad, pensé que saldrías con él y te darías cuenta de que no era lo que querías. Qué idiota, ¿no? Necesitaba que salieras con él para poder pensar que nos habías tenido a los dos y me habías elegido a mí.

Me quedo callada por unos segundos, pensando en lo que dice. ¿Tiene sentido? Yo ya lo había elegido a él antes de salir con Tyler. Lo habría elegido con los ojos cerrados. Sin pensármelo demasiado. Hasta que me convencí de que no era una opción. De que Cam no quería estar conmigo. Si no puedes tener a la persona a la que quieres... Qué estúpida. Si solo le hubiera dicho que habría preferido que fuera él quien me acompañara esa noche...

—Tal y como me lo planteaste, pensé que tú no eras una opción —confieso, al fin—. Te habría elegido a ti, si hubiera pensado que había dónde elegir.

—¿Sí? —lo duda—. Parece que la cita fue muy bien al final, aunque yo intentara boicotearla contándote lo de Old Sac —medio bromea, pero no sonríe.

—La cita fue muy bien. —Tengo que reconocerlo, y lo veo fruncir el ceño ante mis palabras. Parece un niño enfurruñado porque no le gusta lo que oye—. Fue muy bien en cuanto me obligué a dejar de pensar en ti. Y, por si te lo estás preguntando, Cameron Parker, esta también estaba siendo la mejor cita de mi vida hasta que te has puesto a refunfuñar.

—¿Ya no lo es? —Parece ablandarse un poco, y me mira con cara de bueno. ¿Se podrá ser más mono? Creo que no—. ¿Qué puedo hacer para que vuelva a serlo?

—Cómete el *sushi* —aconsejo.

Suelta una carcajada, y yo sonrío. Pero no me hace caso. Y aún deja el *sushi* de lado un rato más mientras me besa.

La oscuridad está ganando terreno para cuando terminamos de cenar. Hemos dejado atrás el tema de Tyler, y cualquier otro asunto que pudiera resultar espinoso y, a cambio, hemos hablado de nuestras películas, series de televisión y libros favoritos. ¿Es de lo que la gente normal habla en una primera cita? Supongo que sí, ¿no? He conectado mi móvil a un altavoz de viaje que he traído en mi cestita y tenemos muchas de las canciones de sus listas de reproducción sonando, así que de eso no hace falta que hablemos. Él ya sabe de sobra qué música me gusta a mí, también. Hablar con Cam es muy fácil y parece que yo tengo la misma capacidad de hacerlo reír que él de hacerme reír a mí. El tiempo se me pasa volando, por mucho que desee que se detenga, porque no quiero que esta cita tenga que acabarse nunca. Había echado de menos la sensación de estar tan relajada a su lado. Y ahora es todavía mejor. Mejor, porque poder besarlo cuando quiera es todo un plus.

—Espero que no estés lleno con un poquito de pescado crudo, porque he traído postre —advierto.

Rebusco de nuevo en la cestita.

—¿Qué más...? ¿Qué es eso? —pregunta cuando yo empiezo a sacar unas cuantas velas para iluminarnos mientras terminamos nuestro pícnic—. Vaya..., esto es muy romántico, Ashley Bennet. ¿Intentas seducirme? —me provoca en tono burlón.

—No te hagas ilusiones, es una cuestión de iluminación y no de romanticismo. Es demasiado pronto para eso... tú quieres ir poco a poco... —le recuerdo, bromeando.

—No es demasiado pronto para el romanticismo.

Se inclina hacia mí. Pongo un mechero delante de su cara para impedir que me bese. Hace una mueca, pero lo coge.

—Anda, enciéndelas mientras preparo el postre.

Termina de hacerlo al tiempo que yo le tiendo uno de los vasitos. Y, mierda, puede que tenga razón. El ambiente se ha tornado bastante romántico con la luz de las velas. No pretendía que pareciera una cita empalagosa. De hecho, era lo último que quería. Pero necesitaba algo de luz.

—Aquí tienes —ofrezco.

Intento no pensar en estúpidas películas románticas, o en absurdas canciones de amor.

Cam me ayuda un poco a rebajar la tensión romántica del ambiente echándose a reír. Y es que Emily, de camino a mi casa, me ha hecho el favor de pasarse por el McAuto para traerme unos McFlurrys. Uno con M&M’s y otro con todos los *toppings*. Y los acumuladores de frío han hecho su trabajo para mantenerlos justo como deberían estar. Y Cameron se estaba riendo, y eso era justo lo que yo quería. Pero, ahora, de repente, me está mirando a los ojos con mucha intensidad. Con mucha intensidad y con mucho cariño.

—Nunca voy a poder superar esto, Ash —dice, muy serio. Se lleva una mano al pecho, sobre el corazón—. Vas a tener que preparar tú todas las citas a partir de ahora —bromea.

—No des tu veredicto todavía, porque he pensado que, para conocernos mejor, cada uno debería comerse el McFlurry que pediría el otro —lo pico, y le pongo en la mano el que lleva todos los *toppings*.

—¿Qué? —Lo mira con dudas—. Esto es asqueroso —protesta, y ríe cuando yo lo hago—. ¿En serio? De verdad que me gustas, Ash, pero en cuestión de McFlurrys eres un poco cerda.

Pongo cara de indignación y él se ríe.

—¿Es que acaso no te quedaste con ganas de besarme después de comerlos en tu coche?

—La verdad es que no. —Me desilusiona con una sonrisita—. Pero debería decir que creo firmemente que si llegamos a quedarnos en mi coche ese día una media hora más habría pasado del plan directamente.

—Mentiroso.

Prueba el helado con una cucharada llena de *toppings* y poniendo cara de disgusto incluso antes de metérsela en la boca. Luego, va cambiando la expresión, poco a poco.

—¡Eh! ¿Sabes qué?, no está malo —reconoce, con la boca llena.

—Este es muy soso. Venga, cámbiamelo.

—Ni de coña —se niega, y se aleja de mí sobre la manta para que no pueda quitárselo.

—Ah, se me olvidaba —digo, con la sonrisa pegada a la boca—. Lo último que queda por sacar de la cestita...

Saco una botella de licor de mora. Esta vez es sin alcohol. Cam se ríe tanto que casi muere atragantado con el helado. Y, diez minutos después, mientras brindamos con nuestras copas llenas de licor de mora, busca mis ojos a la luz de las cuatro velas que tenemos delante.

—¿Qué? —pregunto al fin, un poco intimidada.

—Me gustas mucho, Ashley Bennet —confiesa en un susurro. Se me pone la piel de gallina al instante en todo el cuerpo—. Mucho.

Cierro los ojos y dejo que sus labios rocen los míos con mimo. Muy despacio. Acaricia mi pelo suavemente con la mano derecha mientras la izquierda sujeta su copa. Nunca me había sentido así, pero estoy segura de que este preciso momento es lo mejor que he tenido en la vida. Cuando se aparta, pone su frente sobre la mía y tengo que sonreír, adivinando el brillo en el verde de sus ojos. Su mano derecha sigue sobre mi pelo y yo le acaricio el brazo con la yema de los dedos. Desvío mi vista hacia allí y vuelvo a ver la tinta negra que ahora le decora la piel. Aparto mi cabeza de la suya para inclinarme y besarlo. Ese *«smile»*. Mío. Nuestro.

—¿Te dolió?

—Un poquito —confiesa.

Vuelvo a mirar sus ojos. Él no los aparta de mí.

—¿Por qué te lo hiciste?

—Necesitaba recordármelo. Recordarme cómo era yo contigo. No quería olvidarme de eso, Ash.

Me muerdo el labio tras sus palabras. Mierda. Es justo lo que pensé yo cuando me hice el mío.

Necesitaba recordarme cómo era yo... con él.

—Si llego a saber esto, no sé si me lo habría hecho. —Trata de quitar importancia a su declaración, en tono más burlón—. Contigo aquí no se me va a olvidar...

Esta vez soy yo quien lo beso. Suavemente al principio, y luego con más intensidad, hasta que me subo a su regazo y me pego a su cuerpo. Noto todos los músculos de sus brazos tensándose en torno a mí. No quiero parar. Quiero más. Acaricio su espalda con las dos manos, recorriendo los músculos tirantes bajo la tela de su camiseta. En dos minutos tengo su mano derecha sobre la piel desnuda de mi pierna. Y es el momento de llevarlo un poco más allá. Acaricio su lengua con la mía, sin tratar de contenerme. No quiero que tengamos cuidado ahora mismo. Ya no. Él responde con un gruñido suave en mi boca. Qué sexy. Siento el calor inundándome, consumiendo mis entrañas, empujándome un poco más lejos. Su mano ya está unos centímetros muslo arriba y, aunque avanza lenta, no se detiene. No tarda demasiado en desaparecer bajo la falda de mi vestido. Hasta acariciar la piel de mi culo. Me aparto y lo miro, mordiéndome el labio con media sonrisa burlona.

—Perdona. —Se apresura a retirar la mano, y me da la impresión de que hasta se ruboriza un poco, pero hay poca luz para poder verlo con claridad.

—¿En qué base estamos, Cameron? —me burlo.

—En la primera —asegura, y levanta las manos en señal de rendición—. En la primera.

—¿En qué base quieres estar? —lo provoco.

Beso despacio la línea de su mandíbula.

—En la primera —se mantiene firme.

Me sujeta por la cintura y me mueve para que quede sentada entre sus piernas abiertas, con las mías por encima de su derecha.

—Esto me recuerda a algo —digo, simulando pensar.

Me estiro para recuperar mi mochilita y rebusco hasta encontrar un marcador negro. Se lo enseño y sonríe. Madre mía, qué guapo es.

—Creo que ya no te hace falta escribírmelo. No te haría falta ni aunque no me lo hubiese tatuado —añade, y dejo que me bese la mejilla, mientras jugueteo con el capuchón de mi marcador—. Hasta mi madre me ha preguntado hoy que por qué estaba tan contento.

—¿Y qué le has dicho?

—Que es por ti —confiesa. Yo lo miro con el ceño ligeramente fruncido—. Es mi madre, ya se había dado cuenta de que tú tenías algo que ver en el asunto —medio bromea—. Y si no se había dado cuenta antes, ya lo hizo cuando estuvo mi hermano aquí y no paraba de parlotear sobre ti y me llevó a su tatuador a hacerme este tatuaje en el brazo. Sí, creo que mi madre sospechó algo cuando Rob le dijo que me lo había hecho por ti...

—Fuiste con tu hermano a hacerte el tatuaje —digo en tono de afirmación más que de pregunta.

—Sí, me daba un poquito de miedo ir yo solo —bromea—. Y como me lesioné un pelín en el

partido, se quedó unos días más, así que el miércoles, después de que le contara lo que había pasado la noche anterior..., ya sabes, el concierto, tú llorando en mi coche y... —No dice nada más, pero tampoco hace falta—. Me llevó al estudio para que lo hiciera de una vez. Y el tatuador me dijo que tú habías estado por allí también.

—Vaya chivato —suspiro.

Él sonríe.

—Y ahora volvamos a eso de «Pero no me lo hice por Tyler, Cam» —me imita, con voz de pito y una mala parodia de mi forma de hablar.

Hago una mueca y él ríe.

—¿Qué más puedo decir? No me lo hice por Tyler, Cam —repito, sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Y eso significa que te lo hiciste por mí? —trata de aclarar.

—No. Me lo hice por mí —dejo claro, ante todo—. Pero pensando en ti —añado en un tono más suave.

Me quita el marcador de la mano y pasa su brazo izquierdo por encima de mí para poder coger mi muñeca.

—Tengo uno para la próxima vez que quieras marcarte la piel.

Dejo que escriba en la parte interior de mi muñeca, apartando la manga de mi cazadora vaquera. Cuando termina me deja mirarlo y yo suelto un bufido. Él se ríe con ganas. «Princesa.» Eso es lo que ha puesto. Y ha dibujado una coronita como punto de la «i».

Le quito el marcador y él aparta el brazo al instante para que no pueda ponerle nada. Lo miro con reproche y vuelve a ponerlo a mi alcance, con desgana.

—Creo que todavía hay cosas que me tengo que encargar de recordarte, Cameron —advierto, con una sonrisita traviesa—. Y la primera vez que te escribí dejé algo sin poner, aunque tenía ganas de escribirlo también. Vamos a ver... si no recuerdo mal, esto era el tercer punto. —Pongo un «3» delante de su tatuaje.

Luego escribo en la piel por encima de donde está la tinta. 1. Respira. 2. Hidrátate. Aprovecho para hacer un corazoncito en la «i» de su tatuaje. Y debajo del tres y ese *«smile»*, pongo un cuatro. 4. Bésame.

Él se inclina un poco hacia delante, hacia mí, mientras rodea mi cuerpo con los brazos. Acerca su boca a mi oído y murmura:

—Intentaré seguir tus instrucciones al pie de la letra, Ashley Bennet.

Y esta vez, cuando vuelvo la cara para mirarlo, sí que me besa.

14

Long live

Llevo todo el día tratando de centrar mi atención en los apuntes de historia que tengo que meterme en la cabeza para el examen del jueves. Pero es una tarea muy complicada. Mucho. Porque mi rebelde memoria ha decidido que pasa de nuevo contenido, porque con los recuerdos de mi cita de anoche ya tiene bastante, y que será mejor pasarlos una y otra vez por mi yo más consciente, para que se queden bien fijados y no vaya a olvidarme nunca. ¿Olvidarme? Imposible. Una no se olvida jamás si ha tenido una cita con Cameron Parker. Seguro que no soy la única que lo piensa. Y eso me hace sentir una punzadita de celos. Aunque sepa que no han sido muchas las que pueden alardear de haberla tenido. El caso es que debería centrarme en el libro que tengo delante y en mis esquemas y en cualquier cosa que tenga que ver con el estudio de esta asignatura y no con Cam. Pero es que él tampoco me lo pone fácil, mandando mensajitos todo el tiempo. El primero que he recibido esta mañana decía que lo había pasado tan bien anoche que necesitaba volver a verme cuanto antes. Y esta vez no tengo que hacerme la dura ni mantenerme misteriosa para no perder su atención, ni nada de eso que me agotaba tanto con Tyler, así que le he dicho que yo también quiero volver a verlo ya, pero que tengo que estudiar. Y desde entonces hasta ahora, que ya pasan las cuatro de la tarde, no ha parado de mandarme tonterías: un *selfie* suyo con cara de tristeza, una foto del muñequito *Daruma* en su estantería, un *gif* de Taylor Swift bailando en un coche con la frase «tú anoche» y otro de Taylor Swift sobre una mesa llena de libros tamborileando sus dedos sobre la madera, aburrida, con la frase «tú ahora», y cosas parecidas. Su padre ha vuelto esta mañana de San Francisco, así que ha ido a comer con él y, por lo menos, durante ese rato mi móvil ha descansado un poco. Poco. No mucho porque, si fuera poco con la llamada de Emily para cotillear que ya esperaba, también he recibido otra con la misma intención: la de Vanessa. Y no sabía hasta qué punto a Cam le parecerá bien que le cuente a su exnovia, y no deja de ser un poco raro por el mero hecho de que ella saliera con él casi un año, antes que yo, así que me he explayado bastante menos que con Emily, claro.

Es la tercera vez que leo el mismo párrafo sin terminar de entenderlo porque estoy recordando cómo ayer, cuando empezó a hacer un poco de frío, decidimos recoger y volver al coche. Cam tuvo que alumbrar el camino de vuelta con la linterna de su móvil porque el mío tenía poca batería después de pasarse el rato reproduciendo canciones. Su coche era el último que quedaba

en el aparcamiento. Como aún quedaba tiempo por delante, nos acurrucamos en el asiento de atrás durante casi dos horas. No pasamos de la primera base, aunque tampoco hablamos mucho. Aun así, nos quedaban ganas de besarnos cuando paró su coche delante de la puerta de mi casa un cuarto de hora antes de mi toque de queda. Tantas ganas nos quedaban que terminé por llegar a casa cinco minutos tarde. Mamá no dio señales de estar despierta, aunque dudo bastante que estuviera dormida de verdad. Y al meterme en la cama estaba tan emocionada que era incapaz de cerrar los ojos. Cam me escribió un mensaje en cuanto llegó a casa, la de su madre, y estuvimos chateando hasta casi las tres de la madrugada. Y, en realidad, no hablamos de nada importante, solo de tonterías, pero ninguno de los dos quería dejar la charla e irse a dormir. Al final, tuve que ser yo la primera en dar las buenas noches. Y su último «buenas noches, princesa» me dejó con la sonrisa en la boca hasta que me dormí. Y hablando de eso... esta mañana cuando he bajado a desayunar ha sido lo primero que ha visto mamá: eso de «princesa» escrito en mi muñeca con marcador negro permanente y una coronita como punto de la «i». Debería haberse hecho poli, a esta mujer no se le escapa una. Y, bueno, ¿para qué quería más? Ahora mismo debe de estar buscándome vestido de novia por internet.

—¡Ashley! —La oigo llamarme desde el pie de la escalera.

Mierda. A lo mejor ya ha encontrado uno.

Salgo de mi cuarto para asomarme a ver qué quiere, pero, cuando lo hago, me doy cuenta de que no está sola. Si ni siquiera he oído el timbre. Mia está plantada a su lado. Y me doy cuenta de que las cosas no están totalmente solucionadas entre nosotras porque, de ser así, mi amiga habría subido directamente a mi cuarto sin pedir a mi madre que me avisara.

—Hola —saludo, extrañada por su presencia.

—Hola, Ash. ¿Tienes un rato?

—Eh... sí, claro. Sube.

Mi madre nos está mirando con cara de sospechar que algo no anda del todo bien, mientras Mia llega hasta mí dejando atrás los peldaños. Así que en la cena me tocará dar más explicaciones. Y estas sí que no me apetecen nada de nada. No sé lo que me voy a inventar para no contarle a mi madre todos los secretos de mi amiga, y para no preocuparla con mis enemistades del instituto. Bueno, ya pensaré algo. Hago pasar a Mia a mi habitación y cierro la puerta para darnos un poco de intimidad. Cuando me acerco hasta la silla de mi escritorio otra vez, ella ya se ha sentado a los pies de la cama. Me siento de medio lado para poder mirarla.

—Siento interrumpirte, estabas estudiando. —Señala mis libros.

—No tengo el día más productivo de mi vida así que creo que tampoco pierdo tanto por descansar un rato. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Seguimos siendo amigas, ¿no? —pregunta con un hilo de voz.

Frunzo el ceño y me levanto de mi silla para acercarme hasta ella y sentarme a su lado sobre el colchón, con las piernas cruzadas bajo mi cuerpo, y poder mirarla de frente. Ella se deshace rápidamente de sus zapatillas e imita mi postura.

—Claro que seguimos siendo amigas —digo, como si fuera una obviedad—. ¿Tú no quieres que sigamos siéndolo? —Me asusto por un momento—. Bueno, sé que no lo hablamos demasiado el viernes, pero...

—No. Es que no sabía si seguías enfadada —reconoce. Esconde la mirada antes de seguir hablando—: Soy una amiga pésima, Ash. Lo siento. Y sé que vas a decir que no fue del todo culpa mía, y no lo fue, pero si no hubiera sido tan tonta de liarme con Blair...

—No me digas más, que cada vez que la nombras me entran sudores fríos —exagero y ella sonríe de medio lado—. Oye, tú lo dijiste, la tipa esa te da morbo, y no voy a entenderlo nunca, pero es lo que hay, ¿no? Estabas soltera y un poco vulnerable, ella estaba soltera también y te dejaste llevar. Está bien, hasta ahí puedo aceptarlo. Tú no tienes la culpa de que sea una maldita bruja... y de que a ti te molen las malditas brujas —añado con una sonrisita pícara.

—Ya. Ese es el problema. Que me ponen mucho las malditas brujas —suspira—. Soy una amiga pésima —repite—, porque el caso es que, aunque racionalmente sé que no debo hacerlo nunca más, sigo teniendo ganas de acostarme con Blair.

Tiene los ojos clavados en su regazo, donde se retuerce las manos nerviosamente. El silencio se impone entre las dos por unos segundos. Y sé que ella está esperando a que diga algo, pero me ha dejado totalmente en blanco, la verdad.

—Eh... —intento arrancar mi discurso—. A ver... ¿Qué...? ¿Qué...? ¿Y Gina?

Vuelve a alzar sus ojos azules hacia mí. De verdad que con esa carita tan dulce que tiene no pega para nada con Blair Wells. Son como el día y la noche. Y creo que está más que claro cuál de las dos es la noche.

—Gina... —duda sobre qué decir—. Bueno, me he pasado el fin de semana con ella. Pero es que, ahora mismo, después de todo lo que ha pasado parece que ha ido de un extremo a otro, y un día no estaba segura de si quería estar conmigo y al siguiente quiere que seamos la pareja más comprometida del instituto —suspira—. Yo pensaba que eso era lo que quería... a lo mejor era lo que quería antes, pero este tiempo que me pidió que le diera también me ha servido para pensar a mí, ¿sabes? No sé si quiero algo tan serio. Me gusta mucho Gina, pero ni siquiera puedo estar segura de si ella no va a volver a cambiar de opinión en cualquier momento, y tengo diecisiete años... y quiero poder experimentar y...

Se queda callada y se muerde el labio. Casi parece que no está segura ni de lo que ella quiere, pero creo que, más que eso, lo que denota el gesto es que no está segura de lo que me va a parecer a mí.

—Quieres poder acostarte con quien te dé la gana —concluyo. No dice nada, así que me lo tomo como una afirmación—. Y eso está muy bien, Mia. Está muy bien si es lo que quieres de verdad. No está bien si es por miedo a que te vuelvan a hacer daño. Y tampoco está bien si la única persona con la que te va a dar la gana acostarte es con Blair Wells —advierto luego, solo medio en broma.

—No. No es eso. —Se apresura a negarlo, pero luego esconde su mirada una vez más—. Pero

tampoco puedo prometerte que no vaya a volver a pasar nunca.

Me levanto de la cama prácticamente de un salto. Pero ¿qué le pasa a esta tía? ¿Es que no se acuerda de eso de que los enemigos de nuestras amigas son nuestros enemigos? Yo ni siquiera saludo a Connor Bell desde que fue diciéndoles a sus amigos que Mia era una estrecha por no dejarlo meterle mano en una cita desastrosa que tuvieron en segundo. Pero a ella ahora mismo le da igual lo malvada que sea la bruja Blair. Es que parece que le da completamente igual. Y que tampoco se acuerda de que le cogió el teléfono y violó su intimidad y le robó un audio que podría haber acabado con nuestra amistad para siempre. Ni siquiera se siente utilizada. Aunque, al fin y al cabo, podría decirse que se usaban mutuamente para un polvo sin compromiso, ¿no?

—No me creo lo que estoy oyendo —tengo que pronunciarme. La miro ligeramente dolida—. Estamos hablando de mi peor enemiga en el mundo entero. —Intento exagerarlo, pero suena bastante cercano a la realidad—. No habrás venido hasta aquí para que le dé el visto bueno a que te enrolles con ella, ¿no?

—No exageres, Ash. No voy a casarme con ella —aclara, y pone los ojos en blanco—. Y tampoco voy a ir a buscarla, solo quiero decir que si se da la ocasión... No quiero que haya malentendidos entre tú y yo si me ves con ella alguna vez.

—¡Si te veo con ella! —Levanto la voz sin querer—. Pero ¿qué me estás contando? ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Decir que me parece bien? No. No me parece bien, Mia, lo siento. Esa tipa no es para nada de fiar —me permito añadir.

—Bueno, menos mal que no te estoy pidiendo permiso —dice ella, evidentemente molesta por mi respuesta—. Solo quería ser sincera contigo.

—Gracias por tu sinceridad —digo irónicamente.

—Mejor me voy.

No digo nada mientras se calza sus zapatillas y se dirige hacia la puerta. La miro, de pie, con los brazos cruzados. No podría estar flipando más. Antes de abrir se vuelve de nuevo. Casi me da por rezar para que se haya dado cuenta de lo ridículo que es todo esto.

—Ash —me llama, y se me hace evidente que quiere suavizar un poco las cosas antes de marcharse—, ¿cómo te fue anoche con Cam?

Suelto una risita irónica y niego con la cabeza.

—Solo quiero ser sincera contigo, Mia, si vas a seguir relacionándote con Blair Wells tienes que entender que haya cosas que prefiera no confiarte.

—No me jodas. —Me sorprende ella al usar esa expresión—. ¿Vas en serio? ¿Te crees que iría a contarle cualquier cosa que tú me dijeras?

—Es bastante evidente que ella domina las técnicas para obtener toda la información que quiera, así que, aunque no creo que se lo vayas a contar, no puedo arriesgarme a que se acabe enterando de toda mi vida, aunque tú no quieras.

—Qué bien. Sí. Ya veo. Seguimos siendo la hostia de amigas —dice con un gruñido.

Sale y cierra la puerta de un portazo detrás de ella. Qué dramática. No es propio de Mia. Está

cambiando a una velocidad asombrosa. Aunque, bueno, puede que yo también, ¿no?

Y, si antes no podía concentrarme, cualquiera se pone a estudiar ahora. Estoy enfadada, alucinada y triste. Me siento delante de mis apuntes y escondo la cara entre las manos. Vale, mejor intentar estudiar para apartar todo esto de mi mente. Será mejor no darle muchas vueltas. Yo que pensaba que se había acabado el drama. Qué inocente.

Pulso una tecla del móvil para encender la pantalla y veo que tengo dos mensajes nuevos. Lo desbloqueo rápidamente para poder leerlos. Los dos son de Cam.

Ya me vuelvo para casa, ¿segura que no quieres que me pase a verte? Diría que te echo un poco de menos, pero no me dejas ser ñoño, así que te diré que no estaría mal enrollarnos un rato. Dejo la pelota en tu tejado.

Ya estoy en casa. Asumo tu silencio como concentración en el estudio
y no como indiferencia. Aunque eso no me impide estar triste, princesa.

Sonrío al leerlo. Casi ha sido buena suerte que Mia estuviera aquí cuando me ha enviado ese primer mensaje, no sé si habría tenido la fuerza de voluntad para decir que no otra vez. Tecleo una respuesta.

No había leído tu mensaje, ha estado aquí Mia hace un momento. Ya te contaré, es una historia escabrosa. Deja la pelota en mi tejado y ya te avisaré cuando quiera volver a pasártela.

Empieza a escribir enseguida.

¿Mia sí y yo no? Claro, supongo que yo te distraigo bastante más por razones obvias. No seas cruel y pásame la pelota cuanto antes. Ah, y cuéntame lo de Mia.

Pienso un momento en qué ponerle, pero luego me digo a mí misma que tengo que cortar la conversación pronto, porque cuanto más se extienda menos ganas tendré de estudiar otra vez. Y, además, ¿él no se acuerda de que tiene examen el jueves igual que yo?

Deberías estar estudiando, Cameron.

Esta vez no contesta enseguida. Dejo el móvil a un lado del escritorio y cojo las hojas sueltas con mis esquemas para tratar de centrarme de nuevo. Solo me da tiempo a repasar medio folio antes de que mi móvil vibre otra vez.

Acabo de enseñarle tu último mensaje a mi madre y quiere que te cases conmigo.

Suelto una carcajada bajita. Lo peor de todo es que seguro que es verdad.

Recuerda que tenemos que ir despacio... y pasar por todas las bases...

Sonrío cuando veo que empieza a escribir de nuevo.

Justo cuando iba a ponerme a estudiar y me has desconcentrado para el resto del día. Si suspendo caerá sobre tu conciencia. Ah, y estoy deseando pasar por todas esas bases contigo.

Se me tensa el vientre en cuanto lo leo. Yo sí que tengo ganas de pasar por esas malditas bases. Pero si no quiero que esto se me vaya de las manos mientras debería estar estudiando, tengo que parar ya. Le mando otro mensaje cambiando radicalmente de tema y le pregunto cómo le ha ido con su padre. Responde con un simple «bien». Y nada más. Frunzo el ceño. Ya sé lo que suele pasar cada vez que ve a su padre. ¿Estará triste una vez más? Estoy a punto de llamarlo por teléfono cuando oigo unos toques en mi puerta.

Es mamá. Quiere saber qué demonios ha pasado hace un rato con Mia porque la ha visto largarse y parecía un poco enfadada. Eso dice. Así que no puedo llamar a Cam y en cambio tengo que improvisar y contarle a mi madre medias verdades. Para cuando acabo con ella ya tengo demasiadas cosas en la cabeza como para seguir con el puñetero examen. Cam me ha enviado una foto en la que está sentado delante de su libro. Por lo menos, si no está estudiando, se molesta en generar el postureo para que parezca que lo hace. Ya es un paso adelante. Así que decido no llamar. Para no molestar. Lo haré más tarde, después de cenar.

Me levanto de la silla y me estiro, caminando por la habitación. Contarle a mamá medias verdades y mentiras piadosas aún me ha dejado más confusa respecto a lo que pasa entre Mia y yo. Decía en serio que no puedo confiarle ciertas cosas, pero no es que no me fie de ella. Y, por mucho que lo intento, no consigo entender qué es lo que ve en Blair Wells. A mí que me lo explique alguien. A lo mejor Tyler sabe qué tiene de bueno la bruja, aunque en el caso de Mia debe de ser por el sexo, ¿no? No es que hayan tenido mucho más que eso. Y en el caso de mi vecino... probablemente también. Me acerco a la ventana y miro hacia el exterior. Qué casualidad. Tyler está en el borde de su piscina, con los pies en el agua y unos cascos enormes en las orejas, mientras mueve la cabeza al ritmo de la música. Como si mi mirada acabara de golpearlo en el hombro, alza la vista hacia mí. Sonríe levemente y me saluda con la mano. Le devuelvo el saludo. Y me hace un gesto invitándome a bajar con él, mientras alza las cejas a modo de interrogación. Le hago una seña para que espere antes de apartarme de la ventana.

—¿Qué hay, vecina? —pregunta.

Me da un empujoncito suave con el hombro cuando me siento a su lado y meto los pies en el agua. Se quita los cascos y deja el móvil con ellos a un lado.

—¿Ya me estabas espiando otra vez? —pregunta en tono de guasa.

—No te estaba espiando... ¿Cómo que otra vez? —me indigno.

Se ríe.

—No es la primera vez que te pillo en esa ventana —me pica.

—Es la ventana de mi habitación, ¿no puedo ni mirar por ella? —Lo miro y él pone una expresión divertida. Niego con la cabeza y lo empujo con mi hombro—. ¡Oh, cállate! —Vuelve a reír y me contagia un poco—. Llevo todo el día delante de los apuntes de historia y para nada... Necesitaba comprobar que seguía existiendo el mundo aquí afuera y que aún no se había apagado el sol, ni se había desatado el apocalipsis zombi, ni nada de eso.

—Nada de eso, de momento —me tranquiliza—. Aunque a mí el apocalipsis zombi me resultaría bastante entretenido. Estoy teniendo un día duro. Llevo desde que volví del baile encerrado en casa y ya estoy empezando a volverme loco.

—Así que se podría decir que acabo de salvarte de la locura.

—Como siempre. —Sonríe de medio lado, y yo aparto la mirada—. Agradezco la visita —dice luego con menos emoción—. Y, dime, ¿qué tal tu cita de anoche? Si tengo que juzgar por el tiempo que el coche de Cam estuvo parado en la calle hasta que te bajaste de él diría que... ¿muy bien? —prueba, en tono pícaro.

Me vuelvo hacia él con la boca abierta, pero no parece avergonzado por lo que acaba de confesar, más bien divertido.

—¿Quién es el que espía ahora?

—No podía dormir y la peli que estaba viendo al final resultó ser un bodrio, solo comprobaba que el mundo seguía existiendo aquí fuera —me imita—. Os vi llegar. Y un rato después aún no se había ido así que... No fui a buscar los prismáticos ni nada para ver si alcanzaba a cotillear lo que pasaba detrás del parabrisas, tranquila. Tampoco me apetecía verlo.

—Bueno, pues sí, fue bien —reconozco sin más, pero soy consciente de que se me escapa una sonrisita que me delata.

—No me des detalles, por favor —pide. Trata de que suene a broma, aunque no parece que lo sea—. ¿Qué tal está Cam? —me sorprende entonces, quedándose mucho más serio.

Le pongo una mano en el brazo, lo que hace que me mire a la cara.

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? —rebato, con voz suave.

—Lo he intentado —asegura, y no me sorprende porque sé que es verdad—. Está muy cabreado conmigo. No lo culpo... Yo también estoy un poco cabreado con él.

—Sois un par de idiotas —suspiro.

—¿Te gustan los idiotas entonces, Ash? —se burla.

—Eso parece. —Tengo que sonreír cuando veo cómo me mira—. Cam está bien —respondo por fin a su pregunta—. Menos dolorido y parece que más contento —le resumo.

—No ha sabido nada de los patos, ¿no? —se interesa. Niego con la cabeza lentamente y él hace una mueca—. Qué putada.

—Pues sí. ¿Y tú qué? ¿Cuáles son tus planes para cuando te gradúes? —Decido alejar el tema

de Cam.

—Ah, no te lo había dicho. El jueves me llegó una carta de los troyanos de la Universidad del Sur de California. Ahora solo tengo que graduarme para poder ir.

—Los Ángeles. —Sonrío y él asiente—. Justo lo que tú querías. Y, respecto al equipo, tendrás que decírmelo tú porque no sé si te habrás dado cuenta ya de que no tengo ni idea de fútbol.

—Algo había notado —bromea—. Es un equipo muy bueno, uno de los mejores.

—Entonces, enhorabuena —lo felicito, y le doy un abrazo corto—. Deberías estar estudiando historia si lo que quieres es graduarte.

—Soy quarterback y me van a fichar los troyanos. ¿Quién me va a suspender? —alardea, medio en broma medio en serio—. ¿Y a ti que te impedía centrarte esta tarde?

Necesito hablarlo con alguien que me pueda comprender, así que empiezo a relatarle lo que me preocupa. Me es más fácil hablar con él ahora que la semana pasada, cuando supuestamente estábamos juntos. Dudo antes de contarle lo de Mia con Blair, pero me sorprende adelantándose a mi confesión; parece que la bruja ya le había hablado de ello. Así que me abro con total confianza y él me escucha y me apoya. Se mete un poquito con Blair. Menos mal que ya salió del embrujo. Es mejor tenerlo de mi parte. Me habla bastante de su relación con la bruja y queda claro que ninguno de los dos se portó bien con el otro.

Ya es casi la hora de cenar cuando nos interrumpe el sonido de mi móvil. Lo consulto y se me dispara el corazón. Es Cam. Tyler también parece haber visto su nombre en la pantalla.

—Anda, contesta y ve a hablar con él, que ya te he entretenido suficiente rato.

Lo beso en la mejilla y luego me levanto y recojo mis sandalias, mientras descuelgo, y camino descalza de vuelta a mi casa.

—Hola —saludo, y me doy cuenta de que he puesto voz pastelosa cuando veo la sonrisa burlona de Tyler con el rabillo del ojo. No le hago caso y sigo mi camino—. Estaba a punto de llamarte... —miento, a medias.

La llegada de Emily y de Grace a nuestras taquillas a primera hora del lunes rompe el silencio que reinaba entre Mia y yo hasta este momento. He llegado a arrepentirme de haberle prohibido a Cam que pasara a recogerme con su coche para venir juntos al instituto cuando Mia se ha sentado a mi lado en el autobús. Por lo menos no se ha ido a buscar otro asiento vacío y eso aún deja un margen de esperanza para nuestra amistad, pero nos hemos limitado a darnos los buenos días y poco más. Yo ni me he quitado los cascos y ella también llevaba música sonando en sus oídos, y eso es algo que no suele hacer. Luego hemos caminado juntas hasta las taquillas, pero ni nos hemos dirigido la palabra. Así que la llegada de nuestras otras dos amigas, juntas, es un alivio, pero a la vez una preocupación. No van a tardar nada de nada en darse cuenta de que algo pasa entre nosotras y no quiero que se vuelvan a poner de su lado sin ni siquiera escuchar las dos versiones.

—¡Tía! —me grita Emily al oído mientras me abraza—. Estoy deseando que llegue la hora del almuerzo para que nos cuentes con todo detalle tu fin de semana de Cameron Parker —confiesa dando palmaditas.

—¿Otra vez? —me burlo yo.

—¡Es todo tan romántico que podría morirme de una subida de azúcar, Ash! —sigue ella a lo suyo mientras abre su taquilla.

—La cita fue tan maravillosa como te esperabas, ¿no, Ash? —pregunta Grace con el mismo tonito—. Aún se te está cayendo la baba —me pica. Me pasa la mano por el mentón y yo le pego un manotazo para librarme de ella, que se ríe.

—Chicas, callaos —oigo decir a Mia.

La miro tratando de dilucidar si lo dice de buenas o de malas, o por qué se tiene que meter en esto después de lo que pasó ayer o de apenas saludarme esta mañana. Ella está mirando a algún punto por detrás de mí, así que me vuelvo. Emily y Grace también lo hacen. Y es que ahí está. Cam avanza desde la puerta de entrada del instituto hacia donde nosotras estamos. Para ser justos, no es que venga hacia nosotras, sino que seguramente va hacia su taquilla y le pillamos de camino. Va vestido con unos vaqueros ajustados, rotos por las rodillas, zapatillas grises y una camiseta blanca de fútbol. Una de las asas de su mochila cuelga de su hombro izquierdo y está decididamente muy muy atractivo. Demasiado para esta hora de la mañana. No soy la única que lo piensa, porque bastantes chicas se vuelven al verlo pasar. Él no parece darse cuenta. Enseguida llega a nuestra altura.

—Buenos días, chicas —saluda en general.

Pero la verdad es que me está mirando solo a mí. Mis amigas contestan las tres al mismo tiempo como si lo hubieran estado ensayando antes de su llegada. Yo no digo nada. Respondo con una sonrisa a la suya mientras me maravillo con el chisporroteo de esos ojitos verdes.

—Hola —dice, en un tono más bajo y más íntimo, esta vez dedicado solo a mí.

—Hola —digo yo también, imitando su tonalidad.

Se inclina hacia mí y nuestros labios se rozan, muy levemente y solo por unos segundos, pero lo suficiente como para que un cosquilleo se extienda por mi piel y mi cuerpo se quede con ganas de más.

—Te veo luego —se despide, con una sonrisita.

—Sí —me limito a decir, con el hilo de voz que soy capaz de rescatar de mi interior.

Lo observo alejarse mientras me paso la lengua por los labios y me muerdo levemente el inferior. Su boca se ha convertido en mi nuevo sabor favorito.

Mis amigas ya se están burlando con «uuuuuuuh» muy bien entonado, y al volver a la realidad me doy cuenta de que todas esas pobres chicas que se lo comían con los ojos ahora me están mirando a mí. Y no parece que les caiga demasiado bien.

Dos clases mortalmente aburridas y a tercera hora, por fin, ya tengo unos ojitos verdes que me miran traviesos desde el asiento de al lado. Ni siquiera hemos podido intercambiar ni una palabra

porque Cam ha llegado justo cuando sonaba el timbre y el señor Woodward estaba ya cerrando la puerta y empezaba su explicación. Lo primero que ha hecho al sentarse a mi lado ha sido guiñarme un ojo y desde ese momento no paramos de lanzarnos miraditas y sonrisas. No llevamos ni media clase cuando él me lanza algo más. Un avioncito de papel. Lo recojo y lo escondo en mi regazo rápidamente antes de desplegarlo para poder leer.

> ¿Cómo pretendes que me concentre en clase de biología siendo tan preciosa? Voy a suspender por tu culpa, Ashley Bennet. Hazme un favor e intenta venir fea mañana, píntate un bigote o algo. —C.

Niego con la cabeza lentamente mientras leo y luego lo miro de reojo. Parece estar escuchando a nuestro profesor, como si no acabara de escribirme. Recorto un cuadradito de papel para responder.

> *Muy bien. Mañana no me afeito y me vestiré con una bolsa de basura. Solo espero que lo del bigote no sea un fetiche tuyo. — A.*

Sonríe al leerlo. Me mira, como si estuviera sopesando algo, antes de volver a escribir.

> ¿Sabes qué? Me lo estoy imaginando y... déjalo. Estarías preciosa igual. — C.

Me aseguro de que el profesor está de espaldas y dibujando algo en la pizarra antes de contestar.

> *No seas ñoño. Ser un capullo es como el 90 % de tu encanto. — A.*

Sonríe de medio lado. Luego guarda la nota entre las páginas de su cuaderno y se pone a hacer como que le interesa la clase durante un rato muy largo. Dejándome con las ganas de otra notita. Sabe bien lo que hace.

Yo intento atender también, pero se me hace complicado. La distancia entre nuestros pupitres es ridículamente pequeña y tengo que esforzarme mucho para no estirar el brazo y tocarlo como quien no quiere la cosa. Quizá incluso podría acariciarle la pierna... o un poquito más arriba. Mierda, Ashley, estas no son cosas para pensarlas en una clase de biología. Y quiero ir despacio con él y disfrutar de todo el puñetero partido de béisbol y sus malditas bases, pero, por otra parte, me parece que ya he esperado demasiado. Mi tren de pensamientos impuros se detiene de golpe cuando una bolita de papel choca contra mi mano derecha y aterriza en el centro de mi mesa.

Miro de reojo a Cam, pero sigue aparentemente muy atento a la lección de hoy. Seguro que sí. Quedan como unos siete minutos para que la clase acabe, se me está haciendo eterna hoy. Despliego la notita y puede que hasta se me suban un poquito los colores al leerla.

> Me encantas. Voy a besarte en cuanto suene el timbre. — C.

Trato de establecer contacto visual con él, pero no hay manera. Ahora va a resultar que esta es su asignatura favorita. Y cada segundo que pasa es más largo que el anterior. De verdad. Qué tortura.

Por fin suena el timbre y mientras las voces van aumentando de volumen y todo el mundo cierra sus libros y se ponen de pie, yo vuelvo la cabeza hacia mi izquierda para mirar a mi chico de ojitos verdes. No me da tiempo a ver mucho antes de tener sus labios pegados a los míos. Percibo que el tono de los murmullos cambia a nuestro alrededor y hasta me parece oír que Emily dice algo, pero no me importa. No hasta que una voz mucho más grave, que habla bastante más alto, dice mi nombre.

—Señor Parker y señorita Bennet —nos llama la atención el profesor. Y si había alguien que siga en el aula y no se hubiera enterado de nuestro beso, ahora ya debe de estar al tanto—. Las demostraciones públicas de afecto, fuera del instituto, por favor. Este no es el lugar.

Yo ya debo de estar muy roja y me arde la cara entera y no solo las mejillas, pero Cam no parece nada avergonzado cuando se separa de mí. Mira al profesor y le dedica una sonrisa inocente, al tiempo que dice:

—Perdón, señor Woodward. No he podido contenerme.

Hasta hay alguna persona que le ríe la gracia. Cuando alzo la vista veo que Tyler está saliendo a grandes zancadas de la clase y siento una punzadita de culpabilidad. Tampoco quiero restregarle esto, ni mucho menos.

—Pues más vale que trabaje su autocontrol antes de nuestra siguiente clase —advierte el profesor, para después abandonar también el aula.

Cam me mira, y yo frunzo los labios en gesto de reproche. Sabe que soy vergonzosa, ¿por qué tiene que hacer esto?

—Te he avisado —me recuerda mientras se apresura a recoger sus cosas al ver que yo lo hago con las mías—. Eh. —Me frena antes de que pueda marcharme—. ¿Almuerzas conmigo?

Niego con la cabeza y doy un paso hacia la puerta. Le hablo por encima de mi hombro:

—Sabes que siempre almuerzo con las chicas.

—Por eso. Debes de estar harta de ellas ya —bromea y yo suelto una carcajada, casi sin querer—. ¿Y si hacemos algo esta tarde? —Cambia el plan.

—Tengo que estudiar. Y tú también —me permito añadir, sin volverme hacia él que me sigue pegado a mis talones.

—¡Qué aguafiestas! —exclama, en tono divertido y me tengo que reír, pero no digo nada más —. Eh, Ash —me llama más serio cuando hemos salido al pasillo.

Emily está a un lado de la puerta esperándome y yo me vuelvo hacia Cam para mirarlo de frente y terminar la conversación.

—¿Cuál es el otro diez por ciento? —pregunta.

—¿Qué?

—El noventa por ciento de mi encanto es ser un capullo —recuerda y a mí se me escapa la sonrisa y tengo que morderme el labio para intentar reprimirla—. ¿Y el otro diez?

—Ah, el otro diez. El otro diez es que eres... ya sabes... mono —digo en tono juguetón.

Me pongo de puntillas para besarle la mejilla y luego me aparto para unirme a Emily y alejarnos hacia nuestras taquillas. Me vuelvo para mirarlo una sola vez y me derrito un poco al ver la sonrisa que tiene pegada a la cara.

—Vale, ahora sí que estabas tonteando con Cameron Parker —bromea Emily agarrada a mi brazo cuando casi llegamos a nuestro destino—. ¿Tienes idea de la buena pareja que hacéis? Sois como demasiado monos, en serio.

Pongo los ojos en blanco, aunque en realidad me encanta oír eso. Grace está esperándonos de brazos cruzados justo delante de su taquilla.

—¿Podríais ser más lentas? —nos increpa.

—Eh, ¿qué te pasa? —nos defiendo—. ¿Por qué no estás ya en la cafetería?

—Pues porque no sé dónde se ha metido Mia...

Emily y yo guardamos nuestras cosas y enseguida estamos listas para ir a nuestra mesa habitual. Sin embargo, el jaleo que proviene del final del pasillo nos llama la atención. Parece como si el mogollón de gente estuviera animando una pelea o algo así. No me gusta cómo suena, porque hace dos meses no había por esa zona nadie que me preocupara especialmente, pero ahora sí. Ahora hay mucha gente importante a ese lado del pasillo. Salgo rápidamente hacia allí y mis dos amigas me siguen sin pensarlo ni un instante. Cuando llegamos a las taquillas de los más populares ya puedo darme cuenta de que la movida no está precisamente allí, sino a la vuelta del pasillo. Cam está delante de su taquilla con Vanessa al lado, y Troy y Tyler hablan un poco más adelante. Intercambio una mirada con esos ojitos verdes, pero no me detengo. Las tres seguimos avanzando y nos abrimos paso entre la gente para llegar al giro del pasillo. Ya lo oigo claramente, a pesar del jaleo que hay alrededor. Alguien está gritando mucho. Y, la leche, esa voz gritona me suena. Mucho. Muchísimo. Es Mia. Ni siquiera puedo entender lo que dice, pero, cuando empujo a la última persona y llego hasta el centro del espectáculo, ahí está: gritándole a la cara a Blair Wells. O sea, gritando. A Blair Wells. Justo delante de su cara. Y parece que no tiene miedo de morir joven. Vaya temeraria. No me esperaba esto de ella.

—Ni siquiera tiene nada que ver contigo, así que bájate los humos, rubita —escucho decir a la bruja, en un tono mucho más calmado que el de mi amiga.

—¡Claro que tiene que ver conmigo! —vuelve a gritar la pequeñita Mia convertida en una

valiente cazadora de brujas—. ¡Tú me has puesto en medio! ¡Me has enfrentado a mi mejor amiga! ¡Robaste cosas íntimas de mi teléfono!

Blair levanta las manos como pidiéndole calma. ¿Por qué aún no la ha matado? Jamás me hubiera imaginado que alguien podría montarle un espectáculo así a esa bruja y salir ileso.

—Lo siento. —Aún me hace flipar más—. No quería que fueras un daño colateral, no era mi intención. Esto no ha ido nunca en tu contra y eso ya lo sabes.

—Pues resulta que si le haces daño a alguien a quien quiero también me lo haces a mí —dice Mia, en un tono más calmado, y eso me llega un poco al corazón, la verdad—. La estás jodiendo a ella y me estás jodiendo a mí.

—Bueno, sí, pero no en el mismo sentido, rubia —se atreve a decir la bruja.

El sonido de la bofetada que Mia le propina me resuena en los oídos. Vaya. Eso tampoco me lo esperaba. Para nada. Se aleja pasillo adelante hecha una furia y Blair no va tras ella para devolvérsela, ni para clavarle un puñal, ni se saca un revólver del calcetín para acribillarla a balazos. Sorprendente. Emily y Grace salen inmediatamente corriendo detrás de nuestra amiga, pero yo no sé si debería. Blair me mira al verlas pasar a ellas. Parece que aún no le caigo demasiado bien.

Me doy media vuelta para volver por donde he venido. Por suerte, la pandilla más popular sigue justo donde los he dejado, atendiendo al nuevo cotilleo que empieza a circular, de un oído a otro, desde el lugar del que yo vengo. Me acerco a Cam sin prestar atención a nadie más.

—¿Aún sigue en pie lo de ese almuerzo?

—Claro que sí —sonríe—. Ven. —Me pone una mano en la espalda para guiarme lejos de sus amigos. Escuchamos a Ryan protestar ante su abandono y a Troy decirle que es un calzonazos—. ¡Que os jodan! —contesta él, en tono de broma, sin dejar de caminar.

Después del espectáculo que Mia ha dado delante de todo el mundo, ya no parece que sea necesario guardarle el secreto de su rollo con Blair, así que me desahogo con Cam hablando de todo lo que ha pasado últimamente. Y me paso el resto de la mañana pensando en lo que él me ha dicho: que no pierda a una de mis mejores amigas por el hecho de quién le guste o le deje de gustar, aunque se trate de esa mala bruja. También me da por pensar que él debería aplicarse un poco el cuento y no perder a su mejor amigo por culpa de quién le guste o le deje de gustar. Pero, en fin, eso aún no se lo he dicho. El final de nuestro almuerzo ha sido interrumpido por Vanessa, que ha venido al gimnasio, donde estábamos escondidos, solo para recordarnos lo monísimos que le parecemos juntos y para invitarme a su fiesta de cumpleaños el sábado por la noche en casa de Troy. Y menos mal que me avisa con tiempo, porque yo no tenía ni idea de que su cumpleaños era el domingo.

Cuando salgo de mi última clase y me dirijo a mi taquilla para encontrar a mis amigas y ver en qué ha resultado todo el drama de Mia, alguien me coge del brazo de muy malas maneras y me mete en un aula vacía, cierra la puerta y se planta delante para impedirme salir. Creo que estoy teniendo un *déjà-vu*.

—Tengo que hablar contigo —dice Blair, como si nada, después de secuestrarme.

—Vaya «no casualidad», porque yo contigo no tenía que hablar de nada —respondo, airada, antes de intentar salir.

Me empuja para apartarme de ella y de la puerta y yo levanto las manos porque, pase lo que pase, sé que si hay pelea física tengo todas las de perder.

—Voy en serio y no quiero tener que cabrearme, Ashley —gruñe—. Debo advertirte que cabrearme es algo que a ti se te da muy bien.

—Las emociones son cosa de cada cual. Si yo pudiera controlar las tuyas, no elegiría la ira precisamente, intentaría hacerte un poco más feliz, solo para que no fueras dando por culo a todo el mundo —le suelto, aun a riesgo de llevarme una hostia.

A veces no sé controlarme tanto como me gustaría.

—Qué detalle por tu parte —ironiza ella con una sonrisa falsa—. No he venido a pelearme contigo, aunque te sorprenda. Y a mí también. Estoy flipando con esto tanto como tú, créeme, pero la verdad es que quiero que hagamos una tregua —suelta, como si no fuera la frase más surrealista que ha dicho nunca.

—¿Una tregua? —repito, incrédula.

—Mira, tu amiga Mia me gusta —confiesa, y yo alzo una ceja al escucharla—. Me gusta follar con ella —rectifica—. Tiene un polvazo y quiero que exista la posibilidad de que vuelva a repetirse. Pero, no sé por qué, parece que el hecho de que tú y yo no seamos buenas amigas le genera un ligero rechazo hacia volver a meterse en mi cama.

—No voy a hacerme amiga tuya para que puedas acostarte con Mia, Blair. Y mucho menos después de todas las putadas que te has dedicado a hacerme últimamente.

—No te equivoques que yo no quiero ser amiga tuya —aclara con desprecio—. Y si hay que hablar de putadas, tú me robaste a mi novio, para empezar. Aunque al final ha resultado que tampoco lo querías tanto, ¿no?

Me cruzo de brazos, dispuesta a no seguirle más el juego. Esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

—Yo no soy tu peor enemiga por mucho que tú lo pienses —sigue—. Soy un poco cabrona cuando alguien me cabrea, ¿sabes? Sí, lo admito. Pero que yo haya dado la cara con todas esas «putadas» que tú dices no significa que todas las haya hecho yo. Me estoy redimiendo, ¿no lo ves? Así que seré buena contigo y te daré un consejito, Ashley: ten cuidado con los traidores, están por todas partes. —Se encoge de hombros con una sonrisa inocente—. Y mira bien a quién tienes al lado no se te vaya a colar uno en tu cama.

Sonrío de medio lado, burlonamente. Era lo último que me faltaba. Que la bruja me insinuara algo malo sobre Cam. Como si ella fuera a saber algo de él que yo no sepa. O como si yo no supiera que él la odia casi tanto como yo.

—No te creas todo lo que te cuente Jessica —le aconsejo—. Tiene una imaginación desbordada.

—Por lo menos Jessica va de frente —responde ella al instante—. Deberías estarle agradecida de que con ella sepas a qué atenerte. Ya ves, ¿realmente tú piensas que Vanessa es tu amiga, Ashley? Porque, si lo haces, te recomiendo que lo pienses otra vez —murmura, y esta vez me quedo callada. La veo sonreír—. Ya sabes lo que dicen: larga vida a la reina.

Hace su salida dramática y me deja allí plantada, preguntándome qué demonios es lo que ha pasado y por qué de repente parece que Blair Wells ha venido a hacerme un favor.

15

White horse

Cojo los apuntes y el libro del asiento del copiloto del Audi y luego recupero el móvil para consultarlo antes de apearme del coche. Nada. Ni un mensaje. Desde ayer el grupo de mis amigas permanece en el más absoluto de los silencios porque resulta que no seguí a Mia después de su bronca con Blair Wells, que según Emily fue «claramente» para defenderme a mí y, por lo tanto, lo menos que se merecía la pequeña Mia Logan era que yo fuera tras ella para intentar hacer las paces de una buena vez. Así que, de repente, vuelvo a ser la menos querida de mi grupo de amigas. Y tanto Emily como Grace dicen que, si van a tener que estar guardando secretitos de la una a la otra, se van a volver locas y que, si no le quiero contar mis intimidades a Mia, mejor tampoco se las cuento a ellas. Sé que solo lo hacen para intentar forzarme a hablar con Mia y solucionarlo todo, y sé también que, en realidad, al menos Emily se muere porque la ponga al día de todos los cotilleos. Espero que la tontería no dure mucho. Pero, de momento, Mia hoy se ha sentado bien lejos de mí en el autobús. Yo he vuelto a almorzar con Cam, escondidos en el gimnasio. Y ya las echo de menos porque parece que de un día para otro me he quedado sin amigas de verdad.

Llamo al timbre y espero, impaciente por saber qué será lo que le pasa ahora a Cameron. Porque esta tarde no íbamos a vernos, los dos tenemos que estudiar, pero me ha mandado un mensaje hace un rato para decirme que quería hablar conmigo de algo y que si podía pasarse por mi casa. Al final hemos llegado al acuerdo de que venía yo a la suya, pero que íbamos a estudiar juntos. Abre y me dedica una sonrisa en cuanto nuestros ojos se encuentran, aunque no me parece tan brillante como debería. Algo le preocupa. Nos damos un beso corto en los labios antes de que me invite a pasar y me guíe hasta el sótano. No puedo evitar sentir un poco de ternura al entrar aquí, porque me acuerdo de la otra vez que estuve, al principio de todo nuestro plan. Las cosas han cambiado mucho.

—Vaya, estabas estudiando de verdad —me sorprendo al ver el despliegue de libros y apuntes que tiene encima de la mesita y alrededor del sofá.

—Pues claro. —Suena indignado. Me quita mis apuntes de las manos—. ¡Eh! Los apuntes de Ashley Bennet, por fin aprobaré historia —bromea.

Los deja sobre la mesa y vuelve hasta mí para rodearme la cintura con los brazos y colocar su

frente sobre la mía, unos segundos, para luego besarme muy suave pero firmemente.

—¿No tenías algo que contarme? —le recuerdo, burlona.

—No, era solo una excusa para conseguir que vinieras hasta aquí. Mi madre tiene turno de tarde y he pensado «¿qué demonios? Invitaré a Ash a ver si tengo suerte esta tarde» —bromea. Lo golpeo en el pecho con la palma abierta y se ríe—. No, era broma. Sí que quería hablar de algo.

Me suelta para volver a la mesa y rebuscar entre el montón de apuntes desordenados que tiene allí. No sé qué manera de estudiar es esa con tanto caos, pero al menos lo está haciendo, así que me muerdo la lengua para no criticarlo.

—Aquí está —lo oigo decir para sí mismo.

Luego se vuelve y me tiende un sobre. Lo cojo frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Qué es esto?

—Puedes abrirlo —sugiere, como si a mí no se me hubiera ocurrido.

Me siento en el sofá y él hace lo mismo a mi lado. Saco el folio del interior para leerlo. Es una oferta de un equipo de fútbol universitario: Florida State. Lo leo dos veces antes de buscar sus ojos.

—No pareces muy contento —decido decir al ver su expresión, sin atreverme a felicitarlo—. Sabes que esto significa que te aceptan en la universidad y que el equipo te quiere como receptor, ¿no? —pruebo, y él hace una mueca ante la obviedad de la respuesta—. ¿Es un buen equipo?

—Depende de la temporada —suspira. Se deja caer recostado contra el respaldo del sofá—. Sí. No, sí que son buenos —reconoce, al final, como si eso no fuera una buena noticia.

—¿Qué pasa? —pregunto. Me recuesto como él, de medio lado para poder mirarlo, aún con la carta en la mano—. Pensaba que te haría un poco más de ilusión.

Asiente lentamente, como si estuviera pensando qué decir o cómo decirlo. Luego vuelve un poco la cara para mirarme.

—No quiero pasarme el resto de mi vida jugando al fútbol, Ash. No es eso lo que quiero. El fútbol es solo el medio para conseguir ir a la universidad a hacer lo que quiero hacer de verdad. —Asiento, porque eso ya lo sabía yo—. Pero en Florida no puedo estudiar lo que yo quiero.

—¿Tal vez podrías jugar allí una temporada y pedir que te transfieran?

—No creo que eso sea tan fácil —se lamenta mientras niega con la cabeza lentamente—. ¿Tú qué harías? —pide mi opinión.

—Yo no puedo decirte lo que tienes que hacer. Me parece una buena oportunidad, pero tienes muy claro el objetivo y tienes que hacer lo que creas que es mejor para conseguirlo. —Me encojo de hombros—. Aunque Florida está muy bien: tiene playas, buen tiempo, excepto por los huracanes, y un alto porcentaje de población jubilada —bromeo, y lo veo sonreír ligeramente.

—Sí, es mejor que Chicago donde solo hace frío y nada más —me pica.

—¿Lo ves? —lo animo con una risita—. Tú sales ganando. —Luego me quedo seria de nuevo —. Y te gusta el fútbol, aunque no sea lo más importante en esto, ¿no?

Asiente y mira hacia el frente antes de hablar:

—Me gusta el fútbol del instituto, la sensación de ser parte del equipo. Es de las pocas cosas que se me dan bien. Y juego con mis amigos —añade en un tono de voz más infantil. Me lanza una mirada de reojo y me hace sonreír.

—Allí también harás amigos. Y dudo que haya muchas cosas que no se te den bien, Cameron.

—Si tú estuvieras allí me marcharía sin pensármelo. —Acaricia mi mejilla suavemente.

Soy yo la que me acerco a sus labios esta vez. El beso se alarga más de lo esperado y cuando nuestras lenguas entran en acción empiezo a perder de vista todo lo demás. ¿Que tengo un examen cuándo? Pues la verdad es que me da igual. Paso una pierna por encima de su cuerpo para quedar a horcajadas sobre él, de frente y bien pegaditos. Pone sus manos en mis caderas enseguida, acomodando nuestra postura, sin dejar de besarme.

—Creía que habías venido a estudiar —murmura, burlón, entre beso y beso.

—Ajá. Estudiamos luego —propongo.

Aunque creo que los dos sabemos que ese luego tiene bastantes probabilidades de no llegar. Como no podía ser de otra manera, la cosa empieza rápidamente a írsenos de las manos. La situación se calienta, sube la temperatura de la habitación unos cuantos grados de golpe, y los besos se hacen más profundos, más necesitados y bastante menos castos. Me está volviendo loca solo con el jugueteo de sus labios y su lengua. Y necesito que, aparte de acariciar la piel de mi cintura por debajo de la camiseta, mueva esas manos un poquito más. Yo ya he colado las mías bajo la tela que cubre su torso y recorro con la yema de los dedos el contorno de sus músculos.

—Ash —murmura, con un hilo de voz, cuando mis manos se aferran a la cinturilla de su pantalón.

Suena casi como una protesta, pero no parece que quiera que pare, en realidad.

—¿Cómo de lejos queda la segunda base? —le susurro al oído y él suelta un gruñido—. Yo creo que ya deberíamos estar allí.

Cojo sus manos y las guío bajo la camiseta hasta el borde inferior de mi sujetador. No se resiste para nada y llena mi cuello de besos húmedos mientras sus dedos palpan la única tela que los separa de mi piel y sus manos cubren mis pechos. Me estremezco solo con su roce, pero a mi mente le da por pensar que tanto Vanessa como Jessica tienen más tetas que yo y que, mierda, espero que no le parezcan ridículas. Necesito que le gusten. Aunque tal y como sus manos se amoldan a mí, da la impresión de que son del tamaño perfecto. Cuela el pulgar izquierdo por el borde superior del sostén y acaricia con él mi pezón, que se endurece al instante en respuesta, y mis caderas cobran vida propia y buscan pegarse más a las suyas. Mierda, apenas me ha tocado, qué necesitada estoy. Si hasta se me escapa un gemido. Cam me besa en la boca, un poco más rudo que antes. Pero pronto se aparta, saca las manos y las levanta en el aire como si se rindiera.

—Vale —dice, y carraspea para aclararse la voz—. Vale. No me hagas esto —suplica—. Déjame ser un caballero, anda.

—No necesito que seas un caballero —aclaro.

Deposito un solo beso en su cuello y muerdo suavemente el lóbulo de su oreja.

—Ey, ey, ey —me frena.

Me agarra firmemente por la cintura y me aparta de encima de su regazo para depositarme a su lado en el sofá, como si fuera una muñeca y no pesara nada.

—Déjame sentir que me lo he ganado, espera a que yo te prepare una cita increíble —sugiere, en tono de broma.

Aparto la mirada y me muevo para alejarme de él unos centímetros en el sofá. Me siento un poco estúpida. Cameron acaba de rechazarme y yo parezco una ninfómana desesperada. No le gusto. No le gusto tanto. Mierda, ¿qué narices le pasa? Todos los chicos con los que he estado parecían bastante ansiosos por meterme mano, a decir verdad. Pero Cam no. Estoy demasiado gorda, o tengo las tetas demasiado pequeñas, o no soy tan sexy como Jessica Harris, ¿no? Y no quiero compararme con Vanessa.

Me aparta el pelo de la cara y se acerca de nuevo para hablarme al oído.

—Me gustas mucho, Ash —dice, como si pudiera leerme el pensamiento—. Me gustas tanto que quiero hacer las cosas bien contigo. El sábado es la fiesta de cumpleaños de Vanessa, pero ¿puedo invitarte a salir el viernes?

—¿Te has dado cuenta de a la cantidad de fiestas a las que vas? —me burlo, para apartar de mi mente el mal rollo de su rechazo—. Hay una cada dos fines de semana como poco.

—Estamos en el instituto, lo que no es normal es no ir a ninguna fiesta hasta el último curso —se mete conmigo en tono de broma—. Di que sí a nuestra segunda cita oficial el viernes, yo me encargo de todo. ¿Qué me dices?

—Sí.

Y me regala un nuevo beso, rápido y casto.

Me vuelvo a casa cuando su madre llega a la suya. No he vuelto a intentar ir más allá de los besos inocentes, pero de esos ha habido muchos. Aun así, ahora que estoy en mi habitación metida en la cama con mi libro de historia en el regazo, no puedo parar de darle vueltas a esa sensación que he tenido: que no le gusto lo suficiente. Que no me puedo comparar con las otras chicas con las que ha estado. Que se enamoró de Vanessa Miller hace cosa de año y medio, y entonces, ¿qué es lo que ve ahora en mí? Al menos su madre ha estado muy amable conmigo. Parece verdad eso de que mi mensaje mandándole estudiar sumó unos cuantos puntos a mi marcador. Ah, y el hecho de que me refiera siempre a él como Cameron y no como Cam delante de la buena mujer, también es algo que me hace una buena compañía para él a sus ojos.

El móvil suena a mi lado en la mesilla con la entrada de un mensaje. E inmediatamente otro más. Lo cojo, segura de que será Cam. Me sorprende enormemente ver el nombre de Mia en la pantalla. ¿Mia? Si hoy ni me ha hablado en todo el día. Abro su chat con curiosidad.

> Hola, Ash. Mira, Blair no para de escribirme para intentar
> llevarme a la cama o algo así, y me ha pedido que te diga algo
> de su parte. Parece que se quiere redimir o no sé. Yo no

quiero estar en medio de ninguna movida, pero te lo reenvío por si es de tu interés.

Mensaje reenviado:

Te demostraré que voy en serio, una tregua con Ashley no es el sueño de
mi vida, pero lo estoy haciendo si es
lo que quieres tú. Anda, dile a tu amiga que se tome en serio lo que le dije, que hay más traidores de los que ella se cree. Y lo primero que tiene
que hacer es preguntarse por qué a Vanessa Miller le interesa tanto que ella esté con Cam. O por qué le interesa tanto que no esté con algún otro... La reina del baile no hace nada si no es en su propio beneficio, te lo digo yo.

Releo el mensaje un par de veces. ¿Por qué a Vanessa le interesa que yo esté con Cam? Eso es una tontería, ¿no? ¿Por qué le iba a importar a ella con quién salga yo? Bueno, Cam dice que ha sido muy pesadita porque quería que él me dijera lo que sentía de una vez. Pero eso solo significa que se preocupaba por su amigo, ¿no? Mis amigas han hecho lo mismo conmigo, más o menos. Y eso de que le interese que yo no esté con otro... ¿quiere decir con Tyler? ¿Qué más le da a Vanessa? Niego con la cabeza. Nunca me ha pasado nada bueno escuchando a Blair Wells. Es mejor que la ignore. Esa chica es puro veneno. Respondo a Mia dándole las gracias por el mensaje, pero tampoco intento llegar mucho más allá. Las cosas entre nosotras están como están y un mensaje de texto no cambia eso.

De alguna manera, no consigo parar de darle vueltas a las advertencias de Blair en toda la noche, ni en todo el día siguiente. No atiendo a ninguna de las clases del miércoles porque mi cerebro se dedica a procesar todos los recuerdos que he ido almacenando respecto a Vanessa desde el fin de semana en el lago Tahoe. Desde que me sorprendí al darme cuenta de que era agradable conmigo y de que me caía bien, incluso. Nunca ha hecho nada que me haga dudar de que su colegueo conmigo es real. Pero hay algo que mi subconsciente está tratando de decirme y no sé lo que es. No consigo quitarme de encima esa sensación de que hay algo que se me escapa.

Es la hora de cenar del miércoles cuando le pido a mi madre diez minutos de tiempo antes de poner la mesa y cruzo el jardín para unirme a Tyler que fuma su cigarro de la noche sentado en la escalera de su porche.

—Ey, Ash —saluda al verme llegar—. ¿Ya has terminado de estudiar para el examen de mañana? —Saca tema de conversación cuando me siento en silencio a su lado, sin ni siquiera saludar.

—No tengo ni idea de cómo lo llevo. Tengo tantas cosas en la cabeza que creo que me voy a volver loca.

—Bienvenida a mi mundo. —Sonríe él irónicamente—. ¿Qué te pasa?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pido, y asiente al instante—. ¿Crees que puedo confiar en

Vanessa? —Voy directa al grano.

Justo la pregunta que no me atrevo a hacerle a Cam. Me siento un poco mal por pensar que hay cosas que estoy dispuesta a confiarle a Tyler y no a Cam, pero es que el chico de los ojitos verdes es demasiado amigo de la reina del baile como para decir algo malo sobre ella. Sea o no verdad.

—¿En Vanessa? —se sorprende, alzando las cejas—. ¿Te ha pasado algo con ella? Vanessa es una tía legal, Ash. No porque sea la jefa de animadoras tiene que ser una cabrona —aclara con una sonrisita.

—¿Qué pasó entre ella y tú? —pregunto, sin avergonzarme por ser tan cotilla.

Me mira y luego aparta la mirada. Niega lentamente con la cabeza mientras curva los labios en una mueca.

—¿Te lo ha contado Cam?

—Cam me contó por qué lo había dejado con ella, pero no llegó a nombrarte en ningún momento. Fue ella la que me dijo que el tipo de aquella noche eras tú —le explico.

—Entonces ya sabes lo que pasó entre Vanessa y yo. —Se despreocupa, y da una calada larga a su cigarro.

—¿Eso fue todo?

—¿Todo? Bueno, no me gusta alardear, Ash —dice, con una sonrisa engreída—. Pero te diré en confesión que, cuando Cam y ella cortaron, Vanessa llegó a insinuarme que quería algo más conmigo. Tuve que decir que no por muy insistente que quisiera ser y, créeme, no es fácil decir que no a Vanessa Miller cuando quiere algo —asegura con una mueca que me deja claro qué armas utiliza Vanessa cuando quiere algo de un chico—. Pero bastante cabreado estaba ya Cam como para ponerme a hacer el capullo con su exnovia —termina con una risita.

—¿Así que Vanessa quería como... salir contigo? —trato de aclarar.

—Tantas chicas quieren salir conmigo...

—Fantasma —bufo, y eso consigue arrancarle una carcajada.

Vale, otra noche casi en blanco. Porque ni se me había pasado por la mente que Vanessa alguna vez haya querido algo más con Tyler que un polvo de una noche. Tal y como me lo contó, daba totalmente la impresión de que fue una noche que se le fue de las manos y nada más. Aunque esto tampoco significa necesariamente que Blair pueda tener razón; no quiere decir que a Vanessa ahora mismo le importe quién salga o no salga con Tyler. Bueno, soportaba a la bruja en su grupito mientras ellos salían juntos, ¿no? ¿Por qué iba entonces a preocuparle que él saliera conmigo? Es ridículo. Y creo que Blair está consiguiendo justo lo que quería: hacerme dudar de todas las personas cercanas a mí. Intento convencerme de que lo que Tyler me ha contado no tiene la más mínima importancia. Pero hay algo que me mantiene inquieta, y sigo sin poder determinar lo que es.

Con la cabeza como un bombo es como estoy yo a la hora del almuerzo de este jueves. Tengo un examen luego y ni siquiera estoy pensando en eso. Porque no sé qué es lo que me tiene

nerviosa respecto al tema de Vanessa. Y porque, aunque me siento con mis amigas en nuestra mesa habitual, nada es como solía ser. Nos limitamos a temas triviales y se nos nota a todas que no estamos cómodas con la situación. Sé que todas estarían más tranquilas si yo no estuviera con ellas. Así que me voy pronto.

Dentro de la cafetería hay bastante alboroto y, por un momento, rezo para que no sea otro quebradero de cabeza para mí. Pero últimamente mis rezos no sirven de mucho. El máximo jaleo proviene de la zona donde está la mesa del equipo de fútbol y cuando me acerco hasta allí veo claramente lo que pasa. Son Tyler y Cam. Y podría decirse que no están haciendo las paces, precisamente. No sé quién ha dado el primer empujón, pero está claro que ya ha habido unos cuantos. Troy y Ryan están en tensión, pero no parecen dispuestos a intervenir a no ser que la cosa vaya más allá. Me imagino que si no hay puñetazos no lo ven necesario. Además de medirse como perros de pelea a punto de entrar en acción, los dos chicos están discutiendo muy acaloradamente. Y no se están diciendo cosas bonitas que digamos. Vanessa y Jessica también están observando la escena, muy atentas, pero sin mediar. Para cuando llego a su altura, Cam ha vuelto a empujar a un Tyler que se estaba acercando demasiado a su cara a la hora de llamarlo «puto traidor de mierda». El quarterback parece más que dispuesto a devolvérselo, y yo hago acopio de toda mi valentía para colar mi cuerpo entre ellos dos, interponiéndome para frenar los golpes.

—¡Ya vale! —les grito con el objetivo de acallar sus voces enfadadas.

No sabía que era capaz de imponer mi voz a la de dos jugadores de fútbol cabreados, pero vaya, bien por Ashley. Empujo a Cam con mis dos manos en su pecho para que retroceda un par de pasos. Él se deja conducir por mí dócilmente. Menos mal, porque podría haber hecho bastante el ridículo intentando empujarlo y sin lograr hacerlo retroceder ni un milímetro. Aparta la mirada cuando miro sus ojos, así que me vuelvo hacia Tyler, que clava sus ojos en los míos sin amedrentarse.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? —gruño.

—¿Por qué me miras a mí? —se indigna Tyler—. Pregúntale a tu novio qué es lo que le pasa a él, que es quien ha empezado. Ah, claro, como cuando tú estás delante se hace el bueno y el inocente —añade con tono burlón.

Noto cómo Cam avanza un paso hacia nosotros y apoyo mi hombro en su pecho para contenerlo.

—¿He empezado yo? —le ladra a su antiguo mejor amigo.

—¡Vale! —grito de nuevo. Me vuelvo para mirarlo a la cara—. Cam, ya vale —le pido, en tono más suave—. Os estáis portando como un par de cretinos.

—Ash —oigo la voz de Vanessa justo a mi espalda.

Me pone una mano en el hombro y tira de mí para hacerme retroceder y sacarme de en medio de los dos contrincantes.

—Déjalos que se partan la cara, así igual se dan cuenta de lo estúpidos que son —aconseja—.

Eh, deberías sentirte afortunada —añade, en voz baja, cerca de mi oído—, por mí nunca llegaron a las manos.

Me vuelvo de golpe y la fulmino con la mirada cuando oigo eso. De repente, me siento muy enfadada con ella. No sé seguro por qué. Sé que el comentario ha estado fuera de lugar totalmente, pero eso no justifica la rabia que me bulle por dentro.

—¿Qué? ¿De qué vas? —le gruño, de malas maneras—. Yo no estaba buscando esto.

—¿Qué te pasa? —pregunta ella, y parece genuinamente preocupada por mi reacción.

Me pone una mano en el brazo para calmarme y yo lo sacudo violentamente para librarme de ella.

—¡No me toques!

—Pero ¿qué te pasa? —insiste, con el ceño fruncido.

—Ash, ¿qué pasa? —pregunta también la voz de Cam a mi espalda.

Parece que esos dos se acaban de olvidar de su propia pelea al presenciar el inicio de otra. Y, en este justo momento, es como si una bombilla se encendiera en mi cerebro. Ya lo sé. Ya sé lo que me lleva inquietando desde mi conversación con Blair sobre Vanessa, ya sé qué es lo que no ha terminado de cuadrarme mientras les daba vueltas a todos mis recuerdos.

—El maldito vídeo más romántico del año —digo, en voz baja, con mis ojos clavados en los azules de Vanessa—. Cam y yo en el lago Tahoe. ¿Lo grabaste tú? —pregunto, aunque, de alguna manera, ya sé la respuesta.

—Ash..., ¿qué...? —empieza ella.

—¿Lo grabaste tú? —insisto elevando un poco la voz.

—Sí.

No añade nada más. Me sostiene la mirada mientras yo siento cómo se me revuelve el estómago. Casi tengo ganas de vomitar. He estado confiando en ella. Creyendo que era mi amiga.

—Pero ¿cómo...? —intento encontrar las palabras que decir, pero no me sale nada coherente —. ¿Por qué me has hecho esto? —pregunto al fin—. ¿Por qué has estado montando toda esta farsa, haciéndote pasar por mi amiga?

—Ash, no es ninguna farsa. Yo no... Yo...

—Ash —interviene también Cam, y se coloca al lado de Vanessa, justo delante de mí—, cálmate —pide.

—¿Que me calme? —repito, incrédula. Luego frunzo el ceño, intentando atar todos los cabos en mi cabeza—. ¿Tú lo sabías? —Dirijo a él mi pregunta entonces.

Y no dice nada, pero puedo leer la respuesta en sus ojos. Lo sabía. Sí. Claro que lo sabía.

—Ash —trata de conectar conmigo cuando doy un paso atrás.

Avanza hacia mí e intenta coger mi mano con la suya. La aparto antes de que lo logre.

—No —digo, firmemente, aunque en voz baja—. Necesito salir de aquí —murmuro.

Busco sus ojos, pero, al encontrarme con su verde, me doy cuenta de que no va a ponerse de

mi lado esta vez. No cuando al otro lado está Vanessa. Me vuelvo de golpe y me encuentro con el tono avellana de Tyler pendiente de mí.

—Necesito salir de aquí —repito.

—Vámonos —dice mi vecino, sin dudar.

Da dos zancadas, me agarra la mano al pasar a mi lado y tira de mí hacia la salida. Al llegar a la puerta del comedor, vuelvo la cara para buscar a Cameron. Está ahí, justo donde lo he dejado, al lado de Vanessa, y me está mirando. Tiene los ojos tristes. Pero no es él quien está de mi lado esta vez.

Oigo sonar el timbre de la puerta principal y me paso las manos por las mejillas para borrar el rastro de lágrimas que pueda quedar en ellas. Por si acaso vienen a verme a mí. He terminado de comer hace un rato. Mi madre ya se ha dado cuenta enseguida de que pasaba algo. Y eso que Tyler y yo nos hemos pasado horas por ahí, dando vueltas con la moto y hablando de todo lo que ha pasado. Tengo que reconocer que mi amigo se ha portado muy bien conmigo. Le debo una, desde luego. Hemos vuelto a casa cuando era ya la hora de volver del instituto. Cam me ha llamado unas cuatro veces desde que nos hemos largado del instituto hasta ahora, pero he rechazado la llamada cada una de ellas. Así que no me sorprende que, cuando llaman a la puerta cerrada de mi habitación y doy permiso para pasar, sea él quien lo hace.

Lo miro desde el colchón de mi cama, donde estoy sentada con las piernas cruzadas, y no digo nada. Parece un poco enfadado. Cierra la puerta y me sostiene la mirada por unos segundos.

—¿Qué pasa contigo? ¿Qué coño crees que estás haciendo? —dice, por fin, moderando su tono de voz, pero echando chispas por los ojos.

—No me hables así —le advierto, muy seria.

—¿Es que te has vuelto loca? Ni siquiera has venido a hacer el examen de historia...

—Me da igual el examen —murmuro, con la vista clavada en mis manos.

—No, no te da igual —me lleva la contraria.

Me levanto de la cama para ponerme un poco más a su altura de lo que estaba.

—Te estás equivocando con Vanessa. —Vuelve a hablar, con voz suave esta vez. Pongo los ojos en blanco al oírlo—. Hablo en serio. Tienes que dejar de ver enemigos por todas partes, Ash.

—Ya. ¿Qué vas a decir tú de Vanessa? Es bastante obvio que pondrías la mano en el fuego por ella —refunfuño.

—Que crea que en esto no tienes razón no significa que la anteponga a ti —intenta aclarar.

Busca mis ojos mientras yo sigo empeñada en rehuir el contacto visual.

—¿Ah, no? Pues es lo que parece.

Hace una mueca, como si le doliera que yo piense algo así. Pero ¿qué quiere que piense?

—¿Estás celosa? —Decide usar luego su tono más burlón.

Entorno los ojos, cada vez más enfadada, y me vuelvo para darle la espalda y acercarme hasta la ventana.

—No —digo, firmemente.

Suelta una risita, el muy descarado. Como si no se lo creyera. Se acerca a mí por la espalda y me envuelve con sus brazos poniendo su boca cerca de mi oreja.

—Esperaba que me dijeras un «no flipes». No tienes ningún motivo para estar celosa —asegura cambiando el tono de voz.

Me vuelvo hacia él obligándolo a soltarme. Busco sus ojos y me parecen sinceros, pero ya no sé si puedo fiarme ni de mí misma.

—Te gusta ella más que yo. —Decide hablar mi inseguridad por mí, y encima con vocecilla de niña asustada. Qué manera de hacerme parecer estúpida.

—Eso es una gilipollez. —Es lo que responde Cam sin separar sus pupilas de las mías ni una décima de segundo—. No sé cómo puedes pensar algo así.

Bajo la mirada dudando de si debería creerlo o no. Quiero hacerlo, pero no parece que tenga mucho sentido. No quiere acostarse conmigo, para empezar.

—Te has puesto de su parte sin dudar ni un momento. Y es mucho más guapa que yo —me permito añadir.

—Vanessa es mi amiga y confío en ella —aclara—. Ashley —murmura luego. Pone las manos en mis caderas y acerca su cara a la mía—. Tú eres jodidamente preciosa.

Me da un escalofrío y me ablando un poco cuando me veo reflejada en esos ojitos verdes. Me mira como si fuera preciosa de verdad. No digo nada. Dejo que me acaricie la mejilla suavemente.

—¿Por qué te has ido con Tyler? —pregunta de pronto.

Eso rompe nuestro momento de conexión.

Aparto la mirada. Me siento un poco culpable. No suena como si estuviera enfadado por ello, pero es obvio que no le ha gustado. Puede que hasta le haya dolido un poquito, ¿no?

—Lo siento —murmuro sin atreverme a mirar sus ojos mientras hablo—. No tenía que haberme ido así con él delante de todo el mundo...

No me quiero ni imaginar lo que la gente que ha presenciado la escena estará cotorreando por el instituto. Que aún no me he decidido. Que he dejado plantado a Cam para irme con el quarterback. Cualquier cosa.

—Me da igual todo el mundo —me sorprende Cam hablando con firmeza—. ¿Por qué te has ido con Tyler?

—Necesitaba largarme de allí y tú no parecías nada dispuesto a venirte conmigo —le echo en cara—. Necesitaba que te pusieras de mi parte y me sacaras de esa situación porque ha sido todo... demasiado para mí —termino, y me muerdo la lengua para no soltarle un «justo como ha hecho Tyler».

Cam asiente lentamente, pero no parece para nada que me esté dando la razón. Se toma un

segundo para pensar lo que va a decir antes de hablar.

—Sé que voy de caballero y que no paro de llamarte princesa, pero no creo para nada que seas de las que necesitan ser rescatadas —dice, con media sonrisa burlona—. Y si lo que buscabas era un príncipe valiente has tenido muy mal ojo con Tyler.

—Yo no estaba buscando ningún príncipe ni... —empiezo a protestar, pero luego niego con la cabeza. Paso de tonterías—. Tyler es mi amigo y me ha acompañado cuando yo lo necesitaba. ¿O es que estás celoso?

—Sí —responde, sorprendiéndome. Nos clavamos los ojos y se encoge de hombros—. Me ha molestado verte salir de la cafetería con él. ¿Era eso lo que querías?

Tardo un momento en contestar. No era lo que quería. Ni siquiera se me habría pasado por la mente el irme con Tyler para ponerlo celoso. Sin embargo, no sienta mal escucharlo.

—No —digo al fin—. No. No era eso lo que yo quería. Quería irme contigo y no con él, para empezar.

Cameron me aparta el pelo de la cara con las dos manos y las deja a ambos lados de mi cabeza, restringiendo mis movimientos, y busca mis ojos.

—Y yo quería que te quedaras conmigo —dice, dulcemente—. Quería poder hablar contigo y aclarar la situación, no ayudarte a salir huyendo. No puedes pasarte la vida huyendo de las cosas que pasan. Ya sé que han pasado muchas cosas últimamente, y que estás agobiada, y entiendo que estés a la defensiva, ¿vale? Lo entiendo. Pero tienes que intentar calmarte y darle a la gente una oportunidad. Vanessa grabó ese vídeo para enseñármelo a mí —explica y yo frunzo el ceño, pero no digo nada—. La noche anterior había estado hablando con ella sobre ti y lo grabó y vino a enseñármelo para que viera cómo se nos veía desde fuera... cómo parecía que tú también... —No termina la frase y niega levemente con la cabeza—. Iba a borrarlo y le pedí que no lo hiciera. Y después de eso no sé muy bien lo que pasó... supongo que Jessica —imagina, y se encoge de hombros.

—¿Y quién le dio el vídeo a Jessica? Vanessa podía haberme dicho que el vídeo era suyo desde el momento en que se hizo viral. O me lo podías haber dicho tú. —Reparto la culpa.

—Lo siento. No quería complicar las cosas. Estoy al cien por cien seguro de que Vanessa nunca ha tenido mala intención, sino todo lo contrario —la defiende de nuevo.

Aparto sus manos de mí y bajo la mirada, tratando de pensar. Todo era mucho más fácil antes de todo esto, cuando tenía a mis tres amigas de verdad, aunque no tuviera nada más. El mundillo de los populares resulta no ser tan idílico como todo el mundo cree. Para empezar, uno nunca sabe quién va a apuñalarle por la espalda cualquier día. Aunque eso ya no es solo cosa de los populares, ¿no? Las cosas malas se contagian mucho más rápido que las buenas, y parece que Mia y yo estamos ahora mismo en una situación así.

—Es todo demasiado para mí —me lamento y siento las lágrimas quemándome tras los párpados. No quiero derramarlas—. No..., no encajo en todo esto. No sé cómo vivir en este mundo en el que me has metido con tu estúpido juicio de Salem —ataco, sin querer—. Yo no soy

así. Y pensaba que ya todo había terminado de encajar, que por fin estaba contigo y que todo iba a ser mucho más fácil. Que se había acabado el drama. No quiero más drama. Apenas me hablo con mis amigas; Tyler y tú... en fin. Y ahora Vanessa... No sé en quién confiar. —Levanto de nuevo la vista hacia él, con una lágrima ya rodando por la mejilla izquierda—. No sé en quién puedo confiar.

Cam me seca la lágrima con su pulgar, muy delicadamente, y luego me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Puedes confiar en mí —se ofrece, y sus ojos verdes no se apartan de los míos en absoluto —. Ash —me llama, al ver que no digo nada—, ¿confías en mí?

Asiento casi imperceptiblemente con la cabeza y me muerdo el labio para no romper a llorar.

—Sí —respondo, con un hilo de voz.

16

Red

—Bienvenida a su carruaje, princesa. Mi nombre es Cameron y seré su chófer en esta cita.

Cam me coge la mano y la lleva hasta sus labios para besarme el dorso. Sonrío ante sus tonterías. Hasta me ha abierto la puerta del coche después de pasarse un buen rato bromeando con mi madre y con Eric. Este chico es una joya, ¿no?

—Vaya, creí que había pedido expresamente un chófer guapo, latino y bien dispuesto. Tendré que poner una queja a la compañía de carruajes reales.

—¡Eh! —protesta, y su tono me hace reír—. Me he puesto muy guapo para ti —se lamenta haciendo pucheros.

—Estás precioso —me burlo, y me inclino hacia él para besarle los labios dulcemente.

—Bueno, si lo que buscabas era una cita ardiente con un latino puedo hablar con acento toda la noche si quieres —ofrece nada más separar nuestros labios.

Suelto una carcajada y vuelvo a acomodarme en mi asiento.

—Mejor que no. —Lo veo sonreír divertido—. Arranca de una vez y vamos a descubrir la cita tan maravillosa que me has preparado.

Se pone el cinturón y arranca sin perder más tiempo. Conduce calle abajo, hacia el centro de la ciudad. Lo miro bien por un momento. Va vestido con unos pantalones chinos azules y una camiseta blanca. Lleva zapatillas, igual que yo. Y es que no me he esforzado tanto con mi apariencia como en la primera cita, porque él me ha dicho que fuera vestida normal y tampoco he tenido demasiado tiempo. Así que me he puesto mis vaqueros rotos y una camiseta negra de tirantes holgada. He visto que él también lleva una cazadora en el asiento de atrás cuando he dejado allí la mía. ¿Eso significa que me va a llevar a algún sitio al aire libre donde podamos necesitarlas? No tengo ni idea de lo que ha preparado para nuestra segunda cita oficial. Y estoy emocionada. Bajo la visera y abro el espejito que lleva incorporado para mirar mi maquillaje. Mamá ha tenido que ayudarme un poco, para que me diera tiempo a estar preparada. Y es que hemos tenido que retrasar la hora de nuestra cita y Cam ha acabado recogiéndome a las siete y media, y, a pesar de ello, he tenido que correr, porque esta tarde Tyler y yo hemos hecho el examen de historia que no hicimos ayer, después de que yo le haya contado una mentira muy elaborada a la señorita Edwards y haya exculpado a Tyler totalmente. Al menos, una cosa

solucionada. No me ha salido mal. Y ahora estoy en una cita con Cam. Podría decir que ha sido un buen día. Sí, a pesar de que no haya intercambiado más de cuatro frases con Emily, y me haya pasado la mañana evitando a Vanessa. Pero ahora todo va a quedar compensado. Seguro.

—¿Puedo saber adónde vamos? —pruebo, tras volver a recoger la visera.

—Solo te diré que en este tiempo desde que eres una pasajera habitual de mi coche, y basándome en citas y escapadas anteriores, puedo adivinar que prefieres la naturaleza a la ciudad. Los paisajes, las vistas, los ríos, la calma... Bueno, yo también lo prefiero, en realidad. Pero he pensado que esta cita tenía que ser diferente a lo que tú estás acostumbrada. Así que espero que estés lista para una noche descubriendo las maravillas de la civilización —bromea—. Hoy vamos a disfrutar de la ciudad. ¿Te parece bien?

—No suena mal. Si consigues mostrarme que la ciudad tiene algo tan espectacular como lo tiene el campo, te habrás ganado mi corazón.

—Pensaba que eso ya me lo había ganado siendo un noventa por ciento capullo y un diez por ciento supermono —me recuerda y yo río—. Si consigo mostrarte algo que te impresione de esta ciudad, ¿qué me llevo a cambio?

—Lo que quieras. Soy difícil de impresionar —alardeo.

—Muy bien.

Simula pensar por unos segundos con la vista fija en la carretera y luego chasquea los dedos para llamar mi atención, como si se le acabara de ocurrir la mejor idea del mundo.

—Si consigo impresionarte tendrás que enseñarme las tetas durante diez segundos —dice, en tono de broma.

—Acepto —respondo, muy seria.

Desvía un momento la vista de la carretera para mirarme a la cara y yo alzo una ceja y mantengo mi pose decidida.

—No... Era coña, Ash. No creas que soy tan capullo como para ir negociando sobre ver tetas.

—Hemos hecho un trato, señor Parker —me planto y entrelazo mi dedo meñique con el suyo, separándolo del volante, para sellarlo.

—Estás loca. —Ríe, y niega levemente con la cabeza.

Para en un semáforo en rojo y nos miramos a los ojos, los dos con una sonrisita boba en la cara.

—Realmente quiero que te encante esta cita, pero tengo que advertirte que pase lo que pase esta noche... no lo estoy haciendo solo para verte las tetas —bromea, y yo me echo a reír.

—Intentaré recordarlo —me burlo.

—Oh, y hay algo más. Es importante —me cuenta.

Estira el brazo para coger algo del asiento de atrás. Es una tableta. Toca un botón y la pantalla un par de veces antes de tendérmela.

—Me he tomado la libertad de hacer un documento con algunas recomendaciones para la cita de hoy. Son como unas condiciones y términos de uso para esta noche. Te agradeceré que firmes

abajo, si estás de acuerdo —habla con un tono muy divertido.

Sonrío de medio lado, porque ya me parece imposible que alguien pueda ser más payaso. Él vuelve a arrancar cuando el semáforo se pone en verde y yo empiezo a leer el documento.

Reglas y recomendaciones para la mejor cita de tu vida

La abajo firmante, señorita Ashley Bennet, se compromete a intentar atenerse a las normas aquí expuestas para la perfecta marcha de esta cita y para hacer feliz al organizador de la misma, señor Cameron Parker. Y así, procurará en todo momento cumplir los puntos siguientes:

1. Invertir el máximo esfuerzo en dejar de ser una carca y llamar al señor Parker «Cam» y no «Cameron».
2. No protestar bajo ningún concepto cuando el señor Parker la llame «princesa» (y lo hará... mucho).
3. Aceptar que el señor Parker es el único y perfecto organizador de la cita, dejarse llevar y no hacer preguntas sobre el desarrollo de la misma.
4. NO se aceptarán discusiones a la hora de pagar.
5. Se prohíbe el uso de teléfonos móviles si no se trata de una emergencia (vida o muerte).
6. Es obligatorio centrarse en la cita y disfrutar del momento.
7. Se evitarán en todo momento los siguientes temas de conversación: exámenes, instituto, universidad, la bruja Blair, Jessica Harris, Tyler Sparks y Vanessa Miller.
8. Queda terminantemente prohibido pensar en cualquier problema que no sea dónde conseguir el mejor batido de chocolate de la ciudad.
9. La señorita Bennet será en todo momento consciente de que es la chica más preciosa que el señor Parker ha tenido el honor de conocer en TODA su vida.
10. Los besos son bienvenidos en cualquier circunstancia y no se escatimará en ellos.

FIRMA:

Hay un cuadradito para que firme con el dedo. O sea, de verdad, ¿qué clase de chico hace una cosa tan tonta como esta? Es tonto, pero estoy sonriendo, más y más con cada cosa que leo. Y estoy de acuerdo en casi todo. Casi. Cam no para de lanzarme miraditas de reojo y, cuando alzo la vista para mirarlo, veo que también sonríe levemente.

—Vaya, se requiere mi firma previa para poder tener esta cita, no estará usted emulando a Christian Grey, ¿verdad, señor Parker? —me burlo y él suelta una risita—. Porque me parece recordar que él le proponía cosas bastante más interesantes que no escatimar en besos a la señorita Steele —insinúo.

Me mira de reojo y sé que se ha puesto un poquito nervioso, aunque trate de mostrarse relajadísimo.

—Lo siento, pero tengo que advertirte, antes de que esto vaya a más, que a mí no me va el BDSM —dice, con una mueca—. Espero que eso no te decepcione.

Exagero un suspiro decepcionado en respuesta e intento reprimir una sonrisa cuando lo oigo reír. Vuelvo a centrar la mirada en la pantalla de la tableta, que espera que estampe mi firma en

ella. Sé que estoy un poco roja y me alegro de que él esté conduciendo y no pueda echarme un buen vistazo y darse cuenta.

—¿Vas a firmar o no? —me mete prisa, en tono divertido, lo que me saca de mis pensamientos.

—Pues estoy dudando, porque no quiero comprometerme demasiado —bromeo—. No veo letra pequeña, pero tener mi firma en un documento podría ser parte de alguna maldad mayor, así que voy a poner una X y tendrás que conformarte con eso.

—Me doy por satisfecho —asegura él con una sonrisita.

No tarda mucho en aparcar el coche en una calle bastante concurrida a estas horas. Le tiendo la tableta y él la apaga antes de volver a dejarla en el asiento trasero. No dice nada antes de bajarse del coche y yo me apresuro a seguirlo, colgando mi bolso de mi hombro derecho.

—Espero que no tengas demasiada hambre, porque hoy vamos a cenar tarde —me avisa. Me coge de la mano mientras me guía hacia la entrada de un local—. Bienvenida al máximo exponente del ocio urbano —dice, en tono divertido, y se aparta para dejarme pasar antes que él.

Una vez en el interior descubro lo que se escondía tras la puerta: una sala enorme de juegos. Hay máquinas recreativas, pero también muchísimos juegos y deportes de competición como *air hockey*, *ping-pong* o billar. Sé que voy a ser mucho peor que él en casi cualquiera de estos juegos, pero me están dando muchas ganas de machacarlo en alguno.

—Vale, admito que la ciudad puede contener algunas diversiones —digo, hablando por encima de mi hombro—. Pero aún no me has impresionado, Cam... —Me muerdo la lengua antes de terminar de decir su nombre completo.

Me va a costar más de lo que creía cumplir las normas de ese documento. Él pone las manos en mis caderas pegándose a mi espalda y acerca la boca a mi oído.

—Tenemos una hora. Quien gane elige dónde cenar, princesa.

Ni siquiera he pensado dónde elegiría yo ir a cenar. ¿Para qué? Los dos teníamos claro desde el principio quién iba a resultar ganador. Hemos pasado por muchos de los juegos del local, aunque me he quedado con las ganas de jugar al billar, y soy consciente de que Cam no se ha esforzado al máximo. Me ha dejado ganar alguna que otra partida, por mucho que yo haya protestado por ese hecho. Me gusta sentir que me he ganado la victoria. La verdad es que ha conseguido sacar mi vena más competitiva y que me he reído mucho. Muchísimo. Tampoco es que eso sea nuevo. Este chico siempre consigue hacerme reír.

No me sorprende nada que me diga que ya tenía la reserva hecha en el sitio donde vamos a cenar. Lo anuncia con una sonrisa engreída, como si que yo pudiera llegar a ganarle en los recreativos fuera de todo punto imposible. Su ego supera con creces el tamaño de su cuerpo. Y, aun así, me sigue encantando.

La cena es en el lugar donde se rumorea que sirven las mejores hamburguesas de la ciudad. Y, después de probarla, tengo que admitir que probablemente la fama es merecida. El local no lleva más de un año abierto, y yo nunca había venido porque mis amigas y yo no somos demasiado

previsoras y este sitio está tan de moda que es imposible cenar si no has reservado previamente. Cam lo tenía todo bien atado. Hasta había especificado la mesa que queríamos, la más íntima del lugar. No paramos de hablar durante toda la cena, sobre todo de tonterías sin importancia, y estoy tan a gusto que bien podría haberme llevado a una pizzería cutre y, aun así, seguiría siendo una de las mejores noches de mi vida. A pesar de que tengo el estómago lleno cuando acabo con mi hamburguesa —bueno, cuando Cam acaba con mi hamburguesa, porque yo ya no puedo con el último bocado—, pedimos postre. Solo porque él dice que la tarta de chocolate me va a encantar. Y, de todas maneras, siempre hay hueco para el chocolate, ¿no? Solo pedimos un pedazo para los dos, aunque creo que Cameron sería capaz de comerse dos él solito. Y, a la hora de pagar, no acepta que saque la cartera, claro. Yo he firmado con una X el documento en el que se especificaba que no se admiten discusiones a la hora de pagar, así que no insisto. Ya sé que es inútil.

Cuando salimos del restaurante son casi las once de la noche, así que tenemos dos horas antes de que el carruaje se convierta en calabaza o, lo que es lo mismo, antes de que mi madre llame a las fuerzas armadas si no estoy en casa. Y Cam le ha prometido que me dejaría en casa antes de la una y que cuidaría de mí hasta entonces, cómo no.

—¿Sabes? —Me planto delante de la puerta del conductor del Honda para que Cam no pueda subir al coche aún—. Lo estoy pasando muy bien, y debo admitir que la compañía es inmejorable, pero soy un poquito más difícil de impresionar que con una reserva para el local de moda.

Curva los labios hacia un lado y esa sonrisita canalla pone en marcha todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Quiero estar más cerca. Me estiro hacia él para buscar su boca, pero se aparta en el último momento.

—He dejado lo mejor para el final, princesa —alardea, con ese tono burlón que me pone de los nervios.

Solo que ya no me pone de los nervios. O, al menos, no en el mismo sentido que lo hacía antes. Agarro el cuello de la camiseta que lleva y lo acerco de nuevo a mi boca.

—No escatimes en besos, señor Parker —le recuerdo, usando la voz más sensual que encuentro en mi repertorio.

No se resiste cuando entreabro sus labios con mi lengua. Se hace con el control del beso en décimas de segundo y se pega a mi cuerpo haciéndome retroceder y atrapándome contra la carrocería del coche. Mis manos acarician sus bíceps hasta el borde de las mangas de su camiseta. Ojalá no la llevara puesta. Ojalá estuviéramos en un sitio más íntimo. Ahora mismo me sobra todo lo que se interpone entre nosotros. Y sí, estoy hablando de la ropa. Me pierdo en su boca y, cuando se aparta, suelto un quejido en voz baja. Vuelve a besarme brevemente, suave esta vez, y acaricia mi nariz con la suya antes de volver a hablar:

—Aún no he terminado. Estoy dispuesto a ganarme mi premio —murmura, y baja la vista hacia mi pecho.

—¿A qué esperamos entonces? —le meto prisa. Lo empujo para poder escapar de su abrazo y rodear el coche para montarme—. ¿Siguiente parada, señor organizador de la cita?

Abre el coche con la llave y me hace un gesto con la cabeza para que suba al asiento del copiloto.

—Sube. Te lo enseñaré.

Tardamos un buen rato en pensar, buscar y recoger para llevar los que, por consenso, hemos decidido que deben ser los mejores batidos de chocolate de la ciudad. Parece que la lista de recomendaciones de Cam era bastante concienzuda. Y lo tenía todo perfectamente planeado. Estoy muy relajada mirando las luces y sombras de la iluminación nocturna de la ciudad surcando el rostro de mi acompañante mientras conduce. Cada minuto que pasa lo veo más guapo, ¿puede ser? Tal y como exigían las condiciones de la cita, me he olvidado de todos mis problemas. De todo. No puedo pensar en nada que no sean esos ojitos verdes, o esos mechones de pelo negro que le caen sobre la frente, o su voz burlona cuando me llama princesa, o el sonido perfecto de su risa. No tengo la suficiente capacidad neuronal como para que haya otros pensamientos que puedan competir con esos. Y puede que no estemos en medio de la naturaleza, con un paisaje maravilloso y escapando de los ruidos de la ciudad, pero esta noche está siendo perfecta. Ojalá pudiera sentirme siempre así, como si cada partícula del universo estuviera exactamente en el lugar que debe estar. Sentirme segura y en paz. Tan relajada. O, al menos, estoy relajada hasta que veo que Cam gira el volante para meterse a un aparcamiento subterráneo. El del segundo edificio más alto de la ciudad, sede del banco más importante.

—Cam —lo llamo mientras él busca algo en el bolsillo de su pantalón, con el coche en punto muerto justo delante de la puerta cerrada que daría acceso al aparcamiento—. ¿Qué haces? Esto es un aparcamiento privado. La entrada del otro aparcamiento está al otro lado —le aviso.

Vuelve la cara para mirarme y veo cómo le brillan los ojitos, incluso con la tenue luz que llega ahora hasta el cubículo del coche.

—Ssssh —me manda callar, y yo frunzo el ceño—. Has firmado no hacer preguntas ni cuestionar el desarrollo de la cita, hacer todo lo que yo te diga, no decir que no a nada y cometer alguna ilegalidad conmigo.

—Yo no he firmado eso —me defiendo, con paciencia.

—¿Cómo que no? Anexo 3b, punto 4 —inventa sobre la marcha con una sonrisa burlona—. ¿Es que no te has leído la letra pequeña?

—Oye, no me vaciles, sabes que no... —empiezo a protestar.

—¡Eh! Nada de protestas, princesa. Oye —me llama, más serio, cuando me ve hacer un mohín con los labios—, ¿confías en mí o no?

Suspiro antes de asentir y apoyar la cabeza en el respaldo del asiento. Habrá que seguirle el juego con sus locuras. Aunque si nos pillan colándonos en un edificio como este podríamos acabar los dos en el calabozo. O peor. Cam saca algo de su cartera y vuelve a poner el coche en

movimiento para acercarlo a una máquina que queda a la izquierda. Pasa una tarjeta por un lector e inmediatamente la puerta del aparcamiento empieza a abrirse.

—Si me dices que el edificio es tuyo sí que me habrás impresionado, Cameron —consigo decir, en tono de broma, mientras él hace avanzar el coche despacio para bajar la rampa.

—Acabas de perder tres puntos y si vuelves a llamarme Cameron lo tomaré como un incumplimiento del contrato y tendré que castigarte, Ash —dice, y se nota demasiado que intenta mantenerse serio.

—¿Cuál es el castigo por incumplir el contrato?

—Aún no lo he decidido. —Se hace el misterioso mientras maniobra para aparcar en una plaza vacía.

Salgo del coche y lo sigo apresuradamente cuando él se dirige a grandes zancadas hacia la salida. Lleva la bandejita con nuestros batidos de chocolate naturales en una mano y con la otra, en la que lleva una tarjeta de plástico, llama a uno de los tres ascensores con los que nos encontramos.

—No puedo preguntar, ¿verdad? —me lamento y pongo cara de buena cuando me mira.

Lo veo esbozar una sonrisa al verme y a mí se me contagia al instante, aunque esto del allanamiento del edificio me esté poniendo un poco nerviosa.

—No, no puedes. Vamos —me anima cuando se abren las puertas ante nosotros.

Entramos y Cam pulsa una combinación en el teclado que hay en el interior antes de pasar la tarjeta de nuevo por el lector. Las puertas del ascensor se cierran al instante y empezamos a subir. Me rodea los hombros con el brazo que no sujeta los batidos y me acerca a él para besarme la frente por encima del flequillo.

—Me confieso sorprendida, pero aún no impresionada —bromeo.

Abrazo su cintura y me aprieto contra él.

—No te he traído aquí para enseñarte el ascensor —se burla.

—¿Ah, no?

—Y para tu tranquilidad te diré que hemos entrado de forma perfectamente legal. Mi padre tiene una oficina en la planta diecinueve, la plaza de aparcamiento era la suya y también la tarjeta que nos da acceso a donde nos dirigimos. Ah, y no se la he robado. Me la ha prestado —se adelanta a mis sospechas—. ¿Más relajada con tu historial delictivo?

No contesto. Alzo la cara para buscar la suya y lo beso en la mejilla dulcemente. Enseguida nuestros labios están unidos y el beso continúa hasta que el ascensor para y las puertas vuelven a abrirse al llegar a nuestro destino.

—Espero que no haga frío —cae en la cuenta—. Podíamos haber cogido las chaquetas...

Antes de que me dé tiempo a decir nada al respecto, empuja una puerta y salimos a la enorme terraza que corona la azotea del edificio. Cam utiliza un taco de madera para calzar la puerta e impedir que se cierre del todo, y luego me sigue hacia el borde. Estoy sin palabras. Se mueve una brisa muy suave pero no hace nada de frío. Y estoy en lo más alto del segundo edificio más alto

de toda la ciudad. La vista es increíble: todas las luces, el contorno del río Sacramento y, justo frente a nosotros, el puente Tower Bridge iluminado. Oigo cómo Cam deja la bandeja de los batidos en la barandilla, junto a nosotros, y luego se coloca a mi espalda para rodear mi cintura con los brazos y apoyar la barbilla en mi hombro. Respeta mi silencio por un par de minutos antes de besarme la mejilla.

—¿Te gusta? —pregunta, un poco inseguro—. Para mí es el lugar más impresionante de toda la ciudad.

—Me encanta —tengo que reconocer.

Acaricio sus brazos, que me rodean. Me vuelvo lentamente para mirarlo de frente, pero él no afloja su abrazo así que nuestros rostros quedan muy cerca.

—Estoy muy impresionada, señor Parker —digo en un susurro, mirando sus ojos.

—Es todo un placer conseguir impresionarla, señorita Bennet —responde en el mismo tono.

Cada uno de los dos recorremos la mitad de la distancia que separa nuestras bocas, a la vez. No puedo creerme que de verdad esté aquí, con estas vistas tan increíbles y besando a un chico tan alucinante. Se ha tomado muchas molestias para organizar todo esto para mí. Es muy especial. Yo me siento muy especial.

—¿Aquí es adónde traes a todos tus ligues? —bromeo al separar mis labios de los suyos.

—Nunca he traído aquí a ningún ligue —se defiende.

Me suelta y da un par de pasos para recuperar nuestros batidos.

—Venga ya —lo dudo—. ¿Ni siquiera...?

—A nadie, Ash —me corta antes de que yo pueda pronunciar un nombre prohibido en nuestra cita de hoy.

—¿Así que soy una chica especial? —jugueteo, con una sonrisa coqueta.

—Eres mi chica especial —confirma, con un batido en cada mano, y se inclina para besarme muy suavemente los labios de nuevo.

Mi corazón pega un saltito al oírlo. «Mi chica especial.» Mierda, ¿puedo desmayarme ya? Es el chico perfecto, es la situación perfecta, es el momento perfecto. No cambiaría absolutamente nada de esta noche. Nada.

Me tiende uno de los batidos, cortando la tensión que se estaba generando entre nosotros con tan solo un beso. Me invita a seguirlo con un gesto de la mano y nos sentamos en el borde de una jardinera desde donde tenemos las mejores vistas. Impresionante. De verdad.

Los batidos desaparecen pronto. Sin duda debían de ser de los mejores de la ciudad. Y nosotros acabamos en el suelo, Cam sentado con la espalda apoyada en el lado de la jardinera y yo sobre su regazo. Hace un rato que ya no hablamos. Tenemos las lenguas ocupadas en otras cosas. Esta vez no tengo que guiar sus manos por debajo de mi camiseta. Él solito decide desplazarlas suavemente por mi vientre, poniéndome la piel de gallina con el roce de sus dedos. Llega hasta la línea de mi sujetador y no duda antes de acariciarme por encima de la tela, con su boca cubriendo la mía. Contengo un gemido, porque no quiero sonar muy desesperada, pero mi

cuerpo se tensa sin mi permiso buscando mayor contacto con el suyo. Cuando empieza a pelearse con el borde de mi sostén decido acelerar un poco el proceso. Desenredo los brazos de alrededor de su cuello y los llevo a mi espalda para desabrochar el cierre. Cam no dice nada mientras saco los tirantes por los brazos y me lo quito tirándolo a un lado, al suelo. Lo miro a los ojos y él está observándome, muy atento, como si le fascinara lo que tiene delante. Cambio mi postura para quedar con una pierna a cada lado de su pierna izquierda y, por tanto, con la mía entre las suyas. Él dobla la rodilla para que su muslo roce mi sexo, y yo me muerdo el labio cuando sus manos vuelven a buscar mis pechos, al mismo tiempo.

—Dios, Ash..., qué preciosa eres —murmura.

Pega la boca a mi cuello mientras estimula con mimo mis pezones, ya endurecidos.

—Bienvenido a la segunda base —digo, en su oído, con un jadeo entrecortado.

—Me encanta la segunda —responde, con una risita suave. Me besa la oreja, con los pulgares jugueteando con mis pechos—. ¿Y a ti?

La manera en que hace esa pregunta me provoca una oleada de excitación, y quiero ir más allá. Me encanta la segunda base, pero quiero combinarla con la tercera... y hasta donde haga falta. Muevo las caderas para aumentar la presión de su muslo sobre mis partes más sensibles y mi rodilla izquierda le roza a él, casi sin querer. Gemimos a la vez.

—A mí también me encanta —aseguro, sin dejar de moverme contra él—. Cam —lo llamo ahogando un gemido, y separo un poco su torso del mío. Me mira a los ojos, interesado—. Has conseguido impresionarme... —insinúo.

—Ash...

Y sé que va a decir que lo de su premio no iba en serio. Pero no le doy tiempo a hablar. Cojo el borde inferior de mi camiseta y la levanto hasta el cuello, mostrando el torso. Y, para tener la intención de frenarme, le vuelan los ojos a una velocidad pasmosa. Me da un poco de vergüenza cuando veo cómo me mira. Pero es Cam. No hay por qué tener vergüenza con él.

—Dios —gruñe, con la respiración un poco más acelerada—. Tienes unas tetas increíbles, Ash..., preciosas..., perfectas... —murmura.

Con una mano en mi cadera y la otra rodeando mi pecho izquierdo, se inclina para acercar la boca a mi torso. Lo primero que hace es besar mi tatuaje, varias veces, antes de posar los labios sobre mi pezón derecho. Madre mía. Me encanta cada cosa que hace, y, cuando utiliza la lengua para juguetear con él, creo que no voy a ser capaz de aguantar tanto placer. Tarda un buen rato en incorporarse para volver a besarme en la boca, con pasión, con necesidad.

—Me encantas, me encantas toda, entera —murmura, muy cerca de mis labios—. Y estas tetas son lo mejor que he visto en la vida —exagera mientras las masajea suavemente con las dos manos—. Incluso mejor de lo que me las había imaginado y, créeme, me las he imaginado muchas muchas veces —añade, en un tono un poco más burlón.

—¡Oye! —protesto al oírlo, pero solo consigo hacerlo reír.

—¿No hay nada que tú quieras ver porque te lo hayas imaginado muchas muchas veces? —

prueba.

Busca mis ojos, y yo aparto la mirada.

—No —aseguro, pero no debo de sonar muy firme.

—Mentirosa —acusa, susurrando en mi oído, y me provoca un escalofrío.

Lo aparto y cojo su cara entre las manos para besarlo con brusquedad. El ambiente sigue calentándose entre besos, gemidos, jadeos y caricias por debajo de la ropa, mientras nos restregamos sin ningún cuidado el uno contra el otro buscando calmar esta necesidad. Estoy luchando con el botón de su pantalón, cuando él sujeta mis manos y me obliga a parar.

—Ashley —me frena, y tiene que respirar hondo—. Espera, espera, para —me pide. Mira su reloj y suspira—. Tengo que llevarte a casa.

—¿Qué? No. Da igual —me niego. Beso su cuello—. Necesito más, Cam —suplico, susurrando sensualmente en su oído.

—Eh —insiste, y atrapa mis muñecas cuando vuelvo a buscar la cinturilla de su pantalón—. Venga, tenemos que irnos.

Lanzo un gruñido antes de apartarme y recuperar mi sujetador. Me lo pongo sin quitarme la camiseta mientras él recoge los vasos de los batidos para tirarlos a la basura más tarde.

—¿Y si voy mañana a tu casa? —propongo al ponerme de pie a su lado—. Tu madre trabaja de tarde, ¿no?

—Mi madre no trabaja mañana. Y no, Ash. No quiero que nos precipitemos, ¿vale? La segunda base casi se me va de las manos. Vamos a ir despacio..., por favor.

Se me pasan por la cabeza un montón de cosas que decir, pero me muerdo la lengua. La cita ha sido absolutamente perfecta y no quiero dejarme llevar por mis inseguridades. No quiero volver a pensar eso de que no quiere acostarse conmigo y no entiendo por qué. O sí..., lo entiendo. Pero también nos está prohibido hablar de sus ex en esta cita.

Cam me besa durante todo el trayecto del ascensor y, cuando ya estamos en su coche, no para de hablar y bromear conmigo todo el camino hasta casa. En un par de minutos ya he tenido que olvidarme del mal rollo del calentón insatisfactorio. Este chico es un amor, y una monada, y sabe cómo hacerme reír, no hay duda. Para delante de mi puerta a la una menos dos minutos. Esta vez no tenemos apenas tiempo para despedirnos. Lo beso por última vez y repito lo bien que lo he pasado antes de tirar de la manilla de la puerta para salir.

—Ash —me llama antes de que me apee—, oye, has aguantado muy bien una cita completa de ciudad, así que te he traído algo como premio. Un pelín de naturaleza. Abre la guantera.

Frunzo el ceño, intrigada, antes de obedecer su orden. Una rosa. Una sola y preciosa y rojísima rosa. La cojo con cuidado de no pincharme y la huelo antes de mirarlo. Emocionada. Nunca me habían regalado una flor. Qué romántico. Qué ñoño. Pero qué detalle.

—Gracias...

No me deja terminar porque funde su boca con la mía en un beso de buenas noches absolutamente perfecto.

—Buenas noches, princesa —me despide, con una sonrisa irresistible.

17

Mine

Por favor, Ash, pásate por la fiesta. Por favor. Necesito hablar contigo. Sé que estás enfadada. Lo entiendo. Pero, por favor, tenemos que hablar. Es muy importante para mí que estés aquí.

Un mensaje de Vanessa. Otro mensaje de Vanessa. Porque lleva tres días sin parar de escribirme para pedirme que hablemos. Y también se ha encargado de que Cam me lo pida por ella. Hasta Tyler me ha dicho que debería aclarar las cosas con la jefa de animadoras. Pero, por el momento, yo me he negado a ir a su fiesta de cumpleaños. Por muy insistente que haya sido Cam. Y lo ha sido. Al final, él ha tenido que ir solo, y yo estoy en casa, leyendo un libro, tumbada sobre mi cama. Qué lástima estar en la cama un sábado a las diez de la noche. No es que me esté concentrando mucho en la lectura porque el móvil no para de sonar. Cuando no es Vanessa suplicando, es Cam mandándome un vídeo, o una foto, o preguntando si estoy segura de no querer que mande a Ryan a recogerme. Él ya ha bebido un par de cervezas y, aunque no está borracho, se nota que empieza a estar más desinhibido, no hay más que ver los *selfies* que me manda. Y justo ahora entra otro mensaje suyo. Dice que la fiesta está muy bien pero que estaría mucho mejor si yo estuviera allí con él. Dudo unos segundos con los dedos listos para teclear una respuesta.

Voy a pasarme un rato por allí para hablar con Vanessa.
Ahora te veo, guapo.

En media hora estoy delante de la puerta de la casa de Troy Cruz, sentada en el asiento del copiloto del coche de mi madre. No ha habido manera de convencerla de que iba a llamar a un taxi. Como si no me hubiera tenido que pelear bastante ya con Cam, que me ha llamado por teléfono un segundo después de que le mandara el mensaje para intentar convencerme de que esperara a que Ryan viniera a por mí. No he perdido demasiado tiempo en arreglarme, aunque me he puesto un vestido nuevo que compré hace poco con mamá. Es azul con un escote insinuante y se me ajusta muy bien a las curvas sin ser demasiado explícito. Creo que a Cam le gustará.

—Menos mal que has dicho que no es una fiesta grande —observa mi madre con la vista

clavada en la puerta abierta de la casa desde donde se escucha la música a todo volumen.

—Bueno, no iba a decirte que era la fiesta del año para que no me dejaras venir —me burlo yo—. Tranquila, mamá. No voy a hacer ninguna tontería, no voy a emborracharme y volveré a casa antes de la una —prometo.

—Llámame.

—No hace falta —la corto, por tercera vez en este viaje—. Ryan hace de taxista esta noche y, si no, me pediré un taxi de verdad. Ponte una peli, vete a dormir y no te preocupes. Me portaré bien —prometo, una vez más.

—Cam está en la fiesta, ¿no?

—Sí, estará dentro. Pero ¿te fías más de él que de mí para cuidar de mí misma? —me indigno —. Adiós, mamá.

La beso en la mejilla rápidamente y me bajo del coche.

—¿Llevas condones? —pregunta antes de que me dé tiempo a alejarme.

—¡Gracias por traerme! —le grito tras cerrar de golpe, ignorando su pregunta. Lo de esta mujer es increíble.

Entro en la fiesta sin dudar, y busco caras conocidas entre el gentío. Esto está llenísimo. Veo animadoras por todas partes y muchos jugadores de fútbol. En el fondo, es la gente de siempre. La de todas las fiestas. Veo a Troy con unos compañeros del equipo al fondo del salón, pero no hay rastro de Vanessa alrededor de donde está su novio. De cualquier manera, lo mejor será acercarme y preguntarle a él dónde está la chica del cumpleaños.

Estoy avanzando hacia allí cuando unos brazos me rodean la cintura y me aprietan contra ese cuerpo tan conocido, que huele tan tan bien.

—Ey —saluda Cam, y afloja su agarre para dejar que me vuelva hacia él—. Hola, princesa. ¿Me estabas buscando a mí? —prueba, con una sonrisa.

Dejo que me bese y respondo a sus besos con ganas. Sabe mucho a cerveza. Unimos nuestros labios unas cinco o seis veces antes de que pueda separarme lo suficiente para dar respuesta a su pregunta.

—Estaba buscando a Vanessa. Aunque me alegro de haberte encontrado a ti.

—En realidad, yo te he encontrado a ti —corrige—. Vanessa estaba en la cocina repartiendo chupitos la última vez que la he visto. Ve si quieres, pero promete que luego vas a volver a buscarme —pide con sus brazos firmemente anclados a mi cintura.

—Muy bien. —Le sonrío—. Pero vas a tener que soltarme —medio bromeo.

Suelta mi cintura haciendo una mueca y me muestra los brazos que acaban de liberarme.

—Te dejo libre —se burla.

Voy a protestar para decir que yo soy libre siempre, pero justo entonces aparece Ryan y me centro en saludarlo a él.

En unos minutos ya estoy asomándome a la barra de la cocina en busca de Vanessa. Sigue allí, y no está sola. Está dando sorbos a un vaso, que yo sé que es tequila con cerveza, mientras

charla con Tyler, que tiene un botellín en la mano.

—Hola —saludo en general, y los dos se vuelven a mirarme. Parecen sorprendidos de oír mi voz—. Aquí estoy —hablo exclusivamente con Vanessa—. Si quieres que hablemos...

—¡Sí! —acepta inmediatamente y se pone en pie—. ¿Quieres algo de beber? —ofrece.

—Una cerveza —pido—. ¿Y tú qué haces aquí? —le pregunto a Tyler en voz un poco más baja.

Miro preocupada el botellín que tiene en la mano.

—No hiperventiles, Ash —dice con una sonrisa burlona—. Solo es la segunda y no pienso tomar más. Vanessa ha convencido a mi madre de que iba a ser una pequeña reunión de amigos y de que no iba a haber alcohol —cuenta, con una risita.

—Ten cuidado, ¿vale? —suspiro cuando Vanessa ya se planta frente a mí y me tiende un botellín.

—¿Vamos a algún sitio donde podamos hablar? —sugiere ella.

La sigo atravesando el salón y nos cruzamos con Jessica, que me dedica una mirada bastante desagradable al verme allí, pero supongo que queda compensada con la que yo le dedico a ella. Cómo odio a esa tía. Vanessa y yo subimos la escalera hasta el segundo piso de la casa y vamos directamente a la habitación de los padres de Troy que, como la última vez que estuve aquí, tiene en la puerta un cartel de prohibido el paso.

—Vale, deja que me explique. —Es lo primero que dice ella de pie frente a mí, que acabo de sentarme en el borde de la cama.

—Bien, lo grabaste para Cam, lo ibas a borrar, te pidió que no lo hicieras —recuento—. ¿Puedes empezar a partir de ahí?

No detecto sorpresa en su expresión al saber que Cam ya me ha dado esa información, aunque sí parece un poco irritada. Doy el primer sorbo largo a mi botellín de cerveza, sin separar mis ojos de Vanessa.

—Yo no envié ese vídeo a nadie. Solo a Cam.

Frunzo el ceño mientras estudio su rostro. No sé exactamente lo que me está queriendo decir. El silencio se impone entre nosotras por unos segundos muy largos. Niego con la cabeza lentamente. Lo que me faltaba. Curvo los labios hacia un solo lado antes de hablar.

—¿Estás insinuando que tú no lo enviaste a nadie, pero Cam sí? Si esa es toda tu defensa, creo que hemos acabado por aquí —decido, y hago amago de levantarme.

—No. Espera —me pide. Me sujeta el brazo al tiempo que se deja caer a mi lado—. Yo no sé lo que él ha hecho con ese vídeo. Solo sé que yo no lo hice viral.

—Claro que no. Eso hay que dejárselo a Blair y a tu amiguita Jessica —gruño entre dientes—. La cuestión es de dónde lo sacaron ellas, ¿no?

Vanessa deja su vaso sobre la mesilla que hay en el lado de la cama en el que estamos sentadas y coge mi mano entre las suyas.

—Entiendo que no te fíes de nadie, Ash. Entiendo que no han parado de acosarte en cierta

manera desde que fuimos al lago Tahoe, y entiendo que eso te mantenga en alerta, pero no puedes dejar que eso te aleje de la gente que te quiere. Por lo que se ve, no tienes mucho trato con tus amigas últimamente, te cabreas conmigo, el otro día te largaste con Tyler en las narices de Cam, dejándolo plantado en medio de la cafetería —me recuerda—. A mí no me importa que la gente hable y a Cam tampoco. ¿Por qué te importa tanto a ti? El vídeo era una joya, tía. Estáis guapísimos, estáis felices, lo estabais pasando bien, ¿y qué si la gente lo ha visto? Que se mueran de envidia. —Lo enfoca desde otra perspectiva—. Puedo jurarte que yo no lo envié. No puedo poner la mano en el fuego por no haber descuidado mi teléfono delante de Jess, o porque no le haya sucedido a Cam, ¿vale? La cuestión es que, desde luego, nunca fue mi intención usarlo en tu contra ni mucho menos. Te considero una amiga, Ashley, lo creas o no. Y a pesar de la fama que pueda tener, yo no soy de las que se dedican a putear a sus amigos a propósito.

—¿Podría ser que Jessica tuviera acceso a tu teléfono y se pasara el archivo? —Es lo único que se me ocurre decir después de su discurso.

—No lo sé. Podría ser. Jess tiene acceso a mi teléfono todo el tiempo —reconoce.

Doy otro sorbo a mi cerveza mientras intento pensar. Todo tiene mucho más sentido así, si Jessica le hubiera robado el vídeo. Pero Blair Wells no me advirtió sobre Jess, sino sobre la chica que tengo al lado ahora mismo. No sé hasta qué punto debería creer a una o a la otra.

—¿Por qué eres amiga de alguien como Jessica Harris? —pregunto entonces, buscando los ojos azules de mi interlocutora.

Sonríe tristemente al escucharme.

—Jess no es tan mala —la defiende—. No, de verdad, no lo es. En el fondo no —insiste al oírme soltar una risita irónica—. No es fácil tener amigas cuando eres la «popular» del instituto —reconoce, y pone los ojos en blanco y comillas en el aire al decir esa palabra—. Conocí a Jess el primer día de instituto y es la única que sigue aquí después de todo. He tenido muchas amigas que han dejado de hablarme porque les parecía que era demasiado amiga de sus novios, o porque han dejado de salir con alguno de mis amigos y ya no querían saber nada de nadie del grupo. Me imagino que no estás al tanto de cómo han ido y venido las chicas en nuestro grupo de amigos, pero te aseguro que no duran mucho. Siempre que me encariño con alguien acaba dejando de hablarme... Y Jess sigue aquí. Así que por eso es mi amiga. A veces es un poco irracional, y mucho más en todo lo que respecta a Cam...

—Ya. Bueno, ¿no es un poco raro que tu amiga vaya detrás de tu ex menos de un mes después de que lo dejes? ¿No hay un código de amigas o algo así? —me burlo.

—La que está saliendo con mi ex ahora mismo eres tú —replica ella con media sonrisa—. Y me gustaría pensar que eres mi amiga, Ash. ¿Podemos olvidarnos del vídeo y de todo lo que ha pasado y darnos la oportunidad de ser amigas, por favor?

Me mira suplicante. Y lo cierto es que ya tengo suficientes problemas como para añadir a Vanessa Miller a mi lista. Blair no ha hecho otra cosa aparte de molestarme en el último mes, así que no se merece ser escuchada. No en esto.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunto, y hasta yo noto que me tiembla un poco la voz al pronunciar esas palabras.

Ahora mismo necesito una amiga. La necesito mucho.

—Te lo juro —dice solemnemente, y aprieta mi mano entre las suyas.

Nos quedamos sentadas aquí hablando durante un rato. Y, cuando se nos acaban las bebidas, Vanessa llama a Troy por teléfono para pedirle que nos suba más. Su novio aparece poco después con un par de cervezas más para cada una. Me sonríe y dice que se alegra mucho de ver que hemos arreglado las cosas. Tal y como me mira, me da la impresión de que piensa que hacer las paces conmigo era vital para su chica. Pero está bastante borracho, así que puede ser exagerado. Luego nos deja solas otra vez.

Para cuando salimos de esta habitación ha pasado mucho más de una hora y nos hemos bebido todas las cervezas, así que la promesa que le he hecho a mi madre de no emborracharme está hecha pedacitos y lo de volver a casa antes de la una va a tener que ser renegociado. Acabo de mandarle un mensaje pidiendo prórroga y, sorprendentemente, me ha regalado una hora más. Espero aprovecharla y, para eso, tengo que buscar a Cam, que hace ya rato me ha mandado un mensaje para ver dónde estaba metida. Aunque creo que le ha alegrado saber que estaba con Vanessa. Ahora mismo solo quiero volver y pegarme a él como una lapa. Además, ya ha pasado de largo la medianoche, así que ya es oficialmente el cumpleaños de Vanessa y yo he sido la única que la he felicitado y cantado el cumpleaños feliz. Creo que es hora de que se deje ver por su propia fiesta.

Bajamos la escalera agarrándonos la una a la otra para no caer, entre risas. Y, para cuando llegamos al enorme salón, ya hay más de dos y de tres personas reclamando su atención, así que yo me escabullo discretamente para buscar mis ojitos verdes preferidos. El problema es que cuando lo veo, no está solo. Jessica Harris está revoloteando a su alrededor como un maldito moscardón rubio y sexy, apenas tapada con una falda muy corta y un top. Quiero ser madura y racional. Y, desde luego, no quiero que Cameron me acuse de celosa. Pienso en si a mí me gustaría que él viniera a marcar su territorio si yo estuviera charlando con Tyler y decido que no, así que, en vez de acercarme a interrumpir, me doy media vuelta y voy hacia la cocina, a por otra cerveza. Muy mala idea si quiero llegar a casa en buenas condiciones. Pero ya se sabe que yo no suelo tener muy buenas ideas en las fiestas; mi pasado reciente no deja lugar a dudas al respecto. Cuando llego al borde de la barra americana, veo que Tyler sigue tras ella, sentado en un taburete y con un botellín de cerveza en la mano mientras Ryan lanza una botella de agua sobre la mesa una y otra vez intentando que caiga de pie.

—Ey —los saludo y les dedico una sonrisa cuando los dos se vuelven hacia mí—, ¿qué tal, chicos?

—Hola, Ash —responden prácticamente a la vez.

—¿Aún queda algo de beber por ahí?

—Has venido al rincón de los tranquis —se burla Ryan—. El taxista de la noche y el

rehabilitado, no sé si vas a encontrar buena compañía para pillar un pedo...

—Pero —interrumpe Tyler al ponerse en pie de un salto y acercarse hasta quedar frente a mí al otro lado de la barra—, podemos ser unos perfectos camareros. ¿Qué desea, señorita?

—La última vez que hice de camarero para esta clienta, en esta misma barra, se nos fue un poquito de las manos y me llevé una buena bronca —rememora Ryan—. ¿Sabes?, uno no quiere cabrear a Cam dos veces en el mismo mes —me dice a mí con tono divertido—. Eso te lo dejo a ti —pica a Tyler, y le da una palmada en la espalda al pasar por su lado—. Os veo luego.

Tyler y yo nos miramos cuando nos quedamos solos y él alza las cejas esperando la respuesta a la pregunta que me ha lanzado antes.

—¿Una cerveza?

—Una cerveza —repite él. Luego simula pensar por unos segundos—. Espera un momento. —Rebusca entre las botellas que abarrotan todas las encimeras de la cocina y me señala con un dedo y una sonrisa traviesa—. ¿Te apetece algo nuevo? Es mi cóctel especial y es muy suave. Te lo prometo —insiste al ver mi cara—. Vamos, di que sí... te va a gustar.

—Está bien —cedo, al notar su entusiasmo.

—¡Muy bien! —exclama al tiempo que da una palmada—. Un Tyler's spark para la señorita. —Coge un vaso de plástico y lo pone frente a mí, antes de empezar a llenarlo—. La chispa de Tyler —repite el nombre del cóctel—. Tengo que patentarlo porque es brutal.

Me río con sus tonterías y lo veo rellenar el vaso con más de una bebida alcohólica y varios zumos de frutas. Rescata una pajita de una bolsa y remueve el líquido con ella antes de empujar el vaso para que quede justo frente a mí.

—Gracias, camarero.

—Con coctelera es más espectacular, pero, ya sabes, uno tiene que adaptarse a las condiciones de la cocina en la que está —bromea—. Pruébalo.

Doy un sorbo corto y tímido a través de la pajita. Tengo que reconocer que estoy un poco temerosa del resultado. Tengo mis dudas de que vaya a gustarme tanto como dice. Pero en cuanto el líquido contacta con mis papilas gustativas y empiezo a saborearlo, yo misma noto cómo mi expresión se relaja y abro los ojos mostrando mi sorpresa. Está muy dulce. Buenísimo.

—Está bueno, ¿eh? —dice, con una sonrisa engreída—. Me halaga y me ofende a partes iguales que eso te sorprenda tanto —admite, y yo me echo a reír.

Justo entonces oímos la voz de Troy llamándolo a unos pasos de nosotros y mi vecino se disculpa conmigo para reunirse con él. Asegura que vuelve enseguida, pero, cuando ha pasado poco más de un minuto desde su marcha, yo decido que debo apartarme de la barra también, a ver si Cam está ahora disponible para mí. No he hecho más que recoger mi vaso y dar un paso atrás cuando noto un brazo firme rodeándome la cintura y un tirón que me arrastra hacia la puerta de la despensa.

Aquí estamos otra vez. En el lugar de nuestro primer beso. Y, en cuanto me vuelvo hacia él, me encuentro su sonrisa más irresistible. Mierda. Vamos a recrearlo ya. Enredo la mano que no

sostiene el vaso en el pelo de su nuca y uno mis labios a los suyos, presionando con fuerza. Sus brazos rodean mi cintura y siento el tacto helado de un vaso a través de la tela del vestido, justo en la parte baja de mi espalda. Pero no me importa. Hace mucho calor cada vez que él está cerca, así que una forma de refrescarse no viene mal.

—No salgas corriendo esta vez, princesa. —Es lo primero que dice al separar nuestros labios unos milímetros escasos.

—¿Y adónde coño iba a ir?

Estrella su boca en la mía de nuevo y me besa con mucha intensidad, jugando con mi lengua, mordisqueando mis labios, y dejándome sin aliento. Luego, en contraste con la rudeza de sus labios, me acuna dulcemente contra su pecho, me besa la sien y me balancea suavemente hacia los lados. Sonrío sin poder evitarlo. Me siento muy protegida entre sus brazos.

—Que me escondas en la despensa para besarme, ¿significa que te avergüenza hacerlo delante de todo el mundo? —pregunto en tono juguetón.

—Sí, claro —lo desmiente con una risita—. Significa que te prefiero para mí solito —aclara.

Mi corazón da un brinco, antes de empezar la carrera. Prefiere tenerme a solas.

—¿Qué estás bebiendo? —se interesa, y me quita el vaso de la mano. Lo examina y lo huele antes de llevárselo a los labios—. Ugg, ¿chispa de Tyler? —lo identifica, con cara de disgusto.

—¡Eh! A mí me gusta —protesto.

Lo recupero y doy un sorbo largo por el borde del vaso.

—Claro. —Sonríe, burlón—. Es una bebida de chica. Demasiado dulce. Entra solo. Por eso es su especialidad, es lo que utiliza para emborrachar a las nenas —me cuenta, en tono confidencial, y con una sonrisa divertida.

—Primero —protesto, y empujo su pecho para que retroceda un paso y me dé más espacio—, lo de que es una bebida de chicas ha sido muy sexista, no existen bebidas de chicos y de chicas, solo bebidas.

—Vale, tienes razón. A Ryan también le encanta la chispa de Tyler, aunque no estoy del todo seguro de que se refiera al cóctel cada vez que dice eso —bromea y yo le golpeo el pecho a lo que él responde sujetando mi mano contra sus pectorales con una risita.

—Segundo —sigo, como si él no hubiera dicho nada—, creía que Tyler y tú estabais muy enfadados. Entonces..., ¿por qué te está haciendo el trabajo sucio? —lo provoco con mi tono más sensual, avanzo hacia él y acerco mi boca a la suya.

Noto cómo sonríe muy cerca de mis labios. Su mano derecha me aparta el pelo de la cara y lo sujeta en mi nuca rozando el lóbulo de mi oreja y provocándome escalofríos por todo el cuerpo.

—No sabía que necesitara emborracharte esta noche, Ashley Bennet. Aunque es verdad que la última vez que saliste borracha de esta casa conseguí tenerte en mi cama en ropa interior, y no me importaría para nada repetir. ¿Tengo que emborracharte para eso?

—¿Tengo que emborracharte yo para eso? —se la devuelvo.

—Creo que ya estoy un poco pedo —reconoce, con una risita, y me besa la mejilla

suavemente—. Te echaba de menos en esta maldita fiesta. Me alegro de que hayas hablado con Vanessa, pero sobraba con cinco minutos de charla. Y después tenías que venir a buscarme y no has venido, princesa.

—He ido. Jessica estaba acosándote un poquito y no he querido interrumpir —me burlo, como si no me importara en absoluto—. ¿Debería haberme acercado a marcar el territorio?

—Márcame si quieres —se ofrece, juguetón—. Soy todo tuyo.

—No me gustan los posesivos —aviso, y me aparto con media sonrisa traviesa—. No quiero que seas mío, solo que quieras estar conmigo. Y yo no soy tuya, Cameron Parker. No voy a serlo. Pero, joder, quiero estar contigo —aseguro clavando mis ojos en los suyos con intensidad —. Es lo que más quiero en esta jodida vida.

—No digas palabrotas... —dice a media voz, burlonamente.

Doy un nuevo sorbo a mi bebida. Mierda, es superdulce. Podría beberla toda en apenas unos minutos. Y sé que luego me arrepentiría. Mucho. Porque he visto la cantidad de botellas que Tyler ha inclinado sobre este vaso.

Sé que, si me quedo un solo minuto más en esta despensa, no voy a querer salir nunca más. Y no es que ahora quiera irme, precisamente, pero he prometido a mamá volver a casa en poco más de una hora. Y la cosa puede complicarse si me quedo aquí con un Cam medio borracho. Más que medio borracho.

—Mejor me vuelvo a la fiesta. Antes de que me pierda en el síndrome de Estocolmo que estoy empezando a desarrollar —lo pico, y me aparto de él—. Y espero que secuestrarme en despensas no acabe convirtiéndose en un feo hábito.

Cam se pega a mi espalda y rodea mi cintura con los brazos, reteniéndome. Está a punto de derramar parte del contenido de su vaso que, por suerte para mi vestido, no llega a sobrepasar el borde.

—No es un secuestro si tú te quieres venir conmigo —murmura con los labios pegados a mi oreja.

—Bueno, no lo has preguntado.

—¿No querías venir conmigo? Cuidado con tu respuesta. He descubierto últimamente que mi corazoncito se vuelve muy frágil cuando lo pongo en tus manos, princesa.

Ese susurro en mi oído me pone la piel de gallina. Y sé que probablemente solo dice este tipo de cosas dulces y ñoñas porque ha bebido demasiado. Pero me llegan a lo más profundo y se están haciendo un nidito muy confortable en un hueco de mi corazón, de todas maneras.

—¿Y cuándo no he querido ir yo contigo a algún lugar? —respondo en forma de pregunta.

—Mmmm —simula pensar—. Pues creo recordar que prácticamente tuve que secuestrarte de verdad la primera vez que te montaste en mi coche.

—Y el síndrome de Estocolmo es muy real —insisto yo, con una risita—. ¿Puedes soltarme? Me gustaría recuperar mi cuerpo y tomarme otro de estos —añado, y levanto mi vaso medio vacío.

Cameron me suelta inmediatamente. Me siento mal por un momento, pensando que tal vez pueda sentirse rechazado. Pero, bueno, no sería la primera vez que eso es lo que siento yo. Cuando abro la puerta para salir, lo oigo venir justo detrás de mí, pegado a mis talones como un perrito.

—Vaya —oigo la voz de Ryan justo a nuestra derecha—. Años deseando verte salir del armario, tío. Pero si lo haces pegado al culo de una chica no tiene el mismo efecto para mí —bromea.

—Lo siento por ti. El culo de esta chica es lo único que me interesa esta noche —le responde Cam, en el mismo tono jocoso.

—¡Eh! —protesto yo, indignada.

Me vuelvo hacia él para lanzarle una mirada enfadada por ese comentario. Pero cuando lo hago y me encuentro con sus ojitos verdes, me ablando enseguida. Él me quita mi vaso de la mano. Lo veo mirar a un lado antes de abandonar tanto mi bebida como la suya encima de la barra. Y yo dirijo mi mirada hacia allí también. Solo me da tiempo de captar la figura de Tyler mirando hacia donde estamos, pero no a adivinar su expresión, antes de que los labios de Cam estén presionando los míos firmemente y su cuerpo arrastre el mío hasta chocar con la pared más cercana. Me dejo acorralar sin protestar ni un poquito. Sus besos me hacen perderlo todo de vista. Vaya con la nueva Ashley Bennet. Enrollándose en una fiesta con el tío más bueno del instituto. Nunca pensé que esta podría ser yo algún día. Aunque, la verdad, por mí podríamos estar en una fiesta, en una isla desierta o en el maldito infierno, a juzgar por el calor que tengo, porque todo ha desaparecido ya a mi alrededor. Lo único que me importa es la forma en que Cam presiona su cuerpo contra el mío, cómo coge mis manos para entrelazar nuestros dedos, o cómo desliza sus labios por la sensible piel de mi cuello, inundándome de sensaciones. Cuando pone su mano cálida sobre la piel desnuda de mi pierna, a mí se me tensa el estómago en anticipación. Y cuando esa mano sube para perderse por debajo de mi vestido, estoy a punto de gemir en voz alta. En medio de una maldita fiesta.

—¿Por qué tienes que ser tan preciosa? —murmura mientras besa la línea de mi mandíbula—. Me encanta cómo te queda este vestido, Ash. Estás muy sexy. Me estás poniendo las cosas muy difíciles, princesa.

A mi pesar, pongo la mano en su brazo para apartar sus dedos de debajo de mi falda.

—Recuerda que eres tú el que quiere ir despacio, Cameron —advierto con los labios pegados a los suyos antes de morderle el inferior suavemente.

Separa la cara para mirarme a los ojos. Luego mira mis labios. Sonrío un poco de medio lado al tiempo que me muerdo el labio inferior. Vuelve a mis ojos y los suyos están oscurecidos. Salvajes. Y, si no estuviera tan insegura respecto a esto, juraría que cargados de deseo.

—A la mierda —murmura con voz ronca, y el sonido lanza un escalofrío que recorre toda mi columna vertebral. Es la voz más sensual que he oído en toda mi vida. Acerca su boca hasta rozar mis labios otra vez—. A la mierda con ir despacio —casi gruñe. Pone las manos en mi

culo, sobre la tela del vestido y me empuja hacia él pegando nuestras caderas aún más—. Vamos arriba, busquemos una habitación.

—Cam —intento protestar, aunque no sé si es ni siquiera capaz de oírme, no es que me quede mucha firmeza en la voz a estas alturas.

Pega la boca a mi oreja izquierda, sin separar nuestros cuerpos ni un milímetro.

—No sabes cuánto te deseo, Ashley. No sabes cuánto hace que te deseo —susurra, y suena bastante desesperado.

Y seguro que yo lo deseo más. Mucho más. Pero está borracho. Y por mucho que me tiente aprovecharme de esta circunstancia, creo que sigo sin querer que esto sea así. Quiero que sea muy consciente de lo que está haciendo. Y yo también.

Intenta besarme de nuevo y yo vuelvo levemente la cara de modo que sus labios impactan en mi mejilla, junto a la comisura de mi boca, pero, desde luego, no donde él quería. Pongo las dos manos sobre su pecho y, aunque me maravillo solo con el tacto y la firmeza de sus pectorales bajo la camiseta que viste, lo empujo para hacerle retroceder. Él cede enseguida y da un paso atrás antes de buscar mis ojos.

—Espera —le pido.

Intento poner mis neuronas en pleno funcionamiento otra vez. Es difícil teniéndolo tan cerca. Pero necesito pensar. Porque ayer mismo fue él quien me paró los pies. Él es quien no para de insistir con su rollo de las bases. Es él quien mantiene el tipo como si fuera de hielo cada vez que intento ir un poco más allá. Y ahora ¿qué? ¿Resulta que unas cuantas cervezas y un poco de vodka son suficientes para hacer tambalearse su fuerza de voluntad? ¿O no es solo eso? O no es solo eso. Mi mirada capta un retazo del pelo rubio de Tyler Sparks a unos metros de nosotros. Cuando me fijo en él me da la impresión de que hace todo lo que puede por no mirar en nuestra dirección, pero no parece que lo consiga del todo. Justo como me pasó a mí al ver a Cam con Jessica en su fiesta de cumpleaños. Mierda. Mierda. Mierda. Vuelvo a buscar los ojos de Cam y él no los ha apartado de mi cara. Parece confundido. Esperando a que yo diga algo más de una buena vez.

—¿En serio? —Yo sí que estoy confundida, y creo que un poquito enfadada también—. ¿Ayer no y hoy sí? ¿Puedo saber por qué? No. Esto no va a ser así, Cam —advierto—. ¿Es una especie de marcaje de territorio?

—¿Qué...? —Parece como si realmente no supiera de qué va la historia. Frunce el ceño mientras explora mis pupilas—. Creía que tú... Yo... —intenta explicarse, sin éxito—. ¿Qué te pasa?

Lo empujo de nuevo y me deslizo para escapar del hueco entre la pared y su cuerpo.

—Es mejor que me vaya a casa ya —decido, sin volver a mirarlo.

Me coge la mano, frenando mi avance cuando no he dado ni dos pasos.

—Ashley —me llama en tono conciliador—. Lo siento, no entiendo nada. ¿Qué he hecho? Cariño...

Cariño. Eso también es nuevo. Pero ahora no es el momento de pararme a apreciarlo. Me vuelvo hacia él y le doy un beso corto en los labios a modo de despedida.

—Hablamos mañana, ¿vale?

Me alejo de él tan rápido como puedo, aunque aún tengo que volverme para asegurarle que voy a llamar a un taxi cuando insiste en que espere a que él encuentre a Ryan para que me lleve.

Al final, Ryan aparece a mi lado mientras yo me estoy despidiendo de Vanessa. A ella le digo que tengo que irme a casa por mi toque de queda y nada más. No es momento para explicarle lo que me pasa o no me pasa con Cam. Hablando de Cam, ha mandado a Ryan hasta mí, pero a él no se lo ve por ninguna parte.

—En serio, Ryan, no te molestes —suspiro cuando me enseña las llaves del coche y me hace un gesto para que lo siga fuera de la casa—. Habrá alguien por ahí que te necesite más que yo. Voy a llamar a un taxi y ya está. No pasa nada.

—Ashley, voy a llevarte a casa —deja claro en un tono que no admite discusión—. Soy el chófer sobrio de la noche, no voy a dejar que vayas sola estando yo aquí, y Cam me pateará el culo si no te llevo hasta tu casa sana y salva. Así que... tú verás —medio bromea.

Tanto Vanessa como yo ponemos los ojos en blanco al escuchar la parte de Cam pateando su culo. Cómo me saca de quicio a veces. Como si no supiera perfectamente cuidarme yo solita.

Está claro que no va a quedarme más remedio que ceder y dejar que el corredor del equipo me acompañe. Pero, cuando ya estamos en la puerta, veo algo que me llama la atención y tengo que pedirle a mi chófer de la noche un minuto antes de irnos. Porque acabo de localizar a Cam. No tiene muy buena cara y bebe tragos largos de un vaso de plástico rojo. Pero eso no es lo que me llama la atención, ni lo que me hace retrasar mi salida de la fiesta. Es Jessica Harris. La maldita Jessica Harris. Justo a su lado y hablándole al oído. Y quería ser madura y racional. Pero a la mierda con eso. Cam le dice algo con cara de pocos amigos y se aleja a grandes zancadas hacia la cocina, pero yo me doy prisa en coger a la rubia del brazo, antes de que se pueda ir detrás de él. Cuando se vuelve y ve que soy yo parece sorprendida, solo por un segundo, antes de sonreír.

—¿Qué tal, Ash? ¿No te ibas ya? —pregunta, burlonamente.

—¿Sabes qué, Jess? No me caes bien. Nada, nada bien. Por si no te habías dado cuenta. El sentimiento es mutuo, creo. Pero tengo la teoría de que las chicas deberíamos ayudarnos entre nosotras, así que ahí va: deja de arrastrarte así por los suelos en busca de un poquito de atención. No funciona. Él no para de decirte que no quiere saber nada de ti. A veces una tiene que saber mantener el poquito orgullo que le queda, ¿no? Anda, hazte un favor y búscate otro objetivo más realista —aconsejo.

—¿Arrastrarme? Bueno, reconozco que alguna que otra vez he tenido que arrodillarme delante de él y estoy más que segura de que eso le ha gustado mucho —insinúa—. Pero si tú crees que no funciona, entonces, no te preocupes, ¿no, Ash? Tranquila. Vete a casa. Vuelve a tu hora, como las niñas buenas. Ya me encargo yo de que a Cam no le falte de nada esta noche.

—No me voy a molestar ni en discutir contigo. —Trato de parecer muy segura de mí misma,

y me encojo de hombros—. No digas que no intenté darte un consejo de amiga una vez. Ah, Jess —la llamo en el mismo tono que ella utiliza cada vez que me llama por mi diminutivo—, solo para que quede claro —advierto, y no me gustan los posesivos, no me gustan nada, pero me veo en la obligación de decirlo—: Cameron Parker es mío.

Ryan me lleva hasta casa sana y salva. Justo como Cam le ha ordenado. Y yo subo a mi habitación intentando no hacer ruido. Mamá no da señales de estar despierta, lo cual es muy bueno. Y, en cuanto me meto en la cama, le mando un mensaje a Cam. Escueto. Pero no quiero dejar las cosas así. Así que le digo que ya estoy en casa y le deseo que lo pase bien en la fiesta. El móvil tarda muy poco tiempo en vibrar con la respuesta. Es un mensaje de voz. Lo escucho con auriculares para no hacer demasiado ruido. Entre todo el barullo de la fiesta, me llega la voz de Cam hablando directo al micrófono de su móvil. Suena un poco inseguro y arrastra la voz mucho más que antes. Ahora sí que está borracho.

> Ash, princesa, lo siento... si la he cagado... no sé... ¿Estás enfadada? No sé qué ha pasado. Seguro que es culpa mía y... perdóname. Perdóname, por favor, ¿vale? Dime que estamos bien. Necesito... Mierda. Da igual. Duerme bien, princesa.

Me siento un poco culpable. En ese momento quería marcharme, pero puede que no haya sido para tanto, ¿no? Así que le mando otro mensaje para decirle que no estoy enfadada, que estamos bien, que hablamos mañana.

Me quedo dormida con el móvil sobre la almohada, al lado de mi cabeza, esperando una respuesta que no llega.

Me despierta un alboroto procedente de la calle. Lo primero que hago es palpar en busca del móvil y encender la pantalla para ver qué hora es. Casi las cuatro. No tengo ningún mensaje de Cam. Me levanto para acercarme a la ventana. Veo el coche de Ryan en la entrada de la casa de mis vecinos. Y el dueño del vehículo está en la acera tratando de arrastrar a un vociferante Tyler hacia la puerta de su casa. Mi vecino está borracho. Mucho. Y espero que solo sea eso, pero, aun así, eso son muy malas noticias. ¿Qué ha podido pasar? Estaba muy concienciado, estaba trabajando sus problemas, estaba... No entiendo qué ha podido pasar esta noche. Y solo tengo un modo de saberlo. Recupero el móvil y le escribo un mensaje a Vanessa mientras observo cómo Ryan consigue meter al borracho en casa. Le pregunto a mi amiga qué demonios ha pasado con Tyler.

Ryan ya se ha ido y yo estoy acurrucada bajo las sábanas, casi cogiendo el sueño, cuando me llega su respuesta:

> Un par de gilipollas es lo que ha pasado con Tyler y con la cocina de Troy. Y, por si tienes dudas, ese par son tu novio y tu ex lo que sea. Cam, borracho como una cuba, pero Tyler no se ha quedado atrás a la hora de darse de hostias. Han

dejado todo hecho una mierda. Y luego Cam ha desaparecido y Tyler se ha puesto a beber como si no hubiera un mañana. Cuando los veas hazme el favor de decirles de mi parte que se vayan a tomar por culo.

Niego con la cabeza después de leerlo. No puedo creérmelo. ¿Qué les pasa a esos dos? ¿Cam, borracho, peleándose con su amigo? No quiero saber nada de esto. Ahora sí que estoy enfadada. Tan enfadada estoy que me cuesta horrores volver a dormirme. Y no solo por eso. También porque le he mandado un mensaje a Cam para preguntar qué ha pasado con Tyler y dónde demonios está. Pero, para cuando consigo dormir, no ha contestado.

No es hasta la mañana siguiente cuando me encuentro un mensaje suyo en el móvil. La hora de llegada es las seis y siete minutos de la mañana.

Ryan acaba de traerme a casa. Lo siento. La he cagado. Ha sido una mierda de noche. Ojalá te tuviera aquí conmigo. Buenas noches, princesa.

18

Untouchable

Los gritos de los vecinos se oyen más que nunca desde mi habitación esta mañana. A Tyler le está cayendo una muy buena bronca. Es merecida, no hay duda. Aun así, me siento mal por él. Porque cuando yo dejé la fiesta lo estaba llevando bastante bien y estoy segura de que no estaba para nada borracho. Lo que no sé es lo que pasó después. ¿Qué lo llevaría a emborracharse hasta el punto de que Ryan tuviera que arrastrarlo al interior de su casa? ¿Será por su pelea con Cam? Y eso es otra de las cosas que no deja de rondar por mi mente esta mañana, ¿de verdad Cam es tan idiota como para haberse pegado de puñetazos con el que era su mejor amigo?

Me levanto de la cama antes de lo que me habría gustado, solo para escapar de los gritos de la señora Sparks que, cuando se pone así, tiene una voz de lo más irritante. Vuelvo a leer el mensaje que me ha enviado Cam hace menos de cuatro horas. Está claro que estaba borracho. Mucho. Le escribo un mensaje rápido antes de bajar a desayunar.

Espero que te despiertes con la dulce compañía de la peor resaca de tu vida. Te la has ganado.

Bajo la escalera. He dejado el teléfono en la habitación; estoy bastante segura de que no va a contestar pronto. No es que yo me sienta mejor que nunca esta mañana; al fin y al cabo, no estoy acostumbrada a beber y anoche no me controlé demasiado, pero no es nada que no pueda sobrellevar sin que mamá se dé cuenta de que ahora soy una entusiasta de las cervezas en botellín. Cuando entro en la cocina le dedico una sonrisa, para que no sospeche, y a Eric le doy un golpecito suave en la nuca al pasar tras él, como un día cualquiera.

—Buenos días —saluda mi madre. Me observa llenar un tazón con leche de la nevera y meterlo en el microondas—. ¿Qué tal estuvo la fiesta?

—Mmmm, bien —digo, distraídamente.

—Viniste muy pronto, ¿no? ¿No te había dado permiso para quedarte hasta las dos? ¿O fue un sueño?

—¿Me oíste llegar? —me sorprendo. Me apoyo en la encimera mientras espero que mi desayuno se caliente—. Pensaba que estabas dormida.

—Una madre nunca duerme hasta que su hija está a salvo en casa —recita, filosóficamente—.

Oí la puerta, miré el reloj para asegurarme de que no tenía que castigarte y me volví a dormir. Tyler estaba por allí, ¿no? La bronca de esta mañana es de las gordas —dice, como quien no quiere la cosa.

Recojo mi taza cuando el microondas pita y coloreo la leche con un poco de cacao en polvo antes de sentarme a la mesa con mi familia.

—No sé lo que ha pasado con Tyler. Cuando yo me fui de la fiesta estaba muy bien, apenas había bebido nada —lo defiendo.

Pero me abstengo de decir nada sobre cómo lo vi llegar a casa a las cuatro de la madrugada, o sobre su supuesta pelea con Cam.

—¿Y Cam? —La pregunta de mamá, tan en consonancia con mi línea de pensamientos, casi me hace soltar un respingo—. ¿Se quedó en la fiesta cuando te fuiste?

—Sí, claro —respondo escuetamente. Pero luego veo cómo me mira y sé que está esperando a que añada algo más—. Mamá, fui la primera en irse de esa fiesta, el resto de las personas normales no tienen el toque de queda tan estricto —me burlo—. Cam se quedó en la fiesta con sus amigos. No te preocupes, se aseguró muy mucho de que Ryan me trajera a casa y no tuviera que llamar un taxi —le cuento, y pongo los ojos en blanco.

La veo sonreír. Como si estuviera muy orgullosa de él. Como si no esperara otra cosa de ese perfecto caballero. Está claro que le gusta Cam más que yo. Probablemente, también más que Eric.

—Ese chico está loco por ti, Ashley —dice, mientras recoge parte de lo que hay sobre la mesa.

Ese chico estará muy loco por mí, pero no da señales de vida hasta bien entrada la tarde. Yo estoy sentada en el porche de mi casa, con medio cuerpo al sol y el otro medio a la sombra y mi libro de francés haciéndome compañía, cuando mi teléfono empieza a sonar. Descuelgo al segundo tono, justo cuando veo el nombre de Cam en el identificador.

—Buenos días —digo, burlonamente, a modo de saludo.

Lo primero que recibo desde el otro lado de la línea es un gruñido lastimero. Y, a pesar de que estoy un poco enfadada, sonrío. No parece que se sienta demasiado bien en este nuevo día. Tal y como yo sospechaba.

—Ash, lo siento.

—¿Por qué? —me intereso al oírlo.

—No lo sé, pero lo siento —insiste, arrastrando la voz, como si le costara hasta pensar—. Si mis mensajes dicen que la he cagado y tus mensajes dicen que me merezco la muerte por resaca y me siento como una mierda, y tengo el presentimiento interno de que la he jodido... es que lo he hecho, ¿no? No lo sé. Dímelo tú. ¿Qué hice anoche?

—¿Qué hiciste anoche? —repito, con una risita incrédula—. No me lo preguntes a mí, yo me fui pronto. Pero si ni siquiera te acuerdas es que lo pasaste muy bien, ¿no?

—Estás enfadada —adivina, y suena como un niño asustado.

—No estoy enfadada. No sé si tengo que estarlo o no. Ni siquiera sé qué pasó anoche. Así que trata de recordarlo y decírmelo tú. ¿Qué pasó contigo y con Tyler después de que yo me fuera?

Un suspiro muy largo al otro lado y luego varios segundos de silencio. Espero a que se decida a hablar.

—Mierda. —Es lo único que dice.

—Sí, mierda —repito yo.

—Iba a pasar tarde o temprano, Ash. Los dos teníamos ganas de partirnos la cara desde hace mucho tiempo. Lo siento. Pero eso no es lo que importa ahora. Lo que importa es qué pasó anoche entre tú y yo. Qué pasó con nosotros. Porque no sé lo que hice, de verdad que no, pero sé que lo hice mal. ¿Por qué te fuiste así?

—Me dio la impresión de que querías llevarme a la cama por las razones equivocadas —me atrevo a decir, bajando un poco la voz por si mamá anda cerca.

—¿Equivocadas? Anoche no necesitaba ninguna razón para querer llevarte a la cama, princesa. Tú, y tu vestido y tu... Tú eres la única razón. ¿Necesitaba alguna más? —Suena muy canalla.

—Qué raro, creí haber estado ahí también la noche anterior... —ironizo.

—Anoche me pasé, Ash —reconoce, mucho más serio—. Se puede decir que tenía el juicio un poco nublado. No quería presionarte si...

—No me sentí presionada —corrijo.

—Bien, porque es lo último que querría.

—¿No lo hiciste porque Tyler estaba delante? —pruebo con lo que me lleva rondando la cabeza todo el día.

—¿Qué? Claro que no. ¿Tyler? Que lo jodan a Tyler —gruñe—. Oye, no... No vamos a discutir por teléfono —decide, y parece muy recompuesto, de repente—. Voy a tu casa.

—No... —empiezo a protestar.

—Voy a tu casa. Te veo en una hora o así —suelta, a modo de despedida.

Luego cuelga, sin darme opción a decir nada más.

Suelto un gruñido bajo y cierro el libro de francés de golpe. Otro día de no estudiar. Y ya van demasiados. Tengo que centrarme si no quiero cargarme mi excelente media en el último momento. Aunque puede que ya no importe, ¿no? Estoy a punto de entrar en casa dispuesta a adecentar un poco mi aspecto para la próxima llegada de Cam —que esté un poco enfadada no implica que no quiera estar guapa cuando él me vea—, pero entonces oigo un portazo en la casa de al lado y me asomo de nuevo para mirar. Es Tyler. Con una gorra de béisbol bien calada sobre los ojos, y un aspecto horrible. Casi como si acabara de levantarse de su tumba o algo así. Lo veo coger la manguera y desenrollarla antes de acercarse hacia la verja que nos separa para regar las plantas. Me acerco hasta él un poco insegura.

—Hola.

Se sobresalta al oír mi voz y levanta la vista al instante para cruzar su mirada con la mía. Doy

un respingo al ver su labio hinchado. Partido. Sonríe de medio lado ante mi reacción y luego suelta un quejido y una palabrota en voz baja.

—No te preocupes, Ash. Él quedó peor. Ah, perdona, eso te preocupa más, ¿no? —ironiza.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Es que sois imbéciles los dos? —respondo ante sus palabras.

—Eso parece —dice despreocupadamente—. No te lleves mal rato. No fue por ti —asegura —. Bueno, sí fue por ti, pero no solo por ti. Tenía que pasar.

Justo lo que ha dicho Cam. Que tenía que pasar. Qué estupidez. No podría haber esperado otra cosa de un par de estúpidos, de todas maneras.

—Te vi llegar a casa. —Cambio de tema para no tener que enfadarme aún más antes de que llegue Cam—. ¿Qué te pasó anoche, Tyler? —pregunto, y trato de transmitir preocupación en mi tono de voz.

—Esto no es asunto tuyo. No es tu problema. Es el mío, y no quiero hablar contigo de esto —me sorprende con un tono mucho más áspero del que esperaba—. Aún era pronto y no estaba preparado para lo de anoche. Pensaba que podía controlarlo, pero no. Mejor mantente alejada de mí, ¿quieres? No quiero más movidas en la cabeza y no necesito más problemas con Cam, y ya me ha quedado bastante clarito el mensaje.

—¿Qué mensaje? —Trato de retenerlo mientras se aleja a grandes zancadas en sentido contrario—. ¡Tyler!

No me hace caso. Genial. Lo único que me faltaba. Perder a otro amigo de golpe y sin encontrarle explicación. Mi vida va mejorando por momentos. Cáptese el tono irónico en la vocecita de mi cabeza. Muy bien, Ashley. Como si no fuera bastante tener encima los exámenes finales.

Estiro la colcha de mi cama y doy una vuelta sobre mí misma para asegurarme de que la habitación está presentable cuando oigo sonar el timbre. La puerta de mi cuarto está abierta, de manera que escucho claramente la voz de Cam saludando a mi madre y charlando con ella durante un rato, que se me hace eterno, antes de oír sus pasos por la escalera. Mamá me pega un grito para avisarme de que está subiendo, por si soy sorda o algo. Pruebo a sentarme a los pies de la cama y luego me levanto otra vez sin estar segura de cuál es la mejor postura para recibirlo. Me he puesto unos leggins y una camiseta sin mangas, larga. No quería estar en pijama, pero tampoco parecer demasiado arreglada como para estar en casa. Qué difícil es a veces ser una chica que recibe la visita de un bombón como Cameron Parker. Al final, me pilla de pie cuando llega hasta aquí. Se apoya en el marco de la puerta y me mira. Parece nervioso. Es obvio que no sabe si debería acercarse o no. Si puede besarme. O si estoy muy enfadada. Tiene cara de chico bueno y sé que poder poner esa carita ha debido salvarlo de muchos problemas en el pasado. Porque es muy difícil mantenerse enfadada viéndolo así. Me cruzo de brazos en espera de que sea él quien hable primero.

—Hola —dice, por fin.

Estudio su rostro por unos segundos tratando de encontrar algún indicio de ese «él quedó

peor» que me ha soltado Tyler hace un rato, pero no encuentro nada. Ninguna marca. Ninguna herida de guerra. Solo se le nota que no se está sintiendo demasiado bien, y eso no se lo debe a Tyler. Demasiado alcohol en las venas durante las horas pasadas.

—Hola —respondo, en un tono ligeramente menos cordial que el suyo.

—¿Puedo entrar? —pide, y señala el interior del cuarto. Asiento y da tres pasos hasta plantarse delante de mí—. ¿Puedo besarte? —prueba de nuevo.

No digo nada y él interpreta libremente mi silencio como un «sí». Roza mis labios con los suyos de manera muy leve. Yo siento mariposas en el estómago revoloteando con demasiado entusiasmo y quiero más, pero tengo que recordarme que estamos a punto de tener una charla muy seria sobre la noche anterior.

—He visto a Tyler —digo, como si nada, dando un paso atrás—. Le has dejado el labio muy bonito y dice que mejor me aleje de él porque no quiere tener problemas contigo y le ha quedado clarito el mensaje —lo pongo al día, tratando de controlar mi tono de voz.

Lo último que me faltaba es que mi madre se entere de que estamos discutiendo.

Cam cierra los ojos y suelta el aire de sus pulmones por la boca desinflando los hombros.

—Ash, yo no...

—¿Sabes?, era muy gracioso eso de discutir sobre si me gustan o no me gustan los capullos, y puede que haya admitido alguna vez que me gustan un poco. Pero lo que no me gusta absolutamente nada son los matones, Cameron —advierto.

—Yo no le dije a Tyler que no se acercara a ti —puntualiza. Endurece la mirada—. Tengo muy claro que no soy nadie para decidir con quién te hablas y con quién no. Y, para tu información, no fui yo el que dio el primer puñetazo —añade—. Pero si ya has sacado tus propias conclusiones sin oír mi versión, me lo podías haber dicho antes para ahorrarme el viaje.

Cierro la boca y extiendo los brazos a los lados de mi cuerpo, en un gesto que le da la razón. Me siento a los pies de la cama, cruzo las piernas bajo mi peso y lo miro interesada.

—Muy bien. Pues dame tu versión. ¿Qué pasó desde que me fui de la fiesta?

—Yo no venía a hablar de eso.

—Pues es lo primero de lo que vamos a hablar. —Me mantengo firme—. ¿Y bien?

Se sienta a mi lado, despacio. Frota las palmas de las manos contra la tela de sus vaqueros por unos segundos, con los ojos fijos en ellas. Luego levanta la mirada para encontrar la mía.

—No lo sé.

—Es la mejor versión que he oído en mi vida —me burlo—. Menos mal que me lo has contado, ya estaba tentada de creer todos los rumores que se oían por ahí...

—Anoche me puse muy pedo, Ash —reconoce con la expresión cargada de culpabilidad—. Muy muy pedo. Cuando te fuiste... me sentía como una mierda, y no entendía nada y sabía que había metido la pata y no sabía por qué, así que me tomé un par de vodkas. Y luego vino Lucas con sus chupitos de Jägermeister y me dejé liar. Así que tengo bastantes lagunas de la noche pasada. Pero te diré lo que sé: sé que no amenacé a Tyler, sé que nos cruzamos e intentó hablar

conmigo y yo le solté un comentario borde, o dos, y él me dijo un par de estupideces, y yo dije una aún mayor y él me soltó una hostia que muy probablemente me merecía, pero, como estaba borracho, se la devolví. No sé cómo acabó la historia, puede que Lucas, o Troy, o a lo mejor Ryan..., no lo sé. Luego... me acuerdo de estar discutiendo con Ryan en la calle. Yo quería venir a verte y él, con muy buen juicio, me impidió plantarme en tu jardín a pegar voces debajo de tu ventana. Y después de eso nada. Ryan me sacó a rastras de una habitación y me montó en su coche y me dejó en mi casa. Fin de mi noche. No hay más. Supongo que me arrastré como un gusano y me quedé totalmente KO en la primera cama que encontré. No estoy orgulloso, ¿vale? —se apresura a aclarar al ver cómo lo miro—. Y no era mi intención acabar así, no es algo que suela hacer. Es la primera vez que me levanto sin tener ni idea de lo que ha pasado la noche anterior. Me sentó muy mal el alcohol. Estaba desentrenado después de tanto tiempo convaleciente —trata de bromear—. Dime algo —pide, tras unos segundos de silencio entre los dos.

Intento aclarar mis ideas para decidir qué debería decir. No me importa que se emborrachara. No me importa que se le fuera un poco de las manos y acabara con enormes lagunas, eso puede pasarle a cualquiera, ¿no? Y estoy hablando por propia experiencia. Creo recordar que cuando aquello pasó fue precisamente él quien cuidó de mí y aguantó mis tonterías, así que no debería echarle en cara que a él le haya pasado lo mismo. Lo único que me preocupa es su pelea con Tyler.

—¿No le dijiste a Tyler que se alejara de mí? —intento aclarar.

—Estoy bastante seguro de que nunca me atrevería a decir una tontería así, por muy tonto que sea. Pero, aunque no tenga derecho a decirlo, no significa que no me encantaría que no volvieras a verlo nunca más —reconoce, con una media sonrisa triste—. Es un sueño imposible, lo sé. Vive en la casa de al lado —medio bromea—. Me matan los celos, princesa. Y odio sentirme así.

—No tienes que estar celoso. De nadie. Es absurdo, Cam, yo estoy loca por... —Me muerdo el labio frenando mi verborrea antes de que sea demasiado tarde. Si no lo es ya.

—¿Por mí? —termina él mi frase en forma de pregunta.

La forma en que me mira hace que me suban los colores a las mejillas rápidamente. Y a él le brillan mucho más esos ojitos que hace solo unos segundos.

—Puedes decirlo, Ash —me anima al ver que dudo—. Yo estoy loco por ti. Muchísimo. Me haces sentir cosas que no había sentido nunca. Me haces querer cosas que no había querido nunca y... No puedo luchar contra esto —reconoce, y la calidez de su voz invade mi pecho—. Ayudaría bastante que tú fueras capaz de decirlo también.

Coge mi barbilla con la mano derecha y me sujeta muy gentilmente mientras se pierde en mis ojos. Y yo pongo una mano sobre su antebrazo, con las yemas de los dedos acariciando la tinta de su tatuaje.

—Estoy loca por ti, capullo.

Veo formarse su sonrisa antes de que desaparezca de mi ángulo de visión y se pegue a mis

labios.

—Chicos, no es que no me encanten las demostraciones de afecto, y que no me parezcáis una parejita adorable. —Nos sobresalta la voz de mi madre proveniente del pasillo—. Pero si se entera tu padre de que os dejo besaros a solas encima de una cama, me abandonará, pedirá tu custodia y te encerrará en un convento. Anda, ayudadme a poner la mesa. Cam, te quedas a cenar, ¿verdad, cariño?

Desaparece del umbral de la puerta tan rápido como ha aparecido. Me da la impresión de que Cam se ha puesto un poco rojo ante la interrupción, pero no quiero hacer leña del árbol caído.

—Esta conversación no ha acabado —advierte en mi oído mientras bajamos la escalera tras mi madre.

—Desde luego que no. —Me muestro de acuerdo.

Tenemos que hablar de muchas cosas. Sobre todo, de sus intenciones en la fiesta de ayer. Creo que los dos necesitamos aclarar ese punto.

Y resulta que Cameron Parker hoy sí que puede quedarse a cenar porque su madre, que hoy no trabajaba, ha accedido a cubrir el turno de una compañera. Un turno de noche así que apuesto a que podrá cobrárselo bien en el futuro. Tengo que reconocer que Cam disimula bastante bien las secuelas de su resaca mientras cenamos en familia. Bromea con Eric, casi diría que hasta tontea con mi madre. Mamá le pide que dejen los formalismos a un lado y la llame Julia. En fin, lo normal cuando el señor Parker está en la casa. Esta vez no me irrita para nada tenerlo sentado a mi lado en la mesa. Esta vez nos rozamos a propósito, nos lanzamos miradas cómplices y hasta nos cogemos la mano por debajo del mantel como si de verdad creyéramos que mamá no se da cuenta. Después de cenar ayudamos a recoger y luego hablamos con papá a través de la pantalla del ordenador. Cam también. Como si fuera uno más. Y, al final, conseguimos convencer a mi madre de que nos deje ver una peli en mi ordenador, en mi habitación, mientras ellos se enganchan a un programa malo de la tele en el salón. No es que mamá sea difícil de convencer cuando se trata de Cam, pero aun así lo siento como todo un logro.

—¡Dejad la puerta bien abierta, chicos! —nos advierte en un grito mientras ya subimos la escalera, Cam un paso por detrás de mí.

Así que montamos toda la parafernalia y nos tumbamos en la cama, con las espaldas apoyadas en el cabecero y los pies descalzos sobre la colcha. Yo pulso el *play* antes de acomodarme a su lado, pero los dos sabemos que la película de fondo solo es una manera de disimular ante mi madre. En realidad, aún tenemos que hablar.

—Vale, estoy hecho una mierda y me ha costado todas mis neuronas supervivientes esa cena con tu familia. Así que, por favor, ponme las cosas fáciles y dime qué pasó anoche cuando te largaste de la fiesta —suplica él.

—El viernes querías ir, no sé, como superdespacio —le recuerdo—. Y ayer, de repente, querías buscar una maldita habitación y mandarlo todo a la mierda.

—Ashley, yo ya sé que tú piensas que cualquier chica del mundo es mucho más atractiva que

tú. Pero no. Ya te digo yo que no. Eres preciosa, eres muy sexy y me cuesta bastante trabajo mantener las cosas al ritmo que las estamos llevando, lo creas o no. Mucho, muchísimo trabajo —remarca.

—No hace falta que trabajes tanto —advierto, y acaricio su pierna con la mía—. El que quiere ir desesperantemente despacio eres tú.

—Quiero ir despacio —me desilusiona una vez más—. Porque no quiero apresurarme contigo. Porque quiero disfrutar de cada paso del camino, Ash. Porque quiero que lo disfrutes tú. Anoche estabas..., mierda, tengo que decirlo: estabas buenísima, Ashley Bennet, y quería hacer de todo contigo. De todo. Como siempre. Y si hubiera estado en mis plenas facultades, habría puesto un poco más de esfuerzo en controlarme, pero pensaba que tú lo estabas deseando tanto como yo, y me dije: «¡Qué demonios! No puedo esperar más». Siento si te confundí, o si me pasé...

Niego con la cabeza un par de veces. No lo está terminando de pillar. Él parece creer que el problema es que fue demasiado rápido para mí. Y no es eso para nada. El problema es que no sé si pisó el acelerador porque se lo pedía el cuerpo o para demostrar algo.

—¿No lo hiciste para que nos viera Tyler? ¿No me pediste que fuéramos a una habitación para dejarle algo claro?

—¿Qué? —Reacciona mucho más intensamente de lo que me esperaba. Incluso se incorpora en la cama para mirarme mejor—. ¿Crees que quería buscar un sitio más íntimo contigo solo para que Tyler nos viera irnos? Ni siquiera sabía dónde cojones estaba Tyler. Y no me importaba una mierda. Para mí no había una jodida cosa en esa fiesta que no fueras tú.

—No hace falta decir tantas palabrotas —protesto tímidamente.

—¿En serio? ¿Creías que lo estaba haciendo para, como dijiste, marcar mi territorio? —continúa sin hacer caso a mi aportación—. ¿Qué soy? ¿Un maldito lobo? Creo que tenemos un problema aquí..., que no me estoy expresando con claridad, o que estoy haciendo las cosas de pena contigo. Quiero ir despacio, quiero hacerlo bien. Pero que quiera ir despacio no significa que no me esté muriendo de ganas de hacerte el amor ahora mismo, o cada segundo del día.

Oírlo decir eso me tensa el abdomen al instante. Pone en marcha cada una de las células de mi piel y siento cómo todos mis malditos átomos tiran de mí hacia su cuerpo. Pero no digo nada. No sé qué decir.

—Por favor, ayúdame a hacer esto contigo como yo quiero —susurra.

Me hace cosquillas con las yemas de los dedos en la piel del estómago, bajo mi camiseta.

—Te prometo que despacio va a ser mejor —asegura. Pega los labios a mi cuello—. Te prometo que la espera merecerá la pena.

Besa mi clavícula, me muerde el cuello con mucha suavidad y lame dulcemente el lóbulo de mi oreja mientras mete su mano entre mis piernas. La tela elástica de mis leggins le permite moverse por debajo con toda comodidad y yo separo los muslos para facilitarle la tarea. Sabe muy bien lo que hace. A mí solo el roce de su agitado pecho en mi costado ya me está volviendo

loca. Y cada centímetro de piel se me ha vuelto tan sensible que solo la humedad de sus labios me provoca escalofríos. El tiempo se difumina. Todas sus caricias son suaves, dulces y muy delicadas, y, aun así, me están haciendo sentir mucho más y mucho más rápido que cualquier cosa que ningún chico me haya hecho antes. Incluido Tyler. Y en este momento me siento más especial que nunca. Me siento deseada. Muy deseada. Me siento querida. Incluso aunque esas palabras aún estén muy lejos de poder ser pronunciadas en voz alta. Los movimientos de Cam me protegen, me miman, me llevan justo hacia donde yo quiero ir. Por un solo segundo, soy consciente de que la puerta está abierta de par en par y de que mi madre podría volver a aparecer igual de sigilosa que antes, pero ese miedo se borra de mi mente enseguida. No puedo pensar. Solo sentir. La boca de Cam cubre la mía y se traga cualquier expresión vocal de mi orgasmo mientras mi cuerpo se estremece completamente pegado al suyo. Me sostiene con firmeza entre sus brazos hasta que la última fibra de mi interior deja de temblar. Me besa la sien. Me susurra al oído. Sus palabras me suenan muy lejanas. Mierda, ha sido intenso. Y he llegado hasta aquí demasiado rápido con solo unas cuantas caricias. Tanto, que hasta me da un poco de vergüenza. Bueno, me daría un poco de vergüenza si no fuera Cam el chico con el que estoy.

—¿Te gusta despacio o no? —pregunta, en voz muy baja. Aun así, puedo detectar ese tonito burlón que me irrita y me enamora a partes iguales.

Me abraza fuerte cuando escondo mi cara en el hueco entre su cuello y su hombro, y me acaricia la espalda suavemente, durante un par de minutos, quizá. Me siento incapaz de hacer nada que no sea quedarme a vivir en sus brazos. Su olor me ha invadido por completo, y sus caricias y sus labios pegados a mi pelo me hacen muy difícil la vuelta a la realidad.

—Ash —me llama, tras apartarse un poco—, ¿estás bien? —Tengo que soltar una risita al oír su tono preocupado—. ¿Me he pasado? ¿Ha sido el mejor orgasmo de tu vida? —bromea mientras me acaricia la mejilla con su nariz una y otra vez.

—Cállate —murmuro, y lo oigo reír bajito—. ¿Tenías que fastidiar mi momento perfecto? —lo regaño, sin poder evitar que se me escape la sonrisa.

Me besa en la comisura de la boca y aleja un poco la cara para buscar mis ojos. Yo deslizo mi mano por su costado y luego hacia su estómago y más abajo. Me sujeta por la muñeca antes de que pueda llegar a la cinturilla de su pantalón vaquero.

—Hoy no —me frena, con voz firme.

—Cam... —empiezo a protestar.

—Suficiente por hoy, Ash —me advierte para frenar mis demandas—. Ha sido el mejor orgasmo de mi vida —susurra, y acaricia suavemente la curva de mi cadera.

Y, aunque debería haber sonado a broma, me da la impresión de que lo dice muy en serio. Estoy empezando a convencerme de que ir despacio con Cam va a ser absolutamente alucinante. Y va a merecer la pena. Eso seguro.

Para cuando acaba la película que habíamos puesto en mi ordenador, Cam está dormido, de medio lado, con la cabeza apoyada justo entre mi pecho y mi clavícula y su brazo abrazándome

junto a él, encima de mi estómago. Acaricio su pelo, se lo aparto de la frente y le beso la piel de esa zona con mimo. No quiero ni moverme. No quiero despertarlo. Y, por eso, dejo todas las letras de los títulos de crédito y que, al cabo de un rato, la pantalla se apague sola. El pobrecito tuvo una noche bastante movidita y ha pasado el día con una resaca que imagino más que horrible. No me extraña que esté agotado.

Vuelvo la cabeza hacia el pasillo cuando oigo los pasos de mi madre acercándose al umbral. Nos mira y le sonrío un poco al ver que alza las cejas ante la visión de Cam profundamente dormido sobre mí.

—Ahora lo acerco a su casa —susurro, antes de que ella pueda decir nada.

—Déjalo —me sorprende, usando mi mismo tono—. No lo despiertes, anda. Pero la puerta abierta —advierte al tiempo que me señala con un dedo.

Le sonrío sin enseñar los dientes, a modo de confirmación. Me devuelve el mismo tipo de sonrisa. Nos damos las buenas noches antes de que se aleje hacia su habitación.

Me acomodo intentando no molestar demasiado a mi bello durmiente, pero, a pesar de mis buenas intenciones, lo oigo protestar levemente con un gruñido quedo. Acaricio su espalda suavemente y se mueve para pegarse más a mí.

—Ash —murmura.

Y sé que sigue completamente dormido. Y me enternece, como nada lo ha hecho antes, el hecho de que pronuncie mi nombre en sueños. Estoy segura de que cualquier cosa que haya podido imaginar o desear antes de esto se queda muy corta al lado de Cameron Parker. Lo que este chico me hace sentir rompe los límites de toda absurda fantasía. Es mucho mejor. Es real.

19

Eyes open

—¡Se acabó! ¿No es el día más feliz de tu vida? —Emily me sobresalta al aparecer a mi lado de un salto mientras camino hacia mi taquilla por última vez—. Es como una liberación y, al mismo tiempo, el fin de una era, ¿no?

Asiento con la cabeza al tiempo que ya giro la ruleta con la combinación de mi taquilla, para recoger las últimas cosas.

Es el último día de instituto. El último día de instituto oficialmente. Se acabó. Mi último examen acaba de tener lugar ahora mismo. Y ya solo queda recoger y marcharse a casa. Empiezan las vacaciones de verano. El verano antes de la universidad. Ese que dicen que tiene que ser el mejor verano de tu vida. Pero no estoy tan contenta como debería. Este último año ha sido un poco loco y, a veces, un auténtico infierno, pero me da pena que se acabe el instituto. Me da pena que ya no vaya a tener que venir aquí cada día a ver las caras con las que he compartido los cuatro últimos años de mi vida. En algunos casos, incluso más. Y hace ya tres semanas que no tengo la misma maravillosa relación que antes con mis amigas, y eso solo puede ir a peor si, encima, no vamos a vernos cada día entre estas cuatro paredes. Tres semanas. Justo el tiempo que llevo saliendo con Cameron Parker. De eso no me puedo quejar. En lo que a él respecta, han sido las tres semanas más increíbles de toda mi vida.

—Voy a echar de menos el instituto —suspiro en respuesta a las palabras de Emily.

—¡Qué melancólica, la tía! —Escucho la voz de Grace justo detrás de mí—. Yo voy a echar de menos los gofres de los jueves en la cafetería. Lo único bueno que se puede comer en este sitio. —Hace su aportación, y abre también su taquilla.

—¡Yo voy a echar de menos los culos de los jugadores de fútbol por los pasillos! —se pone profunda Emily mientras sigue con la mirada a Lucas Jackson cuando cruza el pasillo a unos metros de nosotras.

—Ah, pero eso Ashley se lo lleva a casa —indica Grace, burlonamente.

No digo nada. Recojo los dos libros que quedan en el interior del hueco que ha sido mío durante los pasados cuatro años y luego empiezo a arrancar los recuerdos que cuelgan de la parte interna de la puerta. Me pone un poco triste tener que quitarlos de aquí. Y más que todos sean de mis tres mejores amigas, con las que ya no hablo prácticamente de otra cosa que no sean los

exámenes y el tiempo. Lo último que quito es la tarjeta que me regalaron por mi cumpleaños, a principio de curso, llena de tonterías, de dibujos, de «te quieros», de X y de besos. Qué pena que a final de curso ya no me quieran tanto como antes. Supongo que es culpa mía. Lo meto todo en mi mochila sin pronunciar una palabra y vuelvo la puerta de la taquilla sin cerrarla del todo esta vez.

—Eh, chicas, mirad esto —nos llama Grace.

Emily y yo nos asomamos al hueco de su taquilla para ver a qué se refiere. Lo único que queda pegado en el interior de su puerta es una foto. Somos nosotras cuatro en la puerta del instituto en nuestro primer año. Parecemos muy pequeñas. Y muy amigas. Casi me duele un poquito el corazón al ver nuestras caras de alegría. Y cómo el brazo de Mia me rodea los hombros. Ahora es con la que menos trato tengo, claro. Apenas nos hablamos. Y mentiría si dijera que no la echo terriblemente de menos. Mierda, qué manera de cagarla, Ashley. Si se quiere acostar con Blair Wells que le aproveche, ¿no? Cada vez ese tema me parece menos y menos importante. Pero sigo manteniéndome en mis trece. Creo que ya solo por orgullo. Hace dos semanas largas que Blair ni me habla; ni me mira, vaya. Ni se mete conmigo. Tampoco ha vuelto a advertirme sobre Vanessa. O sobre Cam. Parece que la tregua es una realidad. Y, a lo mejor por eso, de repente, no me parece tan grave haberla visto ayer por la tarde haciendo manitas con Mia en la puerta de la biblioteca.

—¡Míranos! —Emily ríe ante la instantánea—. ¡Me muero! Vaya cuatro niñatas. ¿Quién nos iba a decir entonces que el instituto se acabaría de verdad? ¿O que íbamos a salir con chicos de carne y hueso algún día? —bromea—. ¿O que Ashley iba a ligarse a Cameron Parker? —me pica.

Yo suelto un bufido que solo la hace reír más.

—¡O que Mia era lesbiana! —aporta Grace a voz en grito cuando la aludida llega hasta nosotras con la mochila al hombro.

—Eh, baja la voz —pide, al llegar a nuestra altura, con una sonrisa divertida—. A ver si se me van a echar todas las nenas encima ahora...

—Sí, ¿quién nos iba a decir entonces que Mia era una lesbiana mujeriega y ligera de cascos? —se burla Emily.

Grace arranca la foto de un tirón y la guarda entre las páginas de un libro grueso que sostiene en la mano.

—Bueno..., pues se acabó —dice, y lanza un suspiro.

—Esto no se acaba hasta que nos den las notas y tiremos al aire el birrete dentro de dos jueves —corrige Mia vaciando su taquilla mucho más rápido de lo que lo hemos hecho las demás.

Escuchar eso también contribuye a alimentar mi pena, porque deberíamos estar todas juntas en ese puñetero acto de graduación, celebrándolo por todo lo alto, pero las cosas ya no son lo que eran entre ellas y yo. Lo son entre ellas. Pero conmigo no. Emily es la que se ha mantenido más a mi lado durante los días pasados. Y, aun así, es como si viviera a años luz de mí. Hablo

muchísimo más con Vanessa que con ella. Y no es lo mismo. No sé ni cómo puedo seguir viviendo sin los «literalmente», ni los «me muero del todo», ni sus gritos emocionados. Ni Grace ni ella querían tomar parte en las desavenencias entre Mia y yo, pero, al final, se han puesto mucho más de su parte que de la mía, sin lugar a dudas. Puede ser porque la equivocada soy yo. Estoy a punto de decir algo. Estoy a punto de llamar la atención de las tres, que parlotean en torno a las taquillas, y hablar con el corazón. Tengo un «chicas, os echo de menos» justo en la punta de la lengua. Entonces oigo hablar a Grace:

—Bueno, chicas, entonces lo de mañana por la noche... —Se interrumpe de golpe cuando sus ojos se encuentran con los míos.

Lo de mañana por la noche. ¿Qué es lo de mañana por la noche? No hay que ser muy lista para adivinar que tienen un plan las tres juntas. Y que no cuentan conmigo para nada. No hay más que ver la cara de Grace al darse cuenta de que ha metido la pata. Y Emily también se vuelve para mirarme con los ojos rebosantes de culpabilidad. Abre la boca para decir algo, pero justo entonces una voz llamándome a gritos por los pasillos rompe la tensión del momento.

—¡Ash! ¡Ashley! —Es Cameron, que se acerca como una bala, visiblemente emocionado, y llamando la atención de todos los alumnos que abarrotan el pasillo.

En vez de hablar, cuando llega a mi lado me envuelve en sus brazos y pega su boca a la mía en un beso muy increíble y demasiado apasionado para el lugar en el que estamos. Casi roza lo inapropiado. O es que a mí cada vez que Cameron Parker me besa se me calienta el cuerpo demasiado rápido.

—¿Qué pasa? —pregunto, casi sin aliento, al separarnos.

Tiene la cara decorada con una de las sonrisas más amplias que le he visto desde que lo conozco. Se me contagia sin poder evitarlo. Está muy emocionado. Me muero por saber qué es lo que ha pasado.

—Acaban de llamarme, princesa.

Hace días que ese apelativo ha empezado a desligarse del tono burlón en algunas ocasiones especiales. Alzo las cejas para que se explique mejor y él hace una mueca exasperada, como si siempre hubiera que explicármelo todo, hasta las cosas más obvias.

—El entrenador de los patos de Oregón —aclara, y yo abro la boca al tiempo que se me forma la sonrisa—. Quieren hacerme una prueba.

Le echo los brazos al cuello y me cuelgo de él dejando que me levante un poco en el aire.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Te lo dije —le digo al oído—. ¿Ahora qué tienes que decir del *Daruma*? El mejor regalo del mundo —bromeo cuando vuelve a dejarme en el suelo y nos miramos a los ojos. Suelta una carcajada y yo me río bajito también—. ¿Qué te han dicho? ¿Tienes que ir a Eugene? ¿Cuándo?

—Dentro de tres fines de semana, el día veinticuatro. Solo es una prueba, Ash —me recuerda para frenar mi emoción descontrolada, y se nota lo nervioso que acaba de ponerse al pensar en ello.

Pongo las manos en sus mejillas y lo obligo a mirarme a los ojos.

—Es imposible que no te cojan. Tendrían que ser muy tontos para eso.

Se inclina para besarme de nuevo. Soy consciente de que mucha gente está mirando el espectáculo y que mis amigas están lo suficientemente cerca como para enterarse de todo lo que decimos. Pero da igual. Esto es importante.

—¿Vendrás conmigo? —me pide, en voz baja.

No me da tiempo a contestar porque el entrenador del equipo de fútbol llama a Cam por su apellido desde el otro lado del pasillo. Él se vuelve y le hace un gesto con la mano para que le dé un segundo.

—¿Me esperas diez minutos y te acerco a casa? —propone cuando de nuevo me mira a mí.

Me limito a asentir con la cabeza. Él saca las llaves de su coche del bolsillo y me las pone en la mano.

—Deja las cosas en mi coche, si quieres —sugiere—. Te veo ahí enseguida, ¿vale?

—Vale.

Vuelve a besarme y se aleja trotando hacia donde el entrenador sigue esperándolo. Veo cómo el hombre le da una palmada en el hombro cuando él llega a su altura y se alejan juntos, hablando entre ellos.

—Buenas noticias, parece —dice Emily, que rompe el silencio entre nosotras y consigue devolverme a la realidad.

—Muy buenas —respondo simplemente—. Nos vemos, chicas —me despido de ellas cuando la tristeza de la situación con mis amigas vuelve a golpearme, de repente.

Ninguna protesta cuando recojo mi mochila del suelo y me doy la vuelta al tiempo que me la cuelgo del hombro. Ni siquiera dicen adiós.

Me monto en el asiento del copiloto del coche de Cam con la mochila en el suelo, entre los pies. Bajo la ventanilla porque hace demasiado calor dentro del vehículo, pero prefiero esperarlo aquí, escondida del mundo. Estoy muy contenta por él. Pero no consigo quitarme esa sensación de desasosiego que arrastro desde mi pelea con Mia. Cam debe de estar harto de escuchar mis lamentos al respecto. Y, aunque siempre se pone de mi parte, tampoco se corta en decirme que debería intentar arreglar la situación con ellas. Dice que Emily me echa mucho de menos, pero que tampoco sabe qué hacer para solucionar las cosas. Eso es lo que le ha dicho Scott. Ahora parece que ellos dos son más amigos de lo que lo somos nosotras. ¿Quién nos lo iba a decir?

Cameron se monta tras el volante cerca de un cuarto de hora después. Me pregunta si me apetece un McFlurry para celebrarlo y yo digo que sí casi automáticamente. Lo oigo hablar sobre lo que su entrenador le ha dicho y que va a tener que entrenar mucho estas semanas. Está muy contento, y yo quiero estarlo también. Es decir, lo estoy por él. Pero enseguida nota que hay algo que no va bien.

—¿Qué pasa? —pregunta, y me pone una mano sobre el muslo cuando ya enfila la calle del centro comercial.

—Nada —me apresuro a responder. Lo miro y sonrío al ver que me mira de reojo insistentemente—. Estoy muy contenta por ti —aseguro.

—Eso ya lo sé. Pero ahora no estabas pensando en mí.

No digo nada. Vuelve a poner las dos manos en el volante para girar en la entrada del aparcamiento.

—Las echas de menos, ¿no?

A veces pienso que este chico me lee la mente. O a lo mejor es que soy como un libro abierto. Probablemente es suficiente con verme la cara para que él pueda suponer lo que estoy pensando.

—Han hecho planes este fin de semana, pero ninguna me ha dicho nada a mí —suspiro y me encojo de hombros—. Sí, las echo de menos —respondo por fin a su pregunta.

—¿Y por qué no se lo dices a ellas? —Cam busca la solución más obvia—. Creo que ellas sienten exactamente lo mismo..., pero alguna va a tener que ser la primera en decirlo, Ash.

Cameron Parker. El gurú de la amistad. A ver si se aplica el cuento. Hace ya dos semanas desde que se lio a puñetazos con Tyler en la fiesta de Vanessa y, que yo sepa, Tyler ha intentado volver a hablar con él, pero Cam no quiere saber nada del tema. Eso me lo ha contado Vanessa, claro, no Cam. Porque el tema de Tyler parece haberse vuelto medio tabú entre nosotros. Y no es que mi vecino me hable mucho últimamente, tampoco. En el fondo, sé que se echan de menos. Ese par de tontos. Así que no soy la única que está sufriendo por culpa de su maldito orgullo.

Vuelvo al tema de la prueba con los patos en cuanto puedo. Tengo que asegurarle a mi chico que hablaré con mamá para poder hacer una escapada de fin de semana con él a Eugene. Parece muy importante para él que yo esté allí. Y no me lo perdería por nada del mundo.

Para cuando me deja en casa ya lo ha llamado Lucas para felicitarlo por las buenas noticias, y su hermano para regañarlo por haber tenido que enterarse por el propio entrenador del equipo y no por él. Antes de bajarme del vehículo, quedamos para ir al cine y a cenar esta noche, para celebrar lo de la prueba y también que el instituto ha acabado.

Así que, por la tarde, me presento en su casa bastante antes de la hora acordada. Nos alternamos para conducir en las citas porque no puedo permitir que de verdad él me considere una princesita a la que tiene que recoger y llevar a los sitios. De manera que hoy toca ir en el Audi y yo aparco en su entrada, justo detrás del Honda y me apeo para acercarme a su puerta tres cuartos de hora antes del momento acordado. Estar sentada en casa pensando en lo que harán mis tres mejores amigas en el mundo sin mí me estaba volviendo loca.

Cam parece sorprendido de verme aquí cuando abre la puerta tras mis insistentes llamadas. Lleva un pantalón corto de deporte y una camiseta, y está demasiado sudado como para que no pueda adivinar que acaba de volver de correr.

—Ey —saluda—. Llegas pronto, acabo de llegar de correr.

—No me digas —respondo con una risita—. Lo siento. Me estaba volviendo loca en casa. No te preocupes, te espero.

Me da un beso corto en los labios antes de dejarme pasar y yo lo sigo escalera arriba hasta su

habitación, perfectamente consciente de que su madre no está en casa. Turno de tarde desde ayer hasta el martes que viene. Me siento a los pies de su cama mientras él coge ropa interior limpia y unos pantalones negros del armario.

—Me doy una ducha rápida y ya estoy, ¿vale?

—Muy bien —me muestro de acuerdo, y dejo que me bese los labios de nuevo.

Este beso es más largo pero muy suave y nos sonreímos al separarnos antes de que él desaparezca para ir al baño. Me dejo caer tumbada sobre la cama, y no puedo evitar recordar lo que pasó entre estas sábanas el fin de semana pasado. Se suponía que habíamos quedado para estudiar, pero, en fin. No pasamos de la segunda base, a decir verdad. Las cosas siguen yendo a paso de tortuga en ese aspecto. Pero el placer fue todo mío. Y es estupendo, pero también empieza a ser un problema. Da la impresión de que Cam no quiere que lo toque. De hecho, nunca ha dejado que mis manos pasaran de la cinturilla de su pantalón. Ni siquiera para acariciarlo por encima de la ropa. Parece terreno prohibido y está empezando a mosquearme. ¿Qué tío no está deseando que su chica explore debajo del calzoncillo? Para ser justos, tampoco es que hayamos tenido muchas oportunidades para avanzar a nivel físico. Los dos hemos estado muy ocupados con los exámenes finales y no nos hemos visto tanto como a ambos nos gustaría. Supongo que ahora que el instituto ha terminado, las cosas cambiarán. Y pasaremos más tiempo juntos. E iremos dejando bases atrás. Yo lo voy necesitando. Porque mi cuerpo se enciende solo con el roce del suyo. Y, a veces, ni siquiera hace falta que me toque. Solo imaginarlo ahora mismo en la ducha con el agua resbalando por los músculos de su torso y su espalda ya me da ganas de irrumpir en el baño y meterme en la ducha con él. Pero hemos acordado ir despacio y tengo que respetar el trato. Mierda, ahora me acuerdo de su mano metida en mis braguitas el martes en su coche y me está empezando a entrar mucho calor otra vez.

Vale, es mejor que me distraiga. Me pongo de pie y me paseo por la habitación, cotilleando entre sus cosas. Sonrío al ver el muñequito con un solo ojo pintado en su estantería. Pronto vamos a poder pintar el otro, estoy segura. Paseo mi vista por las fotos y los papeles que tiene colgados en su corcho. Se me licua el corazón en un momento cuando veo que tiene una de mis notitas de clase de biología. La que solo dice «Sonríe» con un corazoncito en la «i». ¿Hace cuánto que estará ahí? El fin de semana no me fijé. Acaricio distraídamente el casco del equipo de fútbol del instituto que tiene encima de la mesa. Luego lo cojo y me lo pruebo. Es enorme. O él tiene la cabeza muy grande, o yo muy diminuta.

—¡Eh! —Me sobresalta su voz justo a mi espalda, y yo me vuelvo dando un respingo. Se ríe a carcajadas—. ¿Qué haces?

Solo lleva puestos los pantalones y sus abdominales me llaman la atención rápidamente. ¿Cómo he conseguido yo un tío tan bueno? Tiene el pelo mojado y algunas gotitas de agua escapan de él y le recorren el cuello, los hombros y el nacimiento de sus pectorales. Me dan muchas ganas de lamérselas. Ay, Ashley, ¿desde cuándo eres tan pervertida? Soy perfectamente consciente de que, mientras él está espectacularmente atractivo en este momento, yo llevo unos

vaqueros rotos, una camiseta muy simplona y su maldito casco de fútbol en la cabeza. Ya me vale.

—Nada —respondo inocentemente, justo como lo haría una niña pequeña a la que sus padres acaban de pillar haciendo algo que no debería—. Solo estaba dándome cuenta de que tienes la cabeza muy gorda —me meto con él.

Se ríe de nuevo. Se acerca hasta mí y pone una mano sobre el casco haciendo que se mueva y la parte superior me cubra los ojos.

—Tú tienes la cabeza enana —me la devuelve.

Me revuelvo para librarme de él y luego inclino la cabeza para embestirlo suavemente con el casco. Suelta una carcajada y me lo quita con cuidado. Sacudo la cabeza para volver a poner mi pelo en su sitio.

—Anda, Ash, no juegues con las cosas de los mayores —se burla de mí, y deja el casco sobre la mesa de nuevo.

Doy un paso para pegar mi cuerpo al suyo y alzo la mirada para clavarla en sus ojos.

—Lo que más me apetece ahora es jugar a cosas de mayores —insinúo al tiempo que lo beso debajo de la barbilla.

Luego beso su cuello y, tal y como había fantaseado, me dedico a lamer los rastros que las gotas de agua han dejado sobre su clavícula.

—Ashley —protesta sin demasiado entusiasmo.

Pego mis labios a los suyos para callarlo y él responde a mi beso poniendo su lengua en movimiento. Sus brazos se ciñen a mi cintura y aumenta la presión entre nuestros cuerpos.

—¿Y el cine? —pregunta al separarnos unos milímetros.

—¿Qué más da? —respondo.

Acaricio sus marcados abdominales en sentido descendente. Le suelto el botón de los pantalones antes de que me frene. Pero me frena. Mierda. Mi frustración está empezando a hacerse insoportable. ¿Qué narices le pasa a este tío? Apuesto a que a Vanessa no le puso tantos remilgos la primera vez que quiso meterle mano. Y ya no hablemos de Jessica y su *home run* la primera noche que se enrollaron. Entonces, ¿qué pasa ahora conmigo? ¿Por qué él me toca, pero no deja que yo lo haga? ¿Por qué no nos dejamos de tonterías?

—¿Qué? —gruño, mucho más bruscamente de lo que probablemente debería—. ¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no quieres hacer esto? —le pido explicaciones.

—Cariño, quedamos que...

—¡No me vengas con lo de cariño! —Elevo el tono de voz. Sí que estoy frustrada y por algún lado tiene que explotar—. Mierda, Cam, cualquier tío del mundo está deseando echar un polvo y tú no quieres ni que te toque. ¿De qué va esto? ¿Es que no te gusto? No te gusto —digo luego a modo de afirmación.

Busco sus ojos. Él no los aparta de los míos al contestar:

—Eso es una absoluta gilipollez. —Es lo mejor que se le ocurre decir.

—¡Ya! ¿Lo es? —pregunto. Casi suplico con la mirada—. Pues tú me dirás... Es obvio que no soy como las chicas con las que has estado antes —comparo, y siento cómo cada vez me pesa un poquito más el corazón.

—No. Claro que no lo eres —responde, pero su tono es muy diferente del mío—. Si no me gustaras no estaríamos aquí, Ash —trata de razonar—. No solo me gustas. Va mucho más allá de eso.

—Pues, entonces, ¿a qué estamos esperando? Vayamos despacio pero no hacia atrás. No avanzamos nada aquí.

—No voy a hacer nada contigo por las razones equivocadas. Y hacerlo para que no te enfades no me parece una buena razón. Hacerlo porque no te gustes a ti misma tampoco me lo parece, princesa. Ponte delante de un espejo y empieza a mirarte bien hasta que empieces a ver la realidad, Ash, porque, si no, que yo te diga un millón de veces que eres preciosa no nos va a servir de nada. El problema que tienes ahora mismo no es que no me gustes a mí, es que no te gustas a ti —sentencia.

Me está mirando muy serio. Tiene que ser consciente de que está empeorando las cosas. De que me está haciendo daño. Y el problema aquí no es que yo no me guste. O, al menos, ese no es el problema que él tiene para no querer ir un paso más allá conmigo en el terreno sexual.

—Eso es cambiar mucho de tema —lo acuso—. Hablas mucho, Cameron. Y no paras de decir que te encanto, que soy preciosa y que quieres hacer un montón de cosas conmigo. Pero, a la hora de la verdad, tus palabras no se corresponden para nada con tus actos. Y la verdad es que tú no quieres follar conmigo —digo, y hasta me sorprendo a mí misma usando esa palabra.

—Tienes razón —concede, y yo frunzo el ceño—. No quiero follar contigo, Ashley —repite —. Quiero ir al cine e invitarte a cenar. Y muchas más cosas. Muchas más. Pero hoy me vale con eso. Es para lo que habíamos quedado, ¿no? —me recuerda.

Soy consciente de que me voy a poner a llorar en cualquier momento. Así que así es como está ahora mi vida: mis amigas son cordiales, pero no cuentan conmigo para nada; mi vecino que creía un amigo apenas me habla; y el chico por el que estoy absolutamente loca pasa completamente de acostarse conmigo. Es casi casi como estar en la *friendzone*. Y no puedo más con esto. No le gusto. Es que estoy más convencida que nunca. ¿Por qué le iba a gustar? Después de los cuerpazos que han pasado por su cama. No hay comparación.

Me quedo parada dos o tres segundos, con la mirada baja, y noto la suya fija en mí. Los dos estamos tensos. No digo nada. Doy un paso adelante y luego otro y le empujo levemente el brazo con mi hombro al pasar a su lado en dirección a la puerta. Lo oigo suspirar a mi espalda. Muy alto. Salgo al pasillo y llego al borde de la escalera antes de oírlo llamarme por primera vez. Cuando oigo mi nombre, acelero el paso. Porque lo único que quiero ahora es salir de aquí.

—¡Ashley! —vuelve a gritar el chico de los ojitos verdes, y lo oigo venir detrás de mí, pero yo ya estoy casi en el piso inferior—. Oye, espera. Espera. ¡Ash!

Abro la puerta de un tirón y ni me molesto en cerrarla antes de caminar con paso ligero hacia

el coche. Lo abro a distancia y entonces me doy cuenta de que no estoy sola. Tyler acaba de ponerle la patilla a su moto enfrente de la puerta.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunta con el ceño fruncido al ver cómo salgo.

No contesto.

—¡Ashley! Oye, ¿puedes esperar un momento? —escucho a Cam, que acaba de atravesar el marco de la puerta abierta—. No te vayas así. Lo estás interpretando todo mal. ¿Quieres escucharme un puto minuto? —se desespera.

Yo ya estoy tras el volante y cierro de un portazo antes de arrancar y largarme lo más rápido que puedo. Tengo que reducir la velocidad cuando dejo atrás su manzana, porque las lágrimas me nublan la vista y casi me impiden ver la carretera por la que voy.

He apagado el móvil después de la segunda llamada de Cam. No me hace falta tenerlo conectado, tampoco. Nadie más me estará buscando. Mi madre piensa que estoy en el cine y cenando y que volveré a casa a la una, mi hora límite del fin de semana. Los días cada vez son más largos, así que solo hace unos minutos que los colores del cielo han empezado a cambiar. Se está tornando ligeramente anaranjado, aunque hoy no puedo disfrutarlo tanto como otras veces. Por mucho que me encante una buena puesta de sol. Hace mucho rato ya que he dejado de llorar. También de eso me he cansado. Y mi sitio especial para encontrar la paz interior no me está viniendo demasiado bien, porque me recuerda demasiado a la cita tan perfecta que tuvimos hace tres semanas. Menuda mierda.

—Hola.

Me sobresalto al oír una voz a mi espalda. Pero, en una décima de segundo, ya empiezo a reconocer esa sensación de tranquilidad que me proporciona tenerla a mi lado en un momento como este. Me vuelvo a mirarla y Emily me dedica una media sonrisa comedida, con los labios sellados, antes de dar dos pasos y sentarse en el suelo rocoso a mi lado.

—Hola —murmuro yo también.

Me pasa un brazo por alrededor del cuello y me hace apoyar la cabeza en su hombro, para pegar su mejilla al pelo de mi flequillo. Me dejo abrazar. Se me escapan las lágrimas. Y estas no son por Cam. La he echado tanto de menos. La necesitaba tantísimo que no sé ni qué decir. Pasamos un buen rato en silencio. Tanto, que para cuando hablo, el cielo ya es de color rojo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Me aparto para mirarla a la cara y vuelvo a pasarme el dorso de las manos por las mejillas para borrar los rastros de lágrimas.

—Cam me ha llamado —explica—. Bueno, ha llamado a Scott —reconoce, como con fastidio —. Para que le diera mi número y poder hablar conmigo, pero resulta que yo estaba allí así que... Dice que habéis tenido una pelea o algo así, y que seguramente me necesitabas un poquito y que era muy probable que estuvieras aquí. Casi no llego, me he equivocado de desvío unos cuantos

metros más atrás —protesta—. Oye, tía, si vas a tener una pelea con Cameron Parker y dejarlo tirado y vulnerable, lo menos que podrías hacer es darle mi número —bromea con voz pícara. Le pego suave con la mano abierta en el muslo y se ríe—. ¿Quieres hablar de ello?

Niego con la cabeza lentamente. No porque no quiera hablar con ella de esto. Es que necesito decir otra cosa antes.

—Te echo de menos, Em —confieso, y se me escapa un sollozo mientras pronuncio esas palabras que llevan tanto tiempo luchando por salir de mi garganta.

—Y yo también te echo de menos, tía —corresponde ella, casi en el mismo tono.

La abrazo con mucha efusividad, y ella me estruja tanto que hasta me hace un poco de daño, pero no protesto.

—Lo siento —murmuro, sin separarme—. Siento si he exagerado, o si he sido intolerante con lo de Mia... Yo no quería que las cosas fueran así y al final se me ha ido de las manos.

—Sssh —me calla, mientras acaricia mi espalda—. Ya lo arreglaremos, Ash. No importa.

—Claro que sí. Porque Mia y Grace ya no quieren ser amigas mías —adivino tristemente.

—Eso no es verdad —me corrige—. Ya verás. Hablaremos con ellas.

Me aparto y busco sus ojos marrones.

—Muchas gracias por venir.

—No hay de qué, tontita —le quita importancia—. Cam me ha dejado un poco preocupada. Vamos, cuéntame: ¿qué demonios ha pasado?

Y el problema es que llevo tres semanas acumuladas de cosas que contarle, así que empiezo por lo que me ha hecho venirme hasta aquí a buscar la paz interior, pero luego tengo que seguir hablando mucho más. De Cam y de Tyler, de Vanessa, de Jessica. Parece que hace una eternidad desde que no hablaba con mi mejor amiga. Bueno, es que hace una eternidad. Cuando la oscuridad empieza a reinar tenemos que abandonar el lugar en el que estamos y volver hasta mi coche. Scott ha traído a Emily hasta el aparcamiento y había prometido volver a buscarla, pero mi amiga lo llama para decirle que no se preocupe porque ya volverá conmigo. Desde aquí nos vamos a coger algo para cenar en un restaurante con servicio para coches y seguimos hablando, durante horas. Y aunque las teorías de Emily para explicar mi mayor problema del momento, es decir mi problemilla sexual con Cameron Parker, no son las más brillantes, me alegro mucho de volver a tenerla conmigo. A mi lado. Y de mi parte. Así que los escenarios que manejamos actualmente, según ella, son: Cam es gay, aunque no tiene mucho sentido visto su pasado sentimental y sexual; tiene el pene microscópico y le da vergüenza, lo que no llega a convencerme después de verlo marcar paquete en calzoncillos en el lago Tahoe; tiene ladillas, un herpes o cualquier otra cosa que suponga tener que evitar esa zona por mi propia seguridad hasta nuevo aviso. Yo vuelvo a poner sobre la mesa eso de que no le gusto y punto. Al final es la explicación más sencilla, y la más lógica. Para mi amiga casi es un sacrilegio que se me ocurra pensar algo así. ¡Qué va a decir ella si está tratando de animarme!

Es casi medianoche cuando vamos a mi casa. Le doy unas explicaciones muy escuetas a

mamá, y Emily acaba mintiendo por mí y diciendo que es ella quien ha tenido un problema con Scott y me ha llamado. Mucho más fácil así para nosotras. Y, por primera vez en mucho tiempo, mi mejor amiga se queda a dormir conmigo.

—Tienes que hablar con él, Ash —aconseja en un susurro, con las cabezas enfrentadas sobre mi almohada. Como si eso no se me pudiera ocurrir a mí—. Oye, estoy segura de que sea lo que sea no es lo que tú piensas —insiste, una vez más—. ¡Eres un bombonazo! Mia dice que eres la más guapa de todas nosotras, la tía estúpida. Te has ligado a los dos capitanes del equipo de fútbol, querida. No hay más que ver cómo te mira Cam cada vez que te tiene delante... ¡Bueno, ya vale! —exclama, en voz bajita, pero con mucha vehemencia, al ver mi cara de duda—. ¿Sabes qué? A la mierda con las confidencias de Scott, me hizo jurar que no iba a cotillearte esto, pero tú eres mi mejor amiga y él, un pringado que me encontré en la calle. Ya debería imaginarse que esto no me lo iba a callar. Scott dice que es flipante, incluso rozando en lo patético, lo colgado que Cameron Parker está de ti. Dice que está mucho más enamorado de ti de lo que él lo está de mí. ¿Te puedes creer las cosas tan bonitas que me dice, el muy pardillo? —medio bromea—. Dice que es una pasada escucharlo hablar de ti. Que nunca habría creído que el más popular del instituto pudiera llegar a ser tan calzonazos por una paleta como tú. Sus palabras, no las mías —advierte antes de que yo pueda protestar por el calificativo—. Cameron Parker está completamente colgado de ti, tía. Y es por eso que todavía no he ido a patearle el culo después de verte llorar por su culpa esta noche.

Formo una media sonrisa tras su discurso. Dios, no sé cómo he aguantado sin ella estas malditas tres semanas. Y oír esas cosas sobre Cam y lo que siente por mí me estruja mucho el corazón y templa mi maltrecha alma. Me da esperanza. Me da ganas de llorar de emoción y de sonreír como una tonta enamorada. Pero es que sigue sin cuadrarme la situación en la que estamos. Es como un callejón sin salida, estamos atascados en la maldita segunda base, y eso es solo porque él no quiere ir más allá. Y no entiendo por qué. Es que no lo entiendo.

—Sí, eso es lo que dice —suspiro finalmente—. Pero luego hace cosas, o más bien no las hace, que no me dejan confiar en sus palabras tanto como me gustaría.

—Pero, Ashley... —trata de insistir mi amiga.

—¿Cuánto tardó Scott en insinuar que quería acostarse contigo?

—¿Scott? Ese estaba más salido que un espigón de puerto antes de que ni siquiera nos besáramos por primera vez. —Ríe ella—. Tardamos más de un año en acostarnos, Ash —me recuerda.

—Ya. Teníais quince años —dejo claro que esa es la única razón para la relativa tardanza—. ¿Protestó mucho la primera vez que le metiste mano?

Emily suelta una risita al oír eso, como si acabara de preguntarle la mayor tontería del mundo.

—¿Protestar? Me la puso en la mano en cuanto tuvo oportunidad —asegura con tono burlón —. Oye —dice luego, y cambia el gesto a uno muy serio—, Cam tiene experiencia y tú... tú eres

la única virgen de diecisiete años del maldito estado de California —se mete conmigo—. Seguro que eso le preocupa, que no quiere presionarte.

—Em, prácticamente le he suplicado que me deje tocarlo. No quiere. Es lo que hay. Estará muy colgado por mí, como tú dices. Pero algo pasa aquí. No le gusto físicamente, no le pongo cachondo, yo qué sé. No puede ser otra cosa. No hay más que ver a Jess y a Vanessa, está acostumbrado a cuerpazos así.

—Tú tienes un cuerpazo —trata de animarme con mentiras piadosas—. Esas dos no son más que tetas y culo. Y tú también tienes tetas. Y culo. Y una cara mona. Oye, a los tíos les gustan las tetas y los culos. Les da igual que sean grandes o pequeños mientras los dejes mirar y tocar —simplifica las cosas—. Estoy bastante segura de que le gustan tus tetas... ¡me gustan hasta a mí, tía! —exclama y se ríe cuando ve que ha conseguido hacerme reír—. ¿Quieres que le pida a Scott que le pregunte a Cam qué piensa de tus tetas?

—¡No! —protesto yo riendo de nuevo—. No sé qué hacer, Em.

—Deja de intentar meterle mano y hazte la dura. Ya verás cómo empiezan a entrarle ganas cuando vea que tú pasas. Los tíos son así de simples, siguen teniendo mentalidad de hombres de las cavernas. Quieren cazar.

—Cazar —repito, y niego con la cabeza ante su teoría.

—Habla con él. Toma, mándale un mensaje y queda mañana para hablar —ordena, al tiempo que se estira hasta la mesilla y coge mi móvil para ponérmelo en la mano.

No pienso hacerle caso en lo de mandarle un mensaje ahora mismo, pero hace unas cuantas horas que lo tengo apagado y creo que volver a encenderlo no sería una mala idea. En cuanto cobra vida y me llegan las notificaciones acumuladas en este tiempo, veo que Cam no ha vuelto a intentar llamarme. Pero me ha enviado un mensaje. Solo uno.

> No voy a perseguirte, princesa. Avísame cuando estés lista para hablar.

¿Qué? ¿De qué va? ¿Ahora se está haciendo el orgulloso o algo así? «No voy a perseguirte.» Es como si me acabaran de clavar un puñal. Le tiendo el teléfono a Emily para que pueda leerlo y ella hace un mohín decepcionado con los labios.

—En dos días lo tienes suplicando en la puerta —vaticina.

Dejo el móvil de nuevo en la mesilla; no pienso contestar. Al menos, no de momento.

—Tú me perseguirías, ¿verdad que sí? —pregunto a mi amiga, forzando el tono de guasa.

—Hasta el culo del mundo —asegura con una media sonrisa—. Es hasta donde he tenido que ir esta tarde a buscarte —exagera—. ¿Quién no lo haría, pequeña? A mí me pones cachondísima —bromea, y se echa a reír y me abraza cuando la insulto cariñosamente.

Le devuelvo el abrazo y dejo que su contacto me reconforte y su cariño me consuele.

—Te quiero —digo.

—Y yo te quiero a ti.

Primera hora de la tarde del sábado. Estoy dando vueltas por el supermercado más cercano a mi casa, sin decidirme por la marca de chocolate que prefiero. Llevo todo el día sola, desde que he acercado a Emily a su casa esta mañana. Mi madre y Eric se han ido a Fresno a primera hora y no volverán hasta mañana por la tarde porque resulta que mi hermanito fue seleccionado para la competición estatal de kárate. En serio. Con lo torpe que es. Flipo con este niño. Total, que compite esta tarde y, si pasa de ronda, mañana por la mañana. Si se clasifica, el fin de semana que viene la competición es aquí. Y ya si llegara a la gran final, el fin de semana siguiente tendrán que irse de nuevo. No es que no confíe en las posibilidades de mi hermano, pero, bueno, no creo que llegue tan lejos. La cuestión es que me he quedado sola en casa, que Cam no ha vuelto a dar señales de vida y que mi orgullo me ha impedido ponerme en contacto con él. Sé que esta mañana había quedado con el entrenador del equipo del instituto para empezar a prepararse para la prueba. Pero hace horas que debe de haber acabado con eso. Y no sé nada de él. Emily me ha pedido que me una a ella y a nuestras dos amigas en común esta tarde y noche en la fiesta de pijamas que han organizado en su casa. Pero no estoy muy segura de que vaya a ser cómodo para Mia. O para mí. Así que el mejor recurso del que dispongo ahora mismo es comprar chocolatinas y encerrarme a ver comedias románticas hasta que el dolor de corazón termine de matarme. O podría llamar a Vanessa. Pero no me apetece tener que hablar con ella sobre mis problemas con Cam.

Me pongo las gafas de sol cuando salgo de nuevo a la calle y meto la bolsa con mi compra en mi mochilita antes de colocarla bien en mis hombros y empezar el camino de vuelta a casa. Estoy a apenas diez minutos; si camino despacio a lo mejor consigo alargarlo un poco más. Acabo de empezar a andar cuando veo una cara conocida en la terraza de una cafetería. Es Jessica Harris. Sola. Y quiero seguir caminando como si ni siquiera la hubiera visto, pero entonces veo que se pasa un pañuelo de papel por debajo de sus gafas de sol mientras habla por teléfono y no puedo evitar sentir cierta empatía. ¿Está llorando? ¿Es que es humana de verdad? Cuelga el teléfono tan solo un par de segundos después y lo deja al lado de su taza de café antes de volver a restregar los ojos con el pañuelo y sonarse la nariz. Mierda. Mierda. Debería irme. Ya mismo.

De repente, sin saber cómo, me encuentro a mí misma plantada a su lado.

—¿Jess? —le hablo y hasta me sorprendo ante mi uso de su diminutivo sin un tonito burlón. Debe de ser que estoy muy sensiblona hoy.

Alza la cara hacia mí, evidentemente sorprendida ante mi aparición. ¿Qué hará llorando en una cafetería tan lejos de su casa?

—Genial. Justo a quien yo quería ver —dice, con la ironía desbordando sus palabras—. Sigue andando, Ashley. No estoy de humor para esto hoy.

Hace dos semanas que ni hablo con ella, pero el odio entre las dos sigue siendo una realidad innegable. No ha vuelto a decirme nada desde nuestro pequeño intercambio de opiniones en la

fiesta de cumpleaños de Vanessa y, que yo sepa, tampoco se ha acercado demasiado a Cam desde entonces. Estoy tentada a hacerle caso y seguir mi camino como si nada, pero el maldito sentido de la compasión que mis padres me han inculcado desde pequeña me ataca con fuerza repentinamente.

—¿Estás bien? —me atrevo a preguntar, suavemente, como si ella no hubiera dicho nada.

—Para ser tan lista, pareces bastante estúpida, señorita obviedad —gruñe—. Claro que no estoy bien. Pero no es asunto tuyo.

—Vale.

Mejor así. Mi conciencia está tranquila y no tengo que intentar consolar a la persona que peor me cae en el mundo ahora mismo. Sea lo que sea lo que le ocurre. Doy un paso al lado para volver a la zona despejada de la calle y caminar hacia mi casa. No me he alejado ni un metro cuando la oigo llamarme.

—Ashley. —Al volverme a mirarla me hace una seña para que vuelva a acercarme. Y no sé por qué, lo hago—. ¿Puedes sentarte un momento? —me pide.

Señala la silla vacía que hay justo a su lado. Y no sé por qué, obedezco. Maldita buena educación, papá y mamá.

—No olvido que intentaste darme un consejo de amiga una vez —recuerda lo que le dije en la fiesta, aunque con un tono burlón—. Aunque fuera una mierda de consejo y estuvieras muy equivocada, pero, en fin. Me veo en la obligación de hacer lo mismo contigo, por una vez. Ten cuidado con Cam. No es para nada lo que parece —me advierte.

Me es difícil adivinar lo que está pensando detrás de sus oscuras gafas de sol.

Suelto un bufido, me echo hacia atrás en mi silla y me apoyo en el respaldo. Me cruzo de brazos antes de contestar.

—¿De verdad? ¿Tenemos que seguir con esto? Ni siquiera quiero saber la clase de mierda que vas a inventarte ahora, Jess. Pierdes el tiempo.

—No estoy de coña —insiste, con la expresión más seria que le he visto nunca—. No eres mi persona favorita y eso salta a la vista. Pero eso no significa que sea tan mala. Ni que quiera que te haga a ti lo que me ha hecho a mí.

—¿Lo que te ha hecho? ¿Y qué te ha hecho? —cuestiono—. Lleva todo el año pasando de tu culo. Asúmelo y ya está.

—Eso es lo que dice él, ¿no? —Sonríe irónicamente y luego niega con la cabeza—. Mira, voy a limpiar mi conciencia contándote esto y luego tú puedes pensar lo que quieras. Solo te pido que me escuches cinco minutos para que pueda equilibrar mi karma.

No digo nada y parece que se lo toma como una invitación a continuar:

—Cam está jugando contigo, Ash. Igual que lo ha hecho conmigo, o con todas las demás. Ni siquiera le gustas. ¡Vamos! ¿Por qué ibas a gustarle? ¿Es que no te parece un poco raro todo? Él es un jodido diez y tú eres como un cuatro —puntúa con una mueca cruel, dando donde duele.

—No pienso escuchar tus estupideces.

Sin embargo, por alguna extraña razón, no me muevo del sitio. La naturaleza humana y su tendencia a la autodestrucción, da la impresión de que siempre queremos oír aquello que confirma nuestros peores temores.

—¿Es que no te das cuenta? En el fondo es todo tan obvio que a lo mejor es eso lo que te impide verlo. O que eres feliz en tu mundo de fantasía. Ni siquiera sé cómo te tragaste lo de que quería ayudarte a ligarte a Tyler, para empezar. Oh, o eso de que necesitaba librarse de Blair porque echaba mucho de menos a su amiguito. Mentiras.

Siento como si me quedara congelada en la postura en la que estoy. Como si el cuerpo se me estuviera convirtiendo en piedra poco a poco, al menos me pesa como si lo fuera. ¿Cómo sabe Jessica todo esto? Lo de nuestro trato. El juicio de Salem. No puedo pensar con claridad. Y mucho menos soy capaz de decir nada.

—La única verdad de toda esa historia es que te necesitaba para que te ligaras a Tyler Sparks —continúa—. Todo lo demás: mentira. Ay, Ashley, yo también me lo había creído. Lo de vuestro juicio de Salem no —aclara y siento como si acabara de golpearme cuando la oigo soltar esa expresión como si nada—. Eso no había quien se lo tragara, princesa —se burla, remarcando la última palabra—. Pero también me había creído que él quería algo conmigo, en su momento. Sí. Me había creído que se había olvidado de Vanessa. ¿Lo de que no estaban hechos el uno para el otro y esa mierda? Yo también me lo tragué. Pero ¿es que no los has visto? Cam sigue colgado de ella como un pringado. Y, al final, tiene lógica, ¿no? Primero intentó ponerla celosa a ella liándose con su mejor amiga. Conmigo, quiero decir —aclara por si eso me generaba dudas—. Pero no funcionaba mucho así que lo que le quedaba era vengarse de Tyler, supongo. —Se encoge de hombros como sin darle importancia—. Sabías que Vanessa lo engañó con Tyler, ¿no? Ah, sí, lo sabías. ¿Qué mejor manera de vengarse de Tyler que robándole a la chica de la que él llevaba toda la vida colgado? En ese punto me perdí un poco, tengo que reconocerlo. Que Tyler Sparks en el fondo sintiera algo por alguien tan insignificante como tú no tenía mucho sentido, pero el amor es ciego. Así que pensó en darle un empujoncito a lo vuestro. Según me han contado, Tyler intentaba mantenerse alejado de ti para protegerte de lo malísima persona que es o algo así, y a Cam se le ocurrió matar dos pájaros de un tiro. Hacerle creer a Tyler que tenía que actuar o perderte y, al mismo tiempo, desplegar sus encantos para que te enamoraras de él. Fue gracioso cuando le gritaste en medio del aparcamiento aquello de cómo se le había torcido tanto el plan, al final. La verdad es que el plan le salió justo justo como él quería. Pobre Tyler, dárselo para luego quitárselo. Menuda actuación magistral. No podíamos esperar otra cosa de nuestro Cam, ¿no? Es un mentiroso buenísimo. Claro que tuvo que usar un par de trucos sucios por el camino, como lo del trío Bennet; le vino muy bien convencernos de hacer eso para poder consolarte, ¿eh? ¿Y quién crees que me envió a mí el romantiquísimo vídeo del lago Tahoe para que te recordara lo maravilloso que él era contigo? Qué tío. En el fondo es bastante brillante, ¿no crees?

Me resuena la voz de Vanessa en la cabeza durante nuestra conversación en su fiesta de

cumpleaños. «Yo no se lo envié a nadie. Solo a Cam.» ¿Qué...? No tiene sentido. Cam no sería como es conmigo si solo buscara hacer daño a Tyler, ¿no? ¿O lo tiene? Mierda, es que la historia de Jessica tiene más sentido que el hecho de que el tío más popular del instituto esté realmente enamorado de mí.

—Déjalo. No voy a comprar tus historias para no dormir. —Trato de mantener la voz firme y convencerme más a mí que a ella.

—Claro que no. Pobrecita, el amor no te deja pensar con claridad. Ashley, ¿qué gano yo con todo esto? —intenta abrirme los ojos—. Y lo que es más importante, ¿cómo crees que sé todas estas cosas? Cam estaba tan borracho en la fiesta de cumpleaños de Vanessa que ya no sabía qué hacer para enrollarse un poquito conmigo —alardea, con una media sonrisa—. Pero también estaba demasiado borracho como para inventarse una historia tan elaborada, así que asumo que lo que dijo es la verdad. ¡Dios! Y yo sufriendo tanto tiempo pensando en qué tendría una mediocre como tú que no tuviera yo. ¡Casi me creí que quería algo contigo de verdad! —Suelta una carcajada, que suena más bien a lamento—. Y, de repente, mientras me contaba lo de su plan maestro empezaron a encajar todas las piezas en mi cabeza. ¡Brillante! Has elegido mal. Deberías haberte quedado con Tyler. —Chasquea la lengua tras decir eso—. Es un mierda, pero por lo menos le gustas de verdad. Cam ni quiere tocarte, chica. O si no, ¿por qué no habéis echado un polvo ya?

Creo que incluso doy un respingo al escuchar eso. Ella sonríe, pero no me da la impresión de que su actitud sea tan burlona como antes. Casi diría que me mira con cierta pena. ¿Cómo demonios sabe Jessica hasta dónde he llegado o no con Cam?

—¿Y cómo estás tan segura de que no lo hemos hecho? —decido preguntar, pero me sale la voz ligeramente más temblorosa de lo que me hubiera gustado.

—¡Porque no le gustas, tía! Parece que no escuchas —se desespera—. Mira, yo he hecho lo que debía. Tú verás lo que quieres creer. Pero deberías alejarte de Cam mientras aún estás a tiempo.

—¿Mientras estoy a tiempo? ¿Eso quiere decir que tú no lo estás? Resulta bastante patético que tengas que recurrir a esto para intentar librarte de mí, ¿sabes? Aunque yo no estuviera aquí, Cam tampoco querría nada contigo.

—No me hace falta recurrir a nada para tener atado a Cameron Parker —dice ella, y se ha quedado muy seria de repente.

Lanza un suspiro y se muerde el labio mientras se lleva el pañuelo al ojo derecho, una vez más. Puedo sentir el temblor en su voz cuando vuelve a hablar.

—Estoy embarazada, Ashley —dice, con voz queda—. Y Cam es el padre.

20

The moment i knew

Lo de las chocolatinas no ha sido una mala idea. Lo de ver comedias románticas ha sido una idea muy inocente por mi parte: es imposible que pueda concentrarme ni en lo más absurdo de la televisión. Así que no me he molestado en encenderla. Estoy sentada en el suelo de mi salón, con un montón de envoltorios vacíos de chocolatinas a mi alrededor, intentando aclarar toda la información que he recibido en la última hora. No paro de buscar indicios que me digan que esto no es real. Que nada de lo que Jessica ha dicho es verdad.

Hay algo en mi interior que se niega a creerla: todos esos recuerdos de estas semanas con Cam. Los momentos con él incluso antes de estar juntos. El día que fuimos a escalar. Las conversaciones sinceras entre los dos haciendo juramentos de meñiques sobre la confidencialidad de los oscuros secretos por oscuros secretos. No ha podido ser todo mentira. Es imposible que alguien finja tanto, y tan bien. Cada vez que me besa tengo la certeza de que está poniendo su alma en ello. ¿O es que me he autoengañado? ¿Es que solo he visto lo que quería ver? El amor es ciego. Lo es.

Porque, por otra parte, todas las piezas de la historia de Jessica encajan en mi cabeza con demasiada facilidad. Las advertencias de Blair sobre meter a un traidor en mi cama. El vídeo del lago Tahoe. La sensación de que quería poner a Tyler celoso en la fiesta de cumpleaños de Vanessa. Que no quiera que lo toque. ¿Es que no le excito lo suficiente? O en absoluto. Puede que no quisiera que me diera cuenta de que tenerme medio desnuda en su cama no provoca en él la reacción esperada. ¿Y si sigue enamorado de Vanessa? Es cierto que siempre se pone de su parte. Lo hizo sin dudarlo en cuanto al tema del vídeo. Pero, claro, ¿cómo no hacerlo si sabía que ese vídeo lo había enviado él mismo? Son muy amigos y siempre la defiende a pesar de cómo acabó su relación. ¿Y lo de Tyler? Ya ni siquiera se habla con él y no parece tener ningún interés en arreglar las cosas. ¿Ya ha conseguido su venganza y por eso ha acabado del todo con él? No puedo olvidarme, además, de que nunca me dijo lo que Tyler sentía por mí. Que me dejó creer que mi vecino era un idiota mientras él se portaba como un perfecto caballero y me llevaba a escalar y me consolaba. Y lo del trío Bennet... No puede ser. Eso no puedo creerlo. ¿Por qué iba a planear él una cosa como esa?

Supongo que solo hay una forma de saberlo, ¿no? Me tiembla todo el cuerpo cuando cojo el

móvil entre las manos. Tengo que respirar hondo un par de veces antes de meterme en mi conversación con él. *«No voy a perseguirte, princesa.»* Tecleo, aún insegura. Es lo que tengo que hacer.

Tenemos que hablar. ¿Puedes acercarte por mi casa cuando te venga bien?

Mejor hacer esto en mi terreno. Por lo menos me sentiré más segura de esta manera. ¿Y si me dice que todo es verdad? ¿Y si confiesa? Mi mundo ya se está viniendo abajo y ni siquiera se lo he oído decir a él. Si lo dice, me moriré. Pero ¿y si lo niega? ¿Y si dice que es todo mentira? ¿Voy a poder creerlo?

Doy un respingo cuando el móvil me vibra en la mano. Se ha dado mucha prisa en contestar.

Cojo el coche y estoy ahí en diez minutos.

Diez minutos. Me duele el estómago de los nervios. Tengo ganas de vomitar.

Jessica me ha dicho que aún no le ha contado a él lo de su embarazo que, por favor, no le dijera nada todavía si hablaba con él. ¿Qué se supone que debo hacer? Me pongo de pie y empiezo a caminar por el salón, de un lado a otro, haciendo siempre el mismo camino para calmar los nervios. Me tiemblan las manos. Y todo el cuerpo. Y no puedo parar de moverme como un felino enjaulado. Cuando han pasado cinco minutos, incluso empiezo a morderme las uñas. Y no soy de esas personas que se dejan los dedos en carne viva cuando están nerviosas, pero empiezo a entenderlas un poco.

Los minutos se me hacen eternos hasta que oigo el motor de su coche acercándose desde el final de la calle. Me asomo a la ventana y veo el Honda blanco parar justo delante de la puertecita de mi jardín. Me da un vuelco el corazón cuando veo a Cam saltar fuera y comenzar a andar hacia mí. Viene retorciéndose las manos. Parece que no soy la única que está nerviosa.

Tengo que soltar aire y sacudir los brazos para intentar contener mis nervios cuando suena el timbre. Me quedo parada con la mano en el pomo de la puerta unos segundos mientras busco el valor para abrir y enfrentarme a lo que hay al otro lado. Vale, vamos allá. Abro y doy un paso al frente para plantarme en el umbral y darle el mensaje de que no voy a invitarlo a pasar.

Me encuentro con sus ojos verdes y tengo que apartar la mirada rápidamente.

—Ash... —habla él primero, bastante inseguro.

—No sé ni qué decirte —lo corto, intentando mantener la compostura y no ponerme a llorar y temblar sin control.

—Déjame hablar a mí, ¿vale? —me pide, y su voz suena muy dulce—. Pensaba que nunca ibas a volver a hablarme, que nunca ibas a llamar, y me estaba volviendo loco. Todo esto es un malentendido. Un estúpido malentendido, porque no te he dicho la verdad antes. No lo he dicho porque no quería que pensaras... No quería que supieras que soy idiota. Y me daba vergüenza, o... miedo. Me daba miedo lo que pudieras pensar de mí. Déjame hablar —insiste cuando intento

abrir la boca para frenarlo—. Me gustas muchísimo, Ash. Me gustas más de lo que me ha gustado nadie en toda mi vida. Y tengo muchas, muchas, muchísimas ganas de tocarte. De besarte. Y créeme cuando te digo que me estoy muriendo de ganas de que me toques. De verdad. Después de lo que pasó en la fiesta de Vanessa, de que me diera cuenta de que mi fuerza de voluntad no vale demasiado cuando te tengo delante, me puse a pensar. Hay cosas que no he hecho bien, ¿vale? He sido descuidado e irresponsable alguna que otra vez y no quería... La semana pasada fui a hacerme pruebas de enfermedades de transmisión sexual.

Busco sus ojos de golpe cuando oigo eso y esta vez es él quien esconde la mirada.

—He hecho cosas sin protección alguna vez... —sigue—, con Jessica a principio de curso, y... eh... con Vanessa alguna vez antes también. Y ya sé que el preservativo es muy seguro y todo lo que quieras, pero tampoco es cien por cien efectivo. Solo quería asegurarme de que estoy bien, de que no iba a causarte ningún problema a ti. Me dan los resultados el lunes. Y por eso he sido tan estricto, tan... No quería correr ningún riesgo contigo, Ashley —termina.

No sé si tiene sentido o si me suena a excusa. No sé qué pensar. ¿Y qué demonios está diciendo sobre hacerlo por ahí sin preservativo? Mierda. Jessica está embarazada. Ese pensamiento me golpea de nuevo y me apoyo en el marco de la puerta para mantener el equilibrio. Y él todavía no lo sabe.

—Dime algo —pide Cam, a media voz—. Sigo queriendo ir despacio, princesa, eso es verdad. Pero estoy deseando que me toques, podrías apostar tu vida por eso —medio bromea.

—Si te pregunto algo, ¿puedes prometer que me dirás la verdad? —Encuentro mi voz y mi fuerza, de repente.

—¿Qué...? Claro —asegura, sin moverse ni un milímetro.

Busco su cara antes de hablar, no quiero perderme su expresión cuando le diga lo que tengo que decir.

—¿Me has utilizado alguna vez solo para hacerle daño a Tyler? —Es lo primero que pregunto.

Frunce el ceño y veo sus pupilas moverse muy rápidamente pasando la atención de uno a otro de mis ojos, como si tratara de descifrar lo que yo estoy pensando.

—No —responde, firmemente—. Ashley, ¿qué...? Al principio intentaba ponerlo celoso, bueno, los dos, ¿no? Pero luego las cosas cambiaron contigo; luego empecé a sentir algo más por ti y entonces lo último que quería en el mundo es que el puñetero Tyler Sparks estuviera por medio.

—¿Le enviaste tú a Jessica el vídeo del lago Tahoe? —hablo de nuevo sin dar tregua.

—No —repite, en el mismo convincente tono de antes, y se cruza de brazos, como si esperara a que siguiera y ver adónde nos lleva esto.

—¿Tuviste algo que ver con toda la movida del trío Bennet? —sigo, sin hacer caso de su actitud.

—No —vuelve a repetir—. ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —gruñe—. ¿Y de dónde sale

toda esa mierda?

—¿Por qué no me dijiste que Tyler sentía algo por mí? —Paso de sus palabras y de su tono de voz.

—Creo que ya he respondido a esa pregunta alguna vez antes —dice, y cada vez parece más molesto.

—¿Le has contado a Jessica alguna vez algo sobre nosotros? ¿Sobre nuestro trato? ¿Sobre el juicio de Salem? ¿Sobre nuestra vida sexual?

—No. No. No. Y por supuesto que no.

—¿Aún sientes algo por Vanessa? —Suelto mi último cartucho.

—¿Qué? —responde al instante y lo dice con una especie de carcajada irónica—. ¿A qué viene eso, Ash?

—¿Sí o no? —insisto con los ojos en los suyos, con la determinación clavada en mi mirada.

Esto no termina hasta que responda a la puta pregunta.

—No —dice, muy claro y bastante alto, además.

—¿Es la verdad? —dudo.

—¡Joder, Ashley! —Levanta la voz, descruza los brazos y da un paso atrás—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me estás preguntando todo esto? Es absurdo.

Quiero creerlo. Porque parece sincero. Y porque necesito hacerlo. Mi corazoncito me pide que lo crea y que aleje el dolor de una vez. Pero es que también me acuerdo de las palabras de Jessica diciendo que es un mentiroso muy bueno. Y de esa maldita historia que tenía bastante sentido en mi cabeza por mucho que doliera.

—He hablado con Jessica. Dice que todo esto... el juicio de Salem, la historia con Tyler, tú y yo... Dice que en realidad lo planeaste todo para vengarte de Tyler por acostarse con Vanessa. Dice que aún estás enamorado de Vanessa. Y que solo me estás utilizando.

—¿Jessica? —repite él, incrédulo—. ¿Lo dice Jessica? Y tú te lo crees. ¡Qué bien! Ahora resulta que Jessica Harris es más de fiar que yo —ironiza, casi escupiendo las palabras—. Dijiste que confiabas en mí, Ashley. Pensaba que... que teníamos algo, que tú lo sentías igual que yo. Pero resulta que no. Que no confías una mierda en mí. ¿Sabes qué?, piensa lo que quieras. Piensa lo que te dé la jodida gana. No importa lo que te diga o lo que haga. No importa lo bien que estemos tú y yo, o que podamos estar, si tú no te fías de mí —dice tristemente—. Si lo de Tyler con Vanessa me importara tanto, le habría dado de hostias en su momento, como pasó hace dos semanas. Y eso no tenía nada que ver con Vanessa precisamente, sino contigo. Contigo, ¿te enteras? Porque no soporto ver a Tyler y pensar que te ha tocado, que te ha gustado, que... —No termina la frase y lo veo apretar los puños, con rabia—. Hace mucho tiempo que lo mío con Vanessa se acabó —cambia de tema—. Mucho tiempo. Y hace mucho tiempo que no siento nada por ella. Pero, oye, tú a lo tuyo. Sigue pensando mal de todo el mundo y apartando a la gente que te quiere. Lo estás haciendo de puta madre.

Me duele oír eso. Probablemente porque siento que es verdad. He apartado a Mia, a Grace y a

Emily, casi aparté a Vanessa, y ahora estoy haciendo lo mismo con él.

—No hace tanto tiempo que no sientes nada por Vanessa. —Habla mi miedo a través de mí —. ¿Cuánto hace que la dejaste? ¿Ocho meses? —estimo.

—¿Y cuánto hace que tú no estás enamorada de Tyler? —suelta él, en un tono bastante desagradable—. ¿Ocho minutos?

Cierro la boca, casi como si me hubiera callado de un bofetón. Él me dedica una última mirada. Está muy enfadado, pero sus ojos parecen transmitir que está más dolido que otra cosa. Luego se da la vuelta y camina hasta el coche. Se sienta al volante y da un portazo. En unos segundos ya conduce, alejándose de aquí.

No sabía adónde ir. Tampoco podía quedarme en casa. No sé ni qué sentir ya. He pasado por la rabia. Por la tristeza. Por la culpabilidad. Estoy casi convencida del todo de que la que he metido la pata soy yo. Casi convencida de que Cam no ha mentido. ¿Y si Jessica se lo ha inventado todo? ¿Podría extrañarme eso viniendo de ella? Pero parecía tan afectada, tan vulnerable. Y la verdad es que me sigo preguntando si es posible que sea de otra manera. Que yo sea tan afortunada. ¿Cómo puede ser que yo de verdad le guste a Cameron Parker?

La cuestión es que aquí estoy. Llamo al timbre y espero solo unos segundos antes de que la puerta se abra. Emily frunce el ceño en cuanto ve mi expresión. Oigo voces en el interior.

—Ash, ¿qué pasa?

Me abrazo a mi amiga y me sujeta con firmeza. Da dos pasos atrás y me arrastra con ella para poder cerrar la puerta. Pensaba que no me quedaban más lágrimas, pero sí. Aún hay muchas. Oigo revuelo a mi alrededor y mi nombre repetido en tres voces diferentes. Y enseguida me rodean dos pares de brazos más y me encuentro atrapada en un abrazo grupal. Protegida por todos los flancos.

—Lo siento, chicas. —Es lo primero que digo cuando consigo controlarme un poco.

—Ahórrate esas tonterías —me corta Grace, con firmeza—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Miro a Mia y ella me dedica una media sonrisa que no deja lugar a dudas. Un «yo también lo siento y vamos a olvidarnos de lo que pasó».

Las cuatro terminamos sentadas en el suelo y Emily no deja de abrazarme mientras yo hablo y hablo y hablo.

—A veces pienso que todo era mucho más fácil antes de que Cam decidiera hablarme por primera vez —termino mi discurso.

—Y yo a veces pienso que todo era mucho más fácil antes de descubrir que me gustaban las chicas. Pero hay cosas que una no puede elegir —dice Mia—. Ashley, ¿por qué tendrías que escuchar nada de lo que diga Jessica Harris? Creo que ya ha demostrado que no es para nada de fiar.

Todas clavamos nuestros ojos en ella a la vez y mira hacia los lados antes de comprender lo

que estamos intentando decirle.

—Eh, sí, vale. Yo me acuesto esporádicamente con Blair Wells —reconoce—. Pero no la tengo por una fuente de información fidedigna —se defiende.

—A mí ya me perdonaréis, pero es que me he quedado muerta del todo con la parte del embarazo —se pronuncia Emily—. ¿Ha dicho que es de Cam? O sea, ¿de verdad?

—Eso ha dicho.

—¿Y quién se lo cree? Es muy mentirosa —interrumpe Grace—. Igual ni está embarazada, eso para empezar. Y, en caso de que lo esté, ¿por qué iba a ser de Cam? No es como si esos dos hubieran tenido nunca una relación exclusiva, ¿verdad?

—No lo sé, pero sé que se acostó con Cam en su fiesta de cumpleaños, a principios de abril —apunto—. No sé si te salen las cuentas, pero a mí sí.

—Vale. Olvidémonos de lo del embarazo que me va a explotar la cabeza —pide Emily—. ¿Qué parte te crees del resto de la historia? ¿Tenemos que ir a darle una paliza a ese jugador de fútbol?

—No lo sé —suspiro—. No sé qué creer...

—Claro que lo sabes —vuelve a hablar Mia—. Llevas tres semanas con él, ¿te han parecido mentira?

—Pues no, pero...

Me veo interrumpida por el tono de la entrada de un mensaje en mi móvil y todas mis amigas se ponen en tensión enseguida, esperando que lo compruebe. Creo que las tres están deseando que sea Cam. Y yo también. Pero no. Es Vanessa. Me ha enviado un mensaje de voz. Pulso la tecla y subo el volumen para que todas podamos escucharlo.

> Ash, oye, ¿qué ha pasado? Acabo de salir de casa de Ryan. Cam está aquí hecho una mierda. Una mierda auténtica. Quiero decir, ¿tienes idea de lo deprimente que es ver a un tiarrón de su tamaño moqueando como un bebé? No es que él se haya explicado muy claramente, así que ¿puedes explicármelo tú? ¿Y tú qué? ¿Estás bien?

Nos quedamos en silencio por unos segundos muy largos cuando acaba el audio.

—Está llorando, tía —dice Emily, como si yo no lo hubiera deducido ya solita—. ¿Crees que estaría llorando en casa de su amigo si de verdad le gustaras tan poquito como dice Jessica?

No digo nada. Mierda. Pensar que Cam lo está pasando tan mal como yo ahora mismo me rompe el corazón. No quiero que sufra. Es lo último que quiero en el mundo.

—Pero, es que, ¿cómo sabía Jessica todas esas cosas? —pregunto en voz alta, una vez más—. ¿Cómo sabía lo del juicio de Salem? ¿Cómo sabía que no me he acostado con él? Es que de algún sitio ha tenido que salir eso. Y si él no se lo ha dicho, ¿quién ha sido? ¿Quién lo sabía aparte de él y yo? —me desespero, mientras sigo devanándome los sesos por encontrar una buena explicación.

—Bueno, nosotras. Pero aquí no mires en busca de un traidor —se apresura a aclarar Grace.

—Es una cuestión de confianza, Ash —aporta Mia—. O confías en él o no lo haces. En fin,

¿te ha dado motivos para desconfiar?

Cierro los ojos y suspiro, con la cabeza dándome vueltas sin parar. ¿Me ha dado motivos para desconfiar? Pues para empezar ideó un plan maquiavélico para hacer que su mejor amigo lo dejara con su novia. Probablemente, eso no debería inspirar mucha confianza. Luego, me hizo creer que entre nosotros nunca había habido nada más que una mierda de trato y que ni siquiera quería ser mi amigo. Y, una vez estábamos juntos por fin, no ha parado de darme largas para no acostarse conmigo. No sé qué pensar al respecto, la verdad.

Pasan cerca de dos horas antes de que mi teléfono suene de nuevo. Esta vez es una llamada. Vuelve a indicar el nombre de Vanessa en la pantalla. Ni siquiera he contestado a su mensaje anterior. Dudo antes de cogerlo, pero tengo que terminar por hacerlo ante la insistencia de mis amigas.

—Hola —digo, con voz apagada.

—Ash —habla ella al otro lado. Suena preocupada—. Oye, no me has contestado al mensaje, así que es obvio que no quieres hablar conmigo, pero hace casi una hora que estoy buscando a Cam y no lo encuentro por ninguna parte. ¿Tú tienes idea de dónde podría haberse metido? Parece ser que se ha presentado en casa de Jessica muy enfadado y ella... Ella ya le ha contado lo del embarazo.

Me quedo en silencio por unos segundos. ¿Qué? Tal y como me lo dice, es obvio que ella ya lo sabía, y que sabe que yo lo sé.

—Creo que sé dónde puede estar —digo. Intento no transmitir demasiada emoción con la voz —. Pero no te preocupes, Vanessa. Ya voy yo.

Cuelgo antes de que le dé tiempo a protestar. Mis amigas no han parado de observarme en todo el rato y parecen impacientes por saber lo que me ha dicho.

—Jessica le ha dicho a Cam que está embarazada —les cuento, a modo de resumen—. Tengo que irme —decido, y me pongo en pie—. Tengo que encontrarlo y hablar con él.

Para cuando llego a la última curva del camino que lleva al viejo mirador, ya es prácticamente de noche. Los faros de mi coche iluminan la silueta del Honda y se reflejan en su pintura blanca devolviéndome algunos destellos. Menos mal. Menos mal que está aquí. Paro el Audi en paralelo con el otro coche y me bajo rodeando el morro para acercarme a él. Cam está apoyado en el capó, mirando hacia el lago Folsom, aunque ya no hay demasiado que ver debido a la falta de luz. Ni siquiera me mira mientras avanzo hacia él. Me apoyo a su lado, dejando unos cuantos centímetros entre nuestros cuerpos para que no nos rocemos sin querer.

—¿Puedo respirar contigo? —pregunto, con el tono más suave que puedo encontrar.

Se limita a asentir con la cabeza levemente, de forma casi imperceptible. Dejo pasar cerca de medio minuto en silencio, sin moverme. Después no aguanto más. Me separo de la superficie del coche y doy dos pasos hasta plantarme delante de él, y lo miro de frente. Pego el cuerpo al suyo, rodeo su cintura con los brazos y descanso la cabeza en su pecho justo debajo de su barbilla. No

tarda absolutamente nada en abrazarme y mover la cabeza para acomodar la postura, pegando su boca a mi pelo.

Nos quedamos así mucho rato. Quietos y en silencio. Hasta que se me entumecen los músculos. No me quejo. Estoy bastante segura de que los dos necesitamos este abrazo más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Lo siento —digo yo por fin en primer lugar, en voz baja, sin separarme de su abrazo.

—Sí, yo también —responde, con un tono muy apagado.

Me echo un poco hacia atrás para poder mirar su cara, pero mantiene los ojos esquivos.

—Me he portado como una niñata, una estúpida y una paranoica —reconozco, asumiendo toda la culpa—. Y tenías razón, Cam. La culpa no es tuya, yo... Si siempre creo lo peor es porque no termino de estar convencida de verdad de que yo me merezca lo mejor. Y el problema es mío, no tuyo —suelto el discurso que he venido preparando en el coche—. No debería dudar de ti.

—Pero lo haces, Ash —me interrumpe, y me aparta con cuidado y da dos pasos hacia delante, hacia el borde—. Y me jode. Pero en el fondo tengo que entenderlo en parte, porque no he hecho las cosas tan bien como me gustaría contigo. Te propuse un plan absurdo y te metí en todo esto y luego no te dije la verdad sobre lo que sentía, te alejé de mí con un montón de mentiras que te hicieron daño. Si hubiera sido sincero del todo desde el principio, a lo mejor no estaríamos así —imagina.

Me pongo a su altura y le cojo la mano.

—Bueno, yo tampoco he sido muy sincera desde el principio, ¿no?

—Quiero que sientas lo que vales —afirma. Busca mis ojos sin soltar mi mano—. Que lo creas de verdad. Y no sé cómo hacerlo.

—Es que soy yo la que lo tengo que hacer —lo corrijo.

Me acuerdo de las cosas que yo misma le dije a Tyler. Debería trabajar mis problemas de autoestima.

—Esto no va a funcionar si no confías en mí —avisa.

—Lo sé —digo, sin saber qué más añadir.

Me suelta la mano para frotarse la cara con las palmas y mesarse el pelo antes de darle una patadita a una piedra.

—Supongo que tampoco es el mejor momento para que nada funcione, de todas maneras, ¿no?

—¿Qué? ¿Y eso qué quiere decir?

Vuelvo a plantarme delante y busco sus ojos.

—No lo sé, Ash —suspira, y baja la mirada al suelo—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? De repente, tengo un montón de movidas encima. Y no quiero arrastrarte conmigo. Ahora mismo no puedo... Ahora no puedo poner todo el esfuerzo que debería para hacerte feliz. No tengo fuerzas para luchar yo solo. Y no tengo ganas de estar todo el día detrás de ti para que no se te olvide lo que pienso o lo que siento por ti. No puedo.

Doy un paso atrás. Me duele lo que escucho. Y me molesta. Pero lo entiendo en cierta manera.

—No vas a perseguirme —repito su mensaje de ayer.

—No. No voy a perseguirte —deja claro, y me da la impresión de que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Vale. Lo entiendo —acepto.

Cam levanta la mirada inmediatamente para mirarme, sorprendido.

—Cam, ¿estás bien? Sé que es una pregunta absurda, pero entiende que tengo que hacerla —digo para intentar restarle dramatismo al momento.

—Jessica te lo ha dicho, ¿no? Lo del embarazo —murmura y, a pesar de la pregunta, es obvio que él ya sabe que lo sé—. No. No estoy bien. No lo estoy. He sido un idiota. Y no sé ni por qué me acosté con ella en mi cumpleaños. Bueno, sí. Sí lo sé —corrige luego con un resoplido triste —. No lo entiendo. Es que no puede ser. No tiene sentido.

—¿Te pusiste un condón? —pregunto, cautelosa.

—¡Sí! —exclama con mucha vehemencia—. Usé un maldito condón. Lo hice. Joder, echo un jodido polvo en seis meses y mira —gruñe, enfadado.

—Entonces, ¿crees que es tuyo? —lo pongo en duda.

Me mira con el ceño fruncido.

—Bueno, tomaste precauciones —sigo—, ¿cuáles son las probabilidades de que el preservativo no cumpliera su función?

—Jess dice que es mío, Ashley. ¿Por qué iba a mentir en algo así? —pregunta, retóricamente.

—¿Por qué iba a mentir en todo lo demás? —comparo yo—. Pero lo hace.

—No lo sé.

Vuelve hasta el coche para sentarse sobre el capó. Sube los pies a la chapa y apoya los codos en las rodillas escondiendo la cabeza entre los brazos. Me acerco y le acaricio el pelo de la nuca, suavemente. No protesta, así que sigo haciéndolo durante un rato.

—No sé qué voy a hacer. No sé qué cojones voy a hacer ahora —se lamenta, con la voz acolchada por su propio cuerpo.

—Voy a estar aquí para lo que necesites, aunque no me persigas, ¿lo sabes? —le digo al oído.

Baja las piernas y me rodea la cintura con los brazos, en un movimiento brusco, y me estruja contra su cuerpo.

—Gracias —dice con un hilo de voz.

Nos quedamos abrazados durante unos cuantos minutos, en silencio de nuevo. Soy yo la que lo rompe otra vez. Tengo los ojos llenos de lágrimas porque sé que las cosas no van a estar igual entre nosotros en cuanto volvamos a la realidad.

—Cam, ¿no podemos empezar de nuevo? —casi suplico—. De cero. Haciendo las cosas de una manera normal y no como las hemos hecho nosotros. Chico conoce a chica, chica se vuelve loca por chico, chico le corresponde. Empezar otra vez.

Me besa el pelo sin separarse ni un centímetro de mi cuerpo.

—Me gustaría, princesa.

Pero su tono es demasiado triste como para que eso sea un «sí».

Pasa cerca de un cuarto de hora antes de que Cameron me aparte de su lado con delicadeza y anuncie que deberíamos volver a casa. No me besa antes de acercarse hasta la puerta del conductor de su coche.

—Oye —lo llamo cuando ya la tiene abierta y está dispuesto a montarse—, ¿quieres venir a mi casa? Mi madre y Eric se han ido a lo del kárate, ya sabes. Si quieres compañía...

—No —me rechaza sin siquiera pensárselo—. Necesito... Quiero irme a casa.

—Está bien —digo, e intento que no se note en mi tono de voz la decepción que eso me produce.

—Vamos, ve tú primero —decide, y señala mi coche con la cabeza.

Los faros del coche de Cam me siguen todo el camino hasta nuestro barrio, pero desaparecen en cuanto paso el desvío que lleva a su casa. La decepción me atenaza el pecho con mucha más fuerza que antes. Aún había mantenido una pequeña esperanza. Cuando llego a casa y aparco el coche en el garaje, me voy directa a mi cuarto sin pasar por la cocina. No tengo hambre de todas maneras. Solo quiero meterme en la cama y que pasen tres años y todo sea diferente al despertar. Que vuelva a estar bien. De alguna manera sé que, aunque no hayamos pronunciado exactamente las palabras «se acabó», yo hoy he perdido a Cameron Parker.

Dormir es una tarea mucho más complicada de lo que cabría esperar. Por una parte, las emociones del día me han dejado completamente exhausta, así que debería caer rendida, pero esas mismas emociones no me permiten cerrar los ojos. No dejo de revivir el dolor de sentir a Cam tan lejos. Una y otra vez. Veo pasar un montón de horas por la pantalla de mi móvil. En la primera he hablado por mensajes con mis amigas, pero, después de eso, el teléfono se mantiene en silencio. Solo me tortura con el avance de los minutos mientras yo no puedo pegar ojo.

A la una y media de la madrugada suena la inconfundible vibración que indica la entrada de un mensaje. Es Cam y el corazón se me acelera al instante y los latidos retumban en las paredes de mi habitación. Lo abro lo más rápido que puedo.

No puedo parar de pensar en ti. ¿Estás despierta? ¿Puedo ir a tu casa?

Se me hincha el pecho con un soplido cálido de esperanza. Tecleo lo más rápido que puedo. Qué desesperada. Y qué patético, Ashley. Pero me da igual.

Sí. Ven.

Un cuarto de hora después yo ya estoy pegada a la ventanita que hay junto a la puerta cuando él llega y deja el coche en la entrada de mi garaje. Abro antes de que haya llegado al porche. Parece recién salido de la cama. Lleva un pantalón de deporte, como con el que durmió en casa

de su padre, y una camiseta vieja de fútbol. Pero, bueno, yo estoy con el pijama puesto, así que no soy quién para criticar su sentido de la moda.

No dice nada cuando llega a mi altura. Se abraza a mí y esconde la cara en mi hombro, y cierra la puerta de la calle con el pie tras él. Lo estrecho por el cuello y le beso el pelo. Y entiendo que no quiere hablar, así que, cuando se aparta, le cojo la mano y lo guío escalera arriba hasta mi habitación.

Nos tumbamos sobre la cama y entrelaza sus piernas con las mías, me abraza por la cintura y entierra la cara en mi pelo. Me dedico a acariciarle el bíceps rítmicamente. Cuando pienso que ya se ha quedado dormido, me sorprende escuchar su voz:

—¿Qué voy a hacer, Ash? ¿Qué voy a hacer con la universidad? ¿Con los patos? —se lamenta en un susurro.

—¿Cómo que qué vas a hacer? —lo regaño tras separarlo un poco de mí—. Vas a entrenar un montón. Vas a pasar esa prueba y vas a ir a la universidad de Oregón —digo, en un tono que no admite discusión.

—Pero ¿y si Jessica tiene ese niño? —pregunta entonces.

Parece muy asustado. Yo también lo estoy. Y más al escucharlo a él así.

—Eso no tiene por qué cambiar esas cosas. Su familia tiene un montón de pasta, no es como si te tuvieras que poner a trabajar en el McDonald’s para pagar los pañales —razono—. Cam —llamo al ver que no dice nada, y trato de adivinar sus ojos en la penumbra—, prométeme que no vas a perder esta oportunidad.

—Está bien —suspira.

—Promételo —insisto.

—Te lo prometo —dice por fin—. ¿Contenta? —añade, en un tono levemente más burlón.

—Casi —respondo, y busco su mano para entrelazar nuestros meñiques.

Cameron no se ríe. Aumenta la presión de su dedo en el mío y mueve la cabeza lentamente, acercándose mí. Busca mis labios despacio y los roza con mucha suavidad. Las mariposas se me desbocan, saliendo de su escondite e inundando todo mi cuerpo por completo. Y respondo a su beso presionando nuestros labios con más firmeza que él. Siento que responde con ganas así que me muevo sobre el colchón y pego por completo mi cuerpo al suyo. Él pone las manos en mi culo, presionándome contra sus caderas. Hasta que, de repente, me suelta. Aparta la cabeza unos centímetros en la almohada. Y yo vuelvo a sentirme decepcionada. Y frustrada. Pero sé que no necesita esto ahora mismo, así que recuesto la cabeza en su pecho y no digo nada, escuchando los latidos de su corazón hasta que los dos nos quedamos dormidos.

Cuando despierto por la mañana, Cam no está a mi lado en la cama, pero las sábanas aún huelen a él. Agudizo mis sentidos para intentar captar cualquier signo que me indique que no ha ido muy lejos. No lo encuentro. Me incorporo en la cama para mirar alrededor. Algo llama mi atención sobre la mesilla. Es una nota.

Mejor me voy a casa. No quería despertarte. Esto no está bien, necesito un poco de espacio. Ya te llamaré. Lo siento, princesa. — C.

«Ya te llamaré.» ¿En serio? Si ni siquiera echamos un polvo anoche como para que me haga la de «ya te llamaré». ¿Y qué quiere decir eso exactamente? ¿Que hablaremos hoy? ¿Mañana? ¿La semana que viene? Sí, está claro que Cameron Parker no va a perseguirme. Pero si piensa que me voy a pasar el día llorando por eso, no podría estar más equivocado. Arrugo la nota y la tiro a la papelera que hay junto a mi escritorio. No encesto, claro.

Cojo el móvil y mando un mensaje de emergencia al grupo de mis amigas. Las tres teclean sus respuestas al instante. Me levanto para darme una ducha y reunirme con ellas para desayunar.

Puede que todo mi mundo se esté volviendo loco ahora mismo, pero si las tengo a ellas, sé que, al final, todo irá bien.

Todas las buenas historias merecen
un gran final...



Bad Ash. Sin miedo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto, María Pascual Alonso, 2021
© Editorial Planeta, S. A, 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2021

ISBN: 978-84-08-25022-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!